


INTER FOLIA FRVCTVS
J. M. ANDRADE


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA

LA REINA
MARGARITA.

LA REINA MARGARITA.

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS.

TOMO II.



MÉXICO.

IMPRENTA DE VICENTE GARCIA TORRES,

EX-CONVENTO DEL ESPÍRITU SANTO.

1850.

LA REINA MARGARITA.



CAPITULO XXXII.

FRATERNIDAD.

Al salvar la vida á Cárlos, hizo Enrique algo mas que salvar la vida á un hombre; estorbó que tres reinos variasen de soberano.

En efecto, muerto Cárlos IX, el duque de Anjou se ceñia la corona de Francia, y el de Alenzon la de Polonia, segun todas las probabilidades. En cuanto al reino de Navarra, como el duque de Anjou era amante de la princesa de Condé, probablemente hubiera pagado su corona al esposo las complacencias de la esposa.

Ahora bien; de todos estos grandes trastornos, ninguna ganancia sacaba Enrique. Solo conseguia variar de amo: y en vez de Cárlos IX que le toleraba, veia subir al trono de Francia al duque de Anjou, que siendo uña y carne con su madre, habia jurado su muerte y no dejaria de cumplir su promesa.

Todas estas ideas se presentaron en globo á su mente cuando se arrojó el jabalí sobre Cárlos IX, y ya hemos visto que de su raciocinio tan rápido como una exhalacion, sacó por consecuencia que á la vida del rey estaba unida la suya propia.

Imposible era que el monarca comprendiera los motivos por que le habia salvado.

Pero Margarita lo comprendió todo, y admiró el raro valor de Enrique, que, como el relámpago brillaba solo en las tempestades.

Desgraciadamente no consistia todo en haberse sustraido al dominio del duque de Anjou; érale necesario ademas hacerse rey; disputar la Navarra al duque de Alenzon y al príncipe de Condé; salir de aquella corte en que tenia que caminar por entre dos precipicios, y salir de ella protegido por un príncipe francés.

De vuelta de Bondy, fué reflexionando Enrique profundamente sobre su situacion. Al llegar al Louvre tenia formado su plan.

Cubierto de polvo y sangre, y sin quitarse siquiera las botas, pasó á la habitacion del duque

de Alenzon, á quien encontró muy agitado y recorriendo á pasos agigantados su cuarto.

Al ver á Enrique no pudo contener un movimiento de sorpresa.

—Sí, le dijo Enrique cogiéndole entrambas manos: comprendo, amado hermano; estais enojado conmigo, porque por mi culpa ha notado el rey que vuestra bala dió á su caballo en la pierna, en vez de dar al jabalí, como os proponiais. Pero, ¿qué quereis? ¿quién reprime un arranque de sorpresa? De todos modos, siempre lo hubiera echado de ver el rey. ¿No es así?

—Sí, por cierto; sí por cierto, murmuró Alenzon. Sin embargo, á nada puedo atribuir sino á mala intencion esa especie de denuncia que, como visteis, infundió sospechas à mi hermano Cárlos acerca de mis intenciones, y le indispuso conmigo.

—Ya hablaremos de eso: y en cuanto á mi buena ó mala intencion respecto á vos, vengo espresamente à que juzgueis de ella.

—Bien, dijo Alenzon con su ordinaria frialdad. Hablad, Enrique, ya os escucho.

—Luego que acabe, vereis cuáles son mis intenciones, Francisco, pues las revelaciones que trato de haceros inutilizan ya toda reserva, toda prudencia, y despues de oirlas podreis perderme con una sola palabra.

—¿De qué se trata? dijo Francisco algo turbado.

—Y sin embargo, continuó Enrique, he vacilado mucho antes de decidirme, y especialmente

despues de ver de qué manera os desentendisteis hoy de mis palabras.

—Os aseguro, dijo Francisco perdiendo el color, que no sé lo que quereis decir.

—Me son muy caros vuestros intereses, hermano, para no preveniros que los hugonotes se han acercado á mí haciendo algunas gestiones....

—¿Gestiones? dijo Alenzon, ¿qué gestiones?

—El señor de Mouy de Saint-Phale, hijo del buen Mouy, á quien asesinó Maurevel, como recordareis....

—Sí.

—Ha venido á verme poniendo en riesgo su vida, para hacerme creer que estoy cautivo en la corte.

—¿De veras? ¿y qué le habeis contestado?

—Ya sabeis, hermano, que quiero tiernamente à Cárlos, que me ha salvado la vida, y que la reina madre hace conmigo las veces de mi propia madre. He desechado sus ofrecimientos.

—¿Y cuáles eran?

—Los hugonotes pretenden reconstituir el trono de Navarra, y como me pertenecc en realidad por herencia, me le han ofrecido.

Si; y en vez de la aceptacion que aguardada, habrá recibido el señor de Mouy una negativa.

—Formal.... Pero despues.... continuó Enrique.

—¿Os habeis arrepentido, hermano? interrumpió Alenzon.

..No, pero se me ha figurado que el señor de Mouy, descontento de mí, volvia á otra parte los ojos.

¿A dónde? preguntó vivamente Francisco.

—Lo ignoro. Acaso al príncipe de Condé.

—Sí, es probable, dijo el duque.

—En fin, repuso Enrique, tengo medios para saber infaliblemente á quien han escogido por gefe.

Francisco se puso lívido.

—Pero los hugonotes están divididos, y Mouy, aunque valiente y hombre de bien, representa solo la mitnd de su partido; la otra mitad, que no merece despreciarse, no ha perdido todavía la esperanza de colocar en el trono á Enrique de Navarra, que aunque en el primer momento vaciló, puede haber reflecsionado despues.

—¿Tal creeis?

—Cada dia recibo nuevas pruebas. ¿Observasteis por ventura de qué gente se componia la tropa que se reunió con nosotros en la cacería?

—Sí, de caballeros convertidos.

—¿Conocisteis al gefe que me hizo una seña?

—Era el vizconnde de Turena.

—¿Comprendisteis lo que de mí pretendian?

—Os proponian que huyerais.

—Ya veis, dijo Enrique al azorado Francisco, ya veis que hay un partido que tiene otras pretensiones que el señor de Mouy.

—Le hay, y muy poderoso, creedme. De manera que para triunfar, seria preciso reunir los dos,

el de Turena y el de Mouy. La conspiracion marcha, están designadas las tropas, solo se espera una señal. En esta crítica situacion, que ecsige de mi una decision muy pronta, he pensado detenidamente sobre las dos resoluciones entre las cuales vacilo. Para que las juzgueis me dirijo á vos como à un amigo.

—Decid como á un hermano.

—Sí, como á un hermano, repuso Enrique.

—Ya os escucho.

—Ante todo debo manifestaros el estado de mi alma, querido Francisco: no se abriga en ella ningun deseo, ninguna ambicion; de nada me siento capaz; pobre, sensual y tímido, solo valgo para vivir retirado en el campo; las contras que me presenta el oficio de conspirador no las compensa ni la perspectiva segura de una corona.

—¡Ah hermano! dijo Francisco, os haceis un agravio; es harto triste la situacion de un príncipe, cuya fortuna puede limitar una pilastra en la heredad paterna, ó un hombre en el campo de los honores. No creo en lo que me decís.

—Y es sin embargo, tan cierto, hermano, repuso Enrique, que si yo creyera tener un sólo amigo verdadero dimitiria en su favor el poder que me pretende conferir el partido que de mí se acuerda; pero añadió, ecshalando un suspiro, no le tengo.

—Si tal. Os equivocais.

—No, ¡vive Dios! dijo Enrique. Nadie me demuestra cariño, escepto vos, hermano; y antes de

permitir que aborte en medio de horribles convulsiones una intentona que pudiera elevar á un hombre.... indigno..... prefiero dar aviso al rey mi hermano de todo lo que ocurre. A nadie nombraré: callaré paises y fechas; pero le participaré la catástrofe que se prepara.

—¡Gran Dios! esclamó Alenzon, sin poder ocultar su terror, ¿qué estais diciendo?.... ¡Quién!.... vos, ¡vos la única esperanza del partido, desde la muerte del almirante! vos; hugonote convertido al catolicismo, pero mal convertido al menos así se creia, ¿alzariais la cuchilla sobre vuestros hermanos? Enrique, Enrique, ¿sabeis que obrando así preparais una segunda jornada de San Bartolomé á todos los calvinistas del reino? ¿Sabeis que Catalina solo aguarda una ocasion de esa especie para esterminar à cuantos han sobrevivido?

Trémulo el duque y con el rostro jaspeado de rojas y lívidas manchas, estrechaba la mano de Enrique instándole á que renunciase á tal resolucion que acarreaba su pérdida.

—¡Cómo! dijo Enrique con la mas perfecta candidez; ¿pensáis, Francisco, que habian de sobrevenir tantas desgracias? Parécome, sin embargo, que la palabra del soberano serviria de resguardo para los imprudentes.

¡La palabra del rey Cárlos IX, Enrique! ¡Qué! ¿no contaba con ella el almirante? ¿No contaba con ella Teligny? ¿No contabais con ella vos mismo? ¡Oh, Enrique! os digo que si tal haceis, causareis al

pérdida de infinitas gentes; no solo la de los hugonotes, sino la de cuantos hayan tenido relaciones directas ó indirectas con ellos.

Enrique finjió que reflecsionaba.

—Si yo hubiera sido un príncipe importante en la corte, dijo despues de un momento, de otra manera habria procedido: en vuestro lugar, por ejemplo, Francisco, siendo príncipe frances y heredero presuntivo de la corona...

Francisco movió irónicamente la cabeza.

—¿Qué harias? preguntó.

—Me pondria á la cabeza del movimiento para dirijirlo, respondió Enrique. Mi nombre y mi crédito responderian á mi conciencia de la vida de los sediciosos, y sacaria algun provecho para mí, y quizá tambien para el rey, de una empresa que, sin eso, puede causar á Francia los mayores males.

Alenzon escuchó estas palabras con un júbilo que dilató todos los músculos de su rostro.

—¿Creeis, le dijo, que sea practicable ese plan, y que evitaria los desastres que en vuestro entender nos amenazan?

Sí, respondió Enrique. Los hugonotes os quieren; vuestra modestia, vuestra situacion elevada é interesante á la par, la benevolencia con que siempre habeis tratado á los que profesan la religion, les inclinan á serviros.

—Pero, repuso Alenzon, decis que hay cisma. ¿Se decidirán por mí los que están á favor vuestro?

—Me encargo de reconciliarlos, por dos razones.

—¿Por cuáles?

—Primero, por la confianza que en mí tienen los gefes; segundo, porque temerán, sabiendo V. A. sus nombres....

—¿Quién me los ha de decir?

—Yo, ¡vive Dios!

—¿Seriais capaz de hacerlo?

—Escuchadme, Francisco, continuó Enrique; ya os he dicho que solo á vos profeso afecto en la corte, cual debe depender de que ambos nos vemos perseguidos; ademas, mi muger os tiene tambien un cariño sin igual.

Francisco se ruborizó de placer.

—Creedme, hermano, continuó Enrique, tomad por vuestra cuenta el asunto, reinad en Navarra, y me tendré por feliz con solo que me deis un asiento en vuestra mesa, y una buena selva para ir de caza.

—Reinar en Navarra, dijo el duque; pero ¿y si......

—¿Si nombráran rey de Polonia al duque de Anjou, ¿eh? ¿Es eso lo que quereis dar á entender?

El duque miró á Enrique con cierto terror.

—Prestadme atencion, Francisco, continuó el Bearnés; debo deciros, ya que nada se os escapa, que justamente en esa hipótesis se funda mi raciocinio. Si nombráran rey de Polonia al duque de Anjou y llegase á fallecer nuestro hermano Cárlos, que Dios guarde, de Pau á Paris, no hay mas

que doscientas leguas, y de Cracovia á Paris hay cuatrocientas: razon por la cual estariais aquí para recoger la herencia justamente cuando el rey de Polonia recibiera la noticia de que se hallaba vacante. Si entonces estabais contento de mí, Francisco, me dariais el reino de Navarra que aceptaria yo, porque solo seria un floron de vuestra corona. Lo peor que os puede suceder, es quedaros por allá, ejercer la soberanía y ser el tronco de una familia de reyes, viviendo conmigo y mi esposa; pero aquí, ¿qué sois? un pobre príncipe perseguido, hijo tercero de un rey, esclavo de sus dos primògenitos, y que por cualquier capricho puede dar con su cuerpo en la Bastilla.

—Sí, sí, dijo Francisco, lo entiende perfectamente, y tanto que no comprendo como renunciais al plan que me proponeis. ¿No late ahí nada?

Y el duque de Alenzon puso una mano sobre el pecho de Enrique.

—Hay cargas muy pesadas para ciertos hombros, dijo el Bearnés sonriéndose. No intentaré levantar esta; el miedo de cansarme me quita las ganas.

—De suerte que renunciais real y verdaderamente, Enrique.

—Eso dije á Mouy y eso repito.

—Pero en tales circunstancias, caro hermano, repuso Alenzon, no se dicen las cosas, se prueban.

Enrique respiró como el gladiador que siente

encorvarse á sus esfuerzos la espalda de su adversario.

—Lo probaré esta noche, dijo; á las nueve estarán en vuestro aposento la lista de los gefes y el plan de la empresa.

Cogió Francisco una mano al rey de Navarra y la estrechó con efusion.

En aquel instante entró Catalina, sin ser anunciada, segun su costumbre.

—Juntos, ¿eh? dijo sonriéndose; ¡propia armonía de dos buenos hermanos!

Lo somos, señora, respondió Enrique con la mayor serenidad.

El duque de Alenzon estaba escesivamente pálido.

Enrique se apartó algunos pasos para dejar á Catalina en libertad de hablar á su hijo.

Entonces sacó la reina madre de su bolsa un magnífico joyel, y dijo:

—Este broche es florentino: os le regalo para el cinturon de la espada.

Y en voz baja añadió:

—No os movais esta noche aun cuando llegueis á oir ruido en el aposento de vuestro buen hermano Enrique.

Estrechó Francisco la mano de su madre y dijo:

—¿Me permitís que le enseñe vuestro hermoso presente?

—Haced mas, dádselo en vuestao nombre y en el mio; justamente tenia encargado otro para él.

—Ya lo ois, Enrique, dijo Francisco; mi esce-

lente madre me trae esta joya y duplica su valor, permitiéndome que os la regale.

Enrique se deshizo en alabanzas acerca de la belleza del broche, y se confundió en acciones de gracias.

Luego que se calmó su arrebato:

—Hijo mio, dijo Catalina, me siento algo indispuesta, y voy á acostarme; vuestro hermano Cárlos está muy resentido de su caida, y trata de hacer lo mismo. Esta noche no cenamos en familia; á cada cual se le servirá en su aposento. ¡Ah! se me olvidaba felicitaros por vuestra destreza y valor; habeis salvado á un rey y á un hermano; sereis recompensado cual mereceis.

—Ya lo he sido, señora, respondió Enrique inclinándose.

—Sí, por la satisfaccion de haber cumplo con vuestro deber, repuso Catalina; pero no basta; Cárlos y yo pensamos pagaros de otro modo tal servicio.

—Cuanto de vos y de mi buen hermano proceda, será bien recibido, señora.

Diciendo esto hizo una cortesía y se marchó.

—¡Ah hermano Francisco! decia al salir de la habitacion, ahora estoy seguro de que no me iré solo; la conspiracion, que ya tenia corazon, acaba de encontrar cabeza, y lo bueno es que la tal cabeza me responde de la mia. Caminemos, sin embargo, con tiento. Catalina me hace un regalo; Catalina me promete recompensas; aquí hay gato encerrado; esta misma noche lo consultaré con Margarita.

CAPITULO XXXIII.

EL AGRADECIMIENTO DEL REY CARLOS I

Maurevel pasó parte del dia en la sala de a
mas del rey: cuando se acercó la hora de volv
los cazadores, Catalina le trasladó á su orato
con los esbirros que ya se le habian reunido.

La nodriza dijo á Cárlos IX, á su regreso, q
habia estado un hombre en su sala de armas. T
osadía le encolerizó al principio: mas habien
pedido señas de él, y noticioso de que era el m
mo á quien habia introducido una noche la m
ma nodriza, conoció que debia ser Maurevel, y
adivinó todo, recordando la órden que por la
ñana firmara á instancias de su madre.

—¡Oh! murmuró Cárlos, mal ha escogido el momento, cuando precisamente me ha salvado hoy mismo la vida.

En consecuencia dió algunos pasos para bajar á la habitacion de la reina, pero le detuvo un súbito pensamiento.

—¡Pardiez! dijo entre sí, si la hablo se va à entablar una discusion interminable; vale mas que cada cual haga por su parte lo que le parezca.

—Nodriza, añadió, cierra bien todas las puertas y dí á la reina Isabel *, que pienso dormir solo esta noche, porque me duele el cuerpo de resultas de la caida.

Obedeció la nodriza, y no siendo hora todavía de llevar á ejecucion su proyecto, Cárlos IX se puso á componer versos.

Era esta la ocupacion en que mas aprisa transcurria el tiempo para el monarca. Así fué que dieron las nueve cuando apenas creia que fuesen las siete. Contó una tras otra las campanadas, y al sonar la última se levantó.

—¡Diantre! dijo, tasado me viene el tiempo.

Y poniéndose la capa y el sombrero, salió por una puerta secreta, abierta de órden suya en la pared, y cuya ecsistencia ignoraba la misma Catalina.

Marchó en derechura á la habitacion de Enri-

---

* Cárlos IX estaba casado con Isabel de Austria, hija de Macsimiliano.

que. Al separarse el rey de Navarra del duque de Alenzon se habia mudado traje, volviendo á salir inmediatamente.

—Habrá ido á cenar con Margot, dijo el rey: hoy me ha parecido que estaban en la mejor armonía.

Y se dirigió á la habitacion de Margarita.

Habia ésta reunido en su aposento á la duquesa de Nevers, á Coconnas y á La Mole, y estaba tomando con ellos un refrigerio compuesto de pasteles y dulces.

Llamó el rey á la puerta principal y le salió á abrir Matilde, pero la aterró tanto el verle, que sin fuerzas mas que para hacer una cortesía, en vez de correr á participar á su ama la augusta visita, dejó pasar á Cárlos y no dió mas aviso á los que dentro estaban, que una esclamacion de sorpresa.

El rey atravesó la antesala, y se dirigió al comedor, guiado por el ruido de las carcajadas.

—¡Pobre Henriot! dijo, se está divirtiendo sin saber lo que le espera.

—Aquí estoy yo, dijo alzando la cortina, y asomando la cabeza con risueña espresion.

Margarita dió un terrible grito. Aunque risueño, aquel rostro obró en ella el efecto de la cabeza de Medusa. Estaba situada frente á la puerta y habia conocido á Cárlos.

Los dos caballeros volvian la espalda al rey.

—¡S. M! esclamó la reina aterrada.

Y se levantó.

Coconnas fué el único que no perdió la cabeza, cuando todos los demas sintieron vacilar la suya sobre sus hombros. Levantóse tambien, pero con una torpeza tan bien calculada, que al hacerlo derribó la mesa y con ella los vasos, la vajilla y las luces.

Reinó una completa oscuridad y un silencio de muerte.

—Pon piés en polverosa, dijo Coconnas à La Mole. ¡Animo! ¡ánimo!

No aguardó La Mole à que se lo repitiera, y arrimàndose á la pared se fué orientando con las manos hasta llegar al gabinete que tan familiar le era.

Pero al entrar en la alcoba tropezó con un hombre que acababa de entrar por el pasadizo secreto.

—¿Qué significa esto? dijo Cárlos en medio de la oscuridad con una voz que empezaba à revestirse de un formidable acento de impaciencia; ¿vengo yo á aguar la fiesta por ventura? ¿solo el verme causa tal alboroto? Vamos, Henriot, Henriot, ¿dónde estás? responde.

—Nos hemos salvado, murmuró Margarita cogiendo una mano que creyó ser de Coconnas. El rey ha creido que mi esposo es comensal nuestro.

—No le sacaré yo de la duda, señora, perded cuidado; respondió Enrique en el mismo tono de voz.

—¡Gran Dios! esclamó Margarita soltando vivamente la mano que tenia asida.

—¡Silencio! dijo Enrique.

—¡Voto á mil demonios! ¿qué andais cuchicheando? esclamó Cárlos. Respondedme, Enrique, ¿dónde estais?

—Aquí estoy, señor, dijo la voz del rey de Navarra.

—¡Diantre! murmuró Coconnas que se habia refugiado á un rincon con la duquesa de Nevers, esto se complica.

—Ya son dos los peligros, dijo Enriqueta.

Dotado Coconnas de un valor que rayaba en imprudencia, se hizo cargo de que al fin y al cabo habria que encender las luces, y pensando que cuanto antes seria mejor, soltó la mano de la duquesa, buscó en el suelo un candelabro, se acercó á una especie de brasero que habia en la habitacion, sopló los carbones é inflamó el pávilo de una bujía.

Iluminose el aposento.

Cárlos IX paseó en su derredor una esploradora mirada.

Enrique estaba al lado de su esposa; la duquesa de Nevers, sola en un rincon; Coconnas en medio alumbrando la escena con un candelero en la mano.

—Disimulad, hermano, dijo Margarita, no os esperábamos.

—Y V. M. nos ha causado un miedo terrible, añadió Enriqueta.

—El mio, dijo Enrique adivinándolo todo, confieso que ha sido tan grande que al levantarme he volcado la mesa.

Coconnas echó al rey de Navarra una mirada que queria decir!

—Perfectamente, eso se llama ser buen marido y entender á media palabra.

—¡Qué baraunda! repitió Cárlos IX. ¿Con que te has quedado á media cena, Henriot? Vente conmigo y en otra parte la acabarás: quiero que echemos la noche á perros.

—¡Cómo! dijo Enrique: me hace V. M. el honor....

—Sí, mi magestad te hace el honor de sacarte del Louvre. Préstamele, Margot; mañana por la mañana te le volveré.

—Sois muy dueño, hermano, respondió Margarita, y no necesitais mi permiso.

—Señor, dijo Enrique, voy á mi cuarto á coger otra capa y vuelvo.

—No hay necesidad Henriot; la que llevas es buena.

—Pero .... insistió el Bearnés.

—Te digo que no vuelvas á tus aposentos ¡voto á....! ¿No lo oyes? Ea, ven.

—Sí, sí, idos, dijo súbitamente Margarita apretando el brazo á su esposo, pues por una singular mirada de Cárlos, conoció que ocurria alguna novedad.

—Ya os sigo, señor, respondió Enrique.

Entonces volvió el rey los ojos hácia Coconnas, que por concluir la tarea que se habia impuesto, estaba encendiendo las demas bujías.

—¿Quién es este caballero? preguntó á Enrique mirando al piamontés, el señor de La Mole por ventura?

—¿Quién le habrà hablado de La Mole? murmuró Margarita.

—No, señor, respondió Enrique; el señor de La Mole no está aquí, y lo siento, porque hubiera tenido el honor de presentarle á V. M. junto con el señor de Coconnas su amigo; son inseparables y sirven al duque de Alenzon.

—¡Hola! ¡à nuestro famoso tirador! dijo Cárlos. ¡Buena!

Y frunciendo el ceño añadió:

—¿No era hugonote ese señor de la Mole?

—Se ha convertido, dijo Enrique, y respondo de él como de mí propio.

Despues de lo que hoy habeis hecho, Henriot, no tengo derecho para dudar de nadie como respondais vos de él; sin embargo, hubiera querido ver al señor de La Mole; otro dia será.

Y fijando por última vez los saltones ojos en el aposento, dió Cárlos un abrazo á Margarita, y se llevó al rey de Navarra asido del brazo.

A la puerta del Louvre quiso Enrique pararse para hablar á uno que pasaba.

—Vamos, vamos, sal pronto, dijo Cárlos. Te repito que el aire que corre en el Louvre esta noche es malo para tí: ¡qué diantre! creeme.

—¡Vive Dios! murmuró Enrique; ¿y que va á hacerse Mouy solo en mi aposento?...Dios quiera que ese aire que para mí es malo no sea peor para él.

—Oyes, dijo el rey, despues de atravesar con Enrique el puente levadizo: ¿con que consientes en que los criados del duque de Alenzon galanteen á tu muger?

—¿Por qué?

—Sí tal; ¿no hace la rueda ese señor de Coconnas á Margot?

—¿Quién lo dice?

—Toma! repuso el rey, me lo han dicho.

—Por chanza, señor. Cierto es que el señor de Coconnas está enamorado, pero es de la duquesa de Nevèrs.

—¿De veras?

—Puedo asegurarlo à V. M.

Cárlos se echó á reir.

—¡Me alegro! dijo, si me viene otra vez con cuentos el duque de Guisa, le pongo de mal gesto refiriéndole las hazañas de su hermana. Pero, prosiguió el rey corrigiéndose, no sé á punto fijo si me habló del señor de Coconnas ó del señor de La Mole.

—Ni de uno ni de otro, señor; respondo de los sentimientos de mi esposa.

—¡Magnífico, Enrique, magnífico! celebro en estremo que esteis en esa creencia; eres, á fe mia, tan buen muchacho, que al fin me parece que no he de poderme pasar sin tí.

Dichas estas palabras, dió el rey algunos silbidos, á cuya seña se le reunieron cuatro caballeros que aguardaban en la esquina de la calle de Beauvais y le siguieron hàcia el centro de la ciudad.

Daban las diez.

—¿Volvemos á la mesa? preguntó Margarita luego que se fueron el rey y Enrique.

—No, á fe, dijo la duquesa, he tenido mucho miedo. ¡Viva la casita de la calle de Cloche-Percée en que no se entra sin ponerla ántes sitio, y en que nuestros valientes defensores pueden manejar libremente la espada! Pero ¿qué andais buscando por debajo de los muebles y en los armarios, señor de Coconnas?

—Busco á mi amigo La Mole, respondió el piamontés.

—Buscadle hácia mi alcoba, dijo Margarita; hay en ella cierto gabinete......

—Bien, contestó Coconnas, allá voy.

Y entró en la alcoba.

—¿Qué hay? dijo una voz entre las tinieblas; ¿á qué altura estamos?

—¿En qué hemos de estar? ¡voto á sanes! En los postres.

—¿Y el rey de Navarra?

—Nada ha visto.

—¿Y el rey Cárlos¿

—Ese es diferente; se ha llevado al marido.

—¿De veras?

—Como lo oyes. Me ha hecho ademas el honor de mirarme de reojo cuando oyó que servia al duque de Alenzon y de volverme á mirar de atravesada manera cuando supo qne era amigo tuyo.

—¿Le habrán hablado mal de mí?

—Temo por el contrario, que le hayan hablado

demasiado bien. Pero de nada de eso se trata ahora: parece que esas señoras quieren hacer una romería hácia la calle del rey de Sicilia, y nosotros debemos guiarlas.

—Ya sabes que es imposible.

—¡Como!

—Sí por cierto; estamos de servicio con su alteza real.

—¡Voto á sanes! dices bien. Siempre se me olvida que hemos entrado en la carrera de los ascensos, y que de caballeros que éramos, tenemos el honor de haber pasado á criados.

Y los dos amigos marcharon á esponer á la reina y á la duquesa la necesidad en que se veian de presenciar cuando menos el acto de acostarse el duque.

—Bien está, dijo la duquesa de Nevers; nosotras nos vamos.

—¿Y se puede saber adonde? preguntó Coconnas.

—Mucha curiosidad es esa, respondió la duquesa. *Quere et invenies.*

Saludáronlas nuestros jóvenes, y subieron á toda prisa á los aposentos del duque de Alenzon.

El duque los esperaba en su gabinete.

—Tarde venís, señores, dijo.

—Apenas son las diez, monseñor, respondió Coconnas.

Sacó el duque el reloj y contestó:

—Es cierto. Sin embargo, todos se han recogido en el Louvre.

—Sí, monseñor; pero ya estamos aquí á vuestras órdenes. ¿Habremos de introducir en la alcoba à los caballeros que V. A. suele recibir al acostarse?

—No tal; pasad á la sala y decidles que se pueden retirar.

Obedecieron los jóvenes, y volvieron á donde estaba el duque.

—Monseñor, dijo Coconnas, V. A. irá sin duda á acostarse ó á trabajar.

—No, señores, podeis marcharos hasta mañana.

—Está visto, dijo Coconnas en voz baja á La Mole, toda la corte duerme fuera esta noche.

Y ambos echaron á correr subiendo los escalones de cuatro en cuatro; cogieron sus capas y sus espadas de noche y salieron rápidamente del Louvre en pos de las dos damas á las cuales alcanzaron en la esquina de la calle *du-Coq-Saint-Honoré*.

CAPITULO XXXIV.

DIOS DISPONE.

Reinaba en el Louvre, segun habia dicho el duque á nuestros jóvenes, el mas profundo silencio.

En efecto, Margarita y la duquesa de Nevers se habian ido á la calle Tizon; Coconnas y La Mole corrian tras ellas; el rey Enrique vagaba por la ciudad; el duque de Alenzon esperaba con áncia en su cuarto el resultado de los sucesos que por la tarde le predijera la reina madre; Catalina en fin, estaba en la cama, y la baronesa de Sauve sentada à su cabecera, le leia ciertos cuentos italianos que arrancaban frecuentes risas á la buena reina.

Tiempo hacia que no se mostraba Catalina de tan buen humor. Despues de cenar apetitosamen-

te con sus damas, despues de una consulta con su mèdico, y despues de arreglar la cuenta diaria del gasto de su casa, mandó que rezaran una oracion por el buen ésito de cierta empresa importante, segun manifestó, para la felicidad de sus hijos: Catalina acostumbraba segun las circunstancias, y la costumbre era enteramente florentina, ordenar oraciones y misas cuyo objeto solo de Dios y de ella era conocido.

Habia tambien visto à Renato y escogido muchós objetos nuevos, entre los que formaban su odorífero y rico surtido.

—Ved si está en su habitacion mi hija la reina de Navarra, dijo Catalina; y si está, suplicadla que venga á hacerme compañía.

Marchóse el paje que recibió esta órden, y á poco tiempo volvió acompañado de Matilde.

—¿Qué es eso? pregnntó la reina madre: he llamado à la ama, no à la sirvienta.

—Señora, dijo Matilde, me ha parecido, que debia venir en persona á decir á V. M. que la reina de Navarra ha salido con su amiga la duquesa de Novers....

—¡A estas horas! repuso Catalina frunciendo el ceño: ¿á dónde puede haber ido?

—A presenciar algunos esperimentos de alquimia, respondió Matilde, que han de hacerse en la parte del palacio de Guisa habitada por la duquesa de Nevers.

—¿Cuando volverá? preguntó la reina madre.

—La sesion será bastante larga, respondió Matilde; y es probable que S. M. se quede con su amiga hasta mañana.

—¡Qué feliz es la reina de Navarra! murmuró Catalina. Tiene amigas y es reina; ciñe sus sienes con una corona, la llaman magestad y no ejerce la soberanía. ¡Qué feliz es!

Pasado este ex-abrupto que hizo sonreirse interiormente á los que la oyeron:

—Al fin y al cabo, murmurò, si ha salido.... porque decis que ha salido....

—Hace media hora, señora.

—Todo marcha perfectamente: idos.

Hizo Matilde una reverencia, y se marchó.

—Continuad leyendo, Carlota, dijo la reina.

La baronesa de Sauve continuó.

Diez minutos despues interrumpió Catalina la lectura.

—Antes que se me olvide, dijo, que se retiren los guardias de la galería.

Esta señal esperaba Maurevel.

Fué ejecutada la órden de la reina madre, y la baronesa de Sauve prosiguió su historia.

Un cuarto de hora llevaria leyendo sin interrupcion, cuando se oyó en la cámara real un prolongado y terrible grito, que erizò de espants los cabellos á los circunstantes.

Siguióle inmediatamente un pistoletazo.

—¿Qué es eso? preguntó Catalina, por qué os parais, Carlota?

—Señora, dijo la jóven perdiendo el color, ¿no habeis oido?

—¿Qué?

—Ese grito.

—Y ese pistoletazo, añadió el capitan de guardias!

—Ni uno ni otro he oido yo, repuso Catalina. Ademas, ¿son cosas tan estraordinarias en el Louvre un grito y un pistoletazo? leed, leed, Carlota.

—Pero, escuchad, señora, dijo ésta, en tanto que el señor de Nancey permanecia de pié, con una mano sobre el puño de la ecpada aunque sin atreverse á salir sin permiso de la reina: escuchad; se oyen pasos, imprecaciones......

—Voy á tomar informes, señora? dijo el capitan.

—No, señor, quedaos, dijo Catalina, incorporándose sobre un brazo como para dar mas fuerza á su órden. ¿Quién me defenderia en caso de alarma? Serán algunos suizos borrachos que estarán riñendo......

La tranquilidad de la reina en medio del terror que dominaba à toda la asamblea, formaba tan notable contraste, que á pesar de su timidez, la baronesa fij en Catalina una esploradora mirada.

—Señora, esclamó, cualquiera diria que estaban matando á alguno.

¿Y á quién quereis que maten?

—Al rey de Navarra, señora; el ruido suena há cia sus aposentos.

—¡Necia! murmuró la reina, cuyos labios, á pesar del imperio que sobre sí misma tenia, empeza-

ban á agitarse de estraña manera, pues estaba murmurando una oracion; ¡nécia! en todas partes vé á su rey de Navarra.

—¡Dios mio!'¡Dios mio' dijo la baronesa, cayendo sin fuerzas sobre un sillon.

—Es negocio concluido, dijo Catalina. Capitan, continuó dirigiéndose al señor de Nancey, si ha ocurrido algun escàndalo en palacio, espero que castigueis mañana severamente á los culpables. Proseguid vuestra lectura, Carlota.

Y Catalina se dejó caer sobre la almohada con una inmovilidad que podria provenir de lacitud, pues los circunstantes observaron que corrian por su rostro gruesas gotas de sudor.

La baronesa de Sauve deobeció aquella órden tan formal, empero solo funcionaban sus ojos y su voz. Vagaban sus pensamientos por otras regiones representándola el terrible peligro que amenazaba à su amante. Pasados algunos minutos en esta lucha entre su conmocion y la etiqueta, se dió por fin á ella, y su voz cesó de ser inteligible y dejando caer el libro se desmayó.

Súbito se oyó un estrépito aun mas violento; estremecieron el corredor pesados y veloces pasos, y sonaron dos tiros haciendo vibrar los cristales. Asombrada Catalina de que tanto se prolongase el combate, se enderezó sobre el lecho, pálida y con los ojos dilatados, y viendo que el capitan de sus guardias se aprestaba á salir, le cogió por un brazo diciendo:

—Quieto aquí, nadie se mueva; yo misma iré á ver lo que pasa.

Hé aqui lo que pasaba, ó por mejor decir, lo que habia pasado.

Mouy recibió por la mañana la llave de Enrique' de manos de Orthon. Vió que en su agugero iba escondido un papel arrollado, y le sacó con un alfiler.

Era el santo y seña del Louvre para la prócsima noche.

Orthon le comunicó ademas verbalmente las palabras de Enrique, invitándole á que fuese á las diez á palacio.

A las nueve y media se vistió Mouy una armadura cuya solidez habia tenido ocasion de esperimentar mas de una vez; se puso encima un jubon de seda, se ciñó la espada, se colgó las pistolas del cinto, y cubrió todo esto con la famosa capa de color de cereza de La Mole.

Ya hemos visto que antes de volver á su aposento, creyó Enrique conveniente hacer una visita á Margarita y que entrando por la escalera secreta llegó justamente á tiempo de tropezar con La Mole en la alcoba de su esposa y de ocupar su lugar para con el rey en el comedor. Precisamente en aquel mismo momento atravesaba Mouy el postigo del Louvre, merced á la contraseña que le enviara Enrique, y especialmente á la célebre capa de color de cereza.

Subió el jóven en derechura á la habitacion del

rey de Navarra, imitando como siempre, el modo de andar de La Mole, y encontró en la antecámara á Orthon que le estaba esperando.

—Señor de Mouy, dijo el montañes, el rey ha salido, pero me ha mandado que os introduzca y os diga que le aguardeis. Si tarda mucho, os ofrece su cama.

Mouy entró sin pedir mas esplicaciones, pues lo que Orthon acababa de decirle, era solo una repeticion de lo que ya por la mañana le habia manifestado.

Para entretener el tiempo, cogió una pluma y un tintero; y acercándose á un ecselente mapa de Francia colgado en la pared, se puso á contar las jornadas que habia de Paris á Pau.

Pero esto solo duró un cuarto de hora, y una vez terminada la operacion ya no supo Mouy con qué distraerse.

Dió dos ó tres vueltas por la habitacion, se restregó los ojos, bostezó, se sentó, volvió á levan tarse y se sentó de nuevo. Por último, aprovechandose de la oferta de Enrique, y escudado por otra parte con las leyes de familiaridad que en aquella época ecsistian entre los príncipes y sus cortesanos, dejó sobre la mesa de noche las pistolas y la luz, se tendió sobre el ancho lecho rodeado de os curas cortinas y colocado al fondo de la alcoba, puso á su lado su espada desnuda, y resguardado de toda sorpresa, puesto que velaba un criado en la antecámara, se entregó á un pesado sueño, cuyo

rumor repitieron muy pronto los prolongados ecos del cielo de la cama. Mouy roncaba á las mil maravillas, y en este punto hubiera podido competir con el mismo rey de Navarra.

Entonces fué cuando, por el corredor que comunicaba por medio de una puerta baja con los aposentos de Catalina, y por la principal con los de Enrique, se deslizaron silenciosamente seis hombres con espada en mano y puñal al cinto.

Uno de ellos iba delante. Amen de la espada y del puñal, tan fuerte como un cuchillo de monte, llevaba dos escelentes pistolas colgadas del cinto con ganchos de plata.

Era Maurevel.

Al llegar á la puerta de la habitacion de Enrique se detuvo.

—¿Estais seguros de que se han ido los centinelas del corredor? preguntó al que parecia gefe de la corta fuerza que á sus órdenes llevaba.

—Ni uno solo se halla en su puesto, respondió el lugarteniente.

—Bien, dijo Maurevel; ahora solo falta saber una cosa, y es si está dentro la persona que buscamos.

—Capitan, dijo el teniente cogiendo á Maurevel la mano con que iba á asir el llamador; capitan, ved que esta es la habitacion del rey de Navarra.

—¿Quién dice lo contrario? repondió Maurvel.

Miráronse los esbirros con sorpresa, y el teniente retrocedió un paso.

—¡Pse! murmuró, venir á hacer un prision á estas horas, en el Louvre y en el aposento del rey de Navarra....

—¿Y qué responderiais, preguntó Maurevel, si yo os dijera que el rey de Navarra es precisamente el que venimos à prender?

—Os diria, capitan, que la empresa era seria, y que sin una órden firmada por el mismo Càrlos IX....

—Leed, dijo Maurevel.

Y sacando la órden que le entregara Catalina, la puso en manos del teniente.

—Está en regla, dijo éste; nada tengo que objetar.

—¿Y os hallais dispuesto á seguirme?

—Sí.

—¿Y vosotros? continuó Maurevel volviéndose á los demas esbirros.

Estos le saludaron con respeto.

—Pues oid, repuso Maurevel; este es mi plan: dos se quedarán en esta puerta, otros dos, junto á la de la alcoba, y los otros dos restantes entrarán conmigo.

—¿Y luego? dijo el teniente.

—Escuchadme con atencion: no se ha de permitir al preso llamar, gritar ni resistirse; la menor infraccion de esta órden se castigará con pena de muerte.

—Vaya, habrá que darle pasaporte, dijo el te-

niente al hombre designado para entrar con él y con Maurevel en la alcoba.

—Justamente, dijo Maurevel.

—¡Pobrete! murmuró un esbirro; estaba escrito en el cielo que no habia de salir con vida.

—Y en la tierra, dijo Maurevel recibiendo de manos del teniente la órden de Catalina y guardándosela en el pecho.

Introdujo el esbirro en la cerradura la llave que le habia dado la reina madre, y dejando apostados dos hombres en la puerta esterior conforme á lo convenido, entró con los cuatro restantes en la antecamara.

—¡Hola! dijo Maurevel al oir la sonora respiracion del dormido que ya allí se oia, parece que no anda lejos lo que buscamos.

Imaginando Orthon que fuera su amo el que entraba, salió á su encuentro y se halló frente á frente con cinco hombres armados que llenaban la primera pieza.

Al ver el rostro de Maurevel á quien llamaban el *Mata-hombres del rey*, retrocedió el leal criado y se puso delante de la segunda puerta diciendo:

—¿Quién sois? ¿qué quereis?

—En nombre del rey, respondió Maurevel, dinos dónde está tu amo.

—¡Mi amo!

—Sí, el rey de Navarra.

—Ha salido, respondió Orthon defendiendo tenazmente la puerta: no podeis entrar.

—¡Pretestos! ¡embustes! dijo Maurevel. ¡Atras! Los bearneses son muy tercos; Orthon gruñó como un perro de sus montañas, y sin intimidarse repuso:

—No habeis de entrar porque el rey está ausente.

Y se asió con fuerza á la puerta.

A una señal de Maurevel, los cuatro esbirros se arrojaron sobre el recalcitrante y le hicieron soltar el reborde de la puerta á que estaba aferrado. Abrió la boca para gritar, pero Maurevel se la tapó con una mano.

Mordiósela Orthon con furia; el asesino apartó la mano dando un sordo rugido y le descargó un golpe en la cabeza con la empuñadura de la espada.

Vaciló el criado y cayó gritando: ¡Alarma! ¡alarma! ¡alarma!......

Pero su voz se apagó: estaba desmayado.

Pasaron los asesinos sobre su cuerpo, y quedándose dos á guardar la segunda puerta, entraron los restantes en la alcoba, con Maurevel à la cabeza.

A la luz de la lámpara que ardia sobre la mesa de noche vieron la cama.

Las cortinas estaban caidas.

—¡Hola! murmuró el teniente, parece que ya no ronca.

—¡Pues á él! dijo el asesino.

Un ronco grito mas parecido al rugido del leon

que á un humano acento, salió á este tiempo de entre las cortinas, las cuales se separaron violentamente, apareciendo tras ellas un hombre armado con una coraza, cubierto con un yelmo encasquetado hasta los ojos, empuñando una pistola con cada mano, y puesta la espada sobre las rodillas.

No bien le vió Maurevel y reconoció á Mouy, que se le erizaron los cabellos, se puso espantosamente pálido, vertió espumarajos por la boca y retrocedió un paso como ante un espectro.

Levantose de súbito el armado, y dió hácia adelante el paso que el asesino diera hácia atras; de suerte que el que realmente se veia amenazado, era el que perseguia, y el que venia á amenazar el fugitivo.

—¡Ah malvado! dijo Mouy con sorda voz, ¡vienes á matarme á mí como mataste á mi padre!

Solo los dos esbirros que entraron con Maurevel en la régia cámara oyeron estas terribles palabras. Al decirlas, apuntó Mouy á Maurevel con una pistola pero éste se dejó caer de rodillas al tiempo de apretar nuestro hugonote el gatillo; salió el tiro, y un guardia que estaba detras y que con el movimiento de su gefe quedó en descubierto, recibió el balazo en el corazon. Inmediatamente respondió Maurevel con otro tiro, pero la bala se aplastó en la coraza de Mouy.

Alzando entonces el brazo y midiendo la distancia, hendió Mouy de un tajo el cráneo del se-

gundo guardia, y volviéndose á Maurevel, le atacó con su larga espada.

Terrible fué el combate, aunque corto. Al cuarto quite sintió Maurevel sobre su garganta la punta del frio acero; dió un ahogado grito, y cayó de espaldas derribando la lámpara, la cual se apagó.

Aprovechándose el hugonote de la oscuridad, echó á correr con la agilidad y vigor de un héroe de Homero hácia la antecámara; atropelló á un guardia, repelió al otro, pasó como un relámpago por entre los esbirros que defendian la puerta esterior, fué blanco de dos pistoletazos cuyas balas se clavaron en la pared del corredor, y se tuvo ya por libre, pues aun le quedaba una pistola cargada, amen de la espada con que tan terribles tajos repartia.

Un momento estuvo vacilante Mouy, no sabiendo si refugiarse al aposento del duque de Alenzon, cuya puerta le pareció que se habia abierto, ó salir del Louvre; mas decidiéndose al fin por este último partido, aumentó la velocidad de su carrera que entre tanto habia ido á menos, salvó diez escalones de un salto, llegó al postigo, pronunció el santo, y salió á la calle, diciendo:

—Subid, que arriba hay matanza por cuenta del rey.

Y prevaliéndose del estupor que, sobre el causado por los pistoletazos, infundieron sus palabras,

apretó el paso, y desaparació por la calle *Du Cod* sin recibir un solo arañazo.

En aquel momento detenia Catalina al capitan de sus guardias, diciéndole:

—Quedaos; yo iré en persona á ver lo que pasa.

—Pero, señora, respondió el capitan, el peligro que puede correr V. M. me obliga á seguirla.

—Quedaos, caballero, repitió Catalina con tono aun mas imperioso. A los reyes les protege una fuerza superior al acero de los hombres.

El capitan se quedó.

Cogió Catalina una lámpara, metió los desnudos piés en unos chapines de terciopelo, salió del aposento, entró en el corredor lleno todavía de humo, y se acercó impasible y fria como una sombra, á la habitacion del rey de Navarra.

Todo habia enmudecido.

Llegó à la puerta esterior, la travesó y topó la antecámara con Orthon que yacia desmayadó.

—¡Bien! dijo, ya está aquí el lacayo, sin duda hallaremos mas adentro al amo. Y atravesó el umbral de la segunda puerta.

Tropezando allí con un cadáver, bajó la luz para ecsaminarle; era el guardia del cráneo roto; estaba completamente muerto.

A tres pasos de distancia el teniente, herido de un balazo, ecshalaba el último suspiro.

Junto al lecho, pugnaba un hombre por levantarse; pálido como un cadàver, derramaba sangre por dos heridas con que tenia atravesado el pescue-

zo, y apretaba convulsivamente los puños.

Era Maurevel.

Congeláronse de espanto las venas de Catalina: al ver desocupado el lecho, paseó una mirada por la alcoba y buscó inútilmente entre aquellos tres hombres que se revolcaban en su propia sangre, el cadáver que apetecia.

Maurevel por su parte conoció à la reina; sus pupilas se dilataron horriblemente, y tendió hácia ella los brazos en desesperada actitud.

—¿Qué ocurre? dijo la reina á media voz: ¿dónde está? ¿qué ha sido de él? ¡Infeliz¡ ¿le habeis dejado escapar?

En vano pretendió el asesino articular algunas palabras: solo salió de su herida un ininteligible silbido; sus labios se cubrieron de rojiza espuma y movió la cabeza en muestra de impótencia y de dolor.

—¡Habla! esclamó Catalina; habla; pronuncia una sola palabra.

Mostró Maurevel su herida; formó algunos inarticulados sonidos; hizo un esfuerzo que le arrancó un ronco quejido y se desmayó.

Entonces echó Catalina una ojeada en torno suyo; estaba rodeada de cadáveres y de moribundos; corria á torrentes la sangre por el suelo; un silencio de muerte completaba la escena.

Aun dirigió otra vez la palabra á Maurevel, pero no consiguió hacerle volver en sí; el esbirro permaneció mudo é inmóvil. Por su ropilla asomaba la

punta de un pergamino; era la órden de arresto firmada por el rey. Cogióla Catalina y la guardó en el seno.

En aquel momento oyó la reina un ligero ruido á sus espaldas; volvió y vió de pié, á la puerta del aposento, al duque de Alenzon atraido por el estrépito y fascinado por el espectáculo que á sus ojos se presentaba.

—¡Vos aquí! dijo la reina.

—Sí, señora: ¿qué ocurre? ¡Dios mio! preguntó el duque.

—Volved á vuestra habitacion, Francisco: harto pronto sabreis la noticia.

No estaba Alenzon tan poco enterado como suponia Catalina. A los primeros pasos que sonaron en el corredor, aplicó el oido, y viendo entrar á hombres desconocidos en el cuarto del rey de Navarra, adivinó lo que iba á pasar, compaginando este hecho con las palabras de Catalina. No le pesaba, por cierto, que una mano mas poderosa que la suya tomara á su cargo aniquilar á tan peligroso amigo.

En breve llamaron su atencion los tiros y los rápidos pasos de un fugitivo, y por el luminoso espacio que proyectaba el hueco de la puerta de la escalera, vió desaparecer una capa roja que le era sobrado familiar para dejar de conocerla.

—¡Mouy! esclamó, Mouy en la habitacion de mi cuñado: no, es imposible. ¿Será el señor de La Mole?

Recordó entonces con inquietud, que Margarita en persona le habia recomendado al provenzal, y deseando saber de fijo si era éste el que acababa de pasar, subió ràpidamente á la habitacion de los dos jóvenes. La halló desocupada, pero en un rincon vió la famosa capa de color de cereza colgada de una percha. Con esto terminaaon sus dudas: el fugitivo no era La Mole sino Mouy.

Perdido el color, y temiendo que fuese descubierto el hugonote y revelase los secretos de la conspiracion, se precipitó entonces hácia la puerta del Louvre. Dijéronle allí que el dueño de la capa color de cereza se habia escapado sano y salvo, diciendo al pasar que en el Louvre estaban matando por cuenta del rey.

—Se equivocaba, murmuró Alenzon. Era por cuenta de la reina madre.

Y dirigiéndose al teatro del combate, encontró á Catalina paseándose como una hiena por entre los cadáveres.

Conforme con la órden de su madre, regresó el jóven á su aposento aparentando serenidad y obediencia, á pesar de las tumultuosas ideas que agitaban su espíritu.

Desesperada Catalina al ver frustrada esta nueva tentativa, llamó al capitan de sus guardias; mandó recoger los muertos, encargó que llegaran á su casa á Maùrevel, que aun vivia y ordenó que no despertasen al rey.

—¡Oh! murmuraba al volver á su habitacion con

la cabeza caida sobre el pecho; tambien esta vez se ha escapado; Dios ha tendido su mano sobre ese hombre. ¡Reinará!...... ¡reinará!....

Y antes de abrir la puerta de su alcoba se pasó la mano por la frente, y dió á su rostro la espresion de una indiferente sonrisa.

—¿Qué era eso, señora? preguntaron todos los circunstantes, á escepcion de la baronesa de Sauve cuyo terror era sobrado grande para permitirla hacer preguntas.

—Nada, respondió Catalina, mucho ruido.

—¡Oh! gritó de súbito la baronesa de Sauve apuntando con el dedo las huellas de Catalina; cada paso de V. M. deja una señal de sangre en la alfombra....

CAPITULO XXXV.

LA NOCHE DE REYES.

Marchaba entre tanto Cárlos IX mano á mano con Enrique apoyado en su brazo, escoltado por cuatro caballeros y precedido por dos lacayos que llevaban hachones encendidos.

—Siempre que salgo del Louvre, decia el pobre rey, siento un placer análogo al que recibo cuando entro en una hermosa selva; respiro, vivo, soy libre.

Sonrióse Enrique.

—Entonces estaria perfectamente V. M. en mis montañas del Bearne, contestó.

—Sí tal; y no me estraña que desees volver allá; pero si te da muy fuerte la tentacion, Henriot,

añadió riéndose, te aconsejo como amigo que tomes antes tus precauciones, porque mi madre Catalina te quiere tanto que no puede absolutamente pasarse sin tí.

—¿Qué piensa hacer V. M. esta noche? dijo Enrique por dar otro giro á tan peligrosa conversacion.

—Quiero relacionarte con una persona, Henriot, y luego me dirás lo que te parece.

—Estoy á las órdenes de V. M.

—A la derecha, à la derecha, vamos á la calle de Barres.

Ya habian pasado los dos reyes con su escolta la calle de la Savonniere, cuando al llegar frente al palacio de Condé, vieron salir á dos embozados por una puerta falsa que el uno cerró despues con el mayor sigilo.

—¡Hola! ¡hola! dijo el rey à Enrique, el cual, segun su costumbre miraba tambien, pero sin decir palabra; esto merece atencion.

—¿Por qué, señor? preguntó el rey de Navarra.

—No lo digo por tí, Henriot, tú estás seguro de tu muger, añadió Cárlos con una sonrisa; pero tu primo Condé no lo está de la suya, ó si lo está, hace mal, ¡voto al diablo!

—Pero ¿quién dice á V. M. que esos caballeros hayan venido á visar á la princesa de Condé?

—Un presentimiento. Su inmovilidad, porque se han parado junto à la puerta así que nos han visto, y no se mueven: por otra parte, el corte de

la capa del mas bajo...... ¡Pardiez! ¡Singular cosa seria!....

—¿Qué?

—Nada, me ha ocurrido una idea; acerquémonos.

Y marchó rectamente hácia los dos desconocidos, los cuales no dudando ya de las intenciones del rey, dieron algunos pasos sin alejarse.

—¡Eh, señores, dijo el rey, alto ahí.

—¿Es á nosotros? preguntó una voz que hizo latir con fuerza el corazon de Cárlos y el de su compañero.

—Vamos, Henriot, dijo Cárlos, ¿conoces ahora esa voz?

—Señor, respondió Enrique, si no estuviese en la Rochela vuestro hermano el duque de Anjou, diria que era suya

—Pues el misterio consiste, repuso Cárlos, en que no está en la Rochela.

—Pero ¿quién irá con él?

—¿No le conoces tampoco?

—No, señor.

—Sin embargo, no es muy fácil de equivocar. Espera y le conocerás. ¡Hola! ¡eh! repito, ¿no habeis oido? ¡vive Dios!

—¿Sois alguna ronda para venir à deteneros? dijo el mas alto sacando el brazo por debajo de la capa.

—Haced cuenta que sí, dijo el rey, y deteneos cuando os lo mandan.

Y acercándose á Enrique añadió á su oido:

—Ahora verás reventar el volcan.

—Ocho sois, dijo el mas alto, enseñando no solo el brazo, sino el rostro, pero aunque seais ciento, pasad de largo.

—¡El duque de Guisa! esclamó Enrique.

—Hola, primo Lorena, dijo el rey; al fin os dais á conocer. No es poca fortuna.

—¡El rey! murmuró él duque.

Al oir esto su compañero, ocultó el rostro bajo el embozo y se quedó inmóvil, no sin descubrirse antes la cabeza en muestras de respeto.

—Señor, dijo el duque de Guisa, volvia de visitar á mi cuñada la princesa de Condé.

—Si...... acompañado de un caballero de vuestra servidumbre. ¿Quién es?

—No le conoce V. M., respondió el duque.

—Pues haremos conocimiento, repuso el rey.

Y marchando rectamente hácia el otro bulto, mandó por señas á un lacayo que se acercara con su hachon.

—Perdon, hermano, dijo el duque de Anjou desembozándose é inclinándose con mal disimulado despecho.

—¡Ah!...... Enrique, ¿oís ve?...... No, es imposible; sin duda me equivoco. No hubiera ido mi hermano Anjou á visitar a nadie antes de verme á mí. No debe ignorar que para los príncipes de la sangre que vienen á la capital, Paris no tie-

ne mas que una puerta, y que esta puerta es el postigo del Louvre.

—Perdonad, señor, repuso el duque de Anjou, ruego á V. M. què disimule una inconsecuencia....

—¿Pues no? respondió el rey con irónico acento: ¿y á qué veniais al palacio de Condé, hermano?

—¿A qué habia de venir? dijo el rey de Navarra con el tono rlbonn que le era peculiar: á lo que estaba diciendo V. M. hace poco.

Y acercándose al rey, pronunció à su oido el resto de la frase que terminó con una carcajada.

—¿Qué se entiende? preguntó el duque de Guisa con altanería, pues se habia acostumbrado, como todos los de la corte, á tratar con sobrado despego al pobre rey de Navara. ¿Por qué no he de venir à ver á mi cuñada? ¿No va el duque de Alenzon á ver la suya?

Enrique se ruborizó levemente.

—¿Qué cuñada? preguntó Cárlos. Como no sea la reina Isabel, no le conozco otra.

—Perdone V. M., debí decir à su hermana, la reina Margarita; media hora hace que, al venir aquí la vimos pasar en su litera, acompañada de dos pisaverdes, uno á cada portezuela.

¿De veras? dijo Cárlos. ¿Qué respondeis á esto, Enrique?

—Que la reina de Navarra es muy dueña de ir à donde le agrade; pero que dudo que haya salido del Louvre.

—Pues yo estoy seguro de que ha salido, dijo el duque de Guisa.

—Y yo tambien, añadió el duque de Anjou; por cierto que la litera se paró en la calle Cloche-Percée.

—Si es así, vuestra cuñada, no está, repuso Enrique, apuntando al palacio de Condé, sino en aquella, y volvió el brazo en direccion al palacio de Guisa; debe tambien ser de la partida, porque las dejamos juntas, y ya sabeis que son inseparables.

—No comprendo el sentido de esa frase, respondió el duque de Guisa.

—Bien claro está, dijo el rey, por eso iba un pisaverde à cada portezuela.

—Enhorabuena, repuso el duque; si hay algun escándalo, ora producido por la reina, ora por mis cuñadas, para hacerlo cesar, invocaremos la justicia del rey.

—¡Pardiez! dijo Enrique, dejad en paz à la princesa de Condé y á la duquesa de Nevers. El rey no se inquieta por su hermana, y yo tengo confianza en mi esposa.

—No, no, dijo Carlos; quiero salir de dudas; pero despachemos entre nosotros este negocio. Decis, primo, que la litera se paró en la calle Cloche-Percée.

—Sí, señor.

—¿Podriais conocer el sitio?

—Sí, señor.

—Pues vamos, y si es necesario quemar la casa para saber quién está dentro, la quemarémos.

Con estas intenciones un tanto alarmantes para las personas á que se aludia, se encaminaron los cuatro principales señores de la cristiandad, á la calle de San Antonio.

Luego que llegaron á la de Cloche-Percée, el rey Cárlos, que deseaba dar cima á su plan en familia, despidió á los gentiles-hombres diciéndoles que podian disponer del resto de la noche, y mandándoles al mismo tiempo que á las seis de la mañana estuvieran con dos caballos á las inmediaciones de la Bastilla.

En la calle Cloche-Percée no habia mas que tres casas; la pesquisa fué tanto menos difícil, cuanto que en dos de ellas les abrieron la puerta sin la menor dificultad; estas dos casas hacian esquina, la una á la calle de San Antonio, y la otra á la del rey de Sicilia.

En la de enmedio fué otra cosa; era justamente la del portero aleman, y el portero aleman era hombre de pocos amigos. Paris estaba destinado aquella noche á presenciar los mas memorables ejemplos de fidelidad doméstica.

En vano amenazó el duque de Guisa en clarísimo sajon; en vano ofreció el duque de Anjou un bolsillo lleno de oro; en vano se arriesgó Cárlos á decir que era teniente de rondas; el mismo caso hizo el buen aleman de esta declaracion que de las ofertas y amenazas. Viendo que insistian, de

un modo que ya rayaba en molesto, sacó por entre los barrotes de hierro la estremidad de un arcabuz, demostracion con que solo logró arrancar una sonrisa à tres de los cuatro sitiadores. Enrique de Navarra estaba á un lado cual si no le interesara el asunto, en razon á que no pudiendo el rram moverse entre los barrotes, solo era peligrosa para un ciego que fuera á ponerse delante.

Convencido de que era imposible intimidar, corromper ni ablandar al portero, fingió el duque de Guisa que se retiraba con sus compañeros, mas no fué larga la ausencia. En la esquina de la calle de San Antonio encontró lo que buscaba, esto es, una piedra como las que tres mil años antes servian de proyectiles á Ajax Telamon y Diomedes; cargó con ella y volvió atras haciendo seña á sus compañeros de que le siguieran. Justamente en aquel momento estaba el portero cerrando la puerta, despues de haber visto alejarse á los que tomara por malhechores, sin haber tenido tiempo aun para cerrar los cerrojos. Aprovechó el duque de Guisa la ocasion, y lanzó como una catapulta la piedra contra la puerta. La cerradura saltó en mil pedazos con un fragmento de la pared á que estaba adherida, y la puerta se abrió derribando al aleman, quien al caer dió con un terrible grito la voz de alerta á la guarnicion que, á no ser por él, corria gran riesgo de ser sorprendida.

Precisamente en aquel mismo instante traducia La Mole con Margarita un idilio de Teócrito, y Co-

ormas; so pretesto de que tambien era griego, bebia vino de Siracusa con Enriqueta. La conversacion científica y la conversacion báquica fueron violentamente interrumpidas.

Apagar las luces, abrir los balcones, asomarse, divisar á cuatro hombres en las tinieblas, tirarles á la cabeza cuantos proyectiles hubieron á mano, y armar un horroroso estrépito, dando de plano con las espadas en las paredes, tales fueron los primeros actos de La Mole y Coconnas. Cárlos, que era el mas encarnizado de los sitiadores, recibió en el hombro un jarro de plata, el duque de Anjou una fuente con compota de naranja y cidra, y el duque de Guisa un cuarto de javalí.

Enrique nada recibió. Estaba interrogando por lo bajo al portero, atado por el duque de Guisa á la puerta, el cual le contestaba con su perpetuo:

—Ich vertsche nicht.

Las mugeres animában con sus voces á los citiados, y pasaban á sus manos proyectiles que se sucedian con la rápidez del granizo.

—¡Voto vá al diablo! gritó Cárlos IX recibiendo en la cabeza un taburete que le encasquetó el sombrero hasta las narices; abrid ahí pronto ó mando ahorcar á cuantos halle arriba.

—¡Mi hermano! dijo Margarita en voz baja à La Mole. ¡El rey! repitió éste en el mismo tono á Enriqueta. ¡El rey, el rey! dijo ésta á Coconnas que arrastraba un cofre hácia el balcon, con propósito de esterminar al duque de Guisa, á quien

sin conocerle, tenia particular ojeriza. ¡El rey os digo!

Soltó Coconnas el cofre y la miró con asombro.

—¿El rey?

—Sí, el rey.

—Pues en retirada.

—Justamente: ya se han ido La Mole y Margarita; venid.

—¿Por dónde?

—Venid, repito.

Cogióle Enriqueta por la mano, le hizo salir por la puerta secreta que comunicaba con la casa inmediata, y cerrándola despues, huyeron los cuatro por la calle Tizon.

—¡Oh! dijo Cárlos, parece que la guarnicion se rinde.

Aguardaron algunos minutos, pero nada oyeron.

—Alguna estratagema están preparando, dijo el duque de Guisa.

—Tal vez hayan conocido la voz de mi hermano, repuso el duque de Anjou, y se hayan marchado.

—De todos modos por aquí tendràn que pasar, observó Cárlos.

—Sí, prosiguió el de Anjou, como no tenga la casa dos salidas.

—Primo, dijo el rey, cojed la piedra y haced con la puerta interior lo que con la de afuera.

uzgó el duque que era inútil recurrir à seme- e n lio, y observan do que la puerta de que se

hablaba era mas endeble que la primera, la echó abajo de un simple puntapié.

—Los hachones, los hachones, dijo el rey.

Los lacayos se acercaron con los hachones apagados, pero llevaban todo lo necesario para volverlos á encender. Así lo hicieron, y Cárlos cogió uno dando el otro al duque de Anjou.

El duque de Guisa iba delante con espada en mano.

Enrique cerraba la marcha.

Llegaron al piso principal.

En el comedor estaba puesta, ó por mejor decir, quitada la mesa, pues ella era la que mas proyectiles habia suministrado. Los candelabros rodaban tirados por el suelo, los mueblcs estaban revueltos, y toda la vajilla, á escepcion de la de plata, rota en mil pedazos.

De allí pasaron á la sala. Tampoco habia en ella prueba alguna que confirmase la identidad de las personas. Solo contenia libros griegos y latinos y algunos instrumentos músicos.

Aun daba menos indicios la alcoba. Dentro de un globo de alabastro colgado del techo, ardia una lámpara, pero no habia trazas de que se hubiese entrado siquiera en aquel aposento.

—Habrá otra puerta, dijo el rey.

—Es probable, respondió el duque de Anjou.

—¿Dónde? preguntó el duque de Guisa.

En vano la buscaron.

—¿Y el portero? preguntó el rey.

—Le tengo atado á la puerta, dijo el duque de Guisa.

—Interrogadle, primo.

—No querrá responder.

—¡Bah! con rodearle las piernas con cuatro astillas encendidas, dijoe l rey riéndose, ya hablará.

Enrique se asomó rápidamente al balcon y dijo:

—No está ahí.

—¿Quién le ha desatado? preguntó con viveza el duque de Guisa.

—¡Vive Dios! dijo el rey, ya no podemos averiguar nada.

—En efecto, observó Enrique, no ecsiste la menor prueba de que hayan estado aquí mi esposa ni la cuñada del duque de Guisa

—Verdad es, repuso Cárlos; bien dice la Escritura; tres cosas hay que no dejan señales de su paso; el pájaro en el aire, el pez en el agua, y la muger.... miento, el hombre en la......

—Ahora, interrumpió Enrique, lo mejor que podemos hacer....

—Sí, dijo Cárlos, es curarme yo de mi contusion, enjugarse Anjou el jarabe de naranja, y limpiarse Guisa la grasa del javalí.

Con esto salieron de la casa sin tomarse siquiera el trabajo de cerrar la puerta.

Luego que llegaron á la calle de San Antonio:

—¿A dónde vais, señores? dijo el rey á los duques de Anjou y de Guisa.

—Vamos á casa de Nantouillet que nos espera á

cenar á mi primo Lorena y á mí: ¿gusta V. M. acompañarnos?

—No; gracias, nosotros nos marchamos por el lado opuesto. ¿Quereis que os valla alumbrando un lacayo?

—Mil gracias, señor, respondió vivamente el duqe de Anjou.

—Temen que les espiemos, murmuró Carlos al oido del rey de Navarra.

Y tomando el brazo de éste:

—Ven, Henriot, le dijo, esta noche te doy de cenar.

—¿Volvemos al Louvre? preguntó Enrique.

—No tal, ¿habrá terco? Ven conmigo hasta que yo lo diga, ven.

Y se llevó á Enrique por la calle *Geoffroy-Lasnier*.

CAPITULO XXXVI.

ANAGRAMA.

La calle *Garnier sur l'eau* empezaba hácia el medio de la de *Geoffroy-Lasnier*, y terminaba en la *des Barres*.

Dándose en esta algunos pasos en direccion á la calle de *la Mortellerie*, se llegaba frente á una casita construida en medio de un jardin cercado de altas murallas, y á la cual solo una puerta daba entrada.

Sacó Cárlos una llave, abrió la puerta que cedió fácilmente por estar solo cerrada con el pestillo, y mandando á Enrique y al lacayo del hachon que pasasen delante, entró despues y volvió á cerrar la puerta.

Solo se veia luz en una estrecha ventana. Sonrióse Cárlos, y llamó sobre ella la atencion de Enrique.

—No comprendo, señor, dijo éste.

—Ahora comprenderás, Henriot.

El rey de Navarra miró á Cárlos con asombro; la voz y el rostro del rey adquirieron una espresion de dulzura tan distante de su habital carácter, que Enrique no le reconocia.

—Henriot, dijo el rey, al salir del Louvre te dije que salia del infierno; al entrar aquí, añado que entró en el paraiso.

—Señor, respondió Enrique, me alegro de que V. M. me crea digno de hacer en su compañía un viaje al cielo.

—Estrecho es el camino, dijo el rey empezando á subir por una angosta escalera; pero así se completa la comparacion.

—¿Y qué ángel guarda la puerta de vuestro Edén, señor?

—Ya lo verás, respondió Cárlos IX; é indicado por señas á Enrique que le siguiera sin hacer ruido, atravesó una puerta, abrió otra, y se detuvo en el umbral.

—Mira, le dijo.

Acercóse Enrique y se quedó estático ante uno de los mas bellos cuadros que en su vida habia visto.

Una muger de diez y ocho á diez y nueve años, dormia con la cabeza recostada sobre la parte infe-

rior de la cuna de un niño, tambien dormido. Con las manos tenia cogidos los piececitos de éste y los acercaba á sus labios; sus largos y rubios cabellos ondeaban esparcidos como un torrente de oro

Parecia un cuadro de Albano representando á la Virgen y al niño Jesus.

—¡Oh! dijo el rey de Navarra, ¿quién es esta preciosa criatura?

—El ángel de mi paraiso, Henriot, el único ser que ama por mí mismo.

Sonriose Enrique.

—Sí, por mí, dijo Cárlos, porque me amaba antes de saber que era rey.

—¿Y desde que lo sabe?

—Desde que lo sabe, respondiò Cárlos con un suspiro que probaba que su triste dignidad se le hacia á veces pesada, desde que lo sabe me ama tambien; saca de ahí la consecuencia.

Adelantose el rey poco á poco, y en la florida mejilla de la jóven estampó un beso, tan leve, como el que dà una abeja á una azucena.

Y sin embargo, la jóven despertó.

—¡Cárlos, murmuró abriendo los ojos.

—Ya lo ves, dijo el rey; ésta me llama Cárlos; la reina dice, *señor*.

—¡Oh! esclamó la jóven, no venis solo, rey mio.

—No, María. Te traigo á otro rey mas dichoso que yo, porque no tiene corona, y mas feliz que porque no tiene otra María Touchet. Todo lo compensa Dios.

—¿Es por ventura el rey de Navarra? preguntó María.

—El mismo, hija. Acércate, Henriot.

Acercose el rey de Navarra: Cárlos le cogió la mano derecha, y dijo:

—Mira esta mano, María, pertenece á un buen hermano y á un amigo leal. ¿La ves?

—Sí, señor.

—Pues á no ser por ella, María, hoy se hubiera quedado nuetro hijo sin padre.

Dió María un grito, cayó de rodillas, cogió la mano de Enrique y se la besó.

—Bien, María, bien, dijo Cárlos.

—¿Y qué habeis hecho en recompensa de tal servicio, señor?

—Le he pagado en la misma moneda.

Enrique miró al rey con sorpresa.

—Algun dia sabrás lo que quiero decir, Henriot. Ven conmigo entretanto.

Y se aprocsimó á la cama en que dormia su hijo.

—¡Oh! esclamó; si este rollizo niño durmiera en Louvre en vez de dormir en las calles de Barres; ¡cuántas cosas variarian en la actualidad, y acaso tambien en el porvenir! *

* En efecto, este hijo natural, que no era otro que el famoso duque de Angulema, muerto en 1660, suprimia, siendo legítimo á Enrique III, Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV. ¿Qué nos daba en cambio? El espíritu se confunde y pierde en las tinieblas de semejante pregunta.

—Señor, repuso María, con permiso de V. M. prefiero que duerma aquí; descansa mejor.

—No turbemos su reposo, dijo el rey, ¡es tan grato dormir sin malos ensueños!

—Si gustais.... interrumpió María dirigiéndose à una puerta sin salida.

—En efecto, respondió Cárlos IX. Cenemos.

—Amado Cárlos, prosiguió María, direis al rey vuestro hermano que disimule, ¿no es verdad?

—¿Qué ha de disimular?

—Que he despedido à nuestros criados, señor, continuó María volviéndose al rey de Navarra, porque habeis de saber que Cárlos no quiere que le sirva nadie sino yo.

—¡Pardiez! sin dificultad lo creo, dijo Enrique.

Pasaron con esto los dos reyes al comedor, en tanto que la inquieta y afanosa madre cubria con una gruesa manta á su Carlitos, el cual, gracias al infantil y profundo sueño que su padre le envidiaba no habia despertado.

María marchó á reunirse con ellos.

—¡No hay mas que dos cubiertos! dijo el rey.

—Perdonad, respondió María, que sirva á VV. MM.

—Vamos, dijo Cárlos, ya veó que es fatal para mí tu compañía, Henriot.

—¿Cómo así?

—¿No has oido?

—Perdon, Cárlos, perdon.

—Te perdono. Pero siéntate aquí, junto á mí, entre los dos.

—Obedezco, dijo María.

Y llevando un cubierto mas, se sentó entre los dos reyes y les sirvió.

—¿Verdad, Henriot, dijo Cárlos, que es muy bueno tener un rincon donde comer y beber sin necesidad de que otro pruebe antes el vino y las viandas?

—Señor, respondió Enrique, crea V. M. que sé apreciar esa felicidad en lo que vale.

—Debes, por tanto, hacer entender á María que, para que continuemos viviendo felices, es necesario que no se mezcle en política, que no venga á la corte, y sobre todo que no haga conocimiento con mi madre.

—En efécto, la reina Catalina quiere con tanta pasion á V. M., que cualquiera otra pasion pudiera infundirla zelos, dijo Enrique sustrayéndose con este subterfugio á la peligrosa confianza del rey.

—María, dijo éste, te presento á uno de los hombres mas finos y agudos que conozco. En la corte, y no es poco decir, ha engañado à todo el mundo; yo solo he penetrado acaso, no digo en su corazon, sino en su mente.

—Señor, repuso Enrique, siento que ecsagerando el valor de la una dudeis del otro.

—Nada ecsagero, Henriot, respondió el rey. ¡Si vieras qué anagramas hace! Dile que haga el de tu nombre, y te aseguro que lo hará.

—¡Oh! ¿qué quereis que saque del nombre de

una pobre múger como yo? ¿qué pensamiento agradable puede salir del nombre de María Touchet?

—Fácil es el anagrama, señor, dijo Enrique, y no debo envanecerme por haberle encontrado.

—¿Con que ya está hecho? dijo Cárlos. ¿Lo ves?

Sacó Enrique del bolsillo su libro de memoriras, arrancó una hoja, y debajo del nombre *Marie Touchet*, escribió: *Je charme tout* *.

Hecho esto, presentó el papel á la jóven.

—¡Parece imposible! dijo ésta.

—¿Qué ha sacado? preguntó Cárlos.

—Señor, no me atrevo á repitirlo.

—En el nombre de María Touchet, dijo Enrique, convirtendo la I en J, como es costumbre, se encierra letra por letra la frase: *Je charme tout.*

—En efecto, esclamó Cárlos, letra por letra. Quiero que en adelante sea esa tu divisa, ¿entiendes, María? Nadie la merece mejor. Gracias, Henriot. María, te la daré escrita con diamantes.

Terminó la cena á tiempo que daban la dos en Nuestra Señora.

—Ahora, dijo Cárlos, dale un sillon en recompensa de su galantería, para que duerma hasta que amanezca, pero pónsele lejos de nosotros, porque ronca que da miedo. Si despiertas antes que yo, despiértame, porque á las seis debemos estar en la Bastilla. Buenas noches, Enrique; acomódate

* Todo lo hechizo.

como quieras; pero, añadió acercàndose al rey de Navarra y poniéndole la mano sobre el hombro, por tu vida, ¿entiendes Henriot? por tu vida te encargo que no salgas de aquí sin ir en mi compañía.

Sobradas sospechas habian infundido á Enrique los incomprensibles sucesos de aquel dia para no atenerse á esta prevencion.

Pasó Cárlos IX á su alcoba, y Enrique se acomodó con la indiferencia de un montañés en una poltrona, donde no tardó en justificar la precaucion de su cuñado al colocarle distante de sí.

Al amanecer le despertó el rey, y como no se habia desnudado, en breve se halló dispuesto para acompañarle. El rey se mostraba alegre y risueño cual nunca lo estaba en el Louvre. Las horas que transcurrian para él en la casita de la calle *des Barres* eran sus únicas horas de sol.

Pasaron juntos por la alcoba. La jóven dormia en su lecho y el niño en su cuna, una y otro con la sonrisa en los labios.

El rey les contempló un instante con la mayor ternura, y volviéndose al Bearnès

—Henriot, le dijo, si algun dia llegas á saber el servicio que esta noche te he prestado y me sucede á mí alguna desgracia, acuérdate de este niño que descansa en su cuna.

Y dando á la madre y al hijo un beso en la frente, sin dejar á Enrique tiempo para interrogarle:

—Hasta otra vez, ángeles mios, añadió.

Y salió del aposento.

El Bearnés le siguió pensativo.

Ya les esperaban en la Bastilla los dos gentiles-hombres de Cárlos IX con los caballos. Hizo el rey seña á Enrique de que montara; le dió ejemplo y salió por el jardin de la Arbalete continuando su camino por los baluartes.

—¿A dónde vamos? preguntó Enrique.

—Vamos, respondió Cárlos, á ver si el duque de Anjou ha vuelto á Paris solo por la princesa de Condé, y si en su corazon se anida tanta ambicion cómo amor.

No comprendiéndole Enrique, siguió á su cuñado sin decir palabra.

Llegaron á los *Marais*, y como ya desde las empalizadas se descubria todo lo que entonces se designaba con el nombre de *Arrabales de San Lorenzo*, Cárlos llamó la atencion de Enrique sobre unos hombres embozados con anchas capas y cubiertos con gorras de pieles, que á través de la parda bruma de la mañana, avanzaban á caballo precedidos de un pesado furgon. Conforme se acercaban iban tomando formas mas distintas, y ya se podia ver, á caballo tambien y hablando con el principal de los desconocidos, á otro hombre envuelto en una larga capa de color de castaña, y con un sombrero á la francesa encasquetado hasta los ojos.

—¡Oh! dijo Cárlos sonriéndose, ya lo esperaba yo.

—Si no me engaño, señor, el caballero de la parda capa es el duque de Anjou.

—El mismo, dijo Cárlos IX. Echate á un lado para que no nos vea.

—Pero, preguntó Enrique, ¿quiénes serán esos hombres de capas grises y de gorras de pieles? ¿Qué llevaràn en ese carro?

—Esos hombres, respondió Cárlos IX, son los embajadores polacos; y en ese carro va una corona. Y ahora, continuó poniendo su caballo á galope y encaminándose á la puerta del Temple, ven, Henriot, he visto cuanto deseaba.

CAPITULO XXXVII.

LA VUELTA AL LOUVRE.

Cuando le pareció á Catalina que nada faltaba que hacer en la cámara del rey de Navarra, despues de recogidos los cadáveres, de llevar á Maurevel á su casa y de lavar las alfombras, despidió á sus damas, pues ya era cerca de media noche y trató de dormir. Pero habia sido demasiado violenta su emocion, demasiado grande su desengaño: Para sustraerse una y otra vez el aborrecido Enrique á sus asechanzas, que por lo regular eran mortales, era preciso que le protegiese un poder invisible que Catalina se obstinaba en llamar *casualidad*, aun cuando una secreta voz que en el fondo de su corazon se alzaba, la decia que su verdade-

nombre era *destino*. La idea de que al difundirse en el Louvre y fuera de él la noticia de su tentativa, debia inspirar á Enrique y á los hugonotes mayor confianza aun en el porvenir, la ecsasperaba; y si la casualidad contra la que luchaba con tan mal écsito, la hubiese presentado en aquel momento á su enemigo, sin duda hubiera puesto término con el puñalito florentino que llevaba ceñido, á la proteccion que dispensaba al rey de Navarra.

Las horas de la noche, esas horas tan lentas para el que espera y vela, sonaron unas tras otras sin lograr Catalina cerrar los ojos.

Todo un mundo de proyectos brotó en su mente llena de visiones durante aquellas nocturnas horas. En fin, al amanecer se levantó, se vistió sola y pasó á los aposentos de Cárlos IX.

Los guardias, que estaban acostumbrados á verla visitar al rey á todas las horas del dia y de la noche, la dejaron pasar. Atravesó, pues, la antecámara y llegó á la sala de armas; pero allí encontró velando á la nodriza de Cárlos.

—¿Y mi hijo? preguntó la reina.

—Señora, ha mandado que no entre nadie en su alcoba antes de las ocho, y aun no han dado.

—Esa prohibicion no se entiende conmigo.

—Con todos, señora.

Sonrióse Catalina.

—Sí, ya sé, repuso la nodriza; ya sé que nadie tiene derecho para oponerse á los deseos de V. M., y por lo mismo la ruego que atienda á las súplicas de una pobre muger y que no pase adelante.

—Nodriza, tengo que hablar á mi hijo.

—Señora, solo una órden formal de V. M. me obligará á abrir la puerta.

—Abrid, nodriza, dijo Catalina, yo lo mando.

A esta voz, mas respetada, y sobre todo, mas temida en el Louvre que la del mismo Cárlos, la nodriza presentó la llave á Catalina, pero Catalina no la necesitaba. Sacó otra del bolsillo y á su rápida presion cedió la puerta.

Estaba la alcoba desocupada y la cama del rey intacta; los dos lebreles tendidos sobre una piel de oso á los piés del lecho se levantaron y empezaron á lamer las ebúrneas manos de Catalina.

—¡Ah! dijo la reina frunciendo el ceño: ha salido esperaré.

Y volvió á sentarse, embebida en sus sombríos pensamientos, junto al balcon que daba al parque del Louvre, desde el cual se veia la puerta principal.

Dos horas estuvo allí, inmóvil y pálida como una estátua de mármol, al cabo de las cuales vió por fin entrar en el Louvre una tropa de ginetes, á cuya cabeza iban Cárlos y Enrique de Navarra.

Todo lo comprendió entonces. Sin detenerse Cárlos á discutir con ella el arresto de su cuñado, habia sacado á éste de su habitacion para salvarle.

—¡Ciego! ¡ciego! ¡ciego! murmuró, y quedó en espectativa.

Un instante despues sonaron pasos en la pieza inmediata que era la sala de armas.

—Pero, señor, decia Enrique, ahora que ya hemos vuelto al Louvre, decidme por qué me habeis sacado de él, y cual es el favor que me habeis hecho.

—No tal; no tal, Henriot. respondió Cárlos riéndose. Puede que algun dia lo sepas; pero por ahora es un misterio. Solo te diré que probablemente tendré hoy por tí una reñida disputa con mi madre.

Dichas estas palabras alzó Cárlos el tapiz y se halló frente á frente con Catalina.

Tras él, y sobre sus hombros, asomaba el Bearnés su pálida é inquieta cabeza.

—¡Ah! ¿aquí estais, señora? dijo Cárlos frunciendo el ceño.

—Sí, hijo mio, respondió Catalina, tengo que hablaros.

—¿A mí?

—A vos solo.

—Ea, dijo Cárlos á su cuñado, si no hay arbitrio para eludirlo, cuanto antes salgamos del paso es mejor.

—Me retiro, señor, repuso Enrique.

—Sí, sí, déjanos, respondió Cárlos; y puesto que eres católico, véte á oir misa por mí; yo me quedo al sermon.

Saludó Enrique y se marchó.

Cárlos IX se anticipó á las preguntas que iba á hacerle su madre.

—Vamos, señora, dijo en tono de broma, me es

tais esperando para reñirme, ¿eh? ¡Pardiez! He dado al traste irreligiosamente con vuestro proyecto. Pero, ¡voto al diablo! yo no podia permitir que prendiesen y llevasen á la Bastilla al hombre que acababa de salvarme la vida. Tampoco queria tener una riña con vos, porque soy buen hijo y porque, añadió en voz baja, Dios castiga á los hijos que riñen con sus madres; dígalo sino mi hermano Francisco II. Con que, perdonadme francamente, y confesad despues que ha sido chistosa la chanza.

—Se equivoca V. M., señor, dijo Catalina; no se trata aquí de chanza ninguna.

—¡Sí tal!, sí, tal! llévcme el diablo si no la llamais así tarde ó temprano.

—Señor, por culpa vuestra se ha frustrado un plan que debia darnos por resultado un gran descubrimiento.

—¡Un plan!...... ¡bah! ¿Tanto os apura un plan abortado, madre? Pronto hareis veinte mas, y en ellos prometo secundaros.

—Aunque ahora me secundeis, ya es tarde, porque está sobre aviso y no se dejará coger.

—Vamos al caso, repuso el rey. ¿Qué teneis que decir contra Enrique?

—Que conspira.

—Entiendo; esa es vuestra perpetua cantinela; ¿pero no conspiran todos, cual mas, cual menos, en esta encantadora y régia morada?

—Es que él conspira como ninguno, y se le debe temer mas, porque nadie lo cree.

—¡Habrá Lorenzino! dijo Cárlos.

—Escuchad, prosiguió Catalina, arrugando el entrecejo al oir este nombre que le recordaba una de las mas sangrientas catástrofes de la historia florentina; escuchad, un medio teneis para probarme que me equivoco.

—¿Cuál, madre?

—Preguntad á Enrique quién estaba anoche en su alcoba.

—En su alcoba.... ¿anoche?

—Sí.... y si os lo dice....

—¿Qué?

—Estoy pronta á confesar que me equivocaba.

—Es que si fuera una muger no podemos ecsigir....

—¿Una muger?

—Sí.

—¿Es capaz una muger de matar á dos guardias y herir, tal vez mortalmente, al señor de Maurevel.

—¡Oh! dijo el rey: el caso va siendo grave: ¿Con que ha corrido sangre?

—Han quedado fuera de combate tres hombres.

—¿Y qué ha sido del que los ha puesto en ese estado?

—Se ha escapado sin la menor lesion.

—¡Voto á Gog y á Magog! dijo Cárlos, ¡vivan los valientes! bien decis, madre; quiero conocerle.

—Pues desde ahora os predigo que no le conocereis, al menos por medio de Enrique.

—¿Pero y por vos, madre? Porque ese hombre no habrá huido sin dejar rastro, sin que al menos hayan reparado en su traje.

—Lo único que ha llamado la atencion es la eleganto capa color de cereza que le cubria.

—¡De color de cereza! dijo Cárlos; no conozco en la corte mas que una bastante notable para fijar de ese modo las miradas.

—Justamente, dijo Catalina.

—¿Y qué habeis dispuesto? preguntó Cárlos.

—Esperadme aquí, hijo mio: voy á ver si se han cumplido mis órdenes.

Fuese Catalina, y Cárlos se quedó solo, paseándose de arriba abajo con distraccion, silbando un toque de caza, con una mano en la ropilla y caida negligentemente la otra, que lamian sus lebreles siempre que se paraba.

Enrique salió con mucha zozobra de la cámara de su cuñado, y en vez de irse por el corredor, entró en la escalerilla secreta de que ya hemos hablado mas de una vez, y que conducia al segundo piso. Pero apenas habia subido cuatro escalones, cuando al revolver el primer tramo vió una sombra. Detúvose y echó mano á la daga; mas no tardó en advertir que era una muger, y una dulcísima voz cuyo sonido le era familiar, le dijo, al msimo tiempo que una mano cogia la suya:

—Dios sea loado, señor, os hallais sano y salvo. Sin duda ha oido el cielo mis oraciones.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Enrique.

—Si entrais en vuestro aposento lo sabreis. No paseis cuidado por Orthon: yo le he recogido.

Y la jóven desapareció rápidamente, cruzándose con Enrique, cual si solo por casualidad le hubiese encontrado en la escalera.

—¡Cosa rara! murmuró Enrique, ¿Qué habrá pasado? ¿qué le habrá sucedido á Orthon?

Desgraciadamente esta pregunta no podia ser oida por la baronesa de Sauve, porque ésta se hallaba ya distante.

En la parte superior de la escalera vió Enrique aparecerse de repente otra sombra; era un hombre.

—¡Chit! dijo el desconocido

—¡Ah! ¿sois vos, Francisco?

—No me llameis por mi nombre.

—¿Pues qué ha ocurrido?

—Id á vuestro cuarto y lo sabreis, en seguida atravesad el corredor, mirad bien si os espian, y entrad en mi habitacion; tendré la puerta entornada...

Y desapareció tambien por la escalera como las fantasmas que se hunden por escotillon en el teatro.

—¡Vive Dios! murmuró el Bearnés, el enigma continúa; pero ya que está en casa la solucion, vamos á buscarla.

No sin emocion prosiguió Enrique su camino;

tenia sensibilidad, que es la supersticion de la juventud. Todo objeto se reflejaba limpiamente en la superficie, plana como un espejo, de su alma, y cuanto acababa de oir le presagiaba desgracias.

Llegado a la puerta de su aposento, aplicó el oido. No se percibia el menor rumor. Pero habiéndole dicho Carlota que se recogiera, era claro que nada tenia que temer. Paseó una ràpida ojeada por la antecámara que estaba solitaria, y no contenia ningun indicio de lo ocurrido.

—En efecto, dijo el Bearnés, no está aquí Orthon.

Y pasó á la segunda pieza.

Allí encontró la esplicacion de todo el misterio.

A pesar del agua que habian derramado profusamente, el pavimento estaba cubierto de anchas y rojizas marchas; habia un mueble roto; las cortinas de la alcoba estaban atravesadas à escotadas; un balazo habia hecho pedazos un espejo de Venecia, y la terrible señal de una ensangrentada mano marcada en la pared, revelaba que aquel aposento, tan silencioso entonces, habia sido testigo de una mortal lucha.

Ecsaminó Enrique con espantados ojos aquellos diferentes detalles, se pasó la mano por la frente, bañada en sudor, y murmuró:

—¡Ah! ahora conozco el favor que me ha hecho el rey; han venido á asesinarme y.... ¡oh! ¡Mouy! ¡qué han hecho de Mouy! ¡Miserables! ¿Le habrán matado?

Y tan anheloso de saber noticias como el duque de Alenzon de dárselas, echó Enrique una triste mirada á los objetos que le rodeaban, salió del aposento, pasó al corredor, se cercioró de que estaba solo, y empujando la entornada puerta que volvió á cerrar con cuidado, se precipitó en la habitacion del duque de Alenzon.

Esperábale este en la primera pieza. Cogió vivamente una mano á Enrique, y poniéndose un dedo sobre los labios, le arrastró á un gabinetillo que hacia esquina completamente aislado, y que por consecuencia estaba por su posicion á cubierto de todo espionaje.

—Ah, hermano, le dijo, ¡qué noche tan hórrible!

—¿Qué ha pasado? preguntó Enrique.

—Os han querido prender.

—¿A mí?

—Sí, á vos.

—¿Y porqué?

—No lo sé. ¿Dónde estabais?

—El rey me sacó anoche á la ciudad.

—Entonces lo sabia, dijo Alenzon. Pero no estando vos, ¿quién ocupaba vuestra alcoba?

—Pues qué ¿habia álguien ella? preguntó Enrique cual si lo ignorara.

—Sí, un hombre. Así que oi un ruido, acudí á socorreros, pero ya era tarde.

—¿Le prendieron? preguntó Enrique con ansiedad.

—No, se escapó, despues de herir peligrosamente á Maurevel y de matar á dos guardias.

—¡Ah valiente Mouy! esclamó Enrique.

—¿Era Mouy? preguntó vivamente Alenzon.

Advirtió Enrique su desliz y respondió:

—Lo supongo, porque le tenia citado para ponerme de acuerdo con él acerca de vuestra fuga y decirle que os he cedido todos mis derechos al trono de Navarra.

Si lo saben, dijo Alenzon perdiendo el color, somos perdidos.

—Sí, porque Maurevel declarará.

—Maurevel ha recibido una estocada en la garganta, y por el cirujano que le asiste, sé que en mas de ocho dias no podrá pronunciar una palabra.

—¡Ocho dias! no necesita tanto Mouy para fugarse.

—Y ademas, dijo Alenzon, puede ser otro.

—¿Tal creeis? preguntó Enrique.

—Sí, desapareció tan pronto que solo se pudo ver la capa de color de cereza.

—En efecto, respondió Enrique, una capa de ese color es mas propia de un cortesano que de un soldado. Nadie sospechará que Mouy se haya vestido de color de cereza.

—No. En caso de sospechar de alguno, seria mas bien....

Se detuvo.

—Del señor de La Mole, dijo Enrique.

—Sí, por cierto, yo mismo dudé un momento cuando ví pasar al desconocido.

—¿Dudasteis? En efecto, pudiera ser el señor de La Mole.

—¿Sabe algo? preguntó Alenzon.

Nada absolutamente, ó al menos nada que importe.

—Hermano, dijo al duque, voy creyendo que era La Mole y no otro.

—¡Diantre! murmuró Enrique; en ese caso, la reina que se interesa por él, va à tener un sentimiento.

—¿Que se interesa por él, decis? preguntó Alenzon cortado.

—Es claro. ¿Ya no recordais, Francisco, que vuestra hermana os le recomendó?

—Sí, dijo el duque con sorda voz; y en prueba de que quiero complacerle, he subido á su habitacion y me he traido su capa porque no le comprometa.

—¡Oh! esclamó Enrique: prudentísimo paso ha sido ese, y ahora me atreveria, no á apostar, sino á jurar que era él.

—¿Hasta en justicia? preguntó Francisco.

—Sí á fé, respondió Enrique; pudo ir á llevarme algun recado de la reina Margarita.

—Si estuviera yo seguro de que me apoyase vuestra declaracion, casi le acusaria.

—Si le acusais, respondió el Bearnés, claro está que no he de desmentiros.

—Pero ¿y la reina? dijo Alenzon.

—¡Cierto! la reina......

—Es necesario saber lo que hará en ese caso.

—Yo me encargo de la comision.

—Os prometo, hermano, que haria mal en desmentirnos; ese jóven se encuentra con una brillante reputacion de hombre valiente que no le ha costado muy cara, porque la compra al fiado. Verdad es que con el tiempo puede tener ocasion de pagar de una vez capital é intereses.

¡Pse! ¿Qué quereis? dijo Enrique, en este mundo nada se adquiere de valde.

Y saludande á Alenzon con un ademan y una sonrisa, se asomó con precaucion al corredor, y cerciorado de que nadie le espiaba, se marchó rápidamente y desapareció por la escalera secreta que conducia á los aposentos de Margarita.

No estaba la reina de Navarra mas tranquila que su esposo. Inquietábala en estremo la espedicion nocturna dirigida contra ella y la duquesa de Nevers por el rey, el duque de Anjou, el duque de Guisa y Enrique.

Cierto que no ecsistia la menor prueba que pudiera comprometerla; el portero, desatado por La Mole y Coconnas, afirmaba no haber dicho una palabra: pero no era probable que cuatro personajes de la importancia de los que tan mal recibidos habian sido por dos humildes caballeros como La Mole y Coconnas, se hubiesen incomodado en hacerles una visita por casualidad y sin saber á quien.

Habíase, pues, recogido Margarita al amanecer, despues de pasar el resto de la noche con la duquesa de Nevers. Inmediatamente se habia metido en la cama, pero no podia dormir, y el menor ruido la hacia estremecerse.

En medio de su ansiedad, oyó llamar á la puerta secreta y mandó á Matilde que dejara entrar, no sin prevenirla primero que reconociese al que llamaba.

Enrique se paró á la puerta; en nada parecia un marido agraviado; por sus delgados labios vagaba su habitual sonrisa, y ningun músculo de su rostro revelaba las terribles emociones que acababan de agitarle.

Dirigió una ojeada á Margarita como preguntando si le concedia una entrevista á solas. Comprendióle la reina é hizo seña á Matilde de que se retirara.

—Señora, dijo entonces Enrique, no ignoro cuanto os interesais por vuestros amigos, y me temo que os ah de afligir la noticia que os traigo.........

—¿Qué noticia es? preguntó Margarita.

Uno de nuestros mas caros servidores se halla en este momento gravemente comprometido.

—¿Quién?

—El buen conde de La Mole.

—¡Comprometido el señor conde de La Mole! ¿y con qué motivo?

—Con motivo de la aventura de esta noche.

A pesar del dominio que sobre sí misma ejercia Margarita, no pudo menos de ruborizarse.

Hizo por fin un esfuerzo y preguntó.

—¿Qué aventura?

—Pues qué, dijo Enrique, ¿no habeis oido la barahunda que ha andado esta noche en el Louvre?......

—No, señor.

—¡Oh! pues os felicito, señora, repuso Enrique con amabilísima sencillez; eso prueba que teneis un sueño escelente.

—¿Pero qué ha pasado?

—Que nuestra buena madre habia mandado al señor de Maurevel y á seis guardias que me prendieran.

—¡A vos!...... ¡á vos!

—Sí, á mí.

—¿Y por qué?

—¡Oh! ¿quién es capaz de penetrar las profundas razones que pueden haber animado á vuestra madre? Yo las respeto, pero las ignoro.

—¿Y no estabais en vuestro aposento?

—Lo habeis adivinado, señora; por una casualidad no estaba. Anoche me sacó el rey á la ciudad en su compañía; pero si no estaba yo, estaba otro.

—¿Quién?

—Segun parece, el conde de La Mole.

—¡El conde de La Mole! repitió Margarita con asombro.

—¡Vaya un provenzal de brios! continuó Enrique. ¿Sabeis que ha herido á Maurevel y matado á dos guardias?

—¡Herir al señor de Maurevel! ¡matar á dos guardias!...... es imposible.

—¡Cómo imposible! ¿dudais de su valor, señora?

—No, pero digo que el señor de La Mole no podia estar en vuestra habitacion.

—¿Por qué no?

—Porque...... porque!...... repuso Margarita con turbacion, porque estaba en otra parte.

—¡Oh! si lo prueba, contestó Enrique, es otra cosa: con decir donde se hallaba, es negocio concluido.

—¿Decir donde se hallaba? preguntó vivamente Margarita.

—Sí, por cierto...... No pasará el dia sin que le prendan é interroguen. Mas como desgraciadamente hay pruebas....

—¿Pruebas?.... ¿qué pruebas?

—El que tan desesperadamente se defendia llevaba puesta una capa encarnada.

—Y qué, ¿solo el señor de La Mole la tiene?.... yo conozco otra persona.

—Si tal, yo tambien.... Pero pasará lo siguiente: si no era el señor de La Mole el que es-

taba en mi alcoba, seria esa otra persona que gasta así mismo capa encarnada. ¿Pero sabeis quién es?....

—¡Cielos!

—Ahí está el escollo; le habeis conocido como yo, señora; vuestra emocion me lo prueba. Hablemos, pues, ahora como dos personas que tratan de la cosa mas apetecida en el mundo, de un trono, del bien mas precioso de la vida.... Preso Mouy nos pierde....

—No se me oculta.

—El conde de La Mole á nadie comprometerá, á no ser que le creais capaz de forjar algun cuento, como decir, tal vez, que estaba de correría con señoras.... ¿qué se yo?

—Si no temeis mas que eso, respondió Margarita, perded cuidado, que no lo dirá.

—¡Cómo! ¿Callará aunque reciba la muerte en premio de su silencio?

—Callará, sí, señor.

—¿Estais segura?

—Respondo de ello.

—Entonces no hay miedo, dijo Enrique levantándose.

—¿Os retirais, señor? preguntó con viveza Margarita.

—Sí por Dios. No tenia mas que deciros.

—¿Y vais?....

—A ver como salimos todos del mal paso en que nos ha metido ese maldito hombre de la capa colorada.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡pobre jóven! esclamó dolorosamente Margarita retorciéndose las manos.

—Cierto, decia Enrique al retirarse, que el amigo La Mole es un servidor que no tiene precio.

CAPITULO XXXVIII.

LOS INTERROGATORIOS.

CARLOS entró en palacio alegre y bien humorado; pero al cabo de una conversacion de diez minutos con Catalina, le habia comunicado ésta su palidez y su cólera, tomando en cambio la alegre fisonomía de su hijo.

—Señor de La Mole, decia Cárlos, señor de La Mole.... Habrá que llamar á Enrique y al duque de Alenzon; á Enrique porque ese jóven era hugonote; á Alenzon porque le tiene á su servicio.

—Llamadlo si gustais, hijo mio, pero nada averiguareis. Mucho me temo que Enrique y Francisco están mas unidos de lo que parece. Interrogar-

les será infundirles sospechas; yo creo preferible una observacion lenta y segura. Si dais un respiro á los culpables, hijo mio, si les dejais creer que se han sustraido á vuestra vigilancia, alentados con su triunfo no tardarán en proporcionarnos ocasion mas á propósito para caer sobre ellos y averiguarlo todo.

Paséabase Cárlos con indecision, luchando con su cólera como lucha un caballo con su freno, y apretándose con crispadas manos el pecho devorado por las sospechas.

—No, no, dijo por fin, no quiero esperar rodeado como estoy de espectros: ademas, cada dia se van haciendo mas insolentes esos mequetrefes; esta misma noche han tenido valor dos de ellos para hacernos frente y revelarse contra nosotros...... Si el señor de La Mole es inocente, bien está; pero no me pesará saber dónde estaba el señor de La Mole cuando batian á mis guardias en el Louvre y me batian á mí en la calle Cloche Perceé. Que vayan á llamar al duque de Alenzon, y despues á Enrique; quiero interrogarlos por separado. Vos podeis quedaros, madre.

Sentose Catalina. Con un espíritu firme é inflecsible como el suyo, todo incidente manejado por su poderosa mano, podia conducirla á su objeto, aunque al parecer se separara de él. De todo choque nace un ruido ó una chispa. El ruido guía, la chispa alumbra.

Eatró el duque de Alenzon, bastante sereno, pues le habia preparado para la entrevista su conversacion con Enrique.

Sus contestaciones fueron sumamente precisas. Habiéndole prevenido su madre que no saliese de su habitacion, ignoraba completamente los acontecimientos de la noche anterior Solo si, como su habitacion daba cabalmente al mismo corredor que la del rey de Navarra, le parecia haber oido al principio ruido como dé echar una puerta abajo, luego imprecaciones, y por último algunos tiros. Arriesgándose entonces á entreabrir la puerta de su cuarto, habia visto huir á un hombre cubierto con una capa encarnada.

Miráronse Cárlos y su madre.

—¿Con capa encarnada? dijo el rey.

—Con capa encarnada, repitió Alenzon.

—¿Y no os ha infundido esa capa sospechas de nadie?

Alenzon reunió todas sus fuerzas para mentir con la mayor naturalidad.

—Debo confesar á V. M., contestó, que á primera vista se me figuró conocer por el traje á un caballero de mi servidumbre.

—¿Cómo se llama?

—El señor de La Mole.

—¿Por qué no estaba el señor de La Mole con vos, como era su deber?

—Le dí permiso para ausentarse, dijo el duque,

—Bien está, idos.

El duque de Alenzon se dirigió á la puerta por donde habia entrado.

—Por ahí no, dijo Cárlos, por aquí. Y le señaló la que daba al cuarto de su nodriza.

Pretendia Cárlos impedir que se encontrasen en el camino Enrique y Francisco, pero ignoraba que se hubiesen ya visto, bastándoles un instante para ponerse de acuerdo.

Despues de Alenzon y à una señal de Cárlos, entró Enrique.

El Bearnés no aguardó á que le interrogara el rey.

—Señor, dijo, ha hecho bien V. M. en llamarme, porque de todos modos hubiera yo venido à pedir justicia.

Cárlos arrugó el entrecejo.

—Justicia, sí, dijo Enrique. Empiezo dando gracias á V. M. por haberme llevado anoche en su compañía, pues ya sé que de ese modo me ha salvado la vida: pero, ¿qué he hecho yo para quese me quiera asesinar?

—No se trataba de un asesinato, interrumpió vivamente Catalina, sino de un arresto.

—¿De un arresto? Bien, continuó Enrique, ¿qué crímen he cometido para que me arresten? Si soy culpable, lo mismo lo soy ahora que anoche. Decidme mi crímen, señor.

Cárlos miró á su madre, no sabiendo á punto fijo qué contestar.

—Hijo mio, dijo Catalina, tratais con personas sospechosas.

—Bien, respondiò Enrique, y esas personas me comprometen, ¿no es así, señora?

—Sí, Enrique.

—Nombrádmelas, nombràdmelas. ¿Quiénes son? Careadme con ellas.

—En efecto, observó el rey; Enrique tiene derecho para pedir una esplicacion.

—¡Y la pido! repuso Enrique conociendo la superioridad de su posicion y sacando partido de ella: se la pido à mi buen hermano Cárlos, á mi buena madre Catalina. Desde que me casé, ¿he dejado de obrar como buen esposo? que se lo pregunten á Margarita; ¿como buen católico? que se lo pregunten á mi cónfesor; ¿como buen pariente? que se lo pregunten á cuantos estuvieron en la cacería de ayer.

—Sí, es mucha verdad, Henriot, dijo el rey; pero ¿qué quieres? suponen que conspiras.

—Contra quién?

—Contra mí.

—Si hubiera conspirado contra vos, señor, no necesitaba hacer mas que cruzarme de brazos cuando vuestro caballo no podia levantarse por tener rota una pierna, cuando el enfurecido jabalí se iba á arrojar sobre V. M.

—¡Voto al diablo! ¿Sabeis, madre, que tiene razon?

—Pero, en fin, ¿quién estaba en vuestra alcoba esta noche?

—Señora, dijo Enrique, no seré yo quien responda de los demas en tiempos en que tan pocos se atreven á responder de sí mismos. Salí de mi habitacion à las siete de la noche; á las diez me llevó consigo mi hermano Carlos; no me he separado de él hasta esta mañana. Yo no podia estar con S. M. y saber al mismo tiempo lo que en mi alcoba pasaba.

—No por eso es menos cierto, repuso Catalina, que un hombre de vuestra casa ha matado á dos guardias de S. M y herido al señor de Maurevel.

—¿De mi casa? dijo Enrique. ¿Quién era ese hombre, señora? Nombradle.

—Todos acusan al señor de La Mole.

—El señor de La Mole no me sirve á mí, sino al duque de Alenzon, á quien le recomendó vuestra hija.

—Pero en suma, dijo Cárlos, ¿era el señor de La Mole quien estaba en tu cuarto, Henriot?

—¿Cómo quereis, señor, que yo lo sepa? No digo que sí, ni que no.... El señor de La Mole es persona muy obsequiosa, adicto á la reina de Navarra, y suele llevarme recados, ora de Margarita, á quien está agradecido, porque le ha recomendado al duque de Alenzon, ora del mismo duque. No puedo afirmar que no sea el señor de La Mole.

—El era, repuso Catalina; le han conocido por su capa encarnada.

—¿Gasta el señor de La Mole capa encarnada?

—Sí.

—Y el hombre que tan buena cuenta ha dado de mis guardias y del señor de Maurevel....

—¿Tambien la tenia? preguntó Enrique.

—Justamente, dijo Cárlos.

—Nada puedo objetar, repuso el Bearnés. Paréceme, empero, en ese caso, que en lugar de llamarme á mí que no he pasado la noche en mi alcoba, el señor de La Mole, que ha estado en ella, segun decís, debia ser el llamado á declarar. Haré, sin embargo, pesente á V. M. una cosa.

—¿Cuál?

—Sí fuera yo el que, al ver una órden firmada por el monarca, me hubiese defendido en vez de obedecer, seria culpable y mereceria toda especie de castigos; pero no he sido yo, sino un desconocido con quien ningua relacion tenia la órden; quisieron prenderle injustamente y se ha defendido: sobrado bien, es cierto, pero estaba en su derecho.

—No obstante.... murmuró Catalina.

—Señora, dijo Enrique, ¿mandaba la órden prenderme?

—Sí, respondió la reina madre, y S. M. mismo la firmó.

—¿Decia ademas que en el caso de no encontrarme prendiesen al que en mi lugar encontraran?

—No, respondió Catalina.

—Pues hasta tanto que no se pruebe que conspiro, y que el hombre que hallaba en mi habitacion conspira conmigo, ese hombre es inocente.

Y volviéndose à Cárlos IX continuó Enrique:

—No saldré del Louvre, señor. A la primer palabra de V. M. estoy pronto á presentarme en la prision de Estado que se sirva designar. Pero mientras no se pruebe lo contrario, tengo derecho á llamarme y me llamaré el mas leal servidor súbdito y hermano de V. M.

Y con una dignidad de que hasta entonces no habia dado muestras, saludó al rey y se marchó.

—¡Bien por Henriot! dijo Cárlos luego que desapareció el rey de Navarra.

—¿Bien, por que nos ha vencido? preguntó Catalina.

—¿Y por qué no he de aplaudirle? Tambien le aplaudo cuando tiramos juntos y me da un botonazo. Madre, haceis mal en depreciar así á ese muchacho.

—No le desprecio, hijo mio; dijo Catalina estrechando la mano de Cárlos, le temo.

—Mal hecho, tambien, madre. Henriot es mi amigo, y como él mismo ha dicho, si conspirara contra mí, podia haber dejado al javalí matarme.

—Sí, para que fuera rey de Francia el duque de Anjou, su enemigo personal.

—Madre, nada importan los motivos que haya tenido para salvarme la vida; pero ecsiste un hecho, y es que me la ha salvado, y yo, ¡voto á todos

los diablos! no quiero que se le dé que sentir. En cuanto al señor de La Mole, yo me entenderé con el duque de Alenzon, á cuya servidumbre pertenece.

Estas palabras equivalian á una despedida. Catalina se retiró procurando dar estabilidad à sus errantes sospechas. El señor de La Mole, por su poca importancia, no correspondia á sus deseos.

De vuelta en su aposento, encontró á Margarita aguardándola

—¡Ah! ¿aquí estais, hija mia? anoche os envié á llamar.

—Lo sé, señora, habia salido.

—¿Y esta mañana?

—Esta mañana, vengo á ver á V. M. para decirla que va á cometer una grande injusticia.

—¿Qué injusticia?

—¿Vais à mandar prender al señor conde de La Mole?

—No hay tal, hija mia: yo no mando prender á nadie; el rey es quien tiene autoridad para ello, yo no.

—No nos paremos en palabras, señora, cuando tan graves son las circunstancias. ¿Es cierto que van á prender al señor de La Mole?

—Es probable.

—¿Acusándole de haber estado anoche en la habitacion del rey de Navarra, de haber matado à dos guardias y herido al señor de Maurevel?

—En efecto, ese crímen se le imputa.

—Sin fundamento, señora, dijo Margarita. El señor de La Mole no es culpable.

—¡No es culpable! esclamó Catalina estremeciéndose de alegría al reflecsionar que la declaracion de Margarita podia dar alguna luz á sus sospechas.

—No, repuso Margarita, no es culpable ni puede serlo, porque no estaba en la habitacion del rey.

—¿Pues dónde estaba?

—En la mia, señora.

—¿En la vuestra?

—Sí, en la mia.

Natural era que esta declaracion en boca de una princesa de la sangre, arrancase cuando menos á Catalina una aterradora mirada; contentose, empero, con cruzarse de brazos.

—Y.... dijo despues de un momento de silencio, si prenden al señor de La Mole y le interrogan....

—Declarará dónde y con quién estaba, madre mia, respondió Margarita, aunque convencida de lo contrario.

—Siendo así, teneis razon, no conviene que prendan al señor de La Mole.

Tembló Margarita; le pareció que el tono con que su madre pronunció estas palabras, encerraba un misterioso y terrible sentido; pero nada podia objetar, pues la concedia lo que iba á pedir.

—Pero si no era el señor de La Mole, repuso

Catalina, el que estaba en la alcoba del rey, otro debia de ser.

Margarita permaneció callada.

—¿Sabeis quién era, hija mia?

—No, señora, respondió Margarita con trémula voz.

—Vamos, no seais confiada á medias.

—Repito, señora, que no lo sé; respondió por segunda vez Margarita, poniéndose involuntariamente pálida.

—Bien, bien, dijo Catalia con indiferencia; se tomarán informes; id descuidada, hija mia: vuestra madre vela sobre vuestro honor.

Margarita se marchó.

—¡Hola! murmuró Catalina; se han coligado: Enrique y Margarita están de acuerdo: el marido es ciego à condicion de que la muger sea muda. Muy diestros sois, hijos mios, y os figurais ser muy fuertes; pero vuestra fuerza consiste en la union, y yo os iré derribando uno tras otro. Ademas, dia vendrà en que Maurevel pueda hablar ó escribir, pronunciar un nombre ó formar seis letras, y entonces todo lo sabremos.

Sí, pero hasta tanto, él culpable estará seguro. Lo mejor es desunirlos desde luego.

Y en virtud de este raciocinio tomó Catalina el camino do la habitacion de su hijo á quien encontró en conferencia con el duque de Alenzon.

—¡Oh! dijo Cárlos IX frunciendo el ceño, ¿vos por aquí, madre?

—¿Por qué no añades *otra vez*? Estas pala bras se quedan en vuestro pensamiento, Cárlos.

—De mi pensamiento solo yo dispongo, señora, dijo el rey con el duro y brutal tono que á veces tomaba, hasta para hablar á la misma Catalina; ¿qué quereis? decidlo pronto.

—Teniais razon, hijo mio, prosiguió Catalina dirigiéndose á Cárlos, y vos, Alenzon, estabais equivocado.

—¿En qué, señora? preguntaron entrambos príncipes.

—No era el señor de La Mole el que ocupaba la alcoba del rey de Navarra.

—¿Pues quién? preguntó Cárlos.

—Aun lo ignoramos; lo sabremos cuando pueda hablar Maurevel. Dejemos por lo tanto á un lado este asunto, que no puede tardar en aclararse, y volvamos al señor de La Mole.

—¿Y qué quereis hacer con el señor de La Mole sino estaba en el cuarto del rey de Navarra?

—No, dijo Catalina, no estaba en el cuarto del rey sino...... en el de la reina.

—!En el de la reina! dijo Cárlos con una nerviosa carcajada.

¡En el de la reina' murmuró Alenzon poniéndose pálido como un cadáver,

—No hay tal, no hay tal; Guisa me dijo que vió à Margarita en su litera.

—Justamente, dijo Catalina; porque tiene una casa en la ciudad.

—¿En la calle Cloche-Percée ?preguntó el rey.

—Creo que sí, en la calle Cloche-Percée.

—¡Oh! esto es demasiado, dijo Alenzon desgarrándose el pecho con las uñas; ¡pensar que me le recomendó! . . . . á mí.

—¡Oh! pues ahora caigo, dijó el rey parándose de súbito; entonces él debe ser quien se defendió anoche de nosotros y me tiró un jarron de plata á la cabeza; ¡miserable!

—Sí, repitió Francisco; ¡miserable!

—Razon teneis, hijos mios, dijo Catalina aparentando no comprender las causas que movian á espresarse de este modo á entrambos príncipes. Razon teneis, porque la menor indescrecion de ese hombre puede producir un escándalo horrible; ¡perder á una princesa de Francia! No se necesita para ello mas que un momento de embriaguez.

—O de vanidad, dijo Francisco.

—Sí por cierto, sí por cierto, repuso Cárlos; sin embargo, no podemos llevarle ante un juez como no consienta Henriot en presentarse en queja.

—Hijo, respondió Catalina poniendo una mano sobre el hombro de Cárlos, y poniéndola de un modo bastante significativo para llamar toda la atencion del rey sobre lo que iba á decirle, ecuchad-

me bien. Hay crímen y puede haber escándolo; pero estos ultrages á la magestad real no se castiga con jueces ni verdugos; si pertenecierais á otra categoría, nada tendria que deciros, porque entrambos sois valientes; pero como príncipes no podeis cruzar vuestra espada con cualquier advenedizo. Tratad de vengaros á fuer de príncipes.

—¡Voto à brios! dijo Cárlos; teneis razon, madre, pensaré en ello.

—Yo os ayudaré, hermano, añadió Francisco.

—Y yo, dijo Catalina, desatándose el cordon de seda negra que daba tres vueltas á su cintura, y cuyas estremidades terminadas cada cual en una bellota, caian hasta sus rodillas, yo me retiro, pero os dejo esto para que me represente.

Y tiro el cordon á los piés de entrambos príncipes.

—¡Oh! dijo Cárlos...... comprendo.

—Este cordon.... murmuró Alenzon recogiéndole.

—Es el castigo y el silencio, dijo la triunfante Catalina; pero, añadió, no seria malo enterar á Enrique de todo.

Y se marchó.

—¡Pardiez! dijo Alenzon, no hay cosa mas fácil; cuando Enrique sepa que su esposa le es infiel.... ¿Adoptais la idea de vuestra madre? añadió volviéndose al rey.

—Punto por punto, respodió éste, sin adver-

tir que clavaba mil puñales en el corazon del duque. Llamando en seguida à un oficial de sus guardias, le mandó que fuera á buscar á Enrique, pero pensándolo mejor dijo:

—No, no, yo iré á verle. Tú, Alenzon, avisa á los duques de Anjou y de Guisa.

Y saliendo de su estancia entró en la escalera de caracol que conducia al segundo piso y á la habitacion de Enrique.

CAPITULO XXXIX.

PROYECTOS DE VENGANZA.

Aprovechando Enrique el momento de descanso que siguió á su bien sostenido interrogatorio, corrió al aposénto de la baronesa de Sauve, donde encontró á Orthon completamente vuelto de su desmayo; pero Orthon nada pudo decirle, sinó es que habian entrado unos desconocidos en la antecàra real, y que el gefe le dió con el pomo de la espada un golpe en la cabeza que le dejó caer atolondrado. Nadie se habia cuidado de él; Catalina le vió en el suelo y creyó que estaba muerto, mas habiendo recobrado el uso de sus potencias en el intérvalo que medió entre la salida de la reina madre y la llegada del capitan de guardias en-

cargado de despejar el terreno, se habia refugiado á la habitacion de la baronesa.

Suplicó Enrique à Carlota que tuviese en su compañia al jóven criado hasta que recibiesen noticias de Mouy, el cual no dejaria de escribirle desde el sitio en que se hallara escondido. Enviando entonces á Orthon á llevar su respuesta al hugonote, podia contar con dos hombres leales à su causa en lugar de uno.

Formado este plan, volvió el Bearnés á su habitacion, y se estabà paseando entregado á filosóficas reflecsiones, cuando de repente se abrió la puerta y se presentó el rey.

—¡Señor! esclamó Enrique saliendo á recibirle.

—Aquí estoy; júrote, Henriot, que eres un buen muchacho y que cada dia te voy queriendo mas.

—V. M, me llena de orgullo, respondió Enriuqe.

—Solo tienes una falta.

—¿Cuál? ¿La que ya me ha echado en cara V. M. otras veces? ¿El preferir la montería à la volatería?

—No, no hablo ahora de eso, Henriot.

—Esplíquese V. M., dijo Enrique conociendo por la sonrisa de Cárlos que estaba de buen humor, y me corregiré.

—Es el no ver mas de lo que ves; teniendo tan buenos ojos como tienes.

—¡Bah! dijo Enrique, ¿si seré miope sin saberlo señor?

—Eres mas, Henriot; eres ciego.

—¡Oh! ¿de veras? dijo el Bearnés; probablemente me sucederá esa desgracia, cuando cierre los ojos.

—Yo, repuso Cárlos; capaz seriais de hacerlo. En todo caso yo vengo à abrírtelos.

—Dios, dijo: hágase la luz, y la luz fué hecha. V. M. representa à Dios en este mundo, y puede hacer en la tierra lo que el Señor en el cielo; ya escucho.

—Anoche, cuando te dijo Guisa que habia visto pasar à tu esposa acompañada de un galan, no lo quisiste creer.

—¿Cómo habia de creér que una hermana de V. M. cometiese semejante imprudencia?

—Tampoco le creiste cuando añadió que tu muger habia ido á la calle de Cloche-Percée.

—No era posible suponer que comprometiera tan públicamente su reputacion una princesa de la sangre.

—Cuando sitiamos la casa de la calle de Cloche-Percée, cuando recibí yo en un hombro un jarro de plata, y Anjou una compota de naranja en la cabeza, y Guisa un jamon de jabalí en la cara, ¿no viste á dos mugeres y dos hombres?

—Yo nada ví, señor; V. M. recordará que estaba interrogando al portero.

—Sí, pero las ví yo; ¡voto al diablo!

—Si V. M. los vió, es otra cosa.

—Digo que ví á dos hombres y dos mugeres. Y ahora sé, á no dudarlo, que una de ellos era Margot, y uno de ellos el conde de La Mole.

—Pero si el conde de La Mole estaba en la calle Cloche-Percée, dijo Enrique, no podia estar aquí.

—No, no estaba aquí, respondió Cárlos. Pero ya no se trata de la persona que estuviese en tu alcoba; eso se sabrá cuando pueda hablar y escribir ese imbécil de Maurevel. Trátase de que Margot te engaña.

—¡Bah! dijo Enrique, no crea V. M. en murmuraciones.

—¿No decia yo que eras mas que miope, que eras ciego? Voto va...... ¿no has de hacerme caso una sola vez, testarudo? Margot te engaña, y esta misma noche vamos á acabar con el objeto de su cariño.

Dió Enrique un salto de sorpresa, y miró con estupor á su hermano.

—Confiesa, Enrique, que en tus adentros no lo sientes. Margot chillará mas que cien cornejas; peor para ella. No quiero que seas infeliz. Un bledo me importa que el duque de Anjou engañe á Condé, porque Condé es enemigo mio; pero tú eres mi hermano, eres mas que mi hermano, eres mi amigo.

—Pero señor......

—Y no quiero que te molesten, no quiero que se mofen de tí; harto tiempo has servido de pan-

talla á todos esos mequetrefes que se vienen de sus provincias á recoger nuestras migajas y á galantearnos las mugeres: ¡que vengan, ó por mejor decir, que vuelvan, vive Dios! Te han engañado, Enrique; eso á todo el mundo le sucede; pero te juro que recibirás una satisfaccion cumplida, y que mañana dirá la gente: ¡Cáspita! parece que el rey Cárlos quiere de veras á su hermano Henriot, porque esta noche ha hecho pernear de lo lindo al señor de La Mole.

—¿Y es cosa enteramente decidida, señor, preguntó Enrique.

—Decidida, resuelta y fija; no se quejará el atildado caballero; formamos la espedicion yo, Anjou, Alenzon y Guisa. Un rey, dos príncipes de la casa real, y un príncipe soberano: esto sin contarte á tí.

—¡Sin contarme á mí!

—Si tú serás de la partida.

—¡Yo!

—Tú; dámele de puñaladas á tu gusto, en tanto que nosotros le ahogamos.

—Señor, dijo Enrique, tanta bondad me confunde; pero ¿cómo sabeis?....

—Parece que el tunante se ha ido alabando, ¡voto á brios! Unas veces la visita en el Louvre, otras en la calle Cloche-Percée; hacen versos juntos.... quisiera ver versos de ese pisaverde; todos on pastorales; hablan de Bion y de Mosco; entas

blan églogas entre Dafne y Coridon. Escucha, lleva siquiera una buena daga para rematarle.

—Señor, dijo Enrique en tono de reflecsion....

—¿Qué?

—Bien conoce V. M. que no puedo tomar parte en una espedicion por este estilo. A mi entender no seria decoroso que yo presenciase esa escena. Estoy sobrado interesado en el asunto para que mi intervencion no fuese tachada de ferocidad. V. M. venga el honor de su hermana en un fátuo que se ha envanecido calumniando á mi esposa; es muy natural, y á Margarita, cuya inocencia defiendo, no la deshonra esto; pero si yo soy de la partida, es otra cosa; mi cooperacion convierte un acto de justicia, en acto de venganza; lo que era ejecucion se trueca en asesinato; mi muger no es calumniada.... sino culpable.

—¡Pardiez! Enrique, hablas como un libro; no ha mucho que se lo estaba diciendo á mi madre; tienes un talento endemoniado.

Y Cárlos miró con complacencia á su cuñado, el cual se inclinó para responder á su cumplido.

—En suma, añadió Cárlos, ¿te alegras de que quitemos de en medio á ese galan?

—Cuanto hace V. M. está bien hecho, respondió el rey de Navarra;

—Corriente; pues déjame á mí y pierde cuidado, que no saldrá mal.

—Como gusteis, señor, respondió Enrique.

—Dime solo, ¿á qué horas suele ir á ver á tu esposa?

—A eso de las nueve de la noche.

—¿Y cuándo se retira?

—Antes de ir yo, porque nunca le encuentro.

—Pero poco mas ó menos....

—A las once.

—Bueno; baja esta noche á las doce, y lo hallarás todo concluido.

Dió Cárlos un cordial apreton de manos al rey de Navarra, reiteró sus promesas de amistad, y se marchó silbando su toque de caza favorito,

—¡Vive Dios! dijo el Bearnés siguiendo á Cárlos con la vista, mucho me engaño si no provienen todos esos enredos de la reina madre. Cierto que no sabe qué hacer para indisponernos á mi muger y á mí; ¡un matrimonio tan unido!

Y Enrique se echó á reir como se reia cuando no le veia ni oia nadie.

A las siete de la tarde del mismo dia en que ocurrieron todos estos acontecimientos; se peinaba y perfumaba, tatareando una cancion ante un espejo y en un aposento del Louvre, un gallardo jóven despues de tomar un baño.

A su lado dormia, ó por mejor se esperezaba otro jóven sobre una cama.

Era el primero nuestro amigo La Mole, de quien tanto se habia tratado aquel dia, y de quien acaso, sin saberlo él, se estaba tratando mas en aquel momento, y el otro su compañero Coconnas.

En efecto, toda aquella formidable tempestad se habia agolpado sobre su cabeza, sin que él oyera el ruido del trueno, ni viera el resplandor de los relámpagos. Habiéndose recogido á las tres de la mañana, se estuvo en la cama hasta las tres de la tarde, entre dormido y despierto, alzando castillos sobre la movediza arena del porvenir: levantóse luego, y despues de pasar una hora en los baños de moda y de comer en casa de maese La Huriére; estaba vistiéndose, de vuelta en el Louvre, para hacer su acostumbrada visita á Margarita.

—¿Y dices que has comido? le preguntó Coconnas bostezando.

—Sí, por cierto, y con gr nde apetito.

—¿Por qué no me has llevado en tu compañía, egoista?

—Dormias con tales ganas que no te quise despertar. Pero, anda, si no has comido cenarás. No te olvides sobre todo de pedir á maese La Huriére cierto vinillo de Anjou que ha recibido estos dias.

—¿Es bueno?

—Pídele; no te digo mas.

—¿Y tú á dónde vas?

—¿Yo? preguntó La Mole sorprendido de que su amigo le hiciera semejante pregunta, ¿qué á dónde voy? á ver á la reina.

—Pues ahora que me acuerdo, dijo Coconnas, casi me dan tentaciones de ir á la casita de la calle Cloche-Percée. Siempre habrán quedado relieves

de la cena de anoche, y el vino de Alicante que allí hay es cosa que entona.

—Seria una imprudencia, amigo Aníbal, despues de lo ocurrido. Ya sabes que hemos prometido no volver allá solos. Con que dame la capa.

—Tienes razon á fé, dijo Coconnas: lo habia olvidado. ¿Pero dónde anda tu capa?.... ¡Ah! cátala aquí.

—No, hombre, me das la negra cuando te pido la encarnada. La reina prefiere esta última.

—Búscala tú, dijo Coconnas despues de mirar todos los rincones del aposento, porque yo no la encuentro.

—¿Cómo que no la encuentras? repuso La Mole; ¿pues qué ha sido de ella?

—La habrás vendido.

—¿Para qué? Todavía me quedan seis escudos.

—Ponte la mia.

—¡Eso es!.... Capa amarilla sobre un jubon verde: pareceria un papagayo.

—No eres poco descontentadizo. Arréglate como puedas.

Empezaba La Mole, despues de revolverlo todo, á fulminar invectivas contra los ladrones que se introducian hasta en el mismo Louvre, cuando apareció en la estancia un paje del duque de Alenzon con el precioso y solicitado objeto.

—¡Ah! esclamó La Mole, ya pareció.

—¿Vuesta capa? dijo el paje.... Sí, monseñor

me mandó que se la llevase para una apuesta que tenia hecha sobre su color.

—¡Oh! respondió La Mole, yo solo la pedia porque iba á salir, pero si S. A. la necesita....

—No, señor conde; ya no le hace falta.

Fuèse el page y La Mole se puso la capa.

—¿Qué resuelves por fin? preguntó á su amigo.

—Aun no he resuelto nada,

—¿Nos veremos aquí esta noche?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿No sabes lo que has de hacer dentro de dos horas?

—Sé lo que quiero hacer, mas no lo que me mandarán que haga.

—¿La duquesa de Nevers?

—No, el duque de Alenzon.

—En efecto, dijo La Mole, observo que de algun tiempo á esta parte te trata con mucho cariño.

—Sí, dijo Coconnas.

—Entonces, ya estás en carrera, repuso La Mole riéndose.

—¡Quita allá!.... ¡un segundon!

—¡Oh! dijo La Mole, tanto desea ser primogénito, que puede que el cielo haga un milágro en su favor. En resúmen, ¿no sabes dónde estarás esta noche?

—No.

—Pues anda al diablo, ó por mejor decir.... queda con Dios.

—¡Terrible es este La Mole! dijo Coconnas; empeñado en que le diga dónde he de estar: ¿lo sé yo por ventura? Precisamente me dan ganas de tenderme á dormir.

Y se acostó en efecto.

La Mole dirigió sus pasos á la habitacion de Margarita

En el pasadizo de que tantas veces hemos hablado, encontró al duque de Alenzon.

—¿Sois vos, señor de La Mole? preguntó el duque.

—Sí, monseñor, respondió La Mole saludándole respetuosamente.

—¿Vais á salir del Louvre?

—No, señor, voy á presentar mis respetos á S. M. la reina de Navarra.

—¿A qué hora terminará vuestra visita?

—¿Tiene V. A. que comunicarme alguna órden?

—Por ahora no, pero quisiera hablaros esta noche......

—¿A qué hora?

—De nueve á diez.

—Tendré el honor de presentarme á esa hora en la habitacion de V. A.

—Bien, cuento con vos.

Saludó La Mole y prosiguió su camino.

—Hay momentos, murmuró, en que este duque está tan pálido como un cadáver. ¡Cosa rara!

Y llamó á la puerta de la reina: Matilde, que

sin duda le esperaba, le condujo á presencia de Margarita.

Hallábase ésta entregada á una ocupacion que al parecer la fatigaba mucho, y tenia delante un papel lleno de tachones, y un tomo de Isócrates. Hizo seña á La Mole de que la dejara concluir de escribir un párrafo, y verificándolo así en pocos momentos, tiró la pluma y brindó al jóven à sentarse á su lado.

La Mole se hallaba en uno de sus mejores dias, ó por mejor decir, nunca habia estado tan bello ni tan contento.

—¡Un libro griego! dijo fijando los ojos en él; una arenga de Isócrates. ¿Qué vais á hacer con esto? ¡Oh! y el papel està en latin. *Ad Sarmatiæ lagatos, reginæ Margaritæ conscio.*—¿Vais á arengar à esos bárbaros en latin?

—¿Qué he de hacer, repuso Margarita, si no sé frances?

—¿Y cómo podeis escribir la respuesta antes de oir el discurso?

—Otra mas coqueta os haria creer en una improvisacion; pero yo prescindo con vos, Jacinto mio, de esa clase de engaños; me han comunicado anticipadamente el discurso, y le estoy contestando.

—¿Tan pronto van à venir esos embajadores?

—Han llegado esta mañana.

—¿Y nadie lo sabe?

—Entraron de incógnito en la ciudad. Creo

que hasta pasado mañana no harán su entrada solemne. Ya vereis, dijo Margarita con cierto airecillo la satisfaccion, no escento de pedantería, si es ciceroniano ó no lo que he escrito esta noche; pero dejémonos de niñerías y hablemos de lo qu os ha sucedido.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Qué me ha sucedido?

—En vano la echais de valiente; estais pálido.

—Será de haber dormido mucho, de lo cual me acuso humildemente.

—Vamos, vamos, no os hagais el fanfarron; todo lo sé.

—Tened la bondad de enterarme de todo, perla mia, porque yo no sé nada.

—Respondedme francamente. ¿Qué os ha dicho la reina madre?

—¡La reina madre! ¿Queria acaso hablarme?

—¡Cómo! ¿No la habeis visto?

—No.

—¿Y al rey Cárlos?

—Tampoco.

—¿Y al rey de Navarra?

—Menos.

—¿Y tampoco al duque de Alenzon?

—A ese sí; le acabo de encontrar en el pasadizo.

—¿Qué os ha dicho?

—Que tenia que darme algunas órdenes entre nueve y diez de la noche.

—¿Nada mas?

—Es estraño.

—¿Estraño? ¿qué? Hacedme el favor de decírmelo.

—Que de nada hayais oido hablar.

—¿Pues qué ha pasado?

—Todo el dia habeis estado á la boca de un abismo, ¡infeliz!

—Yo.

—Sí, vos.

—¿Y por qué?

—Escuchad. Sorprendido Mouy esta noche en la estancia del rey de Navarra, á quien fueron á prender, ha dado muerte á tres hombres, y se ha escapado sin que de él pudieran tomar otras señas que la famosa capa encarnada.

—¿Y qué?

—Esa capa encarnada, que á mí me engañó una vez, ha engañado tambien á otros: han sospechado de vos, os han acusado de las tres muertes. Esta mañana querian prenderos, juzgaros, ¿que sé yo?...... condenaros tal vez, porque sin duda no hubierais dicho por salvaros donde habiais pasado la noche, ¿no es verdad?

—¡Decirlo yo! esclamó La Mole, ¿comprometeros así, noble reina, bella magestad mia? ¡Oh! ¡cuánta razon teneis! ¡hubiera muerto cantando por ahorrar una lágrima á esos hermosos ojos!

—¡Ay! dijo Margarita, y estos hermosos ojos hubieran vertido, no una, sino mil lágrimas, pobre doncel.

—Pero ¿cómo se ha calmado esa gran tormenta?

—Adivinadlo.

—¡Qué sé yo!

—Solo habia un medio de probar que no estabais en la alcoba del rey de Navarra.

—¿Cuál?

—Decir con verdad donde pasasteis la noche.

—¿Y qué?

—Lo he dicho.

—¿A quién?

—A mi madre.

—¿Y la reina Catalina?

—La reina Catalina sabe que os amo.

—¡Oh! despues de tanto como haceis por mí, señora, podeis ecsigirlo todo de vuestro siervo. ¡Hermosa y grande es por cierto esa accion, Margarita. ¡Oh, Margarita! vuestra es mi vida.

—En ello confio, porque la he arrancado de manos de los que me la querian quitar; pero al fin ya estais en salvo.

—Por vos, esclamó el jóven, por mi adorada reina.

Un desusado estrépito hizo estremecerse á entrambos en aquel momento. La Mole se echó atrás impulsado por un vago terror; Margarita dió un grito y clavó los ojos en el roto cristal de una ventana.

Habia entrado por ella en la estancia una piedra del tamaño de un huevo que aun rodaba por el pavimento.

Vió á su vez La Mole el cristal roto, y conoció la causa del ruido.

—¿Quién será el insolente? esclamó dirigiéndose al balcon.

—Un momento, dijo Margarita; parece que á esta piedra viene atado algo.

—En efecto, repuso La Mole, diriase que es un papel.

Levantó Margarita precipitadamente el estraño proyectil, y cogió un delgado pedazo de papel que, doblado como una estrecha cinta, daba vuelta á la piedra por la parte de enmedio.

Iba este papel sujeto con un bramante cuya estremidad salia por el hueco del cristal roto.

Abrió Margarita la carta y la leyó.

—¡Desgraciado! dijo.

Y presentó el papel á La Mole, pálida, en pié é inmóvil como la estátua del espanto.

Con el corazon oprimido por un doloroso presentimiento, leyó La Mole estas palabras.

"Hombres armados con largas espadas, esperan al señor de La Mole en el pasadizo que conduce á la habitacion del duque de Alenzon. Tal vez prefiera salir por esta ventana y reunirse en Nantes con el señor de Mouy"......

—¿Son por ventura mas largas esas espadas que la mia? preguntó La Mole, luego que concluyó de leer.

—No, pero acaso haya diez contra una.

—¿Y á qué amigo debemos este aviso? dijo La Mole.

Cogió Margarita el billete de manos del jóven y fijó en él una ardiente mirada.

—¡La letra es del rey de Navarra! esclamó. Cuando él avisa, cierto será el peligro. Huid, La Mole, huid, yo os lo suplico.

—¿Por dónde quereis que huya? dijo La Mole.

—Por esa ventana, ¿no lo indica el papel?

—Mandadlo, reina mia, y saltaré por ella aun cuando haya de estrellarme cien veces al caer.

—Esperad, esperad, dijo Margarita. Parece que esta cuerda tiene un peso á la punta.

—Veamos; respondió La Mole.

Y tirando entonces de la cuerda vieron con indecible alegría que á su estremidad iba colgada una escala de cerda y seda.

—¡Ah! os habeis salvado, dijo Margarita.

—¡Es un milagro del cielo.

—No, sino un beneficio del rey de Navarra.

—¿Y si fuera una asechanza? dijo La Mole, ¿y si hubiera de romperse bajo mis plantas esta escala? Señora, ¿no habeis publicado hoy el afecto que me profesais?

El rostro de Margarita animado con los colores de la alegría, se cubrió de mortal palidez.

—Teneis razon, dijo, es posible.

Y se dirijió á la puerta.

—¿A dónde vais? esclamó La Mole.

—A ver por mis propios ojos si es cierto que os esperan en el corredor.

—Nunca, no permitiré que seais vítima de su cólera.

—¿Qué quereis que hagan conmigo? Como muger y como princesa de la sangre, soy dos veces inviolable.

Con tal dignidad pronunció la reina estas palabras, que La Mole se persuadió, en efecto, de que ningun peligro corria Margarita, y que debia dejarla hacer lo que le pareciera.

La reina confió á La Mole á la vigilancia de Matilde, permitiéndole huir ó esperar su regreso, segun las circunstancias y su sagacidad le dictaran y entró en el pasadizo que por una calle lateral conducia á la biblioteca y á varios salones de recepcion, y por el frente terminaba en las habitaciones del rey y de la reina madre, y en la escalerilla por la que se subia á los aposentos del duque de Alenzon y de Enrique. Aunque apenas eran las nueve de la noche, ya estaban apagadas todas las luces, y á escepcion de un ténue resplandor que salia de la calle lateral, el pasadizo estaba en la mayor oscuridad. Acercóse la reina de Navarra con firme paso, mas no llevaria andada la tercera parte del pasadizo, cuando oyó un murmullo casi imperceptible de voces, que con el cuidado que para atenuarlas se empleaba, adquirian un terrible y misterioso acento. Pero casi al mismo tiempo, sin embargo, cesó el ruido como por efecto de una

órden superior, y todo volvió no solo al silencio, sino a la oscuridad, pues el débil resplandor de que hemos hablado tambien pareció que disminuia.

Prosiguió Margarita su camino, marchando rectamente en busca del peligro que, en caso de ecsirtir, debia allí aguardarla. Iba en apariencia tranquila, aunque sus crispadas manos revelaban una violenta tension nerviosa. Conforme avanzaba se hacia mas profundo aquel siniestro silencio, y una sombra, como de una mano, oscurecia el trémulo é incierto resplandor del pasadiso.

De repente, y al llegar la reina á la calle lateral, salió un hombre de ella, descubrió un candelero de plata sobredorado con que se alumbraba, y esclamó: ¡aquí le tenemos!

Vióse Margarita frente a frente con su hermano Cárlos. Detrás estaba el duque de Alenzon con un cordon de seda en la mano. En la oscuridad se dibujaban dos sombras que no recibian mas luz que la que reflejaban las espadas que en la mano tenian.

Abarcó Margarita todo el cuadro con un ojeada, hizo un violento esfuerzo, y respondió á Cárlos sonriéndose:

—Querreis decir: *aquí la tenemos.*

Càrlos retrocedió un paso: los demas circunstantes permanecieron inmóviles.

—¡Tú por aquí, Margot! dijo: ¿á dónde vas á estas horas?

—¿A estas horas? repuso Margarita: ¿tan tarde es?

—¿Te pregunto que á dónde vas?

—A buscar un tomo de los discursos de Cicerón, que creo haber dejado en el cuarto de nuestra madre.

—¿Sin luz?

—Me figuré que el pasadizo la tendria.

—¿Vienes de tu cuarto?

—Sí.

¿En qué te ocupas esta noche?

—En preparar la arenga para los enviados polacos. Como mañana hay consejo y se ha convenido en que todos presenten su arenga á V. M....

—¿Nadie te ayuda en ese trabajo?

Reunió Margarita todas sus fuerzas y respondió:

—Sí, hermano; el señor de La Mole que es persona muy instruida.

—Tan instruido, dijo el duque de Alenzon, que le he pedido que cuando concluya con vos, venga á darme consejos á mí, que no estoy á vuestra altura.

—¿Y le esperabais? preguntó Margarita con la mayor naturalidad.

—Sí, respondió Alenzon con impaciencia.

—En ese caso, repuso la reina, volveré y os le enviaré, porque ya hemos acabado.

—¿Y el libro? preguntó Cárlos.

—Diré á Matilde que lo recoja.

Los dos hermanos se hicieron una seña.

—Idos, pues, dijo Cárlos, y nosotros continuaremos nuestra ronda.

—¿Vuestra ronda? preguntó Margarita, ¿pues á quién buscais.

—Al hombrecillo colorado; respondió Cárlos. ¿No sabeis que en el Louvre se aparece un hombrecillo colorado? mi hermano Alenzon dice qué le ha visto y andamos siguiéndole la pista.

—Buena caza, dijo Margarita.

Y se retiró echando una mirada atrás; merced á la cual vió dibujarse en la pared las sombras de los cuatro príncipes reunidos en conferencia.

En un segundo llegó a su aposento.

—Abre, Matilde, dijo, abre.

Matilde obedeció.

Precipitóse Margarita en su cuarto donde encontró á La Mole esperándola tranquilo y resuelto aunque con espada en mano.

—Huid, dijo, huid sin perder un momento. En el pasadizo os están aguardando para asesinaros.

—¿Lo mandais? dijo La Mole.

—Lo ecsijo. Si hemos de volvernos á ver, es preciso que ahora nos separemos.

Durante la escursion de Margarita, habia atado La Mole la escala á la baranda del balcon; sacó una pierna afuera, pero antes de poner el pié en el primer escalon, besó tiernamente la mano de la reina.

—Si esta escala es don de algun traidor, y muero por vos, Margarita, acordaos de vuestra promesa.

—No es promesa sino juramento. Nada temais, adios.

Alentado La Mole con estas palabras, se deslizó, que no bajó por la escala.

Al mismo tiempo llamaron á la puerta.

Margarita siguió con la vista á La Mole durante su peligrosa operacion, y no se apartó del balcon hasta cerciorarse de que habia puesto el pié en el suelo.

—¡Señora! decia Matilde. ¡Señora!

—¿Qué hay? prepuntó Margarita.

—El rey está llamando.

—Abrid.

Obedeció Matilde.

Cansados sin duda de esperar los cuatro príncipes, habian ido á situarse junto á la puerta de la habitacion.

Cárlos pasó adelante.

Salió Margarita al encuentro de su hermano, animados los labios con una sonrisa. El rey paseó en su rededor una rápida ojeada.

—¿Qué buscais, hermano? preguntó Margarita.

—Busco, dijo Cárlos, buscó.... ¡pardiez! ¿à quién he de buscar sino al señor de La Mole?

—¿Al señor de La Mole?

—Sí, ¿dónde está?

Cogió la reina á Cárlos por la mano y le condujo al balcon.

En aquel mismo instante se alejaban dos ginetes á escape en direccion la torre de Bois; uno de

ellos se quitó la banda y en señal de despedida agitó el blanco raso en la oscuridad: eran La Mole y Orthon.

Margarita los apuntó con el dedo y se los enseñó á Cárlos.

—¿Qué quiere decir esto? pregunto el rey.

—Esto quiere decir, respondió Margarita, que el señor duque de Alenzon puede guardarse su cordon y los señores de Anjou y de Guisa envainar su espada, porque el señor de la Mole no volverá á pasar esta noche por el pasadizo.

CAPITULO XL.

LOS ATRIDAS.

Desde su regreso á Paris no habia visto Enrique de Anjou libremente á su madre Catalina, cuyo favorito era, segun de público se sabia.

No era el verla una vana satisfaccion de etiqueta; no era cumplir con un penoso deber; era por el contrario un deber muy grato para aquel hijo, que si no amaba á su madre, estaba al ménos seguro de ser tiernamente querido por ella.

En efecto, Catalina preferia á aquel hijo, fuese por su valor, fuese por su gallardia, pues Catalina á mas de madre era muger; fuese, en fin, porque segun las crónicas escandalosas, Enrique de Anjou recordaba á la florentina cierta dichosa época de misteriosos amores.

Solo la reina madre sabia el regreso del duque de Anjou à Paris, regreso que hubiera ignorado Cárlos IX, sin la casualidad que lo condujo frente al palacio de Condé, justamente en el momento en que salia de él su hermano. No le esperaba el rey hasta el siguiente dia, y Enrique de Anjou confiaba en poderle ocultar las dos circunstancias que habian anticipado su llegada, á saber, su visita á la bella María de Cleves, princesa de Condé, y su conferencia con los embajadores polacos.

Sobre este último paso, cuyos motivos no sabia Cárlos á punto fijo, era sobre el que queria el duque de Anjou esplicarse con su madre; y el lector que, como Enrique de Navarra, padecerà sin duda un error en punto á él, pueda aprovecharse de la esplicacion.

Cuando el duque de Anjou, despues de hacerse esperar largo rato, entró en la estancia de su madre, Catalina, tan fria y mesurada por lo regular, Catalina, que durante la ausencia de su amado hijo solo habia abrazado con efusion á Coligny, que debia ser asesinado al siguiente dia, abrió los brazos al hijo de su amor y le estrechó contra su pecho con un impulso de afecto maternal, harto sorprendente por cierto en un corazon tan desecado.

Despues de abrazarle, se apartaba de él, le contemplaba y volvia á estrecharle contra su seno.

—¡Ah señora! dijo el duque de Anjou, ya que el cielo me concede la satisfaccion de abrazar sin tes-

tigos á mi madre, consolad al hombre mas infeliz del mundo.

—¡Dios mio! esclamó Catalina, ¿qué os sucede, querido hijo?

—Nada que ya no sepais, madre. Estoy enamorado y soy correspondido, pero ese mismo amor que labraria la felicidad de otro, causa mi desgracia.

—Esplicádmelo todo, hijo mio, repuso Catalina.

—Madre...... esos embajadores, ese viaje....

—Sí, esos embajadores han llegado ya, y el viaje urge.

—No urge, madre, pero mi hermano lo acelera porque me detesta, porque le hago sombra y quiere quitarme de enmedio.

Sonriose Catalina y dijo:

—¡Quitaros de en medio dandoos un trono! ¡Ser infeliz ciñendo una corona!

—¡Oh! no importa, replicó angustiado Enrique; no quiero marcharme. ¡Yo, príncipe frances, educado en medio del refinamiento de las costumbres cortesanas, y al lado de la mejor de las madres, amado por una de las mas encantadoras mugeres de la tierra, habré de ir á vivir entre nieves, á una estremidad del mundo, á morirme lentamente entre aquella gente grosera que consagra todo el dia á embriagarse, y que mide la capacidad de un rey como la de un tonel, por lo que en él cabe! No, madre, no quiero marcharme.... ¡me moriria!

—Despacio, Enrique, dijo Catalina estrechando las dos manos de su hijo; ¿es esa, hablando en verdad, la razon de vuestra antipatía al viaje?

Bajó Enrique los ojos, cual si ni aun á su misma madre se atreviera á confesar lo que en su corazon pasaba.

—¿No hay otra, prosiguió Catalina, menos novelesca, mas racional...... mas política?

—No tengo yo la culpa, madre, de que se me haya aferrado esa idea en la mente, ocupando en ella mas lugar que debiera: ¿no me habeis dicho vos misma qué el horóscopo que se sacó al nacer de mi hermano Cárlos, pronosticaba que moriria jóven?

—Sí, respondió Catalina; pero bien puede mentir un horóscopo, hijo mio. Justamente confio yo en que ninguno de ellos sea verdadero.

—En suma, ¿decia ó no decía eso el horóscopo?

—Hablaba de la cuarta parte de un siglo, pero sin espresar si seria esta la duracion de su vida ó de su reinado.

—Pues bien, madre, lograd que me quede. Mi hermano cuenta ya cerca de 24 años: dentro de uno mas estará resuelta la cuestion.

Catalina se quedó un instante pensativa.

—Cierto, que sí, dijo; mas valdria eso, si posible fuera.

—¡Oh! esclamó Enrique, juzgad de mi desesperacion, madre, si llegara á trocar la corona de Fran-

cia por la de Polonia! ¡Sufrir el tormento de pensar que podia reinar en el Louvre, en medio de esta elegante é ilustrada corte, junto á la mejor madre del mundo, cuyos consejos me ahorrarian la mitad de las fatigas del gobierno, y qeu acostumbrada à compartir con mi padre el peso de las cargas del estado, tambien tendria á bien compartirle conmigo. ¡Ah, madre mia! ¡yo podria ser un gran rey!

—Vamos, amado hijo, repuso Catalina, que tambien fundaba en este porvenir sus mas dulces esperanzas: no hay que afligirse. ¿Habeis imaginado por vuestra parte algun modo de arreglar el asunto?

—¡Oh! si tal, y por eso he anticipado dos ó tres dias mi regreso, haciendo creer á mi hermano Cárlos que venia por la princesa de Condé. He salido á recibir á Lasco, el mas importante de los enviados, me he dado á conocer á él poniendo en juego todos los medios posibles para hacerme odioso en la primera entrevista, y espero haberlo conseguido.

—Malo es eso, querido hijo, respondió Catalina. El interes de Francia debe tenerse en cuenta antes que vuestras simpatías.

—¿Y exije el interes de Francia que en caso de que le suceda una desgracia á mi hermano, reinen el duque de Alenzon ó el rey de Navarra?

—¡Oh! ¡el rey de Navarra, nunca, nunca! murmuró Catalina, cuya frente se cubrió con una som-

bría nube, efecto de la zozobra que siempre le causaba aquella idea.

—Pues á fé, continuó Enrique, que mi hermano Alenzon no vale ni os quiere mas.

—Y por último, replicó Catalina, ¿qué ha dicho Lasco?

—Vaciló cuando le insté á pedir una audiencia. ¡Oh! si pudiera escribir á Polonia y anular la eleccion.....

—¡Qué demencia, hijo mio!..... Lo que decide una dieta, es sagrado.

—Pero madre, ¿no seria posible que los polacos aceptasen á mi hermano en mi lugar.

—Si no imposible, es á lo menos, muy difícil, respondió Catalina.

—No importa: probad, intentadlo, hablad al rey; achacadlo todo á mi amor á la princesa de Condé; decidle que estoy loco, que deliro por ella. Justamente me vió salir del palacio del príncipe con Guisa, que me presta todos los servicios propios de un buen amigo.

—Porque se lleve á efecto la Liga. Si se os oculta eso, á mí no.

—A mí ta npoco, madre; pero por ahora me valgo de él. Y no es poca fortuna encontrar hombres qne nos sirvan aunque redunde esto en su provecho.

—¿Qué dijo el rey cuando os vió?

—Creyó, al parecer, lo que le afirmé, esto es, que solo el amor me traia á Paris.

—¿Y no os pidió cuenta del resto de la noche?

—Sí, madre; pero fuí á cenar á casa de Nanteuillet, y armé un gran escándalo, para que al otro dia se hablase de él y no dudara el rey de que habia estado allí.

—De suerte que ignora vuestra visita á Lasco.

—Enteramente.

—Bien, muy bien. Le hablaré en vuestro favor, querido hijo; pero ya sabeis que es imposible ejercer una influencia positiva sobre personas de su indómito carácter.

—¡Oh, madre, madre! ¡qué fortuna si me quedara! os tendria mas cariño que ahora, si posible fuera.

—Si os quedais, os volverán á enviar á la guerra.

—¡Oh! poco me importa como no salga de Francia.

—Pueden mataros.

—No se muere de heridas; madre.... se muere de dolor, de fastidio. Pero Cárlos no me permitirá quedarme, porque me detesta.

—Tiene zelos de vos, gallardo vencedor; nadie lo ignora, pero ¿por qué sois tan valiente y tan afortunado? ¿Por qué, no contando 22 años, habeis ganado batallas como Alejandro y César? Por ahora no os descubrais á nadie; fingid que estais resignado, haced la corte al rey. Hoy mismo se reune el consejo privado para leer y discutir los discursos que han de pronunciarse en la ceremonia; obrad como rey de Polonia, y dejad el resto á mi cargo. A otra cosa, ¿y la espedicion de anoche?

—Se frustró, madre; el galan recibió aviso y voló por la ventana.

—Un dia ú otro, repuso Catalina, sabré quien es el génio que así da al traste con todos mis proyectos...... ya tengo mis sospechas y...... desgraciado de él.

—Quedamos, madre...... dijo el duque de Anjou......

—En que yo dirigiré el asunto.

Y dando dos tiernos besos á Enrique en los párpados, le hizo salir del gabinete.

En breve llegaron á la habitacion de la reina los príncipes de su casa; Cárlos estaba de bellísimo humor, pues la serenidad de su hermana le habia causado mas risa que enojo; ningun motivo particular de queja tenia contra La Mole, y si le aguardó con algun afan en el pasadizo, fué porque tambien aquello era una especie de caza de acecho.

Alenzon estaba, por el contrario, muy inquieto. La aversion que siempre habia tenido á La Mole se trocó en odio luego que supo que era amante de su hermana.

Margarita andaba pensativa y serena á la par, porque la era preciso acordarse de lo pasado, y velar sobre el porvenir.

Los diputados polacos habian enviado el testo de las arengas que se proponian pronunciar.

Margarita, á quien nadie habia hablado de la

escena de la noche anterior, cual si tal escena no hubiera ocurrido, leyó los discursos, y todos los circunstantes, escepto Cárlos, discutieron lo que habian de responder. Cárlos dejó á Margarita en libertad de contestar lo que la pareciera; fué muy ecsigente con el duque de Alenzon en cuanto á la eleccion de términos; mas pasando al discurso de Enrique de Anjou, su rigor rayó en mala voluntad, y se estendió con complacencia en poner tachas y hacer correcciones.

Sin que se rompieran precisamente las hostilidades, se enconaron sórdamente los ánimos en esta sesion. Enrique de Anjou tenia que rehacer casi todo su discurso, y se retiró para llevarlo á efecto. Margarita, que no habia recibido noticias del rey de Navarra, desde las que con detrimento de los cristales le envió el Bearnés por el balcon, volvió á su estancia con esperanzas de que fuera á visitarla. Alenzon conoció la inquietud de su hermano Anjou por la espresion de sus ojos, y sorprendiendo entre él y su madre una mirada de inteligencia, se retiró para meditar sobre el naciente complot, cuya ecsistencia sospechaba. Cárlos, en fin, iba á pasar á su fragua para concluir un venablo que estaba fabricando por sus propias manos, cuando Catalina le detuvo.

Presumiendo el rey que su madre trataria de oponer, cual solia, algun obstáculo á su voluntad, se paró, y mirándola fijamente:

—¿Qué tenemos? preguntó, ¿ocurre algo de nuevo?

—Solo quiero deciros una palabra, señor. De ella nos hemos olvidado, y no carece de importancia. ¿Qué dia se señala para la audiencia pública?

—¡Ah! es verdad, dijo el rey sentándose; tratemos del asunto, madre. ¿Qué dia os parece conveniente?

—Creo, respondió Catalina, que el mismo silencio de V. M., y ese aparente olvido proceden del mas profundo cálculo.

—No, dijo Cárlos; ¿por qué, madre?

—Porque, añadió Catalina con suma amabilidad, no me parece oportuno, hijo mio, que los polacos nos vean correr con tanto afan en pos de una corona.

—Al contrario, madre, repuso Cárlos, ellos se han dado toda la prisa posible, viniendo á marchas forzadas desde Varsovia. Honra por honra; cortesanía por cortesanía.

—Bajo un punto de vista puede V. M. tener razon, así como bajo otro puedo yo no andar equivocada. ¿Sois, pues, de opinion de que se acelere el dia de la sesion pública?

—Mucho que sí, madre; ¿acaso no pensais vos lo mismo?

—Ya sabeis que yo siempre me guío por lo que mas puede contribuir á vuestra gloria; y en este supuesto os diré que si os dais tanta prisa, me temo que os acusen de aprovechar á escape la ocasion que se os presenta de aliviar á la casa de Fran-

cia de las cargas que le impone vuestro hermano, cargas que seguramente le paga en gloria y en afecto.

—Madre, dijo Cárlos, cuando salga de Francia, le dotaré con tal esplendidez, que nadie se atreverá ni aun á pensar lo que temeis que digan.

—Bien està, respondió Catalina, me rindo en vista de las buenas respuestas que dais á cada objeccion mia.... Mas para recibir á esa belicosa gente que juzga del poder de los estados solo por las señales esteriores, necesitais hacer considerable ostentacion de tropas, y no creo que haya bastantes reunidas en la Isla de Francia.

—Si tal, madre, ya me he preparado, previendo este acontecimiento. He mandado venir dos batallones de Normandía y uno de Guyena; ayer llegó de Bretaña mi compañía de arqueros; la caballería ligera que estaba diseminada por la Turena, entrará en Paris en el trascurso de este dia; de suerte que cuando al parecer dispongo apenas de cuatro regimientos, tengo veinte mil hombres prontos á presentarse.

—¡Oh! repuso Catalina con sorpresa; entonces solo os falta una cosa, pero ya se buscará.

—¿Cuál?

—Dinero. No me parece que debeis andar muy sobrado.

—Al contrario, señora; al contrario, respondió Cárlos IX: en la Bastilla tengo un millon y cuatro-

cientos mil escudos; mis ahorros privados me han producido estos últimos dias ochocientos mil escué dos que ya estàn escondidos en las cuevas de Louvre, y en caso de penuria, Nantouillet tiene otros trescientos mil à mi disposicion.

Tembló Catalina, pues hasta entonces habia conocido que Cárlos era de carácter violento y arrebatado, pero no previsor.

—Vamos, repuso, en todo piensa V. M.; es cosa admirable; como se den prisa los sastres, las bordadoras y los plateros, antes de seis semanas podr verificarse la ceremonia.

—¡De seis semanas! esclamó Cárlos. Los sastres, las bordadoras y los joyeros, madre, están trabajando desde el dia en que se tuvo noticia de la eleccion de mi hermano. En rigor, hoy mismo podia estar todo corriente, pero sin duda alguna lo estará dentro de tres ó cuatro dias.

—¡Oh! murmuró Catalina, mas os acelerais aun que yo presumia, hijo.

—Ya os lo he dicho, madre, honra por honra.

—Enhorabuena. ¿Es decir que lo que os lisonjea es la honra que se hace à la casa de Francia?

—Seguramente.

—¿Y qué vuestros deseos se fundan en ver á un príncipe francés sobre el trono de Polonia?

—Así es la verdad.

—Luego el hecho y no el hombre es lo que os importa, y sea quien fuere el que reine . . . .

—No, no, ¡voto á brios, madre! bien se está San Pedro en Roma. Los polacos han hecho una eleccion acertada; esa gente es diestra y vigorosa. Una nacion militar, un pueblo de soldados obra con toda lógica, pardiez! elijiendo á un capitan para príncipe. Anjou les cuadra. El héroe de Jarnac y de Montcontourt les viene tan ajustado como un guante.....¿A quien quereis que les envie?......Alenson es un cobarde: ¡buen concepto les infundiria de los Valois!......¡Alenzon huiria á la primera bala que à sus oidos silbase; Anjou por el contrario, es todo un batallador.... magnífico!.... ¡Siempre con espada en mano; siempre delante, á caballo y á pié!...... ¡Animoso, valiente! ¡acude, avanza, hiere, mata! ¡Oh! mi hermano Anjou es hombre diestro, un valiente que les va á tener batiéndose de la mañana á la noche, desde el primero hasta el último dia del año. Cierto que no es bebedor; pero les hará matarse á sangre fria y á eso se reduce todo. ¡El buen Enrique va á estar en su esfera! ¡Sus! ¡sus! ¡al campo! ¡Bien por las trompas y atambores! ¡Viva el rey! ¡viva el vencedor! ¡viva el general! Tres veces al año le han de aclamar *imperator.* Será cosa admirable para la casa de Francia; para el honor de los Valois.... Puede que le maten: pero recibirá ¡juro á brios! una soberbia muerte.

Estremeciose Catalina y sus ojos se animaron con instantáneo brillo.

—Decid, replicó, que quereis alejar á Enrique de Anjou, decid que no amais á vuestro hermano.

—¡Ja, ja, ja! respondió Cárlos soltando una nerviosa carcajada, ¿habeis descubierto que quiero alejarle? ¿que no le tengo cariño? ¿Y si fuera cierto? ¡Amar yo á mi hermano! ¿por qué le he de amar? ¡Ja, ja, ja! sin duda os chanceais. Y conforme hablaba se encendian febrilmente sus mejillas. ¿Me quiere él á mí? ¿Me quereis vos? ¿Me quiere ni me ha querido nadie más que mis perros, María Touchet y mi nodriza? Es muy cierto, no tengo amor á mi hermano; no se le tengo á nadie sino á mí mismo, ¿entendeis? Y tampoco quito á mi hermano que haga otro tanto.

—Señor; dijo Catalina, animándose tambien; pues me descubris vuestro corazon, fuerza es que yo os ponga de manifiesto el mio. Es proceder como rey débil, como monarca mal aconsejado separar de vos á vuestro hermano segundo, apoyo natural del trono y por todos conceptos digno de sucederos en caso de que os aconteciese una desgracia y quedase abandonada la corona; porque Alenzon es, como decís, jóven, incapaz, y débil, no débil, sino cobarde y tras él se alza el Bearnés, ¿me entenndeis?

—¡Cuerpo de Cristo! replicó Cárlos, ¿y qué me importa á mí lo que despues de mi muerte suceda? Decís que el Bearnés se alza tras mi hermano, ¡tanto mejor, pardiez! Me equivoqué al afirmar que

no profesaba amor á nadie; se lo profeso á Henriot, sí, al buen Henriot, que siquiera lleva la franqueza pintada en el rostro y tiene algun calor en las manos, al paso que en cuanto me rodea no veo mas que ojos de torvo mirar, ni toco mas que manos frias como el hielo. Es incapaz de hacerme una traicion, lo juraria; por otro lado le debo una compensacion; porque le han envenenado á su madre, ¡pobre muchacho! y segun he oido decir, han sido personas de mi familia. En fin, yo estoy bueno; pero si enfermara, le llamaria, no le permitiria separarse de mí; no tomaria nada que él no me sirviera, y en la hora de la muerte, le nombraria rey de Francia y de Navarra. Y vive Dios, que en vez de reirse de mi muerte, como harian mis hermanos, lloraria, ó al menos daria á entender que lloraba.

Un rayo que hubiese caido á los piés de Catalina la hubiera aterrorizado menos que estas palabras. Quedose anonadada mirando á Cárlos con indecisos ojos, y al fin respondió, pasados algunos segundos.

—¡Enrique de Navarra, Enrique de Navarra rey de Francia con perjuicio de mi descendencia! ¡Santa Madona! ya lo veremos. ¿Y pos eso quereis enviar lejos de aquí á mi hijo?

—¡A vuestro hijo!... ¿soy yo por ventura, como Rómulo hijo de alguna loba? esclamó Cárlos temblando de cólera, y con chispeantes ojos que gradualmente habian ido irritándose. Sí, á vues-

tro hijo, bien decís; el rey de Francia no es hijo vuestro, el rey de Francia no tiene hermanos, no tiene madre: no tiene mas que vasallos. El rey de Francia no necesita tener afectos porque tiene voluntad; se pasará sin que le amen, pero quiere que le obedezcan.

—Mal interpretais mis palabras, señor; he llamado hijo al que iba á separarse de mí, y le quiero mas en este momento, porque es ahora el que mas temo perder; ¿es crímen por ventura que una madre ansie no separarse de sus hijos?

—Pues yo os digo que os separeis, que saldrá de Francia, y que irá á Polonia dentro de dos dias, y si añadis una palabra mas, se irà mañana; y si no bajais esa frente, si no desaparece la amenaza de vuestros ojos, le estrangulo esta noche como ayer queriais hacer con el predilecto de vuestra hija, con la diferencia de que yo no daré golpe en vago, como nos sucedió con La Mole.

Al oir esta amenaza, que por primera vez sonaba en sus oidos, bajó Catalina la cabeza, pero casi al mismo tiempo la volvió á levantar.

—¡Ay pobre hijo mio! esclamó: tu hermano quiere matarte. Pero no tengas miedo; tu madre te defenderá.

—¡Cómo! ¡amenazas á mí! dijo Cárlos. Pues por Cristo bendito que ha de morir, no esta noche sino ahora, en este mismo instante. ¡Hola! un arma, una daga, un cuchillo.... ¡Ah!

Y despues de pasear Cárlos inútilmente los ojos en su rededor en busca de lo que pedia, al advertir el puñalito que llevaba su madre á la cintura, se arrojó á él, le sacó de su vaina de piel de zapa con incrustaciones de plata, y de un salto se puso fuera del aposento con intento de matar á Enrique de Anjou donde quiera que le encontrase. Mas al llegar al vestíbulo le abandonaron las fuerzas, escitadas hasta un punto superior á la humana naturaleza; alargó los brazos, soltó el arma que se clavó en el pavimento, lanzó un lamentable grito, dobló el cuerpo y cayó al suelo.

Inmediatamente empezó á echar sangre en abundancia por boca y narices.

—Jesus, dijo: que me matan: ¡á mí!.... ¡á mí!

Catalina que le seguia, le vió caer y se quedó contemplandole impasible é inmóvil; pero vuelta en sí, no á impulsos del amor maternal, sino por lo grave de la situacion, abrió la puerta gritando:

—El rey está enfermo! socorro! socorro!

A estas voces se agrupó al rededor del jóven rey una turba de criados, oficiales y cortesanos. Anticipose una muger atropellando á los espectadores, y levantó á Cárlos, pálido como un cadáver.

—Me matan, nodriza, me matan, murmuró el rey bañado en sangre y sudor.

—¡Que te matan Cárlos mio! esclamó la buena muger ecsaminando los rostros de los circunstantes con ojos qu hicierón retroceder á la misma Catalina, ¿quién ha sido?

Exhaló Cárlos un débil suspiro y se desmayó.

—¡Oh! dijo el médico Ambrosio Paré, á quien habian enviado á buscar sin perder momento; ¡oh! S. M. está muy malo.

—Ahora, pensó la implacable Catalina, de grado ó por fuerza tendrá que aplazar la ceremonia.

Y abandonando al rey, marchó á buscar á su segundo hijo, el cual esperaba con ansia en el oratorio el resultado de un diálogo para él tan importante.

CAPITULO XLI.

EL ORÓSCOPO.

Al salir Catalina del oratorio en que confió á su hijo predilecto todo lo ocurrido, encontró á Renato en su aposento.

Era la primera vez que se veian la reina y el astrólogo desde la visita de aquella á la tienda del puente de San Miguel, porque el dia anterior habia escrito Catalina una carta á Renato, y éste llevaba la contestacion en persona.

—¿Qué hay? preguntó la reina, ¿le habeis visto?

—Sí.

—¿Cómo así?

—Mejor.

—Puede hablar?

—No; la estocada le atravesó la laringe.

—Ya os insinué que en ese caso le obligarais á escribir.

—He probado á hacerlo; mas á pesar de todos sus esfuerzos, su mano solo ha podido trazar dos letras casi ilegibles, tras de lo cual se ha desmayado; tiene perforada la vena yugular, y la sangre que ha perdido le ha quitado todas las fuerzas.

—¿Habeis visto esas letras?

—Aquí estan.

Sacó Renato un papel del bolsillo y se lo presentó á Catalina, la cual le abrió vivamente.

—Una M. y una O, dijo.... ¿Habrá sido realmente La Mole? ¿será toda esa farsa de Margarita tan solo un modo de desvanecer nuestras sospechas?

—Señora, respondió Renato, si yo me atreviera á emitir mi opinion en un negocio en que V. M. vacila en formular la suya, la diria que creo que el señor de La Mole está muy enamorado para dedicarse seriamente á la política.

—¿Tal creeis?

—Sí, la pasion que le inspira la reina de Navarra, no le debe permitir servir con abnegacion al rey, pues no hay amor verdadero sin celos.

—¿Tan enamorado le suponeis?

—Tengo seguridad de que lo está.

—¿Ha recurrido á vos?

—Sí.

—¿Y os ha pedido algun brebage, algun filtro?

—Nos hemos reducido al esperimento de la figura de cera.

—¿Atravesándola el corazon?

—Sí.

—¿Y conservais esa figura?

—En vuestra habitacion está.

—¿En mi habitacion? Curioso seria, dijo Catalina, que esas preparaciones cabalísticas tuviesen realmente la influencia que se les atribuye.

—Mas en aptitud que yo está V. M. de juzgarlo.

—¿Ama la reina de Navarra al señor de La Mole?

—Le ama hasta el estremo de perderse por él. Ayer le salvó de la muerte arriesgando su honor y su vida. Ya lo veis, señora, y á pesar de eso, siempre estais dudando.

—¿De qué?

—De la ciencia.

—Es que la ciencia me ha engañado, dijo Catalina mirando fijamente á Renato, el cual sostuvo admirablemente aquella mirada.

—¿En qué ocasion?

—¡Oh! ya sabeis lo que quiero decir; á no ser que el engaño no dependa de la ciencia sino del que la ejerce.

—No os entiendo, señora, respondió el florentino.

—Renato, ¿han perdido el olor vuestros perfumes?

—No, señora, cuando yo los empleo, pero pasando por otras manos es posible....

Sonrióse Catalina y movió la cabeza.

—Vuestra opiata ha producido maravillosos efectos, Renato; la baronesa de Sauve tiene los labios mas frescos y mas encendidos que nunca.

—No me feliciteis por mi opiata, señora, porque a baronesa de Sauve, usando del derecho que tiene toda muger bonita de ser caprichosa, no me ha vuelto á hablar de tal cosa, y yo he creido conveniente no enviársela, atendiéndome á las prevenciones de V. M. Aun están en casa las cajas, en el mismo estado en que las dejasteis, escepto una que ha desaparecido, sin saber yo quien la haya cogido ni con qué objeto.

—Bien está, Renato, dijo Catalina; tal vez volvamos á tratar de eso mas adelante. Hablemos entre tanto de otra cosa.

—Ya escucho, señora.

—¿Qué circunstancias son necesarias para calcular la duracion probable de la vida de una persona?

—En primer lugar saber el dia en que nació, qué edad tiene, y bajo qué signo vino al mundo.

—¿Y qué mas?

—Tener sangre y pelo suyo.

—¿Y si os doy su sangre y sus cabellos, si os manifiesto bajo qué signo y en qué dia nació, y cuantos años tiene, me podreis decir la época probable de su muerte?

—Sí, con la diferencia de algunos dias.

—Bien está; ya tengo cabellos; me proporcionaré sangre.

—¿Nació de dia ó de noche la persona á quien os referis?

—A las cinco y veinte y tres minutos de la tarde

—Id á casa mañana á las cinco, porque el esperimento debe hacerse á la misma hora.

—Bien está, dijo Catalina; iremos.

Saludó Renato y se marchó, sin aparentar haber reparado en la palabra *iremos* que indicaba sin embargo que Catalina iria acompañada contra su costumbre.

Al amanecer del siguiente dia pasó Catalina á la alcoba de su hijo; habia preguntado por él á media noche y sabia que maese Ambrosio Paré estaba á aquella hora á su lado, y se disponia á sangrarle si continuaba la misma agitacion nerviosa.

Convulso todavía, pálido aun por la sangre que habia perdido, dormia Cárlos recostado sobre el hombro de su nodriza, que, colocada junto á su lecho, no habia cambiado de postura en tres horas por no interrumpir el sueño de su querido hijo.

De vez en cuando se cubrian de una ligera espuma los labios del enfermo, y la nodriza los enjugaba con un fino pañuelo de batista bordado. A la cabecera tenia otro pañuelo cubierto de grandes manchas de sangre.

Sintió Catalina impulsos de cogerle; pero reflecsionó que la sangre, mezclada como estaba con la saliva, no poseeria quizá la misma eficacia; en consecuencia preguntó á la nodriza si habia el médico sangrado á su hijo, puesto que tenia entendido que

í se proponia hacerlo. Respondió la nodriza afirmativamente, añadiendo que la sangría fué tan abundante que Cárlos se desmayó dos veces.

La reina madre, que poseia algunos conocimientos de medicina como todas las princesas de la época, pidió ver la sangre, cosa que le fué facil, pues habiendo encargado el médico que la conservasen para estudiar sus fenómenos, la tenian en una cofaina en el gabinete pròcsimo á la alcoba.

Pasó á él Catalina para ecsaminarla, y al hacerlo llenó del rojo licor un frasquito que esprofeso llevaba; en seguida se retiró ocultàndose en los bolsillos los dedos, cuya estremidad hubiera denunciado la profanacion que acababa de cometer.

Justamente cuando pisaba el umbral del gabinete, abrió Cárlos los ojos y los clavó en su madre. Recordando entonces, cual si saliera de un sueño, todos sus pensamientos impregnados de rencor.

—¡Ah! ¿sois vos, señora? dijo. Bien está; participad á vuestro predilecto, á vuestro Enrique de Anjou, que mañana ha de ser la ceremonia.

—Querido Cárlos, respondió Catalina, será el dia que gusteis: pero tranquilizaos y dormid.

Càrlos cerró efectivamente los ojos, como cediendo á este consejo, y Catalina que se le habia dado en el tono en que se hace para consolar á un enfermo ó á un niño, salió del aposento. Mas no bien la vió el rey desáparecer, y oyó cerrar la puerta, se incorporó y dijo con voz ahogada por el ac-

seso nervioso que aun le duraba. ¡Que venga mi canciller, los sellos, la corte...... que me lo traigan todo!

La nodriza obligó con ternura al rey á recostar otra vez la cabeza sobre sus hombros, y empezó á mecerle para dormirle, recordando los tiempos en que era niño.

—No, no, nodriza, dijo el rey; no puedo dormir mas; llama á mi gente, quiero trabajar esta mañana.

Forzoso era obedecer á Cárlos siempre que hablaba así, y la misma nodriza, á pesar de los privilegios que su régio ahijado la concediera, no se atrevia á oponerse á sus preceptos. Envió, pues, á buscar á las personas designadas por el rey, y quedó señalado para la audiencia, no el dia siguiente, porque era cosa imposible, sino el quinto dia, contado desde aquella fecha.

A la hora fijada de antemano, ó sea á las cinco, entraban la reina y el duque de Anjou en casa de Renato, quien noticioso, como hemos visto, de esta visita, lo habia preparado todo para la misteriosa ceremonia.

En el aposento de la derecha, es decir, en el de los sacrificios, estaba calentándose al fuego de una estufilla una planchuela de acero destinada á representar con sus caprichosos arabescos los varios eventos del destino, sobre que se consultaba al oráculo: encima del altar estaba el libro de los

hechizos, y durante la noche, que habia sido muy clara, pudo Renato estudiar la marcha y posicion de las costelaciones.

Enrique de Anjou llegó primero; llevába cabellos postizos; una careta cubria su rostro, y una ancha capa de noche disfrazaba los contornos de su cuerpo. Entró despues la reina, y si de antemano no hubiese sabido que era su hijo el que la estaba esperando, ella misma no le hubiera conocido. Catalina se quitó la máscara; el duque de Anjou se quedó con la suya puesta.

—¿Has hecho observaciones está noche? preguntó Catalina.

—Sí, señora, dijo Renato, y los astros me han enterado ya de lo pasado. La persona por quien preguntais tiene, como todos los que nacen bajo el signo de cáncer, corazon ferviente, altivez sin ejemplar. Es poderoso, ha vivido cerca de un cuarto de siglo, el cielo le ha concedido hasta ahora gloria y riquezas. ¿Es eso, señora?

—Tal vez, dijo Catalina.

—¿Traeis la sangre y los cabellos?

—Aquí están.

Y Catalina entregó al nigromántico un rizo de cabellos de color rubio leonado, y un frascrito lleno de sangre.

Cogió Renato el frasco, le removió bien con objeto de mezclar la fibrina con la serosidad, y derramó sobre la enrojecida plancha una ancha gota de aquella carne lîquida que empezó al momen-

to á hervir y se estravasó en breve en fantásticos dibujos.

—¡Oh! señora, esclamó Renato, ya le veo retorcerse en medio de atroces dolores; ¡oid como gime, como pide ausilio! ¡Ved como todo se convierte en sangre á su al rededor, como se disponen todos á entrar en combate en torno de su lecho de muerte! mirad aquí las espadas, allí las lanzas.......

—¿Tardará mucho? preguntó Catalina entregada á una indecible emocion, y conteniendo con una mano á Enrique de Anjou que, llevado de la mas ávida curiosidad, doblaba el cuerpo hácia el braserillo.

Renato se acercó al altar, y murmuró una fórmula cabalística, con tanto ardor y tanta conviccion, que se le hincharon las venas de las sienes, y cayó en esas convulsiones proféticas, en esos estremecimientos nerviosos que acometian á las antiguas pitonisas sobre el trípode, y las perseguian hasta su lecho de muerte.

Levantose por fin, declaró que todo estaba preparado, cogió con una mano el frasco, que aun contenia las tres cuartas partes de la sangre, y con la otra el rizo, y encargando á Catalina que abriese el libro al azar, y leyese el pasaje en que se fijasen sus ojos, derramó sobre la plancha de acero toda la sangre, y arrojó al braserillo todos los cabellos, pronunciando una frase mágica com-

puesta de palabras hebreas que él mismo no comprendia.

Al punto vieron el duque de Anjou y Catalina dibujarse en la plancha una figura blanca como la de un cadàver envuelto en un sudario.

Otra figura que parecia una muger, estaba inclinada sobre la primera.

Al mismo tiempo se inflamaron los cabellos formando una sola llamarada clara, rápida y apuntada como una enrojecida lengua.

—¡Un año! esclamó Renato, apenas pasará un año antes de que muera ese hombre, y solo una muger lo llorará. Pero no, allí, allí, á la estremidad, se vé otra muger que parece tener un niño en los brazos.

Miró Catalina à su hijo, y aunque madre, la espresion de su rostro reveló que deseaba saber quienes fuesen aquellas dos mugeres.

Mas no bien acabó de hablar Renato, volvió à quedarse blanca la plancha de acero: todo se habia ido desvaneciendo gradualmente.

Entonces abrió Catalina el libro, y leyó con voz, cuya alteracion no pudo disimular, á pesar de todos sus esfuerzos, el siguiente dístico:

Así ha perecido quien tanto pudiera,
Muy pronto, harto pronto, si no conviniera.

Por algunos momentos reinó un profundo silencio en torno del braserillo.

—¿Y cómo se muestran los signos este mes para las personas que sabes? preguntó Catalina.

—Florecientes, como siempre, señora. De no vencer al destino con una lucha de Dios á Dios, no cabe duda en que el porvenir pertenece á ese hombre. Sin embargo......

—¿Qué?

—Una de las estrellas que componen su pléyade ha estado constantemente cubierta con una negra nube durante mis observaciones.

—¡Ah! esclamó Catalina: una nube negra..... ¿Queda, pues, alguna esperanza?

—¿De quién hablais, señora? preguntó el duque de Anjou.

Catalina se llevó á su hijo lejos del resplandor del brasero y le habló en voz baja.

En aquel intermedio se arrodilló Renato á la luz de las llamas, y echándose en la palma de la mano la última gota de sangre que quedaba en el fondo del frasco,

—¡Rara contradiccion, decia, que prueba cuán poco sólidos son los raciocinios de la sencilla ciencia que ejercen los hombres vulgares! Para cualquiera otra persona, para un médico, para un sabio, para el mismo maese Ambrosio Paré, seria esta sangre tan pura, tan fecunda, tan llena de mordentes y de jugos animales, que prometeria largos años de vida al cuerpo de que ha salido; y sin embargo, todo ese vigor ha de desaparecer en breve, toda esa vida ha de estinguirse antes de un año.

Catalina y Enrique de Anjou habian vuelto la

cabeza y escuchaban. Los ojos del príncipe brillaron al través de su careta.

—¡Ah! continuó Renato, á los sábios vulgares solo les pertenece lo presente, á nosotros nos pertenece el porvenir.

—¿Persistís, dijo Catalina, en que morirá antes de un año?

—Con tanta certeza, como que las tres personas que aquí estamos hemos de descansar algun dia en el féretro.

—Deciais, sin embargo, que esa sangre es pura y fecunda, que promete larga vida......

—Cierto, si las cosas siguieran su marcha natural. ¿Mas no es posible que un incidente imprevisto?......

—Sí; ya lo ois; dijo Catalina à Enrique; un incidente imprevisto....

—¡Ay! esclamó éste, mayor razon para quedarme.

—No penseis en tal cosa; es imposible.

Volviéndose entonces á Renato:

—Gracias, dijo el jóven disimulando la voz; gracias, toma ese bolsillo.

—Venid, *conde*, repuso Catalina, dando de propósito á su hijo un título que debia desvanecer las conjeturas de Renato.

Y se marcharon.

—¡Oh! ya lo veis, madre, dijo Enrique: un incidente inesperado...... ¡y si llegase á ocurrir no es-

taria yo presente; me hallaria á cuatrocientas leguas de distancia!

—Cuatrocientas leguas se andan en ocho dias, hijo mio.

—Sí, ¿pero quién sabe si aquella gente me dejará volver? ¡Que no pueda yo esperar, madre!....

—¿Quién sabe, repuso Catalina, si ese incidente de que habla Renato, será el que tiene desde ayer tendido al rey en el lecho del dolor? Escuchadme, entrad en palacio, hijo mio; yo voy á pasar por la puertecilla del claustro de las Agustinas donde me está esperando mi comitiva. Id, Enrique, id, y cuidad de no irritar á vuestro hermano, si llegais á verle.

CAPITULO XLII.

LAS REVELACIONES.

Lo primero que supo el duque de Anjou al entrar en el Louvre, fué que la recepcion solemne de los embajadores debia verificarse cinco dias despues. Ya esperaban al príncipe los sastres y los joyeros con magníficos trajes y soberbios aderezos que para él habia encargado el monarca.

Interin se los probaba con una cólera que humedecia sus ojos de lágrimas, Enrique de Navarra ecsaminaba con complacencia un magnífico collar de esmeraldas, una espada con empuñadura de oro, y una preciosa sortija que le habia enviado Cárlos aquella misma mañana.

Alenzon acababa de recibir una carta y estaba encerrado en su cuarto para leerla con toda libertad.

Coconnas, entretanto, preguntaba por su compañero á todos los ecos del Louvre.

Sorprendido en efecto, como era natural, al ver que su amigo no parecia por su cuarto en toda la noche, empezó á concebir alguna zozobra al amanecer, y se puso á buscar á La Mole, comenzando sus investigaciones por la fonda de la Hermosa Estrella, pasando de ésta à la calle Cloche Percée, de la calle Cloche Percée á la calle Tizon, de la calle Tizon al puente de San Miguel al Louvre.

Fué practicada esta investigacion de un modo, ora tan original, ora tan ecsigente con las personas a quienes se dirigia, cosa fácil de concebir para quien conozca el escéntrico carácter de Coconnas, que suscitò entre éste y tres nobles de la corte esplicaciones que terminaron, á estilo de la época, en el campo. Procedió Coconnas en estos diferentes encuentros, con la conciencia con que siempre se comportaba en esta clase de negocios; mató al primero é hirió á los otros dos diciendo:

—¡Pobre La Mole! ¡que bien sabia el latin!

En tal manera, que el último, que era el baron de Boissey, le dijo al caer:

—¡Por amor de Dios! Coconnas, varia un poco de tono y dí siquiera que sabia el griego.

Traspiró por fin la noticia de la aventura del corredor llenando de dolor á Coconnas, el cual se fi-

guró al principio que entre todos aquellos reyes y príncipes le habian matado á su amigo, tirándolo luego á algun pozo ó enterrándole en algun rincon.

Noticioso de que el duque Francisco habia tenido parte en la trama, y prescindiendo de la magestad que circundaba al príncipe, fué á buscarle y le pidió una esplicacion como con cualquier caballero hubiera hecho.

Tentaciones le dieron al principio à Alenzon de plantar en la puerta al insolente que de aquel modo le pedia cuenta de sus acciones; mas Coconnas se espresaba con tan enérgico acento, despedian tal brillo sus ojos, y tanto habian engrandecido al piamontés la aventura de sus tres duelos en menos de veinticuatro horas, que reflecsionó, y en vez de ceder á su primer impulso, respondió á su servidor con amabilísima sonrisa:

—Querido Coconnas, es muy cierto que enfurecido el rey con el jarropazo que recibió en el hombro, malhumorado el duque de Anjou cuando le encasquetaron una fuente de compota de naranja, y avergonzado el duque de Guise al verse abofeteado con un cuarto de jabalí, se unieron para matar al señor de La Mole; pero un amigo del vuestro frustró el golpe, y éste quedó en proyecto; os lo aseguro bajo palabra de honor.

—¡Ah! esclamó Coconnas respirando libremente y con la fuerza de un fuelle de fragua, ¡ah! voto á sanes, monseñor, que esa es una accion laudable;

quisiera conocer à ese amigo para probarle mi agradecimiento.

Nada respondió el duque de Alenzon, pero se sonrió con mayor agrado que antes, circunstancia que indujo á Coconnas à creer que nadie sino el mismo príncipe era el tal amigo.

—Ea, pues, monseñor, repuso, ya que habeis tenido la dignacion de referirme el principio de la historia, colmad la medida de vuestra bondad refiriéndome tambien el fin. Me decis que querian matarle, pero no le han matado. Sepamos qué han hecho de él. Yo tengo buen ánimo: hablad sin miedo; sé aguantar una mala noticia. Le habrán encerrado en algun oscuro calabozo, ¿eh? mejor, así aprenderá á ser mas circunspecto. Jamas ha hecho caso de mis consejos. Ademas, ya le sacaremos, ¡voto á sanes! No para todos son insensibles las piedras.

Alenzon movió la cabeza y dijo:

—Lo malo es, Coconnas, que tu amigo á desaparecido desde la aventura de anoche y nadie sabe su paradero.

—¡Voto à sanes! gritó el piamontés inmutándose de nuevo; pues yo he de saberlo, aunque se haya ido al infierno.

—Escucha, repuso Alenzon, que, si bien por motivos muy diferentes, tenia tantos deseos como Coconnas de averiguarlo que era de La Mole, voy á darte un consejo amistoso.

—Dádmele, monseñor, dijo Coconnas, dàdmele.

—Diríjete á la reina Margarita; ella debe tener noticias del amigo cuya pérdida deploras.

—Debo confesar á V. A., respondió Coconnas, que ya habia pensado en ello, pero no me he atrevido, porque, aparte de que la reina Margarita me infunde siempre un respeto que no sé esplicar, temia encontrarla entregada á su afliccion. Pero puesto que V. A. me asegura que no ha muerto La Mole, y que S. M. debe tener noticias de él, haré provision de valor é iré à buscarla.

—Ve, amigo, ve, dijo el duque Francisco, y luego que recojas noticias, vuelve á comunicàrmelas, porque estoy en verdad tan inquieto como tú. Pero te advierto una cosa, Coconnas.

—¿Qué?

—No digas que vas de mi parte; si tal imprudencia cometieras, te espondrias á no averiguar nada.

—Monseñor, dijo Coconnas, una vez que V. A. me encarga el secreto sobre ese punto, seré mudo como una tenca ó como la reina madre.

—¡Buen príncipe! ¡escelente príncipe! príncipe magnánimo! murmuró Coconnas dirigiéndose al aposento de la reina de Navarra.

Margarita esperaba al piamontés; ya habia llegado á ella la noticia de su desesperacion, y sabedora de las hazañas con que la habia manifestado, casi le perdonaba el modo un tanto brutal con que trataba á su amiga la duquesa de Nevers, á la cual no se había dirijido Coconnas desde un principio por

estar reñido con ella dos ó tres dias hacia. Fué, pues, introducido á presencia de la reina no bien le anunciaron.

Coconnas pasó adelante sin poder vencer aquella turbacion de que habia hablado al duque, turbacion que sentia siempre que veia á la reina y que le inspiraba mucho mas la superioridad de espíritu que la de categoría, pero Margarita le recibió con una sonrisa que le tranquilizó al momento.

—Señora, le dijo, suplícoos que me devolvais á mi amigo, ó que cuando menos me digais donde para, porque no puedo vivir sin él. Suponed á Eurialo sin Niso, á Damon sin Pithias, y á Orestes sin Pilades, y tened compasion de mi desgracia en favor de cualquiera de los héroes que os acabo de citar y cuyo corazon os juro que no vencia en ternura al mio.

Sonrióse Margarita, y despues de hacer prometer á Coconnas que guardaria secreto, le refirió la fuga por la ventana. En cuanto al sitio en que se hallara La Mole, por grandes que fuesen las instancias del piamontés, se redujo al mas profundo silencio. Esto solo satisfacia á medias á Coconnas, quien se decidió en consecuencia á entrar en indicaciones diplomáticas de las mas elevada esfera. Resultó de aquí que Margarita conoció claramente que al duque de Alenzon correspondian la mitad de los deseos que su servidor manifestaba de saber la suerte de La Mole.

—Ea, pues, dijo la reina, si quereis absolutamente indagar algo de positivo acerca de nuestro amigo, preguntad á al rey Enrique de Navarra única persona que tiene derecho á hablar; yo solo puedo deciros que el que buscais está vivo. Creedme por mi palabra.

—Por otra cosa mas segura todavía os creo, señora; porque advierto que vuestros hermosos ojos no han llorado.

Y juzgando que nada le restaba que añadir á una frase que reunia las ventajas de manifestar su pensamiento, y de espresar la alta opinion que del mérito de La Mole tenia, Coconnas se retiró, fraguando en su mente una reconciliacion con la duquesa de Nevers, no por ella personalmente, sino para saber de ella lo que no habia podido saber de Margarita.

Forman los grandes dolores situaciones anómalas cuyo yugo sacude el espíritu tan pronto como puede. La idea de separarse de Margarita, habia desgarrado al principio el corazon de La Mole, el cual consintió en su fuga, mas por salvar la reputacion de la reina que por libertar su propia vida.

Así fué que á la siguiente noche ya habia regresado á Paris para volver á ver á Margarita en su balcon. Cual si una secreta voz la hubiera anunciado el regreso del jóven, la reina pasó gran parte de la noche á la ventana, y ambos se vieron con

el indecible júbilo que acompaña á los goces prohibidos. Aun habia mas; para el melancólico y novelesco La Mole, tenia cierto encanto este contratiempo. Y como el amante verdaderamente enamorado, solo es feliz durante el momento en que ve ó posee al objeto de su amor, y padece siempre con la ausencia, ansioso La Mole de volver á ver á Margarita, se propuso organizar cuanto antes el acontecimiento que debia proporcionarle este placer, ó sea la fuga del rey de Navarra.

Margarita por su parte se entregaba sin recelo á la felicidad de ser amada con tan pura abnegacion. Indisponiala á veces consigo misma esto que tachaba de debilidad, cediendo á su carácter varonil que despreciaba las miserias del amor vulgar. Insensible á las minuciosidades que forman el mas dulce, el mas delicado, el mas apetecible de los goces de las almas tiernas, daba por bien concluido, ya que no por bien empleado, un dia, cuando, al asomarse á su balcon á las nueve de la noche, vestida con su blanca túnica, divisaba entre las sombras, de pié sobre el muelle, un caballero con la mano sobre los labios, ó sobre el corazon, y una tos significativa, despertaba en el amante el recuerdo de la voz amada. Otras veces caia en el suelo á algunos pasos del jóven un billete vigorosamente lanzado por una reducida mano, billete en que iba envuelto algun objeto precioso, pero que lo era mas por haber pertenecido á la persona que lo enviaba que por la materia que constituia su valor.

Arrojábase entonces La Mole, como un milano sodre su presa; la estrechaba contra su seno; respon-bia por el mismo camino, y Margarita no se apar-aba del balcon hasta oir perderse los pasos del caballo, lanzado à toda rienda para ir á palacio, y que al apartarse de él parecia formado de la misma nert e materia que el famoso coloso que perdió á Troya.

Por esta razon no estaba la reina inquieta acerca de la suerte de La Mole. Justo es añadir, que por miedo de que fuesen espiados sus pasos, le negaba tenazmente cualquier otra satisfaccion que estas citas á la esp añola que empezaron con su fuga y se repetian todas las noches, mientras transcurrian los dias esperando la recepcion de los embajadores, recepcion aplazada, como hemos visto, por espreso mandato de Ambrosio Paré.

La víspera de esta ceremonía, á eso de las nueve de la noche, y cuando todos los habitantes del Louvre estaban ocupados con los preparativos de a fiesta, abrió Margarita su balcon y se asomó; mas apenas lo hubo hecho, cuando sin esperar la carta de la jóvén, La Mole la envió á toda prisa la suya, arrojándola con su acostumbrada destreza á piés del real objeto de sus amor ió oo Cncolsag ta que la epísto a debia contener algunaoc es. Marir a estraordinaria, y entró en el aposento para rla.

En la primera car del papel estaban escritas es la alabras.

"Señora, necesito hablar con el rey de Navarra para un asunto urgente. Aquí espero."

En la tercera cara, y de manera que se pudiese separar de lo anterior rompiendo el pliego por la mitad, decia:

"Reina y señora, haced de modo que pueda yo daros uno de los abrazos que os envio. Aquí espero."

Apenas acabó de leer Margarita esta segunda parte de la carta, oyó la voz de Enrique de Navarra que con su habitual reserva llamaba á la puerta de entrada y preguntaba á Matilde si podia pasar adelante.

Rasgó inmediatamente la reina la carta, se guardó un pedazo en el pecho y otro en el bolsillo, corrió á la ventana, la cerró, y dirijiéndose á la puerta,

—Entrad, señor, dijo.

Por grandes que fuesen el cuidado, la rapidez y la destreza con que cerró Margarita el balcon, algo percibió Enrique, cuyos sentidos siempre escitados en medio de aquella sociedad de que tanto desconfiaba, habian adquirido casi toda la delicadeza á que llegan los del hombre en el estado salvaje. Mas el rey de Navarra no era uno de esos tiranos que pretenden estorbar á sus mugeres que tomen el aire y contemplen las estrellas.

Enrique entró risueño y con su habitual agrado.

—Señora, dijo, en tanto que se prueban los cor-

tesanos sus trajes de ceremonia, he juzgado oportuno venir á conversar con vos sobre mis negocios, que supongo continuareis considerando como vuestros.

—Sin duda que sí, respondió Margarita: ¿no son unos mismos nuestros intereses?

—Sí, señora, y por eso quisiera preguntaros lo que pensais acerca de la afectacion con que huye de mí hace algunos dias el señor duque de Alenzon, llegando hasta el punto de retirarse à San German, como anteayer lo hizo. ¿No puede proponerse el objeto, ó de huir solo, porque allí està poco vigilado, ó de sustraerse á la fuga? Decidme lo que os parece, si gustais, señora; confieso que vuestra opinion contribuirá mucho á fijar la mia.

—Fundada es la inquietud que causa á V. M. el silencio de mi hermano. En eso he estado pensando todo el dia de hoy, y creo que como han variado las circunstancias, él habrá variado con ellas.

—Lo cual quiere decir, que viendo enfermo al rey Cárlos, y al duque de Anjou nombrado soberano de Polonia, no sentirá quedarse en Paris para velar sobre la corona de Francia.

—Justamente.

—Enhorabuena. La esplicacion me satisface, dijo Enrique: quedándose él, todo nuestro plan varia, pues para marcharme solo necesito tres veces

mas garantías que hubiera pedido para irme con vuestro hermano, cuyo nombre y cuya participacion en la empresa me habrian servido de salvaguardia. Lo único que me sorprende es no oir hablar de Mony, que no acostumbra á permanecer en esa inaccion. ¿Habeis tenido por ventura noticias suyas, señora?

—¡Yo, señor! repuso Margarita con sorpresa: ¿cómo quereis?......

—¡Pardiez, amiga, no habia cosa mas natural! por complacerme habeis consentido en salvar al vida á La Mole...... Ese muchacho debe haber ido á Mantes.... y como el que va puede volver....

—¡Ah! pues ahí veo la clave de un enigma, cuya esplicacion en vano he pretendido hallar, respondió Margarita. Dejé el balcon abierto, y al entrar ahora he encontrado sobre la alfombra una especie de billete.

—¡Casualidad como ella! dijo Enrique.

—Un billete que al principio no comprendí, y al que no concedí ninguna importancia, continuó Margarita; quizá me haya equivocado y tenga esa procedencia.

—Es posible, repuso Enrique, y aun me atreveré á decir que es probable: ¿se puede ver esa carta?....

—Sí, señor, respondió Margarita entregando al rey el pedazo de papel que se habia guardado en el bolsillo.

El rey le recorrió con la vista.

—¿Será letra del señor de La Mole? dijo.

—No lo sé, respondió Margarita: me ha parecido finjido.

—No importa, leamos, dijo Enrique.

Y leyó:

"Señora, necesito hablar con el rey de Navarra, para un asunto urgente. Aquí espero."

—¡Hola! continuó Enrique. ¿Lo veis? ¡dice que espera!

—Cierto que lo veo, dijo Margarita. ¿Pero qué quereis hacer?

—¡Voto al chápiro! ¿qué he de querer sino que venga?

—¡Que venga! esclamó Margarita fijando con asombro en su marido sus hermosos ojos; ¿cómo podeis decir semejante cosa, señor? Un hombre á quien ha pretendido el rey matar.... cuyas señas se saben, que está continuamente amenazado.... Que venga decís; ¿es posible por ventura?.... ¿Pueden entrar por las puertas los que....

—¿Los que han salido por las ventanas?.... ¿Es eso lo que quereis decir?

—Justamente; habeis completado mi pensamiento.

—Pues si saben el camino de las ventanas, que vuelvan por ellas, ya que por las puertas no pueden absolutamente hacerlo. Es muy sencillo.

—¿Tal os parece? dijo Margarita, ruborizándose de placer à la idea de ver à La Mole.

—Es seguro.

—¿Pero cómo ha de subir? preguntó la reina.

—Que, ¿no habeis conservado la escala que os regalé? ¡Oh! mucho desmentiria eso vuestra habitual prevision.

—Sí, señor, dijo Margarita.

—Entonces estamos perfectamente, repuso Enrique.

—¿Qué ordena V. M.?

—Claro está, dijo el Bearnés, que la ateis al antepecho y la dejeis que cuelgue. Si es Mouy el que está esperando, y me inclino á creerlo así, si es Mouy el que espera y quiere subir, subirá nuestro digno amigo.

Y sin salir un punto de su flema, cogió Enrique la bugía para alumbrar á Margarita mientras buscaba la escala. No tardó mucho ésta en encontrarla; la tenia encerrada en un armario del famoso gabinete.

—Bien, eso es, dijo Enrique. Ahora, señora, tened la bondad si no creeis que es llevar muy allá la complacencia, de atar esa escala al balcon.

—¿Por qué lo he de hacer yo, y no vos, señor? dijo Margarita.

—Porque los mejores conspiradores son los mas prudentes. ¿No os parece que nuestro amigo podria asustarse de ver á un hombre?......

Sonriose Margarita y ató la escala.

—Bueno, dijo Enrique escondiéndose en un rin-

con del aposento, dejaos ver bien; enseñad ahora la escala. Perfectamente; es seguro que no tardará Mouy en subir.

En efecto, diez minutos despues saltó por el balcon un hombre frenético de alegría, y viendo que no salia la reina á recibirle, se quedó vacilando algunos segundos. Enrique se adelantó en vez de Margarita.

—¡Oh! dijo con agrado, no es Mouy, sino el señor de La Mole. Buenas noches, señor de La Mole; hacedme el favor de entrar.

La Mole se quedó estupefacto. Tal vez se hubiera caido hácia atras, si en vez de estar á pié firme en el balcon, se hubiese hallado todavía en la escala.

Deseabais hablar al rey de Navarra acerca de un negocio urgente, dijo Margarita; le he avisado y aquí leteneis.

Enrique marchó á cerrar el balcon.

—Te amo, murmuró Margarita estrechando vivamente la mano del jóven.

—Con que, vamos, señor de La Mole, dijo Enrique presentándole una silla; ¿qué ocurre?

—Señor, respondió éste, que he dejado al señor de Mouy en la *barrera.* Desea saber si ha hablado Maurevel y si es ya público que se halló en la alcoba de V. M. la noche en que trataron de prenderle.

—Todavía no, pero no puede tardarse mucho y debemos darnos prisa.

—Lo mismo piensa él, señor, y si mañana por la noche está dispuesto el duque de Alenzon á fugarse, Mouy se hallará en la puerta de San. Marcelo con ciento cincuenta hombres; otros quinientos os esperaràn en Fontainebleau; y de allí podreis pasar á Blois, Angulema y Burdeos.

—Señora, dijo Enrique á su esposa, yo estaré dispuesto para mañana; ¿lo estareis vos tambien?

Los ojos de La Mole se fijaron en los de Margarita con la mayor ansiedad.

—Os he dado mi palabra, dijo la reina, de seguiros á donde quiera que vayais; pero ya sabeis que es necesario que nos acompañe el duque de Alenzon. No hay medio; ó nos sirve ó nos hace traicion; si vacila no debemos movernos.

—¿Sabe algo de ese proyecto, señor de La Mole? preguntó Enrique.

Hace algunos dias debió recibir una carta del señor de Mouy.

—¡Oh! repuso Enrique; nó me ha dicho nada.

—Desconfiad dijo Margarita, desconfiad.

—Nó hay miedo, estoy alerta. ¿Cómo podríamos responder á Mouy?

—Descuidad sobre ese punto, señor. A la derecha ó á la izquierda de V. M., visible ó invisiblemente, mañana concurrirá Mouy á la recepcion de los embajadores. Basta que una palabra del discurso de la reina le dé á entender si consentís ó no, si debe huir ó esperaros. Si no admitiese el duque de Alenzon, no pide mas que quince dias para reorganizarlo todo en vuestro nombre.

—A la verdad, dijo Enrique, que es Mouy un hombre sin precio. ¿Podeis intercalar en vuestro discurso esa frase, señora?

—Nada mas fácil, respondió Margarita.

—Pues bien, continuó Enrique; mañana veré al duque de Alenzon; que esté Mouy en su puesto y que comprenda á media palabra.

—Estará, señor.

—Ea pues, señor de La Mole, id y llevadle mi respuesta. Sin duda tendreis en estas cercanías un caballo y un criado.

—Orthon está esperándome en el muelle.

—Marchad à reuniros con él, señor conde. ¡Oh! por la ventana no. Eso es bueno para ocasiones apuradas. Podrian veros, y como nadie sabe que os esponeis de ese modo por mí, comprometeriais á la reina.

—¿Pues por dónde señor?

—Si no podeis entrar solo en el Louvre, podeis salir conmigo que sé la consigna. Traeis capa, yo tambien; nos embozaremos y pasaremos sin dificultad por el postigo. Deseo dar tambien algunas órdenes particulares á Orthon. Aguardadme aquí, voy á ver si anda alguien por los corredores.

Dicho esto salió Enrique con la mayor naturalidad á esplorar el camino. La Mole se quedó solo con la reina.

—¡Oh! ¿cuándo nos volveremos á ver, señora? la preguntó.

—Mañana si huimos; una de las prócsimas no-

ches, en la casita de la calle Cloche Percée, si nos quedamos.

—Señor de La Mole, dijo Enrique entrando en el aposento; podeis venir, no hay nadie.

La Mole se inclinó respetuosamente ante la reina.

—Dadle la mano y que os la bese, señora, dijo Enrique. El señor de La Mole dista mucho de ser un servidor vulgar.

Obedeció Margarita.

—¡Ah! repuso Enrique, esconded bien la escala: es un mueble precioso para conspiradores y puede hacernos falta cuando menos lo pensemos. Venid, señor de La Mole, venid.

CAPITULO XLIII.

LOS EMBAJADORES.

TODA la poblacion de Paris se reunió al siguiente dia en el arrabal de San Antonio, por donde debian verificar su entrada los embajadores polacos. Contenia á la multitud una fila de suizos, y varios destacamentos de caballería protegian la circulacion de los señores y señoras de la corte que salian al encuentro de la comitiva.

En breve apareció por frente de la abadía de San Antonio una tropa de ginetes vestidos de encarnado y amarillo, con gorras y capas de pieles; y empuñando largos y encorvados sables en forma de cimitarras turcas.

Los oficiales marchaban á los costados de las filas.

Tras esta primera tropa, venia otra equipada con un lujo enteramente oriental; precedia á los cuatro embajadores que representaban magníficamente el mas mitológico de los reinos caballerescos del siglo décimo sesto.

Era uno de ellos el obispo de Cracovia. Vestia un traje semi-pontifical, semi-guerrero, pero cua jado de o:o y pedrerías. Su blanco cabello, de largas y ondeantes crínes y de gallardo paso, parecia que respiraba fuego: nadie hubiera creido que el noble animal hubiese pasado el último mes andando quince leguas diarias, por caminos casi impracticables á causa del mal tiempo.

Junto al obispo marchaba el palatino Lasco, potente señor tan prócsimo á la corona, que amen del orgullo tenia la riqueza de un monarca.

A los dos embajadores principales acompañados por otros dos palatinos de elevada alcurnia, seguia una infinidad de señores polacos cuyas cabalgaduras cargadas de seda, oro y pedrerías, escitaban la tumultuosa aprobacion del pueblo. En efecto, los ginetes franceses, á pesar de la riqueza de su tren, se veian completamente eclipsados por aquellos advenedizos á quienes daban desdeñosamente el apodo de bárbaros.

Hasta el último momento habia conservado Catalina la esperanza de que se aplazase la ceremonia y de que la resolucion del rey cediese ante su debilidad, que continuaba. Mas cuando llegó el ia señalado, cuando vió á Cárlos, pálido como un

espectro, ponerse el espléndido manto real, conoció que era forzoso ceder en apariencia á aquella voluntad de hierro, y empezó à creer que el partido mas seguro que podia adoptar Enrique de Anjou, era el magnífico destierro á que estaba condenado.

Si se esceptuan las pocas palabras que dijo Cárlos cuando al abrir los ojos vió salir à su madre del gabinete, no habia el rey hablado con Catalina despues de la escena que produjo la crísis á que estuvo á punto de sucumbir. Todos sabian en el Louvre que habia ocurrido entre ellos un terrible altercado, y los mas atrevidos temblaban ante aquella frialdad y aquel silencio, como tiemblan las aves ante la amenazadora calma que á la tormenta precede.

Hiciéronse, sin embargo, en palacio todos los preparativos, si bien es verdad que no como para una fiesta, sino como para alguna lúgubre ceremonia. La obediencia fué silenciosa y pasiva. Sabiase que Catalina casi habia temblado y todos temblaban.

Dispúsose cual convenia el gran salon de recepcion, y como aquella especie de ceremonias eran públicas por lo regular, los guardias y centinelas recibieron órden de dejar pasar con los embajadores á cuanta gente del pueblo cupiese en las habitaciones y en los patios.

El aspecto de Paris era el que siempre presenta la gran ciudad en semejantes circunstancias; el

de una ansiosa curiosidad. Pero el que hubiese ecsaminado bien aquel dia la poblacion de la capital, hubiera divisado entre los grupos compuestos de honrados ciudadanos de rostro ingenuo y de entreabierta boca, á gran número de hombres embozados en anchas capas, hombres que se entendian por medio de ojeadas y ademanes cuando estaban distantes, y que se decian en voz baja algunas palabras rápidas y significativas, siempre que se acercaban unos á otros. Por lo demas, las personas á que nos referimos observaban mucho á la comitiva y recibian, al parecer, órdenes de un venerable anciano, cuya vigorosa actividad resaltaba, contrastando con su blanca barba y sus cenicientas cejas, en la espresion de sus negros y animados ojos. En efecto, aquel anciano, fuese por sus propios recursos, fuese ausiliado por sus compañeros, logró introducirse con anticipacion en el Louvre, y merced á la complacencia del gefe de los suizos, digno hugonote, muy poco católico, á pesar de su conversion, halló modo de ponerse detras de los embajadores, justamente frente á Margarita y á Enrique de Navarra.

Prevenido Enrique por La Mole de que Mouy debia concurrir á la ceremonia al abrigo de un disfraz, paseaba por el recinto la vista. Encontráronse por fin sus miradas con las del anciano, y ya no se apartaron de él; una seña de Mouy disipó todas las dudas del rey de Navarra. Iba Mouy ontan bi disfrazado, que el mismo Enriue duda-

ba que aquel hombre de encanecida barba fuese el intrépido gefe de los hugonotes que tan desesperadamente se defendian cinco ó seis dias antes.

Una palabra de Enrique pronunciada al oido de Margarita, fijó las miradas de la reina sobre Mouy. Divagaron despues sus hermosos ojos por las profundidades del salon; buscaban à La Mole, pero inútilmente; no estaba.

Comenzaron los discursos. El primero fué dirigido al rey. Pedíale Lasco, en nombre de la dieta, su asentimiento para ofrecer la corona de Polonia á un príncipe de la casa de Francia.

Cárlos contestó accediendo à ello, en términos breves y precisos, y presentando á su hermano el duque de Anjou. de cuyo valor hizo un grande elogio á los enviados polacos. Hablaba en frances y un intérprete traducia sus palabras al finalizar cada periodo. Y en tanto que esto hacia el intérprete, véiase al rey llevarse á la boca un pañuelo, y apartarle despues teñido en sangre.

Terminada la respuesta de Cárlos, se volvió Lasco al duque de Anjou, se inclinó y comenzó un discurso latino en que le ofrecia el trono en nombre de la nacion polaca.

Respondió el duque en el mismo idioma, y con una emocion que en vano procuraba contener, que aceptaba con agradecimiento el honor que se le dispensaba. Durante todo su discurso, estuvo Cárlos de pie, apretados los labios, clavada la vista

en él, inmóvil y amenazador como el ojo del águila.

Luego que concluyó el duque de Anjou, cogió Lasco la corona de los Jagellones * que estaba sobre un cogin de terciopelo encarnado, y se la entregó á Càrlos en tanto que dos nobles polacos ponian el manto real sobre los hombros del duque de Anjou.

Cárlos hizo una seña á su hermano; arrodillóse ante él Anjou, y el rey le puso con sus propias manos la corona en la cabeza, tras de lo cual se dieron los dos monarcas uno de los besos mas falsos que se han dado nunca hermanos en el mundo.

Entonces gritó un heraldo:

"Alejandro Eduardo Enrique de Francia, duque de Anjou, ha sido coronado rey de Polonia. ¡Viva el rey de Polonia!"

Toda la asamblea repitió á una voz: ¡Viva el rey de Polonia!

Volvióse entonces Lasco à Margarita cuyo discurso se habia reservado para lo último. Como esta era una galantería encaminada á que campease mejor el ingenio de la reina, todos prestaron grande atencion á la respuesta que debia ser en latin. Ya sabemos que Margarita le habiá compuesto por su propia inspiracion.

El discurso de Lasco, mas que discurso, podia llamarse un panegírico. Aunque sármata, habia cedido á la admiracion que à todos infundia la be-

* Monarcas de Polonia.

lla reina de Navarra, y apelando al idioma de Ovidio, si bien al estilo de Ronsard, dijo, que habiendo salido de Varsovia en medio de la mas profunda noche, ni él ni sus compañeros hubieran sabido como encontrar el camino, si á manera de los reyes magos y mas afortunados aun que ellos, no hubiesen tenido dos estrellas para guiarles. Estrellas que iban adquiriendo mas brillantez conforme se acercaban los enviados á Francia, y qne en resolucion no eran otra cosa que los dos hermosos ojos de la reina de Navarra. Por último, pasando del Evangelio al Coran, de la Siria á la Arabia Petrea, de Nazareth á la Meca. terminó diciendo que estaba dispuesto á hacer lo que los fervientes sectarios del Profeta que, despues de tener la satisfaccion de contemplar su sepulcro, se sacan los ojos persuadidos de que para quien goza de tan deleitable espectáculo no queda en el mundo cosa que de admirar sea.

Siguió á este discurso una multitud de aplausos dados por los que entendian el latin, porque participaban de la opinion del orador, y por los que no le entenndian, por echarla de inteligentes.

Margarita hizo una agradable reverencia al galante sármata, y mirando á Mouy al mismo tiempo que respondía al embajador, comenzó en estos términos:

"*Quod nunc hac in aula insperati adestis exultaremus ego et rex conjux nisi ideo inmineret calami-*

tas, scilicet, non solum fratris sed etiam amici orbitas *.

Estas palabras tenian dos sentidos; y dirigiéndose á Mouy, podian referirse tambien á Enrique de Anjou. Así fué que este último hizo un saludo en muestra de agradecimiento.

No recordaba Cárlos haber leido esta frase en el discurso que le fué comunicado pocos dias antes; mas no daba grande importancia á las palabras de Margarita, que suponia dictadas meramente por la cortesía. Estaba ademas muy poco versado en el idioma latino.

Margarita continuó:

"*Adeo dolemur á te dividi ut tecum proficisci maluissemus sed idem fatum quo nunc sine ulla mora Lutetia cedere juberis hac in urbe detinet. Proficiscere ergo frater; proficiscere, amice; proficiscere sine vobis; proficiscentem sequuntur spes et desideria nostra.* **.

---

* Vuestra inesperada presencia en esta corte nos llenaria de júbilo á mí y al rey mi esposo, si no nos amenazase con una gran desgracia; es á saber, con la pérdida, no solo de un hermano sino tambien de un amigo.

** Duélenos, pues, separarnos de vos, cuando hubiéramos preferido acompañaros en vuestra partida. Pero el mismo destino que os manda salir de Paris sin la menor demora, nos detiene á nosotros en esta ciudad. Idos, pues, hermano, amigo: idos sin nosotros; os acompañarán nuestra esperanza y nuestros deseos.

Fácil es de concebir la profunda atencion con que escucharia Mouy estas palabras que, dirigiéndose á los embajadores, solo para él eran pronunciadas. Ya Enrique habia movido negativamente la cabeza dos ó tres veces, para dar á entender al jóven hugonote que Alenzon no accedia á sus proposiciones; mas esta accion que podia ser efecto de la casualidad, hubiera parecido insuficiente á Mouy, á no confirmarla las palabras de Margarita. Miraba, pues, á esta, y la escuchaba con grande atencion, cuando el brillo que sus negras pupilas lanzaban bajo sus cenicientas cejas, sorprendió á Catalina, la cual se estremeció como si recibiera un chispazo eléctrico y se quedó con los ojos fijos en aquella parte de la sala.

—¡Estraña figura! murmuró dando á su rostro la espresion que ecsigian las leyes del ceremonial. ¿Quién será ese hombre que mira con tanta atencion á Margarita, y á quien con no menor cuidado ecsaminan Margarita y Enrique?

Continuaba entretanto la reina de Navarra su discurso, que desde el punto en que le dejamos respondia á las políticas palabras del enviado polaco, y Catalina se perdia en cálculos acerca de quien podia ser aquel venerable anciano, cuando acercándosela por detras el maestro de ceremonias, la entregó un saquillo de raso perfumado, que contenia un papel plegado en cuatro dobleces. Abrió la reina madre el saquillo, cogió el papel y leyó estas palabras:

"Maurevel ha recobrado algunas fuerzas por medio de un cordial que acabo de suministrarle, y ha podido escribir el nombre de la persona qué se hallaba en la alcoba del rey de Navarra. Era el señor de Mouy."

—¡Mouy! dijo entre sí la reina, ya lo presumia. Pero ese anciano.... ¡Ah, cospetto!.... ese anciano es....

Catalina se quedó inmóvil con los ojos fijos y la boca entreabierta.

Acercándose luego al capitan de sus guardias que estaba á su lado:

—Mirad, le dijo al oido, aunque sin afectaccion; mirad al señor Lasco, al que estaba hablando en este momento. Detras de él, eso es, ¿no veis á un viejo de barba blanca y vestido de terciopelo negro?

—Sí, señora, respondió el capitan.

—Bueno no le perdais de vista.

—¿Ese á quien ha hecho una seña el rey de Navarra?

—Justamente. Apostaos junto á la puerta del Louvre con diez hombres, y cuando salga, convidadle á comer de parte del rey. Si os sigue conducidle á un aposento de palacio y guardadle allí prisionero. Si se resiste, apoderaos de él muerto ó vivo. Id con Dios.

Afortunadamente, Enrique á quien llamaba poco

la atencion el discurso de Margarita, estaba contemplando á Catalina, y no habia perdido una sola espresion de su rostro. Al ver fijarse los ojos de la reina madre con tanta persistencia en Mouy, concibió alguna inquietud: al verla dar una órden al capitan de guardias, lo comprendió todo.

En aquel momento fué cuando hizo la seña que sorprendió el señor de Nancey y que el lenguage de los signos queria decir: estais descubierto, escapad al instante.

Comprendió Mouy aquella seña que tan bien completaba la parte del discurso que Margarita le habia dirigido; no esperó á que se la repitiera, se perdió entre la multitud y desapareció.

—No pudo sin embargo tranquilizarse Enrique hasta que vió al señor de Nancey volver á donde estaba Catalina, y hasta que conoció por la contraccion de las facciones de la reina madre, que el capitan la participaba haber llegado tarde.

Habia terminado la audiencia. Margarita y Lasco se dirigian algunas palabras extra-oficiales. El rey se levantó tambaleándose, saludó y se marchó apoyado en un hombro de Ambrosio Paré, el cual no se separaba de él desde su último accidente.

Siguiéronle Catalina pálida de cólera, y Enrique mudo de dolor.

En cuanto al duque de Alenzon, se habia eclipsado completamente durante la ceremonia. Ni

una sola vez se fijaron en él las miradas de Cárlos clavadas tenazmente en el duque de Anjou.

El nuevo rey de Polonia se veia perdido. Arrebatado por aquellos bárbaros del Norte lejos de su madre, era semejante á Anteo, hijo de la Tierra que perdia sus fuerzas cuando Hércules le levantaba en sus brazos. Fuera de la frontera se consideraba como escluido para siempre del trono de Francia.

Así fué, que en vez de seguir al rey, se retiró á los aposentos de su madre.

Encontróla no menos meditabunda y distraida que él lo estaba. Pensaba la reina en aquella delicada y burlona faz que no habia perdido de vista durante la ceremonia; en aquel Bearnés á quien la fortuna parecia empeñada en abrir camino, barriendo en torno suyo reyes, príncipes y asesinos, todos enemigos suyos ú obstáculos á su paso.

Al ver á su predilecto hijo, pálido con su corona, abrumado bajo su régio manto, juntando sin decir palabra y en suplicante actitud las hermosas manos que de ella heredara, se levantó Catalina y marchó á su encuentro.

—¡Oh madre! esclamó el rey de Polonia, hémé aquí condenado á morir en un destierro.

—Hijo mio, le respondió Catalina, ¿tan pronto olvidais la prediccion de Renato? Tranquilizaos, no estareis por allà mucho tiempo.

—Encarecidamente os ruego, madre, dijo el du-

que de Anjou que al primer rumor, á la primera sospecha de que puede quedar vacante la corona de Francia, me aviseis......

—No hay cuidado, repuso Catalina; hasta que llegue el dia que ambos anhelamos, tendré incesantemente en mis caballerizas un caballo ensillado, y en mi antesala un correo dispuesto á ponerse en camino para Polonia.

CAPITULO XLIV.

ORESTES Y PÍLADES.

CON la marcha de Enrique de Anjou, parecia que la paz y la felicidad habian vuelto á residir en el Louvre, morada de aquella familia de Atridas.

Libre Cárlos de su melancolía, recobraba su vigorosa salud cazando con Enrique y hablando de caza con él los dias en que no podia salir á su diversion favorita. La única tacha que ponia el Bearnés era su aversion á la volatería, y aseguraba que seria un príncipe perfecto, si supiera amaestrar á los halcones, gerifaltes y terzuelos, como á los galgos y á los perros de muestra.

Catalina representaba su papel de madre; tierna

con Càrlos y con Alenzon, cariñosa con Enrique y con Margarita, amable con la duquesa de Nevers y con la baronesa de Sauve. So pretesto de que Maurevel habia sido herido al llevar á efecto una órden suya, fué tanta su bondad, que hizo dos visitas al convaleciente en su casa de la calle de la Cerisaie.

Margarita continuaba sus amores á la española.

Todas las noches abria su balcon, y se entendia con La Mole por señas ó por escrito. El jóven recordaba siempre en sus cartas á la hermosa reina que le habia prometido concederle algunos momentos de felicidad en la calle Cloche-Percée en recompensa de su destierro.

Unicamente una persona se hallaba sola y descabalada en el Louvre que tan silencioso y apacible se habia vuelto.

Esta persona era nuestro amigo el conde Anibal de Coconnas.

Algo era en verdad saber que La Mole vivia, y mucho mas merecer aún la preferencia de la duquesa de Nevers, la mas risueña y la mas caprichosa de las mugeres. Empero todo el deleite de las entrevistas que la bella duquesa le concedia, toda la tranquilidad de ánimo que le infundiera Margarita en punto á la suerte de su comun amigo, no valian para el piamontés lo que una hora pasada con La Mole en casa del buen La Huriére, ante un jarro de vino dulce, ó lo que uno de

los descocados paseos dados por todos los parajes de Paris en que un cumplido caballero podia pescar algun descarron para su pellejo, para su bolsa ó para su vestido.

Forzoso es confesar, en mengua de la humidad, que la duquesa de Nevers sufria con no poca impaciencia aquella rivalidad de La Mole; no porque aborreciese al provenzal; por el contrario, llevada del irresistible instinto que mueve involuntariamente á toda muger á ser coqueta con el amante de otra, y mas si esta es amiga suya, prodigaba á La Mole los rayos de sus ojos de esmeralda, y Coconnas hubiera podido envidiar los francos apretones de manos y la amabilidad que gastaba la duquesa con su amigo en los azarosos dias en que el astro del piamontés se eclipsaba, al parecer, en el cielo de la hermosa que le cautivaba; pero Coconnas que hubiera acuchillado á quince hombres por un solo guiño de su dama, tenia tanpocos zelos de La Mole, que de resultas de aquellas inconsecuencias de la duquesa, solia revelar á su amigo en confianza circunstancias que hacian ruborizàrse al provenzal.

De semejante estado de cosas provino, que privada Enriqueta con la ausencia de La Mole de todas las ventajas que le proporcionaba la compañia de Coconnas, esto es, de su inagotable jovialidad y de sus insaciables deseos de divertirse, se fué un dia á buscar á Margarita para suplicarla que le devolviese al obligado compañero de Coconnas,

sin el cual se evaporaban de dia en dia el espíritu y el corazon de éste.

Tierna de suyo Margarita, y cediendo por otra parte á las instancias de La Mole y á los deseos de su propio corazon, citó para el siguiente dia á Enrique en la casa de dos puertas, á fin de tratar á fondo la cuestion en una entrevista que nadie pudiera interrumpir.

Coconnas recibió con bastante disgusto la carta de Enriqueta que le citaba en la calle de Tizon á las nueve y media, mas no por eso dejó de concurrir: Encontró á la duquesa enojada ya por haber llegado antes que él.

—¡Quitad de ahí! le dijo; poca educacion demuestra hacer esperar, no digo á una princesa, sino á una muger cualquiera.

—¿Esperar? respondió Coconnas, por vida mia que la tal palabra es propia de vos. Apuesto á que nos hemos adelantado.

—Yo sí.

—¡Bah! y yo tambien; cuando mas serán las diez ahora.

—Es qne en mi carta os avisé para las nueve y media.

—Por eso sali del Louvre á las nueve, porque estoy de servicio con el señor duque de Alenzon (y se ha dicho de paso), lo cual me precisará á abandonaros dentro de una hora.

—Lo cual os tiene loco de alegría.

—No à fé, en atencion á que el duque de Alen-

zon es un protector harto uraño y quisquilloso, y que para oir reñir, mas quiero que me riñan unos labios tan lindos como los vuestros, que una boca tan torcida como la suya.

—¡Vamos! dijo la duquesa, eso está algo mejor.... ¿Decís que habeis salido del Louvre á las nueve?

—Sí por Dios, con intencion de venir en derechura aquí; mas figuraos que al revolver la esquina de la calle de Grenelle, topé con un hombre que se parecia á La Mole.

—¡Bueno! ya volvemos á La Mole.

—Como siempre, con permiso vuestro ó sin él.

—Bárbaro.

—¿Empezamos otra vez á requebrarnos? dijo Coconnas.

—No tal, pero no me vengais con cuentos.

—No soy yo el que solicito contarlos, sino vos que me preguntais por qué no he venido antes.

—Claro es, ¿me tocaba á mí ser la primera?

—Sí, porque no teneis que buscar á nadie.

—Contundentes son vuestras razones, amigo. Continuad. Estamos en que en la calle de Grenelle visteis á un hombre parecido á La Mole.... ¿Pero qué teneis en la ropilla? ¡sangre!

—¡Vamos! tambien me habrá salpicado este al caer en tierra.

—¿Habeis reñido?

—Ya lo creo.

—¿Por vuestro La Mole?

—¿Por quién quereis que riña? ¿Por una muger?

—Muchas gracias.

—Seguí á aquel hombre que tenia la desvergüenza de imitar el modo de andar de mi amigo. Le alcancé en la calle Coquilliere, pasé adelante, y le miré cara á cara á la luz que salia de una tienda, No era él.

—Bien hecho.

—¿Si? pues mala cuenta le tuvo. Señor mio, le dije, sois un fátuo en tomaros la libertad de pareceros de lejos á mi amigo el señor de La Mole, que es un cumplidó caballero, cuando, al miraros de cerca, se conoce que vos no sois mas que un tunante. Con esto eché mano à la espada y él tambien. Al tercer quite, ved qué poca educacion, cayó al suelo salpicándome de sangre.

—Supongo que le habreis socorrido.

—A hacerlo iba cuando pasó un hombre á caballo. ¡Oh! lo que este, duquesa, estoy seguro de que era La Mole. Desgraciadamente su jaco corria á galope. Eché tras él, pero la gente que se habia agolpado á verme reñir, echó tras mí. Como era fácil que me tomasen por un ladron, puesto que me perseguia toda aquella canalla dando gritos, tuve que volverme para dispersarla, y en esta operacion perdí tambien un poco de tiempo. Entre tanto desapareció el de á caballo. Me puse á buscarle, tomé informes, pregunté, cité el color del jaco, pero ¡bah! era inútil, nadie habia parado la

atencion en él. Tuve por último recurso que venirme aquí.

—¡Por último recurso! ¡Vaya un cumplido!

—Escuchad, querida, dijo Coconnas tendiéndose muellemente sobre una poltrona; si vais à armarme disputa por el pobre La Mole, hareis mal, porque al fin.... la amistad.... ya se ve.... Quisiera tener el talento ó el saber de mi infeliz amigo para encontrar una comparacion que os hiciera comprender palpablemente mi pensamiento. La amistad es una estrella, al paso que el amor..... el amor. ¡Oh! ya di con la comparacion, el amor es una vela. Me direis que hay muchas clases....

—¿De amores?

—No, de velas, y que unas son preferibles á otras: las bujías de color de rosa, por ejemplo, pase; pero sea como fuera, la bujía se gasta y la estrella siempre dura. Respondereis á esto que cuando se gasta una bujía, se pone otra en el candelero.

—Señor de Coconnas, sois un fatuo.

—¡Oh!

—Señor de Coconnas, sois un descarado.

—¡Oh! ¡oh!

—Señor de Coconnas, sois un tunante.

—Señora, os prevengo que vais à hacerme sentir triplicadamente la ausencia de La Mole.

—No me amais.

—Al contrario, duquesa, mal lo entendeis; os idolatro; pero bien puedo amaros, idolatraros, y hacer en ratos perdidos el elogio de mi amigo.

—¿Ratos perdidos llamais á los que pasais con migo?

—¿Qué quereis? siempre está presente en mi imaginacion el pobre La Mole.

—Le preferis á mí, y eso es una indignidad. Mirad, Aníbal, os aborrezco; atreveos á ser franco: decidme que le preferis á mí. Os prevengo, Aníbal, que si dierais la preferencia sobre mí á alguna cosa en este mundo......

—Ea, Enriqueta, la mas bella de las duquesas, creedme, y no me hagais, por vuestra propia tranquilidad, preguntas indiscretas. Os amo mas que á todas las mugeres, pero amo á La Mole mas que á todos los hombres.

—Bien respondió, dijo de súbito una voz desconocida.

Alzose una cortina de damasco delante de un gran papel, que entrando en el espesor de la pared, dejaba franco el paso de uno á otro aposento, y apareció La Mole en el hueco como un hermoso retrato del Ticiano en su dorado marco.

—¡La Mole! gritó Coconnas sin hacer caso de Margarita, y sin tomarse tiempo para darla gracias por la sorpresa que le habia preparado. ¡La Mole! ¡amigo! ¡querido La Mole!

Y se precipitó en sus brazos, derribando el sillon en que estaba sentado, y una mesa que encontró al paso.

Devolviole La Mole con efusion sus abrazos, pe-o al hacerlo, dijo á la duquesa de Nevers:

—Perdonad, señora, si mi nombre pronunciado

alguna vez entre vos y Coconnas ha podido turbar la plácida paz de que disfrutais; y creed, añadió lanzando una ojeada de indecible ternura á Margarita, que no ha consistido en mí el no volveros á ver ántes.

—Ya ves, dijo entonces Margarita, ya ves, Enriqueta, que he cumplido mi palabra; aquí le tienes.

—¿Luego solo á las súplicas de la señora duquesa debo está fortuna? preguntó La Mole.

—Solo á sus súplicas, respondió Margarita.

Y mirando á La Mole:

—La Mole, continuó, os permito que no creais una palabra de lo que digo.

Entre tanto Coconnas, que habia estrechado diez veces á su amigo contra su corazon, que habia dado veinte vueltas á su al rededor, que habia acercado un candelero á su rostro para verle mejor, se hincó de rodillas delante de Margarita, y besó la parte inferior de su vestido

—Gracias á Dios, dijo la duquesa de Nevers ahora ya os pareceré tolerable.

—¡Voto á sanes! respondió Coconnas, me parecereis lo que siempre, adorable; pero os lo diré de mejor gana, y ojalá se me presentaran por ahí treinta polacos, sármatas y cuantos bárbaros hiperbóreos ecsisten para hacerles confesar que sois la reina de las hermosas.

—¡Eh! poco á poco, poco á poco, Coconnas, dijo La Mole, ¿y la reina Margarita?

—¡Oh! no me vuelvo atras, dijo Coconnas con el acento semi-serio, semi burlesco que le era na-

tural; la reina Enriqueta es la reina de las hermosas, y la reina Margarita la hermosa de las reinas.

Mas por mucho que dijera ó hiciera, el piamontés, entregado en un todo al placer de haber encontrado á su querido La Mole, solo para él tenia sus ojos.

—Ea, hermosa reina mia, dijo la duquesa de Nevers, venid y dejemos á estos perfectos amigos que hablen siquiera una hora á solas; tendrán que decirse muchas cosas que interrumpirian á cada paso nuestra conversacion. Duro será este arbitrio para nosotras, pero os prevengo que es el único remedio que puede devolver por completo la salud al señor Aníbal. Hacedlo por mí, reina mia, ya que tengo la necedad de amar à esa fea cara, como dice su amigo La Mole.

Margarita dijo en voz baja algunas palabras á La Mole, el cual, por muchos que fuesen sus deseos de hablar con su amigo, hubiera deseado tambien que fuera ménos ecsijente el cariño que Coconnas le profesaba. Este procuró, entre tanto, hacer asomar á fuerza de protestas una sonrisa franca y una palabra tierna á los labios de Enriqueta, resultado que consiguió facilmente.

Entónces pasaron entrambas mugeres al aposento inmediato donde las esperaba la cena.

Quedaronse solos los dos amigos.

Los primeros pormenores que pidió Coconnas á La Mole, fueron relativos, como adivinará el lector, à la fatal noche en que tan cerca estuvo de

perder la vida. Conforme avanzaba La Mole en su narracion, el piamontés iba sintiendo circular por sus miembros un nervioso temblor, y eso que en tales materias ya sabemos cuan insensible era.

—¿Y por qué, le preguntó, no te acogiste á nuestro protector en vez de correr por esos mundos de Dios como lo has hecho, y de causarme la zozobra que me has causado? El duque te hubiera defendido, te hubiera escondido, y yo habria vivido á tu lado; y mi tristeza, aunque fingida, no hubiera dejado de engañar á esos papanatas de la corte.

—¿Nuestro protector dices? preguntó La Mole en voz baja; ¿el duque de Alenzon?

—Sí. Por lo que le he oido me figuro que él será el que te ha salvado la vida.

—Se la debo al rey de Navarra, respondió La Mole.

—¡Oh! dijo Coconnas: ¿estás seguro?

—A no dudarlo.

—¿Habrase visto rey mas escelente? ¿Pues y el duque de Alenzon qué hacia?

—Tener la cuerda para ahorcarme.

—¡Voto á sanes! gritó Coconnas; ¿estás cierto de lo que dices, La Mole? ¡Cómo! ¿Ese príncipe pálido, ese mequetrefe, ese pituitoso, ahorcar á mi amigo? ¡voto á!...... Ya le diré mañana cuantas son cinco.

—¿Estás loco?

—Es verdad, volveria à armarte otro lazo...... Pero no importa; esto no se ha de quedar así.

—Vamos, vamos, Coconnas, calmate y no olvides que acaban de dar las once y media y que estás de servicio.

—¡Gran cosa me importa el servicio! Que cuente, que cuente con migo. ¿El servicio, eh? ¿Servir yo á un hombre que ha tenido preparada la cuerda para..... Ya veo que hablas de chanza...... No...... era providencial. Estaba escrito que te habia de encontrar para no abandonarte ya nunca; me quedo aquí.

—Pero, reflecsiona, infeliz; no creo que estés bebido.

—No, afortunadamente; si lo estuviera iria á prender fuego al Louvre.

—Vamos, Aníbal, repuso La Mole, sé racional. Vuelvete. Mira que los asuntos de servicio son cosa sagrada.

—¿Vuelves conmigo?

—Es imposib e.

—¿Tratarán todavia de matarte?

—No creo tal. Tengo muy poca importancia para que ecsista contra mí un complot fijo, una resolucion constante. Quisieron matarme en un momento de capricho, pero ya pasó: fué un rasgo de buen humor de los príncipes.

—¿Y qué haces ahora?

—Yo, nada; vagar, pasearme.

—Pues bien, vagaré como tú, me pasearé contigo. ¿Qué mejor oficio? Si te atacan, quiere decir que seremos dos, y trabajillo les ha de costar

vocnuocodiao gasQ tnb¡ovo gseue! os aesvn

insecto de duque, y verás como le clavo en la pared como una mariposa.

—Puedes pedirle que te dé suelta.

—Sí, para siempre.

—Avisale al ménos que le abandonas.

—Es muy justo. Consiento; voy à escribirle.

—¿Escribirle? algo indecoroso me parece eso para un príncipe de la sangre.

—¡De la sangre sí, de la sangre de mi amigo! respondió Coconnas paseando en derredor sus saltones y trágicos ojos. ¡Cuidado no atropelle de una vez con todas sus etiquetas!

—Al fin y alcabo, dijo entre sí La Mole, dentro de algunos dias no tendrá necesidad del príncipe ni de nadie, porque, si quiere, se vendrá con nosotros.

Cogió, pues, Coconnas la pluma, sin que su amigo insistiese en su oposicion, y compuso de corrido el siguiente modelo de elocuencia.

"Monseñor:

"No creo que V. A. versado como está en los autores de la antigüedad, no se halle enterado de la tierna historia de Orestes y Pílades, que fueron dos héroes famosos por sus desgracias y su amistad. Mi amigo La Mole no es menos desgraciado que Orestes, y yo no soy menos tierno que Pílades. En este momento está rodeado de ocupaciones que reclaman mi ausilio. Es, por lo tanto, imposible que me separe de él. Por lo cual, salva la aprobacion de V. A., me tomo una licencia temporal, resuelto como estoy à correr su misma suerte, decla

rondo á V. A. cuan grande es la fuerza que me precisa á abandonar su servicio, por lo cual no desespero de conseguir mi perdon y me atrevo á continuar llamándome con respeto:

"De V. A. R.,—monseñor, el mas humilde y obediente etc., etc.—ANIBAL, CONDE DE COCONNAS:—amigo inseparable del señor de La Mole."

Terminada esta obra maestra, se la leyó Coconnas en alta voz á La Mole, el cual se encogió de hombros.

—Vamos, ¿qué dices? preguntó Coconnas sin advertir este movimiento, ó aparentando que no le veia.

—Digo, respondió La Mole, que el duque de Alenzon va á burlarse de nosotros.

—¿De nosotros?

—Sí, de los dos juntos.

—Me parece que aun eso es preferible á que nos ahorque por separado.

—¡Bah! dijo La Mole riéndose, no quita lo uno lo otro.

—¡Pues señor, pecho al agua; mañana por la mañana se la envio.

—¿Dónde dormimos esta noche cuando salgamos de aquí?

—En casa de Maese La Huriére; en aquel cuartito en que quisiste matarme cuando aun no éramos Orestes y Pílades.

—Bien, el patron llevará la carta al Louvre.

En aquel momento se abrió la puerta de comunicacion.

—Vamos, preguntaron á la par entrambas princesas, ¿á que altura se hallan Pílades y Orestes?

—¡Voto à sanes, señora! respondió Coconnas, se están muriendo de hambre y de amor.

A las nueve de la siguiente mañana llevó La Huriére al Louvre la respetuosa epístola de maese Aníbal de Coconnas.

CAPITULO XLV.

ORTHON.

A pesar de la negativa del duque de Alenzon que todo lo ponia en duda, hasta su ecsistencia, Enrique le demostraba todavía mas amistad que ántes, si posible era.

De esta intimidad dedujo que los dos príncipes, no solo esaban de acuerdo, sino que conspiraban. Interrogó á Margarita, mas como hija digna de tal madre, la reina de Navarra, cuyo principal talento consistia en eludir una esplicacion escabrosa, contestó con tal tino á las preguntas de su madre, que despues de satisfacer á todas, la dejó mas inquieta que ántes.

No tuvo, pues, la florentina otro guía que inste-

tinto de intriga que de Toscana trajera, de Toscana el mas intrigante de los estados de menor cuantía de aquella época, y los sentimientos de rencor que la infundiera la corte de Francia, la mas dividida en intereses y opiniones de aquel tiempo.

Comprendió al golpe que lo que prestaba al Bearnés gran parte de su fuerza, era su alianza con el duque de Alenson, y resolvió aislarle.

Desde el dia en que tomó esta resolucion; trató á sus hijos con la paciencia y el talento del pescador, que cuando arroja los plomos léjos de la pesca, tira de ellos insensiblemente hasta que la rodean por todas partes.

Advirtiendo el duque Francisco este aumento de caricias, dió por su parte un paso hácia su madre. Enrique fingió que nada veía, y vigiló á su aliado mas de cerca todavia que hasta entónces.

Todos aguardaban un acontecimiento estraordinario.

Interin se hallaban todos en la espectativa de este acontecimiento, cierto para unos y probable para otros; una mañana en que apareció el sol en e rosado oriente destilando ese templado calor y esos dulces perfumes, presagios de un buen dia, salió de una casa situada á espaldas del Arsenal, un hombre pálido, apoyado en un baston y que se movia con dificultad, el cual echó á andar por la calle del Petit Musc.

Cerca de la puerta de San Antonio, y despues d oetrAaesar el pase que rodeaba como una pantan

sa pradera los fosos de la Bastilla, dejó á su izquierda el gran baluarte y entró en el jardin de la Ballesta, cuyo portero le recibió con profundas salutaciones.

Estaba desierto el jardin que, como indicaba su título, pertenecia á una sociedad particular, á la de los ballesteros. El hombre pálido era muy digno de escitar la atencion de cualquiera que hubiese estado paseandose, porque sus largos bigotes y su paso que conservaba un aire marcial, si bien no le permitian sus dolores ir de prisa, demostraba suficientemente que èra un oficial herido eu un reciente encuentro, que probaba sus fuerzas con un ejercicio moderado, y cobraba vida á los rayos del sol.

Sin embargo, ¡cosa estraña! cuando se entreabria la capa en que aquel hombre, en apariencia inofensivo, iba envuelto á pesar del calor que empezaba á ser incómodo, se veian dos largas pistolas colgadas con ganchos de plata de su cinto, del que iban ademas pendientes un ancho puñal y una espada inmanejable al parecer por lo colosal, complemento de aquel arsenal vivo, y que azotaba las enflaquecidas y tremulas piernas del que la llevaba. Este, ademas, lanzaba por un esceso de precaucion aunque tan solitario era el paseo, una mirada circular á cada paso que daba, como interrogando cada revuelta, cada matorral y cada foso.

Penetrando así en el jardin, llegó penosamente á una especie de emparrado que caia à los baluartes, de los cuales no le separaban mas que una es-

pesa cerca y un pequeño foso que le defendian doblemente. Tendiose allí sobre un banco de cesped al alcance de una mesita sobre la cual el guarda del establecimiento que reunia á su título de conserge el de bodegonero, dejó al cabo de un rato una especie de bebida cordial.

Diez minutos haria que estaba allí, y ya se habia llevado à los labios diferentes veces la taza de loza cuyo contenido iba tragando en pequeñas dósis, cuando de repente adquirió su rostro, á pesar de la interesante palidez que le cubria, una espresion espantosa. Acababa de ver, viniendo á caballo desde la cruz Faubin por una vereda que es hoy la calle de Nápoles, á un hombre embozado en una ancha càpa, el cual se paró junto al baluarte, y quedó en espectativa.

Pasaron cinco minutos y el hombre de la pálida faz, en quien tal vez habrá ya el lector reconocido á Maurevel, habia apenas tenido tiempo para recobrarse de la sensacion que le causara la presencia del desconocido, cuaudo por el camino que despues ha sido la calle de *Fossés-Saint-Nicolás*, apareció un jóven, vestido á manera de paje, con un estrecho justillo y se reunió con el de á caballo.

Oculto tras el follage de su emparrado, podia Maurevel ver y oír sin dificultad una conversacion cuya importancia comprenderá el lector luego que sepa que el hombre de á caballo era Mouy, y el jóven del justillo ceñido, Orthon.

Uno y otro miraron en torno suyo con la mayor atencion. Maurevel contuvo el aliento.

—Podeis hablar, señor, se anticipó á decir Orthon, que como mas jóven era mas confiado. Nadie nos vé ni nos oye.

—Bien está, dijo Mouy: ve á acasa de la baronesa de Sauve, y entregala esta esquela en propia mano, si la encuentras: si no está, dejala tras el espejo donde acostumbra el rey á poner las suyas, y quedate esperando en el Louvre. Si te dan contestacion, la llevarás á donde sabes; si no te la dan, ve á buscarme esta noche con un pectoral al paraje que ya te he designado y de donde vengo.

—Bueno, dijo Orthon: está entendido.

—Me separo de tí; tengo ocupaciones para todo el dia: no te des mucha prisa, porque seria inútil; no necesitas llegar al Louvre ántes que él, y creo que esta mañana está tomando una leccion de caza al vuelo. Anda y presentate con osadia. Supon que estás restablecido y que vas à dar gracías á la baronesa de Sauve por la bondad con que te ha tratado durante tu convalescencia. Anda hijo, anda.

Escuchabale Maurevel con los ojos fijos, erizados los cabellos y la frente bañada en sudor. Su primer impnlso fué el sacar una pistola del cinto y disparar sobre Mouy; pero un movimiento de este que entreabrió su capa, le permitió ver su pecho, cubierto con una firme y sólida coraza. Era, pues, probable, ó que se amortiguase la fuerza de la bala obre esta coraza, ó que diese en alguna parte don-

de no fuese mortal la herida. Conoció ademas Maurevel que no le costaria mucho trabajo á Mouy, igoroso y bien armado, vencerle, herido como estaba, y dando un suspiro retiró la pistola con que ya apuntaba al hugonote.

—¡Qué lástima, murmuró, no poderle dejar en el sitio, sin mas testigos que ese tunantuelo, á quien cuadraria tan bien el segundo pistoletazo!

Mas en aquel momento se le ocurrió que la esquela que debia Orthon entregar á la baronesa de Sauve podia tener quizá mas importancia que la misma vida del gefe hugonote.

—Tambien hoy te me escapas, dijo, enhorabuena. Vete en cabal salud, que mañana me llegará mi vez, aun cuando tuviera que ir á buscarte à los infiernos, de que has salido para perderme, si àntes no te pierdo yo.

En aquel momento se cubrió Mouy con el embozo la parte inferior del rostro, y se alejó rapidamente en direccion á los pantanos del Temple. Orthon siguió costeando los fosos que le condujeron á orillas del rio.

Levantandose entónces Maurevel con mas vigor á agilidad que se hubiera atrevido á esperar, corrió á la calle de la Cerisaie, ent ó en su casa, mandó ensillar un caballo, y á pesar de su debilidad y del riesgo á que se esponia de que se le abriesen las heridas, tomó al galope por la calle de San Antonio, llegó á los muelles, y se metió en el Louvre.

Cio nnminutos despues de su desaparicion po

el postigo, sabia Catalina todo lo ocurrido, y Maurevel recibia los mil escudos de oro que le fueron prometidos por la prision del rey de Navarra.

—¡Oh! dijo entónces Catalina, mucho me engaño si no era Mouy la nube negra que ha encontrado Renato en el horóscopo de ese maldito Bearnés.

Un cuarto de hora despues de Maurevel, entrò Orthon en el Louvre á cara descubierta, conforme le habia encargado Mouy, y pasó al aposento de la baronesa de Sauve, despues de hablar con varios comensales de palacio.

Hallabase Darioleta sola en el cuarto de su ama, á quien había mandado llamar Catalina para comunicarla ciertas cartas de importancia. Cinco minutos hacia que estaba con la reina.

—Bueno, dijo Orthon; ésperaré.

Y prevaliendose de la familiaridad con que allí se le trataba, pasó á la alcoba de la baronesa, se cerciorò de que estaba solo, y dejó el papel detras del espejo.

Al tiempo que apartaba la mano, entrò Catalina.

Inmutose Orthon, pues le pareció que las rápidas y penetrantes miradas de la reina se habian fijado, al entrar, en el espejo.

—¿Qué haces aquí, niño? preguntò Catalina; sin duda buscas á la baronesa de Sauve.

—Sí, señora; hace mucho tiempo que no la he visto, y temiá pasar por ingrato si no venia ya à darla las gracias.

—¿Tanto quieres á la buena Carlota?

—Con todo mi corazon, señora.

—Y segun dicen, eres muy fiel.

—Es natural, y V. M. lo creerá así, cuando sepa que la señora baronesa me ha tributado atenciones que no merecia yo, siendo tan solo un criado......

—¿Y en qué ocasion te ha tributado todas esas atenciones? preguntó Catalina fingiendo que ignoraba el acontecimiento á que aludia el paje.

—Señora, cuando estuve herido.

—¡Pobre muchacho! dijo Catalina, ¿con que has estado herido?

—Sí, señora.

—¿Y cuando?

—La noche que vinieron á prender al rey de Navarra, me asusté tanto de ver á los soldados, que dí gritos y llamé; uno me descargó un golpe en la cabeza y caí desmayado.

—¡Desgracia como ella! ¿y estás completamente restablecido?

—Sí, señora.

—¿Vendràs á buscar al rey de Navarra para que vuelva á recibirte á su servicio?

—No, señora. Noticioso el rey de Navarra de que tuve atrevimiento para oponerme á las órdenes de V. M., me ha despedido sin compasion.

—¿De veras? dijo Catalina, con una entonacion llena de interes. Pues bien, yo me encargo de arreglar este negocio; pero si esperas á la baronesa

de Sauve, es en vano; está ocupada abajo, en mi gabinete.

Y figurandose Catalina que quizá no habria tenido tiempo Orthon para dejar el papel detras del espejo, pasó al gabinete de la baronesa de Sauve á fin de que el paje quedase en toda libertad.

En el mismo instante, y cuando inquieto Orthon con la inesperada presencia de la reina madre en aquel sitio, se preguntaba interiormente si podria provenir de alguna trama contra su señor, oyó dar tres golpecitos en el techo: era la señal que con su ordinario celo solia él hacer al rey cuando éste se hallaba en el aposento de la baronesa de Sauve y le amenazaba algun peligro.

Sobresaltaronle aquellos tres golpes, y movido por una súbita revelacion, presumió que aquella vez iba dirigido á él el aviso, en virtud de lo cual corrió al espejo y recogió el billete.

Catalina observaba por detras de una cortina todos los movimientos del jóven, vióle acercarse al espejo, mas no supo si era para dejarle el papel ó para cogerle.

—¿Por qué no se retirará ya? murmuró la impaciente Florentina.

Y sin aguardar á mas, entró en la alcoba con la sonrisa en los labios.

—¿Todavia por aquí, muchacho? le dijo. ¿A que esperas? ¿No te he dicho que me encargo yo de tu fortuna? ¿Cuando yo te aseguro una cosa, dudas de ella?

—¡Oh! ¡Dios me guarde de tal idea, señora! respondió Orthon.

Y acercandose á la reina, dobló una rodilla, besó la parte inferior de su vestido, y salió rápidamente.

En la antecamara halló al capitan de guardias esperando á Catalina. No era aquella circunstancia la mas á propósito para disipar sus sospechas; por el contrario, las dió mayor certeza.

—Catalina, por su parte, no bien vió á Orthon desaparecer tras la cortina, se avalanzó al espejo. Pero inutilmente introdujo por detras de él su mano trémula de impaciencia; nada encontró.

Y sin embargo, estaba segura de haber visto al paje acercarse al espejo. Dedujo de aquí que habia sido para recoger y no para poner el billete. La fatalidad igualaba las fuerzas de todos sus adversarios. Un niño se convertia en hombre en cuanto luchaba contra ella.

Revolvió, miró, sondeó...... ¡nada!

—¡Infeliz de él! esclamó; yo no le tenia mala voluntad; él mismo se lo quiere. ¡Hola! señor de Nancey, ¡hola!

La vibrante voz de la reina madre atravesó el salon, y penetró hasta la antecamara en que se hallaba el capitan de guardias.

Presentose el señor de Nancey.

—Aquí estoy, señora, dijo. ¿Qué manda V. M.?

—¿Estais en la antecamara?

—Sí, señora.

—¿Habeis visto salir á un jóven?

—En este instante.

—No puede estar léjos.

—Llegará ahora á la mitad de la escalera.

—Decidle que vuelva.

—¿Cómo se llama?

—Orthon. Si se resiste, traedle por fuerza, pero no le asusteis si no opone resistencia. Tengo que hablarle ahora mismo.

El capitan de guardias se marchó corriendo.

Bien lo habia calculado. Orthon estaba apénas en la mitad de la escalera, pues bajaba despacio, esperando encontrar en ella ó divisar en algun corredor al rey de Navarra ó á la señora de Sauve.

Oyó que le llamaban y se estremeció.

Su primer impulso fué huir, mas con una fuerza de reflecsion superior á sus años, conoció que si huia lo perdia todo.

Detuvose, pues, y dijo:

—¿Quién me llama?

—Yo, el señor de Nancey, respondió el capitan de guardias bajando á toda prisa.

—Voy á un asunto urgente, dijo Orthon.

—De parte de S. M. la reina madre veníd, repuso el señor de Nancey al llegar á él.

El jóven se enjugó el sudor que por la frente le corria, y subió.

Siguiole el capitan.

El primer plan de Catalina fue mandar prender al paje, rejistrarlo y quitarle la carta de que sabia

que era portador: en consecuencia ya habia cojido del tocador un broche de diamantes, de cuya sustraccion se proponia acusar al jóven. Pero reflecsionó que este arbitrio era muy peligroso, porque escitaria las sospechas de Orthon, el cual no dejaria de avisar á su señor, en cuyo caso desconfiaria este y frustraria toda trama que contra él se urdiera.

Podia, es cierto, mandar conducir al paje á un calabozo; pero por grande que fuese el secreto de este arresto, siempre circularia por el Louvre la noticia, y una sola palabra bastaba para alarmar á Enrique.

Sin embargo, Catalina necesitaba aquel papel; porque una carta del señor de Mouy al rey de Navarra, una carta recomendada con tanto empeño, debia contener toda una conspiracion.

Dejó, pues, el broche en su sitio.

—No, no, murmuró; idea de esbirro, mala idea. Pero por un papel.... que quizá no tedrá ninguna importancia, continuó frunciendo el ceño y hablando tan bajo que apenas oia ella misma el eco de sus palabras. ¡Eh! yo no tengo la culpa sino él. ¿Por que no ha dejado esa culebrilla la carta donde debia? Yo la necesito.

En aquel momento entró Orthon.

Sin duda era terrible la espresion del rostro de Catalina, porque el paje se paró en el umbral, perdiendo el color. Era todavia demasiado jóven para dominarse completamente.

—Señora, dijo, me habeis hecho el honor de llamarme: ¿en que puedo servir á V. M.?

Iluminóse la faz de Catalina cual si cayera á plomo sobre ella un rayo del sol.

—Te he mandado llamar, niño, le dijo, porque me gusta tu cara, y como te prometí hacer tu suerte, quiero cumplírtelo sin tardanza. A las reinas nos acusan de ser olvidadizas. No lo es por cierto nuestro corazon sino nuestro espíritu, que cede á la fuerza de los acontecimientos. Ahora bien, recordando yo que los reyes tienen en su mano la fortuna de los hombres, he mandado que te llamen. Ven, hijo mio, sigueme.

El señor de Nancey, tomando por lo sério aquella escena, contemplaba con gran pasmo la insólita ternura de Catalina.

—¿Sabes montar á caballo, muchacho? preguntó la reina.

—Sí, señora.

—Pues ven á mi gabinete. Vas á llevar un mensage á San German.

—Estoy á las órdenes de V. M.

—Que preparen un caballo, Nancey.

Saludó el capitan, y desapareció.

—Vamos, hijo, añadió Catalina.

Y marchó delante. Orthon la siguió.

Bajó la reina madre al piso inferior, atravesó el corredor en que estaban los aposentos del rey y l duque de Alenzon, entró en la escalera de caol, bajó otro piso, abrió una puerta que daba á

una galería circular, cuya llave nadie tenia mas que el rey y ella, mandó pasar delante á Orthon, entró tras él, y cerró la puerta.

Esta galería rodeaba como una muralla cierta parte de los aposentos del rey y de la reina madre. Como el córredor del castillo de St-Angelo en Roma, y el del palácio Pitti en Florencia, era un refugio seguro á que acogerse en circunstancias apuradas.

Cerrada la puerta, quedó Catalina sola con el jóven dentro de aquel oscuro pasadizo.

Dieron unos veinte pasos, la reina delante y Orthon detras.

De repente se volvió Catalina, y el paje advirtió en su rostro la misma espresion siniestra que tenia unos treintra minutos ántes. Sus ojos redondos, como de gata ó pantera, parecian que despedian llamas en la oscuridad.

—Detente, le dijo.

Estremecióse Orthon; la bóveda despedia un frio mortal, semejante á un manto de hielo. El aspecto del pavimento era triste, como la làpida de un sepulcro. Las miradas de Catalina atravesaban agudas, si asi puede decirse, el pecho del paje.

Retrocedió éste y se arrimó temblando á la pared.

—¿Dónde está la carta que veniais à entregar al rey de Navarra?

—¿La carta? tartamudeó Orthon.

—Sí, la que en ausencia del rey debiais dejar tras del espejo.

—¿Yo, señora? dijo Orthon. No sé lo que quereis decir.

—Ese papel que te entregó Mouy hace una hora junto al jardin de la Ballesta.

—No tengo tal papel, dijo Orthon. Crea V. M. que se equivoca.

—Mientes, respondió Catalina, dame la carta y te cumplo mi promesa.

—¿Cuál señora?

—Te enriquezco.

—No tengo carta ninguna, señora, respondió el paje.

Oyerónse rechinar los dientes de Catalina, pero su gesto terminó en una sonrisa.

—¿Quieres dármela, le dijo, y te ganas mil escudos de oro?

—No la tengo, señora.

—Dos mil escudos.

—Es imposible. No la tengo, no os la puedo dar.

—Diez mil escudos, Orthon.

Orthon que veia subir la cólera, como una marea, desde el corazon á la frente de la reina, conoció que el único medio de salvar á su señor, era tragarse la carta. Llevóse pues la mano al bolsillo, pero Catalina conoció su intencion y le detuvo.

—Vamos, hijo, repuso riéndose, ya veo que eres

fiel; cuando un rey quiere tomar á su servicio á una persona, le cumple averiguar si puede contar con su lealtad. Ahora ya sé á qué atenerme respecto á tí; toma este bolsillo como primera recompensa. Anda á llevar la carta á tu amo y participale que desde hoy entras á servirme. Anda, puedes salir sin que yo te acompañe, por la puerta que nos ha dado paso. Se abre hácia dentro.

Y entregando el bolsillo al estupefacto paje, dió algunos pasos hácia adelante y puso la mano en la pared.

El jóven, sin embargo, continuaba inmóvil, sobrecogido. No podia creer que se hubiese disipado tan pronto el pelipro que habia amenazado su cabeza.

—Ea, no tiembles así, repuso Catalina, ¿no te he dicho que estás en libertad de marcharte, y que si quieres volver haré tu fortuna?

—Gracias, señora, dijo Orthon, ¿Con que me perdonais?

—Hago mas, te recompenso; eres un buen portador de cartas amorosas, un lindo mensagero de Cupido, pero no olvides que te está esperando tu amo.

—!Ah! es verdad, respondió el paje, y echó á correr hácia la puerta.

Mas apenas hubo dado tres pasos, faltó la tierra á sus piés. Tropezó, alargó los brazos, lanzò un horrible grito y desapareció hundiendose en el pozo

del Louvre, cuyo resorte acababa de apretar Catalina.

—Ahora, murmuró Catalina, merced à la tenacidad de ese tunante, voy á tener que bajar ciento cincuenta escalones.

Diciendo así, entró la reina en su aposento, encendió una linterna sorda, volvió al corredor, cerró el resorte, abrió la puerta de una escalera de ojo que parecia hundirse en las entrañas de la tierra, y azuzada por la insaciable sed de una curiosidad que era solo un instrumento de su saña, llegó á una puerta de hierro que se abria girando y daba al fondo del pozo.

Allí yacia el pobre de Orthon, cubierto de sangre, descoyuntado, rebentado por su caida de cien piés de elevacion; pero palpitante todavia. Detras de las murallas se oía correr las aguas del Sena, que una infiltracion subterranea llevaba hasta el pié de la escalera.

Entró Catalina en el húmedo y nauseabundo foso, que desde que ecsistia, habia sido testigo de hartas caidas semejantes á la que acababa de ocurrir: registró el cuerpo, cogió la carta, se cercioró de que era la que buscaba, dió un puntapié al cadàver, apretó un resorte, cedió el pavimento y el cadáver rodó por su propio peso, desapareciendo en direccion al rio.

Encajando luego la puerta, subió la reina á su gabinete, se encerró en él, y leyó el billete que esaca concebido en estos términos:

"Esta noche á las diez, en la calle del Arbol Seco, fonda de la Hermosa Estrella; si venís, no respondais; si no venís decid que *no* al mensajero"

"MOUY SAINT PHALE."

Al leer este billete se sonreia Catalina: no pensaba mas que en la victoria que iba à alcanzar, olvidando á qué precio la compraba.

¿Y qué era Orthon en verdad? Un corazon leal, un alma llena de abnegacion, un hermoso niño; nada mas.

Fácil es de comprender que esto no puede gravitar un solo instante en el platillo de la fria balanza, en que se pesan los destinos de los imperios.

Leido el billete, subió Catalina inmediatamente á la habitacion de la baronesa de Sauve y le colocó detras del espejo.

Al bajar encontró en la puerta del corredor al capitan de guardias.

—Señora, dijo el señor de Nancey; ya está dispuesto el caballo segun las órdenes de V. M.

—Querido baron, respondió Catalina; el tal caballo es inútil. He hablado con ese muchacho y veo que es sobrado nécio para darle el destino que me proponia. Le tomé por un lacayo y cuando mas es un palafrenero; le he dado algunas monedas y se ha marchado por la puertecilla.

—Pero, ¿y aquella comision? dijo Nancey.

—¿Qué comision? repuso Catalina.

—La que habia que desempeñar en San Germán. ¿Quiere V. M. que la haga yo ó que se lo mande à algun subalterno?

—No, no, dijo Catalina vos y vuestra gente tendreis luego que hacer otra cosa,

Y se retiró á sus aposentos, esperando con conconfianza tener por fin aquella noche en sus manos la suerte del aborrecido rey de Naverra.

CAPITULO XLVI.

LA HOSTERIA DE LA HERMOSA ESTRELLA.

Dos horas despues del acontecimiento que dejamos referido y de que no quedó señal ninguna, ni aun en el semblante de Catalina, subia la baronesa de Sauve á su habitacion, terminado el trabajo que la detuviera en el gabinete de la reina; tras ella entró Enrique, y enterado por Darioleta de la visita de Orthon, se acercó al espejo y cogió la carta.

Estaba, como hemos dicho, concebida en estos términos:

"Esta noche á las diez, en la calle del Arbol Seco, fonda de la Hermosa Estrella. Si venís, no respondais; si no venís, decid que *no* al mensagero.

MOUY SAINT PHALE."

No tenia sobrescrito.

—No dejarà Enrique de ir á la cita, pensó Catalina, pues aunque fueran otras sus intenciones, ya no está ahí el portador para decirselo.

No se equivocaba, Enrique preguntó por Orthon, y Darioleta le dijo que habia salido con la reina madre, mas como halló el papel en su sitio y sabia que el pobre muchacho era incapaz de una traicion, no concibió la menor inquietud.

Comió, pues, como acostumbraba en la mesa del rey, el cual dió mucha broma á Enrique por la torpeza con que se habia portado en la cacería por la mañana. Escusóse el Bearnés alegando que era hombre de montaña y no de llanura; pero prometió á Cárlos estudiar la volateria.

Catalina estuvo amabilisima, y al levantarse de la mesa, suplicó á Margarita que la hiciese compañía aquella noche.

A las ocho salió Enrique acompañado de dos caballeros por la parte de San Honorio, dió un largo rodeo, entró en Paris por la torre de Bois, pasó el Sena por el ancon de Nesle, subió hasta la calle de San Jacobo, y allí despidió á su comitiva cual si

marchara á alguna amorosa aventura. En la esquina de la calle de los Maturinos encontró á un hombre á caballo embozado en una capa, y se acercó á él.

—Mantés, dijo el hombre.

—Pau, respondió el rey.

Sin aguardar á mas se apeó el desconocido, y poniendose Enrique la capa, llena de barro por señas, montó en el caballo, que parecia estar bastante sofocado, volvió por la calle de la Harpe, atravesó el puente de San Miguel, entró en la calle Barthelemy, pasó otra vez el rio por el puente de los Molinos, bajó á los muelles, tomó por la calle del Arbol Seco, y llamó á la puerta de maese La Huriére.

La Mole se hallaba en la sala baja que nos es conocida, y escribia una larga carta de amor á quien sabe el lector.

Coconnas estaba en la cocina con La Huriére, mirando asarse seis perdices, y discutiendo con su amigo el hostalero el punto de decoccion en que conviene sacar las perdices del asador.

Entónces fué cuando llamó Enrique. Salió Gregorio á abrir y condujo el caballo á la cuadra, en tanto que el viajero entraba dando taconazos en el suelo como para calentarse los pies.

—¡Eh, maese La Huriére! dijo La Mole, sin dejar de escribir, aquí hay un caballero que os busca.

Salió La Huriére, miró á Enrique de pies á ca-

beza, y como el basto paño de su capa no le inspirase gran veneracion,

—¿Quién sois? preguntó al rey.

—¡Voto al chápiro! dijo Enrique señalando á La Mole, el señor os lo acaba de decir, soy un caballero Gascuña y vengo â Paris para presentarme en la corte.

—¿Qué quereis?

Habitacion y cena.

—¡Hum, murmuró La Huriére, ¿trais lacayo?

Ya sabemos que esta era la pregunta de ordenanza.

—No, respondió Enrique, pero me propongo tomar uno en cuanto haga suerte.

—No doy habitacion de amo, sin otra para el lacayo, dijo La Huriére.

—¿Y si yo os ofreciera pagaros por el cuarto y la cena un noble de rosa, a reserva de arreglarnos mañana para en adelante?

—¡Oh! mucha genorisidad es esa, señor caballero, dijo La Huriére, mirando con desconfianza á Enrique.

—Es que pensando pasar la noche en esta fonda, que me recomendó eficazmente un noble de mi tierra que la frecuenta, he convidado á un amigo à cenar. ¿Teneis buen vino de Arbois?

—Tan bueno que el mismo Bearnés no le bebe mejor.

—Bueno, le pagaré aparte. ¡Ah! justamente està aquí mi comensal.

Hdiase abierto efectivamente la puerta dando paso á otro caballero de algunos años mas que el anterior y armado con una inmensa tizona.

—¡Hola! dijo el recien llegado, muy esacto sois, amiguito. Mérito tiene llegar tan á punto en un hombre que acaba de andar doscientas leguas.

—¿Es este vuestro convidado? preguntó La Huriére.

—Si, respondió el primero de los dos desconocidos, marchando hácia el jóven del espadon y estrechandole la mano; dadnos de cenar.

—¿Aquí ó en vuestro cuarto?

—Donde querais.

—Maese, dijo á ese tiempo La Mole, llamando á La Huriére, quitadnos de delante á ese par de figurones; tienen tsazas de hugonotes, y Coconnas y yo no vamos á poder hablar palabra de nuestros negocios.

—Poned la mesa en el número 2 del tercer piso, dijo La Huriére; subid, señores.

Los dos viageros siguieron á Gregorio que iba alumbrandoles.

Observoles La Mole desde su sitio hasta que desaparecieron, y volviendo entónces la cabeza, vió á Coconnas que asomaba la suya por la puerta de la cocina. Fijos los ojos saltonos, entreabierta la boca, todo su rostro tenia una singular espresion de asombro.

Acercose La Mole.

—¡Voto à sanes! dijo Coconnas, ¿has visto?

—¿Qué?

—A esos dos caballeros.

—Sí.

—Juraria que son....

—¿Quienes?

—El rey de Navarra, y el de la capa encarnada.

—Jura cuanto gustes, pero no muy alto.

—¿Tambien lo has conocido?

—Sí, por cierto.

—¿Que vendran á hacer aqui?

—¿No lo adivinas?

—Alguna aventura de amor....

—Sin duda.

—¿Tal crees?

—Estoy seguro.

—Pues yo, La Mole, preferiría unas cuantas cuchilladas á esos amores. Antes iba á jurar, ahora apuesto....

—¿A qu ?

—A que traen entre manos alguna conspiracion.

—¡Bah! estás loco.

—Te digo que....

—Te digo que si conspiran, allà se las hayan.

—¡Ah! es verdad. Al fin, murmuró Coconnas, ya no sirvo al duque de Alenzon; que se arreglen como puedan.

Y como las perdices habian, al parecer, llegado al grado de decoccion en que Coconnas las preferia, el piamontes que se proponia formar con ellas

el mejor plato de su cena, llamó á maese La Hu rière para que las sacase del asador.

Entre tanto se instalaron Enrique y Mouy en su cuarto.

—¿Habeis visto á Orthon, señor? preguntó Mouy luego que acabó Gregorio de poner la mesa.

—No, pero he recibido la carta que dejó en el espejo. Presumo que el muchacho se habrá asustado, porque la reina Catalina fué á la habitacion estando él allí, y no me ha aguardado. Al princi pio no dejé de inquietarme, porque Darioleta me dijo que la reina madre habia estado hablando con él mucho tiempo.

—¡Oh! no hay cuidado, el tunantuelo tiene harta malicia, y aunque la reina sepa su obligacion, estoy seguro de que no la habrà dado poco que hacer.

—¿Y vos le habeis visto, Mouy? preguntó Enrique.

—No, pero le veré esta noche; á las doce debe venir á buscarme con un buen pectoral, y nos lo contará todo en el camino.

—¿Y el hombre que estaba en la esquina de la calle de los Maturinos?

—¿Qué hombre?

—El que me ha dado esta capa y el caballo. ¿Es persona de confianza?

—Leal en estremo. No conoce ademas á V. M é ignora con quien ha tratado.

—De modo que podemos hablar nuestros asuntos con toda libertad.

—Sí, por cierto. A mayor abuudamiento, tenemos á La Mole de centinela.

—Perfectamente.

—Con que ¿qué dice el duque de Alenzon, señor?

—Ya no quiere fugarse. Se ha esplicado con toda claridad. La eleccion del duque de Anjou para ocupar el trono de Polonia y la indisposicion del rey le han hecho variar enteramente de intentos.

—De suerte que por él se trastorna nuestro plan.

—Sí.

—Es decir que nos hace traicion.

—Todavia no, pero nos la hará á la primera ocasion que se le presente.

—¡Corazon cobarde! ¡espirítu pérfido! ¿Por qué no me respondió á las cartas que le escribí?

—Para tener pruebas y no darlas. Sea como quiera, parece que todo se ha perdido, Mouy.

—Por el contrario, señor, todo se ha ganado. Ya sabeis que el partido en masa, si se eceptúa la fraccion del príncipe de Condé, estaba en favor vuestro y que solo se valia del duque, con quien aparentó ponerse en relaciones, como de un escudo. Pues bien, desde el dia de la ceromonia acá, todo lo he conciliado y reunido. Os bastan cien hombres para huir con el duque de Alenzon: he levantado mil quinientos; dentro de ocho dias estarán dispuestos y escalonados en el camino de Pau. Ya

no será una fuga sino una retirada. ¿Os bastan mil quinientos hombres, señor? ¿Os creereis seguro en medio de un ejercito?

Sonriose Enrique y dandole un golpecito en el hombro:

—Ya sabes, Mouy, le dijo, y eres el único que lo sabe, que el rey de Navarra no es por naturaleza tan tímido como parece.

—Sí, por Dios, señor: lo sé, y espero que no pase mucho tiempo sin que toda la Francia lo sepa como yo. Pero cuando se consp.ra, es para alcanzar un buen resultado. La primer condicion para triunfar, es tener rosolucion, y para que la resolucion sea rapida, franca, incisiva, se requiere estar convencido de que se triunfará. Ahora bien, señor, las cacerias de la corte se repiten......

—Cada ocho ó diez dias, ya en el monte, ya con halcones.

—¿Cuando ha sido la última?

—Hoy.

—¿De suerte que dentro de ocho ó diez dias habrá otra?

—Indudablemente.

—Oidme. Todo se halla al parecer tranquilo. Se ha ido el duque de Anjou y nadie se acuerda de él. El rey va mejorando de dia en dia. Casi ha cesado enteramente la persecucion contra nosotros. Tratad, pues, con las mayores atenciones à la reina madre y al duque de Alenzon; decid á éste, como hasta aquí, que no podeis marcharos,

si no es en su compañía; procurad que os crea, que es lo difícil.

—Pierde cuidado; me creerá.

—¿Tanta confianza pensais que tiene con vos?

—Líbreme el cielo de tal cosa; no hay tal, pero da fe á cuanto le dice la reina.

—¿Y la reina nos sirve francamente?

—¡Oh! tengo pruebas de que sí. Ademas, es ambiciosa y la ausente corona de Navarra, la abraza con su recuerdo la frente.

—Bien; pues tres dias ántes de la caza, participadme el sitio en que haya de verificarse. Si es en Bondy, en San German ó en Rambouillet, añadid que estais dispuesto, y cuando veais al señor de La Mole espolear su caballo delante de vos, seguidle y apretad tambien la espuela al vuestro. Fuera ya de la selva, si la reina madre os quiere coger, tendrá que perseguiros, y confio en que sus caballos normandos no alcanzarán siquiera á ver las herraduras de nuestros potros berberiscos y españoles.

—Está dicho, Mouy.

—¿Teneis dinero, señor?

Enrique hizo el gesto que en todas las épocas de su vida le arrancó esta pregunta.

—No mucho, dijo; pero creo que Margot tiene......

—Pues sea vuestro ó suyo, llevad todo el que podais.

—Y tú, ¿qué vas á hacer entre tanto?

—Despues de consagrarme á los negocios de V. M. con la actividad que me ha sido posible, V. M. me permitirá que me dedique algo á los mios.

—Sí, Mouy, sí; ¿pero qué negocios tienes?

—Habeis de saber, señor, que Orthon me dijo ayer (es muchacho de suma inteligencia, y se lo recomiendo á V. M.) que habia visto junto al arsenal, á ese bergante de Maurevel restablecido ya merced á los cuidados de Renato, y calentandose, al sol, como una serpiente, porque no es otra cosa

—¡Ah! comprendo, dijo Enrique.

—¿Comprendeis? bueno...... Algun dia sereis rey, señor, y si necesitais tomar venganzas del género de la mia, las tomareis á fuer de rey. Yo soy soldado, y como tal, debo vengarme. Así, pues, cuando queden completamente arreglados nuestros asuntos, gracias á lo cual, aun tendrá ese bribon cinco ó seis dias para restablecerse, iré yo tambien à dar una vuelta por el arsenal y le clavaré en el cesped de cuatro estocadas, con lo cual saldré de Paris con el corazon algo mas desahogado.

—Haz tus negocios, amigo, haz tus negocios, dijo el Bearnes. A propósito, supongo que estarás contento de La Mole, ¿eh?

—¡Ah! es un escelente jóven, capaz de sacrificarse por vos en cuerpo y alma, con quien podeis contar como conmigo mismo...... valiente......

—Y sobre todo discreto, nos seguirá Navarra,

Mony, y allí escogitaremos lo que convenga para recompensarle.

Al acabar Enrique de pronunciar estas palabras, acompañadas de una socarrona sonrisa, se abrió, ó por mejor decir, se desquició la puerta, y apareció pálida y agitada la persona, cuyo elogio se estaba haciendo.

—¡Alerta, señor! gritó: ¡alerta! está cercada la casa.

—¡Cercada! esclamó Enrique levantandose: ¿por quién?

—Por los guardias del rey.

—¡Oh! dijo Mony sacando un par de pistolas del cinto: parece que tendremos riña.

—¡Sí, por Dios! repuso La Mole; hora es esta de pensar en pistolas ni en riñas; ¿qué quereis hacer contra cincuenta hombres?

—Tiene razon, dijo el rey: si hubiera alguna retirada......

—Una hay que ya me ha servido á mí, y si V. M. quiere seguirme......

—¿Y Mony?

—El señor de Mony puede seguirnos tambien; pero es necesario que ambos os deis prisa.

Oyeronse pasos en la escalera.

—Es muy tarde, dijo Enrique.

—¡Ah! con solo que pudieramos entretenerlos cinco minutos, repuso La Mole, yo responderia del rey.

—Pues hacedlo, dijo Mouy, yo me encargo de entretenerlos. Idos, señor, idos.

—¿Pero qué piensas hacer?

—No os apureis por eso, señor; marchad.

Y Mouy empezó á esconder el plato, la servilleta y el vaso del rey, de modo que pareciera que estaba cenando solo.

—Venid, señor, venid, gritó La Mole cogiendo al rey por un brazo y arrastrandole hácia la escalera.

—¡Mouy! ¡buen Mouy! esclamó Enrique presentando la mano al jóven.

Besó Mouy aquella mano, empujó á Enrique fuera del aposento, y echó en seguida el cerrojo à la puerta.

—Sí, sí, ya comprendo, dijo el rey, va á dejarse prender, en tanto que nosotros nos escapamos, pero ¿quién diablos puede habernos descubierto?

—Venid, señor, venid; ya suben, ya suben.

En efecto, ya empezaba á vislumbrarse el resplandor de los hachones en las paredes de la angosta escalera, y abajo se oía ruido como de choque de espadas.

—¡Alerta! ¡alerta! dijo La Mole.

Y guiando al rey por entre la oscuridad, hizole subir dos pisos, empujó la puerta de un aposento, la volvió á cerrar echando el cerrojo, y abrió la ventana de un gabinete contiguo.

—Señor, preguntó, tendrá V. M. mucho miedo á una escursion por los tejados?

—¿Yo? dijo Enrique; ¡un cazador de Isards?

—Pues sigame V. M., se el camino y haré de guía.

—Marchad, marchad, respondió Enrique, ya os sigo.

Salió La Mole al tejado y echó á andar por el borde de una ancha canal, á cuya estremidad encontró una hondonada formada por dos tejados; abriase allí un boqueron que daba á un granero deshabitado.

—Señor, dijo La Mole, ya estamos en puerto.

—¡Hola! respondió Enrique, me alegro.

Y se enjugó la pálida frente bañada en sudor.

—Lo que falta, prosiguió La Mole, se hace ello solo; el granero da á la escalera, la escalera sale á un pasadizo, y el pasadizo á la calle. He andado yo el camino, señor, en una noche harto mas terrible que esta.

—Ea, ea, repuss Enrique, vamos adelante.

La Mole fué el primero que se dejó caer por la ancha ventana, marchó à la mal encajada puerta, la abrió y se hallo junto á una escalera. Poniendo en manos del rey la cuerda que servia de rampa,

—Venid, señor, dijo.

Detuvose Enrique en la mitad del camino, estaba frente á una ventana que daba al patio de la hosteria de la Hermosa Estrella. Por la escalera fronteriza se veian correr soldados con espadas y hachones en la mano.

De repente vió el rey de Navarra en medio de

un grupo á Mouy, que habia entregado la espada y bajaba tranquilamente.

—¡Pobre muchacho! dijo el rey; ¡que corazon tan leal y decidido!

—Debe observar V. M., respondió La Mole, que va muy sereno, y si no me engaño, ahora se rie. Alguna buena pasada está fraguando, porque ya sabeis que no acostumbra reirse á menudo.

—¿Y ese jóven que estaba con vos?

—¿El señor de Coconnas? preguntó La Mole.

—Sí, el señor de Coconnas, ¿qué ha sido de él?

—¡Oh! maldito lo que por él me apuro. Al ver à los soldados no me dijo mas que dos palabras;

—"Arriesgamos algo?

—"La cabeza, le respondí.

—"¿Y podrás escaparte?

—"Así lo espero.

—"Pues yo tambien."

—Y os juro que se escapará, señor. Cuando cojan á Coconnas ya se puede asegurar que será porque le convenga.

—En ese caso, dijo Enrique, toda va perfectamente. Lo que ahora importa es volver al Louvre.

—No hay cosa mas fácil, señor; basta con que nos embocemos y salgamos. La calle está llena de gente que ha acudido al ruido, y pasaremos por curiosos.

En efecto, Enrique y La Mole no encontraron otro obstaculo para salir que las oleadas del populacho que se agrupaba en la calle.

Por fin consiguieron entrar en la calle de Áveton, mas al llegar á las de las Garruchas vieron á Mouy que atravesaba la plaza de San German-l' Auxerois, con su escolta al mando del capitan de guardias señor de Nancey.

—¡Hola! dijo Enrique, parece que le llevan al Louvre. ¡Diantre! ahora cerrarán las puertas; obligarán á todo el que entre á dejar su nombre, y si advierten que me recojo despues que él, será una probabilidad en contra,

—El remedio, señor, dijo La Mole, es no entrar en el Louvre por la puerta.

—¿Por donde demonios quieres que entre?

—¿No está ahí la ventana de la reina de Navarra!

—¡Voto á tantos! teneis mil razones, señor de La Mole. Y yo que no habia pensado en eso...... ¿Pero cómo avisariamos á la reina.

—¡Oh! dijo La Mole inclinandose con espresion de respetuoso agradecimiento: ¡V. M. tiene tal tino paro arrojar piedras!

CAPITULO XLVII.

MOUY DE SAINT-PHALE.

TAN bien habia tomado Catalina sus precaucio-nes, que aquella vez creia estar segura de conse-guir su objeto.

En consecuencia, despidió á Margarita á eso de las diez, bien convencida, y asi era en verdad, de que la reina de Navarra ignoraba lo que contra su esposo se urdia, y pasó á la habitacion del rey, rogandole que no se acostara todavia.

Escitada la curiosidad de Cárlos por el aire de triunfo que á pesar de au habitual disimulo se advertia en el rostro de su madre, interrogó á Catalina, la cual solo le contestó con estas palabras:

—No puedo decir á V. M. mas que una cosa: esta noche se verà libre de dos de sus mas crueles enemigos.

Movió Cárlos las cejas como diciendo;--Bien está, allá veremos; y quedó en espectativa despues de llamar con un silbido á su gran lebrel, que acudió arrastrando el vientre por el suelo como uña serpiente, y puso su fina y espresiva cabeza sobre una rodilla de su amo.

Al cabo de algunos minutos que pasó Catalina fijos los ojos y atento el oído, oyose resonar un pistoletazo en el parque del Louvre.

—¿Qué ruido es ese? preguntó Cárlos arrugando el entrecejo, en tanto que se enderezaba el perro con un brusco movimieuto empinando las orejas.

—Nada, dijo Catalina, una seña.

—¿Y qué significa esa seña?

—Que desde este momento, vuestro único y verdadero enemigo se halla fuera de estado de hacernos guerra.

—¿Se ha heoho una muerte? preguntó Cárlos mirando á su madre con los dominantes ojos que significan que el asesinato y el perdon son dos atributos inherentes á la soberania.

—No señor, pero se ha preso á dos hombres.

—¡Oh! murmuró Cárlos, siempre tramas ocultas, siempre maquinaciones en que no tiene parte el rey. Pues ¡voto al diablo! madre, que ya cuento ad bastante para cuidar de mis propios asuntos

y que no necesito andadores ni chichoneras. Idos á Polonia con vuestro hijo Enrique si quereis reinar, pues os prevengo que aquí llevais mal camino, andandoos en semejantes juegos.

—Hijo mio, dijo Catalina, esta es la última vez que tomo parte en vuestros negocios. Era una empresa comenzada largo tiempo ha; V. M. me decia siempre que estaba equivocada, y yo estaba empeñada en probar que tenia razon.

En aquel momento se pararon muchos hombres en el vestibulo, y se oyeron caer las losas las culatas de los mosquetes de una corta tropa.

Casi al mismo tiempo pidió permiso el señor de Nancey para pasar adelante.

—Que entre, dijo vivamente, Cárlos.

Entró el señor de Nancey, saludó al rey, volviendose á Catalina:

—Señora, dijo, está obedecida V. M.: ya le traemos preso.

—¡Cómo! esclamó Catalina muy turbada; ¿no traeis mas que uno?

—Estaba solo, señora.

—¿Y se ha defendido?

—No; se hallaba cenando tranquilamente en su aposento y entregó la espada á la primera intimacion.

—¿Quién es? preguntó el rey.

—Ahora lo vereis, dijo Catalina. Que entre el prisionero, señor de Nancey.

C[illegible] minutos despues fué introducido M

—¡Mouy! gritó el rey: ¿qué es eso, caballero?

—Señor, respondió Mouy con la mayor serenidad. Si V. M. me lo permite, le haré la misma pregunta.

—En vez de hacer esa pregunta al monarca, dijo Catalina, tened la bondad, señor de Mouy de decir á mi hijo quien era el hombre que se hallaba cierta noche en la alcoba del rey de Navarra, y que resistiendose como un rebelde à las órdenes de S. M., mató á dos guardias é hirió al señor de Maurevel.

—En efecto, dijo Cárlos frunciendo el ceño, ¿sabeis el nombre de esa persona, señor de Mouy?

—Sí, señor; ¿quiere V. M. que se lo diga?

—Confieso que me complaceria saberlo.

—Pues bien, señor, se llamaba Mouy de Saint-Phale.

—¿Erais vos?

—Yo mismo.

Asombrada Catalina de tanta audacia, retrocedió un paso ante el jóven.

—¿Y cómo, dijo Cárlos IX, os atrevisteis á contrarestar las órdenes del monarca?

—En primer lugar, señor, ignoraba que ecsistiese tal órden de V. M.: no ví mas que una cosa, ó por mejor decir, no ví mas que á un hombre, al señor de Maurevel, asesino de mi padre y del señor almirante. Redordé entónces que en esta misma habitacion, hace año y medio, en la noche del

24 de Agosto, me prometió V. M., á mí en persona, castigar con arreglo à justicia al asesino; y como desde aquella época han ocurrido graves acontecimientos, creí que el rey habria desistido involuntariamente de sus deseos. Viendo, pues, á Maurevel al alcance de mi brazo, me figuré que me lo enviaba el mismo cielo; V. M. sabe lo demas, señor; le ataqué como á un asesino, y traté á su gente como á bandidos.

Nada respondió Cárlos; la amistad que á Enrique profesaba le habia hecho ver sobradas cosas bajo otro punto de vista que al principio, y mas de una vez las habia considerado con terror.

La reina madre conservaba en su memoria ciertas palabras pronunciadas por su hijo con motivo del degüello de San Bartolomé, palabras muy parecidas á remordimientos.

—¿Pero qué ibais á hacer á tales horas en la habitacion del rey de Navarra? dijo Catalina.

—¡Oh! respondió Mouy, es toda una historia; pero si V. M. tiene paciencia para oirla......

—Sí, dijo Cárlos, hablad; lo mando.

—Obedeceré, señor, repuso Mouy inclinandose.

Sentose Catalina fijando en el jóven gefe una mirada inquieta.

—Ya escuchamos, dijo Cárlos. Aquí, Acteon.

El perro marchó al sitio que ocupaba ántes de la llegada del prisionero.

—Señor, prosiguió Mouy, fui á ver á S. M. el

rey de Navarra como diputado de nuestros hermanos, vuestros fieles súbditos que profesan la religion.

Catalina hizo una seña á Cárlos IX.

—No hay cuidado, madre, dijo éste, no pierdo una palabra. Continuad, señor de Mouy, continuad.

—Para participar al rey, continuó Mouy, que su abjuracion le habia privado de la confianza del partido hugonote; pero que sin embargo, por respeto á la memoria de su padre Antonio de Borbon, y especialmente por la de su madre la animosa Juana de Albret, cuyo nombre nos es tan caro, los sectarios de la religion tenian la deferencia de rogarle que desistiese de sus derechos á la corona de Navarra.

—¿Qué está diciendo? gritó Catalina que al recibir este inesperado golpe no pudo ménos de manifestar su sorpresa, á pesar del dominio que sobre sí misma ejercia.

—¡Ya! observó Cárlos: pareceme, sin embargo, que esa corona de Navarra que sin permiso mio anda pasando de cabeza en cabeza, me pertenece en cierto modo.

—Los hugonotes, señor, reconocen mas que ninguno, ese principio de soberania que ha tenido V. M. por conveniente recordarme. Proponianse, por lo tanto, rogar á V. M. que pusiera la corona en u[illegible] que merece su afecto.

—¿A mí? dijo Cárlos, ¿en una cabeza que merece mi afecto? ¡Voto al diablo! ¿De qué cabeza hablais, caballero? ¡No os comprendo.

—De la cabeza del señor duque de Alenzon.

Púsose Catalina pálida como la muerte, y fulminó à Mouy una flameante mirada.

—¿Y lo sabia mi hermano Alenzon?

—Sí, señor

—¿Y aceptaba esa corona?

—Salvo el permiso de V. M, à cuya decision remitia el asunto.

—¡Oh! dijo Cárlos, en efecto, esa corona sentará perfectamente à nuestro hermano. ¡Y yo que no habia pensado en ello! ¡Gracias, Mouy, gracias! siempre que os ocurran ideas semejantes sereis bien recibido en el Louvre.

—Todo el proyecto lo hubierais sabido hace tiempo, señor, sin ese maldito incidente del Louvre, por el que temia haber caido en desgracia, en el ánimo de V. M.

—Sí, repuso Catalina, pero ¿qué dice el rey de Navarra de ese plan?

—El rey, señora, se sometia à los deseos de sus hermanos, y tenia dispuesta su renuncia......

—Que debe obrar en vuestro poder, interrumpió Catalina.

—En efecto, dijo Mouy, por una casualidad la traigo conmigo autorizad... ...firma y la fech...

—¿Anterior á la escena del Louvre? preguntó Catalina.

—Creo que es de la víspera.

Y Mouy sacó del bolsillo una renuncia en favor del duque de Alenzon, escrita y firmada de mano de Enrique con la indicada fecha.

—Sí, á fe, dijo Cárlos, todo está en regla.

—¿Y qué pedia Enrique en cambio de esa renuncia?

—Nada, señora; la amistad del rey Cárlos, segun nos ha dicho, le indemnizaria ampliamente de la perdida de una corona.

Catalina se mordió de cólera los labios y se retorció sus hermosas manos.

—Todo es perfectamente ecsacto, Mouy, añadió el rey.

—¿Pues si ya estaba todo resuelto entre vos y el rey de Navarra, repuso la reina madre, para qué era la entrevista que esta noche habeis tenido con él?

—¿Yo con el rey de Navarra, señora? preguntó Mouy. La persona que me ha aprehendido dará fe de que me hallaba solo. V. M. puede llamarla.

—¿Señor de Nancey? gritó el rey.

Presentose el capitan de guardias.

—Señor de Nancey, dijo vivamente Catalina, ¿estaba enteramente solo el señor de Mouy en la posada de la Hermosa Estrella?

—En su cuarto, sí, pero no en la posada.

—¡Hola! repuso Catalina; ¿y quién era su compañero?

—Ignoro si era compañero del señor de Mouy, señora; pero sè que se escapó por una puerta trasera despues de dejar tendidos à dos guardias.

—Supongo que le habreis conocido.

—Yo no, pero sí los soldados.

—¿Y quién era? preguntó Cárlos IX.

—El señor conde Aníbal de Coconnas.

—¡Aníbal de Coconnas! repitió el rey sombrio y meditabundo, ¿el que tanto estrago hizo entre los hugonotes la noche de San Bartolomé?

—El señor de Coconnas, caballero que pertenece à la servidumbre del señor duque de Alenzon.

—Bien está, bien está, dijo Cárlos IX, retiraos, señor de Nancey, y otra vez tened muy presente una cosa......

—¿Cual, señor?

—Que estais à mi servicio, y que solo á mí debeis obedecer.

El señor de Nancey se retiró andando hácia atras y saludando respetuosamente.

Mouy se sonrió ironicamente mirando à Catalina.

Reinó un instante de silencio. La reina madre se retorcia las presillas de su vestido; Cárlos acariciaba á su perro.

—Pero, ¿cuál era vuestro objeto, caballero? continuó Cárlos. ¿Procediais con violencia?

—¿Contra quien, señor?

—Contra Enrique, contra Francisco, contra mi......

—Señor, poseiamos ya la renuncia de vuestro cuñado y la aceptacion de vuestro hermano, y como he tenido el honor de decir, estabamos á punto de solicitar la autorizacion de V. M. cuando ocurrió ese fatal negocio del señor de Maurevel.

—Pues en esto no veo nada malo, madre, dijo Cárlos. Al pedir un rey, señor de Mouy, estabais en vuestro derecho. Sí, Navarra puede y debe ser un reino separado, Hay mas, ese reino parece hecho ex-profeso para dotar á mi hermano Alenzon, á quien animan tantos deseos de una corona, que cuando nos ponemos la nuestra, no puede apartar los ojos de ella. Lo único que se oponia á este entronizamiente eran los derechos de Henriot, pero ya que este renuncia voluntariamente.....

—Voluntariamente, señor.

—¡Tal será la voluntad de Dios! Señor de Mouy, podeis volver á reuniros con vuestros hermanos, á quienes he castigado.... con alguna dureza tal vez, pero este es asunto que ha de ventilarse entre Dios y yo, y decidles que puesto que quieren por rey de Navarra á mi hermano el duque de Alenzon, el rey de Francia se rinde á sus deseos. Desde este momento es Navarra un reino, y su soberano se llama Francisco. No pido mas que ocho dias para que mi hermano salga de Paris con el fausto y pom-

pa que á un monarca cumplen. Idos, señor de Mouy, idos, señor de Nancey, dejadle franco el camino, está en libertad.

—Señor, dijo Mouy, dando un paso hácia el rey: ¿me permite V. M....

—Sí; respondió Cárlos.

Y presentó la mano al jóven hugonote.

Hincó Mouy unna rodilla en tierra y besó respetuosamente la mano del rey.

—A proposito, dijo Cárlos, deteniendole en el momento en que iba á levantarse, ¿no me habias pedido justicia de ese bergante de Maurevel?

—Sí, señor.

—Ignoro donde se halle para haceros la en persona, porque anda escondido; pero si le encontrais, tomarosla por vuestra mano: os antorizo á ello con la mejor voluntad.

—¡Ah! señor, esclamo Mouy, ese es el colmo de vuestra bondad; descanse V. M. en mi: no sé donde se halla, pero le encontraré.

Y saludando respetuosamente al rey Cárlos y á la reina Catalina, se retiró sin que los guardias que allí le habian conducido opusiesen obstaculo á su salida. Atravesó los corredores, marchò rapidamente al postigo, y una vez allí, no dió mas que una carrera desde la plaza de San Germanl'-Auxerrois á la posada de la Hermosa Estrella, donde encontró su caballo, gracias al cual, respiró el jó-

ven libremente al abrigo de las murallas de Nantes, tres horas despues de su salida de Paris.

Reprimiendo Catalina su colera volvió á su aposento desde el cual pasó al de Margarita.

Allí encontró á Enrique vestido de bata, y dispuesto, al parecer, á meterse en la cama.

—¡Satán! murmuró, ausilia á una pobre reina en cuyo favor nada quiere hacer ya Dios!

CAPITULO XLVIII.

DOS CABEZAS PARA UNA CORONA.

—QUE digan al duque de Alenzon que venga, gritó Cárlos al despedirse de su madre.

El señor de Nancey, resuelto en vista de la insinuacion del rey, á no obedecer en adelante mas órdenes que las suyas, marchó apresuradamente á la habitacion del duque, á quien trasmitió sin rebozo la órden que acababa de recibir.

Estremeciose el duque de Alenzon; siempre le habia infundido temor Càrlos, y mucho mas desde que, conspirando le diera fundados motivos de enojo.

Mas no por eso dejó de presentarse á su hermano con una celeridad calculada.

Cárlos estaba en pie silbando entre dientes un toque de caza.

El duque de Alenzon sorprendió, al tiempo de entrar, en los vidriosos ojos de su hermano una de las envenenadas y rencorosas miradas que tan bien conocia.

—¿Me ha llamado V. M.? aquí estoy, señor. ¿Qué tiene V. M. que mandarme?

—Deseo deciros, buen hermano, que para recompensar el grande afecto que me profesais, estoy decidido á hacer hoy por vos lo que mas grato os sea.

—¿Por mí?

—Sí, por vos. Recordad la cosa en que mas hayais pensado de algun tiempo á esta parte sin atreveros á pedirmela, y os la concederé.

—Señor, dijo Francisco, os juro que no deseo otra cosa que la continuacion de la buena salud del rey.

—Satisfecho debeis estar entónces Alenzon, porque ya se ha pasado la indisposicion que padecí por la época en que vinieron los polacos. Merced á Enriot, me salvé de un furioso javalí que por poco me mata, y me siento tan bueno que nada tengo que envidiar al mejor de mi reino. Sin ser mal hermano, podeis desear, pues, otra cosa á mas de la continuacion de mi salud, que es escelente.

—Nada deseo, señor.

—Sí tal, sí tal, Francisco, repuso Cárlos impacientandose; deseais la corona de Navarra, pues

to que os habeis entendido con Henriot, y Mouy, con el primero para que renunciase á ella, con el segundo para que hiciera que pasase á vos. Ahora bien, Enrique renuncia; Mouy me ha hecho presente vuestros deseos y esa corona que ambicionais....

—¿Qué? preguntó Alenzon con trémula voz.

—¿Qué? ¡voto al diablo! que es vuestra.

Inmutose Alenzon horriblemente, mas la sangre agolpada al principio en su corazon que estuvo á punto de reventar, refluyó luego á las estremidades, y un ardiente sonrojo le abrasó las mejillas; el favor que el rey le hacia le desesperaba en aquellos momentos.

—Pero señor, repuso palpitando de emocion y procurando en vano serenarse, yo no he deseado ni mucho ménos pedido nada por ese estilo.

—Será posible, dijo el rey, porque sois muy discreto, hermano; pero otros han deseado y pedido por vos.

—Señor; os juro que nunca ....

—No jureis.

—Pero, ¿tratais de desterrarme, señor?

—¿Destierro llamais á eso, Francisco? ¡Diantre! descontentadizo sois por cierto.... ¿Qué mas podiais esperar?

Alenzon se mordió desesperadamente los labios.

—A fe mia, continuó Cárlos afectando candidez, que os creia menos popular, Francisco, sobre todo con los hugonotes; pero ellos mismos os piden por

rey, y tengo que confesar que me equivocaba. Por otra parte, yo no podia desear cosa mejor que tener á un hombre enteramente mio, á un hermano que me quiere y que es incapaz de hacerme traicion á la cabeza de un partido que lleva treinta años haciendonos la guerra. Va à establecerse la tranquilidad como por ensalmo sin contar que todos seremos reyes en la familia. Solo el pobre Henriot se quedará reducido á ser mi amigo. Pero no es ambicioso, y él aceptará ese titulo que nadie reclama.

—¡Oh! estais equivocado, señor; yo le reclamo tambien, ¿y quién con mayor derecho? Enrique no pasa de ser un cuñado vuestro por alianza; yo soy vuestro hermano pos los lazos de la sangre y mas aun por los del corazon.... señor, os lo suplico, permitid que me quede á vuestro lado.

—No, no, Francisco, respondió Cárlos; seria causar vuestra infelicidad.

—¿Cómo así?

—Por mil razones.

—Pero reflecsionadlo un poco, señor; ¿cuando encontrareis un compañero tan fiel como yo? No me he separado de V. M. desde mi infancia....

—Ya lo sé, ya lo sé, y algunas veces hubiera preferido teneros mas lejos.

—¿Qué significa?....

—Nada, nada.... yo me entiendo. ¡Oh! qué hermosas partidas de caza podreis tener allá, Francisco! ¡cuanto os envidio! ¿Sabeis que en aquellas

malditas montañas se cojen osos como aquí javalies? Nos vais á surtir de pieles magníficas. La caza se hace con puñal; se aguarda à la bestia, se la azuza, se la irrita hasta que marche contra el cazador. A cuatro pasos de este se empina sobre las patas traseras, y en aquel momento es cuando se la clava el acero en el corazon, como hizo Enrique con el javalí en la última caceria. Peligroso es el lance, como ya os hareis cargo; pero vos, Francisco, sois valiente y hallareis una verdadera delicia en el peligro.

—¡Ah! esas palabras aumentan mi sentimiento; ya no podré cazar con V. M.

—¡Pardiez! mas vale así, dijo el rey, porque ni á uno ni á otro nos probaba bien.

—¿Qué quiere decir V. M?

—Que al cazar conmigo os causa tal placer, tal emocion, que vos que sois la destreza en persona, que vos que con el primer arcabuz que haya á mano, matais á una urraca á cien pasos, errasteis á veinte, en la última cacería á que fuimos juntos, y con un arma que os es familiar, á un corpulento javalí, y rompisteis én su lugar una pierna á mi mejor caballo. ¡Voto al diablo! Francisco, ¿sabeis que eso da en que pensar?

—Disimulad la emocion que me poseia; dijo Alenzon con lívida voz.

—Ya se ve que sí, repuso Cárlos, la emocion era, no lo dudo, y justamente por esa circunstancia que aprecio en su justo valor, os digo, Francis-

co, mas vale que cacemos cada uno por su lado, puesto que padeceis semejantes emociones. Pensad en ello, hermano; no á mi presencia, porque veo que mi presencia os turba, sino cuando esteis solo, y conocereis que tengo motivos para temer que en otra caza os de otro ataque de emocion; porque como no hay cosa que levante tanto la puntería como las emociones, podias matar al caballero en lugar del caballo, y al rey en lugar de la fiera. ¡Demonio! una bala algo mas alta ó mas baja de lo regular cambia mucho la faz de un gobierno; en nuestra familia tenemos ejemplos. Cuando mató Montgommery á nuestro padre Enrique II, por casualidad, y tal vez por emocion, el mismo tiro envió á nuestro hermano Francisco II al trono, y á nuestro padre Enrique á San Dionicio. ¡Es tan poco lo que necesita Dios para hacer mucho!

Durante este ataque tan terrible como imprevisto, se bañó en sudor la frente del duque; era imposible que digera el rey con mas claridad que lo habia adivinado todo. Al disfrazar Carlos su cólera con apariencias de burla, era quizá mas temible que si hubiese dejado cundir esteriormente la abrasada y furibunda lava que le consumia el corazon; su venganza parecia proporcionada á su rencor. Conforme se agriaba el uno, crecia la otra; y por primera vez conoció Alenzon los remordimientos, ó por mejor decir, el pesar de haber concebido un crimen sin llevarle á cumplido efecto.

Sostuvo la lucha ínterin se lo permitieron sus

fuerzas, mas á este último golpe dobló la cabeza, y Cárlos vió brillar en sus ojos la devoradora llama que en los seres de naturaleza blanda, abre el surco por donde brotan las lágrimas.

Pero Alenzon era hombre que no lloraba sino de rabia.

Tenia Cárlos fijos en el sus ojos de buitre, aspirando, por decirlo así, todas las sensaciones que se sucedian en el corazon del duque. Y todas estas sensaciones se le presentaban esactas, merced al profundo estudio que de su familia habia hecho, cual si el corazon del duque hubiera sido un libro abierto.

Así le dejó estar algunos momentos, abatido, inmovil y silencioso, y luego dijo con voz impregnada de rencorosa firmeza:

—Os hemos manifestado nuestra resolucion, hermano, y nuestra resolucion es irrevocable; partireis.

¡Hizo Alenzon un movimiento; y Cárlos, aparentando no haberle reparado, continuó de este modo:

—Quiero que Navarra se enorgullezca de tener por príncipe á un hermano del rey de Francia: reunireis en vuestra persona poder, honores, y cuanto conviene á vuestra cuna, como lo reunió vuestro hermano Enrique; y como él, añadió sonriendose, me bendecireis desde léjos. No importa que asi sea; para las bendiciones no hay distancias......

—Señor....

—Aceptad, ó por mejor decir, resignaos. Lue-

go que seais rey, se os buscará una esposa digna de un príncipe frances. ¿Quien sabe si os llevará en dote otro trono?

—Pero, repuso el duque de Alenzon, V. M. se olvida de su buen amigo Enrique.

—!Enrique! ¿no os he dicho ya que renuncia el trono de Navarra? Repito que os le cede. Enrique es un muchacho de buen humor, no pálido y meditabundo como vos. Quiere reir y divertirse á sus anchas, no secarse bajo el peso de la corona, que es á lo que nosotros estamos condenados.

Alenzon dió un suspiro.

—Es decir que V. M. me ordena que me dedique á....

—No, no; en nada penseis, Francisco, yo lo arreglaré todo; descansad en mi como en un buen hermano. Y ahora que quedamos convenidos marchaos; sois libre para ocultar ó referir á vuestros amigos nuestra conversacion. Yo tomaré medidas para que este asunto se publique en breve. Idos, Francisco.

Era imposible responder nada. Saludó el duque y se marchó poseido el corazon de rabia.

Deseaba ardientemente ver á Enrique para hablar con el de todo lo ocurrido; pero en su lugar encontró à Catalina: en efecto, el Bearnes rehuia la conversacion y la reina madre la buscaba.

Al ver el duque á Catalina, reprimió su dolor y procuró sonreirse. Ménos afortunado que Enrique de Anjou, no buscaba una madre en la reina

sino una aliada; y empezaba disimulando con ella, porque para hacer una buena alianza, es necesario que medie un poco de engaño por ambas partes.

Acercose, pues á Catalina, con rostro en que sólo quedaban ligeras huellas de su inquietud.

—Grandes noticias, señora, dijo; ¿las sabeis?

—Se que se trata de haceros rey.

—Y en eso me da mi hermano una prueba de su bondad.

—¿Verdad que sí?

—Casi me inclino á creer que debo tributaros parte de mi agradecimiento, porque al fin, si vos le hubierais dado el consejo de que me regalara ese trono, á vos es à quien se le deberia, aunque confieso que interiormente me causa algun dolor despojar asi al rey de Navarra.

—Parece que amais mucho á Henriot, hijo mio.

—Si, hace algun tiempo que son estrechas nuestras relaciones.

—¿Creeis que profese tanto afecto como vos á él?

—Así lo espero, señora.

—¿Sabeis que es ejemplar tal cariño entre príncipes? las amistades de las cortes tienen fama de poco sólidas, querido Francisco,

—Ved, madre, que no solo somos amigos, sino casi hermanos.

Animó los labios de Catalina una estraña sonrisa.

—¡Bueno es eso! dijo; ¿hay por ventura hermandad entre reyes?

—¡Oh! cuando se entablaron nuestras relaciones, no lo éramos ni uno y otro, ni debiamos serlo nunca; por eso nos queremos.

—Sí, pero á estas fechas han cambiado mucho las cosas.

—¿Pues cómo?

—Sin duda alguna; ¿quién os dice que no sereis reyes los dos?

El nervioso estremecimiento del duque y el rubor que cubrió su frente, revelaron á Catalina que su tiro habia dado de medio en medio en el blanco.

—¡El! dijo Alenzon: ¡Henriot rey! ¿y de qué reino?

—De uno de los mas brillantes de la cristiandad, hijo mio.

—¡Ah! esclamó el duque poniendose pálido: ¿qué estais diciendo?

Lo que debe decir una buena madre á su hijo: lo mismo en que habeis pensado mas de una vez, Francisco.

—¿Yo? dijo el duque, os juro que en nada he pensado, señora.

—Consiento en creeros; porque vuestro amigo, porque vuestro hermano Enrique, como le llamais, es con su aparente franqueza, un señor muy diestro y astuto que sabe guardar sus secretos mejor que vos los vuestros, Francisco. Por ejemplo, ¿os

ha dicho alguna vez que Mouy fuese su agente de negocios?

Y al pronunciar estas palabras, clavó Catalina sus miradas agudas como un puñal en el alma de Francisco.

Pero no tenia mas que una virtud, ó por mejor decir, un vicio, el disimulo: así es que sostuvo perfectamente aquella mirada.

—¡Mouy! dijo con sorpresa y como si por primera vez oyera pronunciar aquel nombre en tales circunstancias.

—Sí, el hugonote Mouy de Sait-Phale, el mismo à quien tan poco faltó para matar á Maurevel, y que recorriendo clandestinamente el reino de Francia y la capital bajo diferentes disfraces, intriga y levanta un ejército para sostener á vuestro hermano Enrique contra vuestra familia.

Ignorando Catalina que acerca de este asunto estuviese su hijo Francisco tan bien ó mejor enterado que ella, se levantó al decir estas palabras, disponiendose á hacer una magestuosa salida.

Francisco la detuvo.

—Madre, dijo, una palabra mas, si à bien lo teneis. Puesto que os dignais iniciarme en vuestra política, decidme de qué manera, con tan cortos recursos y siendo tan poco conocido, podrá Enrique hacer una guerra lo bastante séria para que inspire zozobras á mi familia.

—¡Niño! respondió la reina sonriendose, sabed

que le sostienen acaso mas de treinta mil hombres; que el dia en que diga nna palabra apareceràn de repente cual si salieran de las entrañas de la tierra, y que esos treinta mil hombres son hugonotes, reparadlo bien, los mas valientes soldados del mundo. Cuenta ademas con una proteccion, que no habeis sabido ó querido lograr.

—¿Cuál es?

—La del rey, la del rey que le ama y le sostiene; la del rey que por celos de vuestro hermano el de Polonia y por despecho contra vos, busca un sucesor en torno suyo, y estais ciego, si no veis que le busca fuera de su familia.

—¡El rey!...... ¿tal creeis, madre?

—¿Luego no habeis notado lo que quiere á Henriot, à su Henriot?

—Sí, tal madre; sí, tal.

—Y que se reconoce pagado; porque ese Henriot, olvidando que su cuñado le quiso arcabucear el dia de San Bartolomé, se tiende boca abajo en el suelo como un perro que lame la mano que le pega.

—Sí, sí, murmuró Francisco; ya lo he reparado. Enrique es muy humilde con mi hermano Cárlos.

—Se desvive por complacerlo en todo.

—Tanto que, viendo que el rey se burla siempre de su ignorancia en materia de caza con halcones, quiere ponerse á estudiar la cetreria. Ayer

mismo, sin ir mas léjos, me preguntó si tenia yo algun buen libro que tratara de ese arte.

—Aguardad, dijo Catalina, cuyos ojos se animaron cual si una súbita idea pasara por su mente; aguardad.... ¿que le habeis respondido?

—Que le buscaria en mi biblioteca.

—Bien, dijo Catalina; bien; es preciso darle ese libro.

—Es que he buscado, señora, y no he encontrado ninguno.

—Yo encontraré, yo encontraré.... y vos se lo dareis cual si de vos proviniera.

—¿Y qué resultará?

—¿Teneis confianza en mí, Alenzon?

—Sí, madre.

—¿Quereis obedecerme ciegamente en cuanto haga referencia á Enrique, á quien no profesais cariño por mucho que digais?

Sonriose Alenzon.

—¿Y à quien yo detesto? continuó Catalina:

—Obedeceré.

—El dia de la prócsima caceria por la mañana, venid aquí á buscar el libro; os le daré, se lo llevareis á Enrique, y....

—Y....

—Confiad en que Dios, la Providencia ó la casualidad harán lo demas.

Francisco conocia lo bastante á su madre para saber que no solia confiar á Dios, á la Providencia

ni á la casualidad el cuidado de ser instrumentos de su amistad ó de su saña; pero no pronunció una sola palabra, y saludando cual si aceptara la comision, se retiró á su aposento.

—¿Qué pretenderà? pensó el jóven al subir la escalera: no lo se. Pero de lo que todo esto saco en limpio, es que maquina contra un enemigo comun. Dejemosla.

En aquel intermedio recibia Margarita por conducto de La Mole, una carta de Mouy dirigida al rey de Navarra. Como los dos ilustres aliados no tenian el uno para el otro secretos en política, abrió aquella carta y la leyó.

Pareciole sin duda interesante, pues aprovechando la oscuridad que empezaba á tenderse por las paredes del Louvre, entró sin perder tiempo en el pasadizo secreto, subió por la escalera de caracol, y despues de echar una investigadora ojeada en torno suyo, se precipitó rapida como una sombra, y desapareció en la antecámara del rey de Navarra.

Desde la desaparicion de Orthon, estaba esta antecámara sin nadie que la guardase.

Esta desaparicion de que no hemos vuelto á hablar desde que la vió el lector verificarse de un modo tan trágico para el pobre Orthon, habia infundido una suma inquietud á Enrique, quien se la manifestò á la baronesa de Sauve y á su esposa; pero ni una ni otra tenían la menor noticia. Bien es verdad que la baronesa le suministró ciertos da-

tos, con presencia de los cuales eonoció Eurique claramente que el pobre jóven habia sido víctima de alguna maquinacione de la reina madre, y que de etas maquinacion provino el peligro que corria de ser cogido con Mouy en la posada de la Hermosa Estrella.

Otro hubiera guardado silencio por temor, pero Enrique lo calculaba todo, y conoció que aquel silencio le descubriria; pues por lo regular no se pierde así á un criado, á un confidente, sin preguntar por él, sin tomar informes. Informose, pues, y le buscó á presencia del rey y de la misma reina madre; preguntó por Orthon á todo el mundo, desde el centinela que se paseaba á la puerta del Louvre, hasta el capitan de guardias que velaba en la antecámara del rey; pero todas sus preguntas y diligencias fueron inutiles; y Enrique mostró tan ostensible afliccion por este suceso, y tanto cariño al pobre servidor ausente, que declaró que no le reemplazaria ántes de adquirir la certidumbre de que habia desaparecido para siempre.

Estaba, pues, desierta la antecámara, como dejamos dicho, cuando se presentó en la habitacion de Enrique.

Por leves que fuesen los pasos de la reina, Enrique los oyó y volvió la cabeza diciendo:

—¡Vos aquí, señora!

—Sí, respondió Margarita, leed pronto.

Y le presentó el papel abierto.

Contenia estas líneas:

"Señor, es llegado el momento de llevar á ejecucion nuestro proyecto de fuga. Dentro de cinco ó seis dias hay caza con halcones á la orilla del Sena, desde San German hasta Maisons, ó sea en toda la longitud de la selva.

"Concurrid á la caza, aunque es de cetreria; poneos bajo el traje una buena camiseta de mallas; llevad vuestra mejor espada y el mas rapido troton de vuestra caballeriza.

"Hácia el medio dia, cuando esté la caza en su mayor fuerza y se haya arrojado el rey tras el halcon, desapareced solo, si vais solo, y la reina de Navarra, si os acompaña la reina.

"En el pabellon de Francisco I, cuya llave tenemos, se hallarán escondidos cincuenta hombres seguros; se ignorará publicamente tal escondite, porque irán de noche y estarán cerradas las celosias.

"Pasareis por el paseo de las Violetas, á cuya estremidad estaré yo de vigilante; á la derecha de este paseo, y en un pequeño claro, se hallarán los señores de La Mole y de Coconnas con dos caballos del diestro, destinados á sustituir à los vuestros, si por casualidad fuesen ya cansadòs.

"Adios, señor, estad dispuesto, que nosotros lo estaremos."

Y Margarita pronunció las mismas palabras que mil seiscientos años ántes dijera César á orillas del Rubicon.

—Enhorabuena, señora, respondió Enrique; no seré yo quien os desmienta.

—Ea, señor, portaros como un heroe no es dificil, y con seguir vuestro camino, os basta; dadme un buen trono, dijo la hija de Enrique II.

Una imperceptible sonrisa asomó á los delicados labios del Bearnes. Besó la mano à Margarita y salió delante de ella para esplorar el camino, talareando el estribillo de una antigua cancion:

El mejor caudillo
no entró en el castillo.

No era importuna la precaucion; al abrir él la puerta de su alcoba, abria el duque de Alenzon la de su antecámara; Enrique hizo una seña á Margarita y dijo en voz alta:

—¡Ah! ¿aquí estais, hermano? sed bien venido.

Comprendiendolo todo la reina, se metió en un gabinete, cuya puerta cubria un tupido tapiz.

Entró el duque de Alenzon con timido paso y mirando en torno suyo:

—¿Estamos solos, hermano? preguntó á media voz.

—Completamente solos. ¿Qué hay? parece que venís trastornado.

—Nós han descubierto, Enrique.

—¿Cómo descubierto?

—Sí; han preso á Mouy.

—Lo se.

—Y Mouy se lo ha dicho todo al rey.

—¿Qué ha dicho?

—Que yo deseaba el trono de Navarra y conspiraba para cònseguirle.

—¡Diantre! dijo Enrique; de suerte que os hán comprometido, pobre hermano. ¿Pero cómo no estais preso ya?

—Ni yo mismo lo se; el rey me ofreció en irónico tono el trono de Navarra. Esperaba sin duda arrancarme una confesion esplícita, pero naJa he dicho.

—Y habeis hecho bien, ¡voto á tantcs! dijo el Bearnes: ¡firmeza! de ello dependen nuestras dos vidas.

—Sí, repuso Francisco; el caso es espinoso, y por eso he venido à preguntaros, hermano, qué os parece que haga, si huir ó quedarme.

—¿Habeis visto al rey? ¿os ha hablado directamente?

—Sí.

—Pues debeis haber penetrado sus pensamientos. Seguid vuestra propia inspiracion.

—Preferiria quedarme, respondió Francisco.

A pesar de lo mucho que sabia dominarse Enrique, no pudo ménos de hacer un movimiento de alegria; por imperceptible que fuese, Francisco le sorprendió al pasar.

—Quedaos, pues, dijo Enrique.

—Pero ¿y vos?

—¡Pse! respondió el Bearnes, si vos os quedais, yo no tengo ningun motivo para irme. Solo me

marchaba por seguiros, por cariño, por no separarme de un hermano á quien tanto quiero.

—De manera, dijo Alenzon, que quedan sin efecto todos nuestros planes; y cedeis sin luchar al primer reves de la suerte.

—Es que yo, repuso Enrique, no tengo por reves el permanecer aquí; merced á mi indolente carácter, estoy bien en todas partes.

—Enhorabuena, dijo Alenzon, no se hable mas de ello; pero si tomais otra resolucion, avisadme.

—¡Pardiez! no dejaré de hacerlo, respondió Enaique. ¿No hemos convenido en no tener secreto el uno para el otro?

No insistió Alenzon y se retiró muy pensativo, pues se figuraba haber visto agitarse el tapiz del gabinete.

En efecto, apenas salió el duque del aposento, se levantó el tapiz y se presentó nuevamente Margarita.

—?Qué pensais de esta visita? preguntó Enrique.

—Que ocurre alguna novedad importante.

—¿Y qué os pareee que será?

—Aun no lo sé, pero sabré.

—¿Y entretanto?

—Entretanto no dejeis de ir á mi cuarto mañana por la noche.

—No faltaré, señora, dijo Enrique besando con galanteria la mano à su esposa.

Y Margarita volvió á su aposento con las mismas precauciones que para salir de el habia tomado.

CAPITULO XLIX.

EL LIBRO DE CAZA.

Cinco dias habian transcurrido desde que acontecieron los sucesos que acabamos de referir. Eran las cuatro de la mañana, y ya estaba todo en movimiento en el Louvre, como sucedia siempre que iba la corte de caza, cuando el duque de Alenzon pasó á ver á la reina madre, accediendo á su invitacion.

No estaba la reina en su alcoba, pero habia dejado órden de que le esperase su hijo si iba á visitarla.

Al cabo de algunos instantes salió de un gabinete secreto, donde nadie sino ella entraba y al cual solia retirarse para hacer sus operaciones químicas.

Por el hueco de la puerta ó impregnado en sus vestidos, entró al mismo tiempo que la reina madre, el penetrante olor de un acre perfume; y al entreabrirse aquella, reparó Alenzon en un espeso vapor como el de una aroma quemado que ondeaba formando una blanca nube en laboratorio de que salia la reina.

El duque no pudo contener una ojeada de curiosidad.

—Sí, dijo Catalina de Médicis, sí, he quemado algunos pergaminos viejos que ecshalaban un olor tan punzante que he tenido que echar nebrino en el hogar.

Alenzon se inclinó.

—Vamos, preguntó Catalina ocultando en las anchas mangas de su bata sus manos salpicadas de manchas de un color amarillo rojizo: ¿qué hay de nuevo desde ayer?

—Nada, madre.

—¿Habeis vuelto á ver á Enrique?

—Sí.

—¿Persiste en no irse?

—Tenazmente.

—¡Hipócrita!

—¿Qué decís, señora?

—Que se marche.

—¿Tal creeis?

—Estoy segura.

—¡Se nos escapa!

—Sí, dijo Catalina.

—¿Y le dejais marcharse?

—No solo le dejo, sino que os digo mas; es necesario que se vaya.

—No os comprendo, madre.

—Escuchad bien lo que os voy á decir, Francisco. Un médico muy diestro, el mismo que me ha facilitado el libro de caza que vais á entregar á Enrique, me ha afirmado que el rey de Navarra se halla muy propenso á sufrir una enfermedad de consuncion, una de esas enfermedades que no perdonan y contra las cuales no tiene remedio la ciencia; y ya conocereis que si ha de morir de tan cruel mal, mas vale que sea léjos de nosotros que no en nuestros propios ojos y en la corte.

—En efecto, dijo el duque, eso nos afligiria mucho.

—Sobre todo á vuestro hermano Cárlos, repuso Catalina, al paso que si fallece Enrique despues de engañarle, considerará el rey su muerte como un castigo del cielo.

—Razon teneis, madre, respondió Francisco con admiracion; es preciso que se vaya. ¿Pero estais segura de que lo hará?

—Ya tiene tomadas sus disposiciones. El punto de reunion será la selva de San German. Cin-

cuenta hugonotes deben servirle de escolta hasta Fontainebleau donde le esperan otros quinientos.

—¿Y se va con el mi hermana Margot? dijo el duque con alguna indecision y una visible palidez.

—Sí, respondió Catalina; asi está convenido. Pero en muriendo Enrique, volverà Margot á la corte viuda y libre.

—¿Y morirá Enrique, señora? ¿Es cosa segura?

—Así lo afirma al ménos el médico que me ha dado el libro.

—¿Dónde está el libro?

Catalina volvió lentamente al misterioso gabinete; entró en él, y al cabo de un instante salió con un volúmen en la mano, diciendo:

—Aquí.

Alenzon miró con cierto terror el libro que le presentaba su madre.

—¿Qué es eso, señora? preguntó temblando.

—Ya os lo dicho, hijo mio; es un tratado de la cria y enseñanza de los halcones, terzuèlos y gerifaltes, compuesto por unapersona muy entendida, para uso del señor Castruccio Castracani, tirano de Luca.

—¿Y qué debo hacer con él?

—Llevarsele á vuestro buen amigo Enrique que os ha pedido, segun decís, este ú otro semejante, para instruirse en la ciencia de la catreria. Como hoy va de caza con el rey, no dejará de leer algunas páginas para probarle que sigue sus consejos

y toma lecciones. Todo consiste en entregarselo á él en persona.

—¡Oh! no me atrevo, dijo Alenzon estremeciendose.

—¿Por qué? preguntó Catalina; es un libro como otro cualquiera, solo que ha estado encerrado tanto tiempo, que las ojas se han pegado unas á otras. No vayais á leer vos, Francisco, porque para abrirle hay que humedecerse el dedo y empujar las hojas, lo cual ocupa mucho tiempo y cuesta mucho trabajo.

—De modo que solo un hombre que tenga grandes deseos de instruirse, puede perder ese tiempo y tomarse ese trabajo, dijo Alenzon.

—Justamente, hijo mio.

—¡Oh! repuso el duque, ya està Henriot en el parque; dadmele, señora, dadmele acá. Voy á aprovecharme de su ausencia para llevarle à su cuarto, donde le encontrarà cuando vuelva.

—Mas quisiera que se lo dierais en propia mano, Francisco; seria mas seguro, dijo Catalina.

—Ya os he dicho que no me atrevo.

—Idos, pues, pero al ménos ponedle en un sitio en que se vea bien.

—Le dejaré abierto en el mas visible...... ¿hay inconveniente en que esté abierto?

—No.

—Dadmele, pues.

Alenzon tomó con tremula mano el libro, que con mano firme le presentaba Catalina.

—Tomadle, tomadle, dijo esta; no hay peligro ninguno en tocarle, ya veis como yo le tengo cogido: ademas, llevais puestos los guantes.

No contento Alenzon con esta precaucion, envolvió el libro en su capa.

—Daos prisa, añadió Catalina, daos prisa; Enrique puede volver de un momento á otro.

—Teneis razon; allà voy.

Y salió del aposento vacilando en fuerza de su emocion.

Varias veces hemos introducido al lector en la habitacion del rey de Navarra, y le hemos hecho presenciar las escenas en ella ocurridas, ora alegres ora terribles, segun se presentaba risueño ó amenazador el genio protector del futuro rey de Francia.

Pero nunca quizá aquellas paredes manchadas de sangre por el asesinato, salpicadas de vino por las orgías, impregnadas de perfumes por el amor; nunca aquel rincon del Louvre habia visto un rostro mas pálido que el del duque de Alenzon al abrir, con su libro en la mano, la puerta de la alcoba del rey de Navarra.

Y sin embargo, segun esperaba el duque, no habia allí nadie que pudiera ecsaminar con curiosos ó inquietos ojos la accion que iba á cometer. Los primeros rayos del alba iluminaban el aposento enteramente vacio.

Pendia á la pared, ya dispuesta, la espada que Mouy habia aconsejado á Enrique que llevara. Por el suelo se veian esparcidos algunos eslabones, de

un cinturon de mallas; sobre un mueble estaban colocados un bolsillo medianamente repleto, y un puñalito; las leves cenizas del hogar, vagando todavia por el aire, unidas á los anteriores indicios, revelaban claramente á Alenzon que el rey de Navarra se habia puesto una camiseta de mallas, y habia pedido dinero á su tesorero, y quemado papeles que podian comprometerle.

—Bien decia mi madre, murmuró Alenzon; el traidor me engañaba.

Esta idea dió sin duda nuevas fuerzas al jóven, pues despues de sondear con la vista todos los rincones del aposento, despues de levantar los tapices, despues de convencerse por el estrépito que resonaba en los patios y el profundo silencio que en el aposento reinaba, de que nadie trataba de espiarle, sacó el libro de debajo de la capa, le puso rápidamente sobre un pupitre de encina laboreada, en la misma mesa en que estaba el bolsillo, y apartandose de ella inmediatamente, alargó el brazo, con una indecision que revelaba sus recelos, á pesar de tener la mano cubierta con el guante, y abrió el libro por un paraje en que habia una estampa.

Hecho esto, retrocedió Alenzon tres pasos, se quitó el guante y le tiró al hogar, ardiente aún, en que acababan de consumirse las cartas. La elástica piel rechinó sobre los carbones, se retorció y se estiró como el cadáver de un ancho reptil, no dejando á poco, mas que un negro y contraido residuo

Allí se estuvo el duque hasta que las llamas consumieron enteramente el guante, tras de lo cual dobló la capa en que habia llevado envuelto el libro, se la echó debajo del brazo, y volvió á toda prisa á su habitacion. Al entrar en ella, sumamente agitado, oyó pasos en la escalera de caracol, y no dudando que fuese Enrique el que se acercaba, cerró vivamente la puerta.

Marchó con rapidez á la ventana desde la cual solo se veia una parte del parque del Louvre. No estando allí el Bearnes, se afirmó en su creencia de que él era quien habia subido.

Entónces se sentó, abrió un libro y procuró leer Era una historia de Francia desde Faramundo hasta Enrique II, para la cual habia dado privilegio Cárlos pocos despues de su advenimiento al trono.

Pero los pensamientos del duque estaban muy léjos de allí; la fiebre de la espectativa le quemaba las arterías. Los latidos de sus sienes resonaban hasta en el fondo de su cerebro; pareciale á Francisco que veia al traves de las paredes, como se ve en un sueño ó en un éstasis magnético, y sus miradas penetraban en la estancia de Enrique, à pesar del triple obstáculo que de ella le separaba.

Para desvanecer el terrible objeto que se figuraba divisar con los ojos de la imaginacion, procuró el duque fijar sus pensamientos en otra cosa diferente del fatal libro abierto sobre el pupitre de madera de encina, por el sitio en que estaba la estampa; pero inútilmente cogió unas tras otras sus ar

mas y sus joyas; inútilmente midió cien veces la longitud del pavimento; cada pormenor de aquella estampa que no habia hecho mas que entrever, se habia quedado indeleblemente gravada en la memoria. Representaba á un caballero que, ejerciendo el oficio de mozo de cetreria lanzaba el señuelo llamando al halacon y corriendo á todo el galope de su cabalgadura por entre las yerbas de un marjal. Por violenta que fuese la voluntad del duque, su memoria podia mas.

No era este libro lo único que se le representaba; veia tambien al rey de Navarra acercandose á él, mirando la estampa, procurando volver los ojos, y triunfando del obstáculo que le oponian, humedeciendose con saliva el dedo pulgar.

Y al ver esto, por ficticio y fantástico que fuese, el trémulo Alenzon tenia que apoyarse con una mano en un mueble y se cubria los ojos con la otra, cual si cubriendoselos no viese todavia mejor el espectáculo á que pretendia sustraerse.

Este espectáculo le formaban sus propios pensamientos.

De repente vió á Enrique atravesar el parque; el Bearnes se detuvo algunos momentos junto á unos hombres que estaban cargando dos mulas con provisiones de caza, que no era sino dinero y otros efectos de viaje; dadas algunas órdenes, se marchó trazando una línea diagonal y se dirigió á la puerta de entrada.

Alenzon estaba inmóvil. No era Enrique el que

ántes habia subido por la escalera secreta. El duque habia sufrido inútilmente todas las angustias que le asediaban hacia un cuarto de hora. Era forzoso volver á empezar lo que él guzgaba terminado ó prócsimo á terminarse.

Abrió la puerta de su aposento y aplicó el oído á la del corredor. No se equivocaba aquella vez: Enrique era. Alenzon conoció su paso y hasta el ruido particular de sus espuelas.

La puerta de la habitacion de Enrique se abrió y volvió á cerrarse.

Alenzon entró en su cuarto y se dejó caer sobre un sillon, murmurando:

—¡Bien! ahora està atravesando la antecámara la primera pieza: ahora llega á la alcoba allí; buscarà su espada, su bolsillo, su puñal, y encontrará por fin el libro abierto sobre el pupitre.

—¿Que libro es este? dirá, ¿quién me ha traido este libro? Y se acercará, verá la estampa que representa á un caballero lanzando á su halcon, querrá leer, y pretenderà volver las hojas....

Humedeciose la frente de Francisco con un frio sudor.

—¿Llamarà? dijo, ¿será rapido en sus efectos el veneno? No, sinduda no lo es; mi madre me ha dicho que debe morir de consuncion.

Esta reflecsion le tranquilizó un poco.

Así pasaron diez minutos, todo un siglo de agonía segundo tras segundo; y cada uno traia consi-

go cuantos insensatos terrores inventa la imaginacion; un mundo entero de visiones.

Sin poder contenerse mas, se levantó Alenzon, atravesó su antecámara que empezaba á llenarse de caballeros, y dijo:

—¡Salud, señores! paso á ver á S. M.

Y para distraerse de su devoradora inquietud, y tal vez, para poder probar en todo caso que habia estado en otra parte, Alenzon bajó efetivamente á la habitacion de su hermano. ¿Con qué fin? lo ignoraba...... ¿Qué tenia que decirle? ¡Nada! No buscaba à Cárlos, huía de Enrique.

Los guardias dejaron pasar al duque sin oponerle el menor impedimento, pues en los dias de caza no habia etiqueta ni consigna.

Atravesó Francisco sucesivamente la antecámara, el salon y la alcoba sin encontrar á nadie; y ocurriendosele entónces que Cárlos debia estar en su sala de armas, abrió la puerta que daba paso á ella desde la alcoba.

Hallabase Cárlos sentado delante de una mesa, en una gran poltrona cuyo respaldo estaba lleno de esculturas y terminaba en punta: volvia la espalda á la puerta por donde habia penetrado Francisco. Al parecer, estaba entregado á una ocupacion que absorvia enteramente su atencion.

El duque se acercó de puntillas: Cárlos estaba leyendo. . . . .

—¡Pardiez! dijo de repente el rey, hé aquí un libro admirable: ya habia yo oido hablar de él, pero nó creia que ecsistiese en Francia.

Alenzon aplicó el oído y dió un paso mas.

—¡Malditas hojas! prosiguió Cárlos llevandose el pulgar á los labios y apretando el libro para separar la página que habia leido de la que queria leer; diriase que han pegado las hojas á drede para ocultar á los ojos humanos las maravillas que contiene.

Alenzon dió un salto hácia adelante.

El libro que estaba ecsaminando Cárlos, era el mismo que habia dejado el duque en la alcoba de Enrique.

Lanzó un sordo grito....

—¡Ah! ¿aquí estais, Alenzon? dijo Cárlos; sed bien llegado y venid á ver el mejor libro de caza que ha salido nunca de la pluma de un hombre.

El primer impulso de Alenzon fue quitar el libro á su hermano; pero un infernal pensamiento le clavó en su sitio; resbaló por sus pálidos labios una espantosa sonrisa, y se pasó la mano por los ojos cual si una luz repentina los cegara.

Volviendo en seguida y poco á poco en sí, pero sin dar un paso ni atras ni adelante:

—Señor, preguntó, ¿cómo se halla ese libro en manos de V. M?

—Muy facilmente. He subido á la habitacion de Enrique para ver si estaba ya dispuesto; no estaba allí, pues sin duda habria ido á visitar las perreras y las caballerizas; y en su lugar hallé este tesoro que me he traido para leerle con toda comodidad.

Y el rey se llevó otra vez el dedo á los labios y otra vez volvió la rebelde hoja.

—Señor, murmuró Alenzon con los cabellos erizados, y en medio de la mas indecible angustia; señor, venia á deciros....

—Dejadme acabar este capítulo, Francisco, dijo Cárlos, y luego me direis cuanto gusteis. Cincuenta páginas llevo ya leidas ó por mejor decir devoradas.

—¡Ha probado el veneno veinte y cinco veces! pensó Francisco. ¡Mi hermano es muerto!

Entónces creyó que habia en el cielo un Dios que acaso no era la casualidad.

Enjugó con trémula mano el helado rocío que goteaba de su frente, y esperó en silencio á que su hermano acabase el capítulo, conforme se lo habia mandado.

CAPITULO L.

LA CETRERIA.

CARLOS seguia leyendo. Llevado de su curiosidad, recorria página sobre página, y ya hemos dicho que cada una, fuese por la humedad á que habian estado espuestas por espacio de mucho tiempo, ó por cualquier otro motivo, estaba pegada á la siguiente.

Alenzon consideraba con espantados ojos aquel terrible espectáculo, cuyo desenlace nadie mas que él podia prever.

—¡Oh! murmuraba, ¿què va á pasar aquí? ¡Cómo! ¿saldré de Paris, me desterraré, iré á buscar un trono imaginario para que Enrique vuelva á la

primera noticia de la enfermedad de Cárlos, ocupe alguna plaza fuerte á veinte leguas de la capital, aceche esa presa que la casualidad nos depara, y pueda ponerse de un salto y cambiar la dinastía ántes de que el rey de Polonia tenga siquiera noticia de la muerte de mi hermano? ¡es imposible!

Estos pensamientos vencieron el primer sentimiento involuntario de horror que impelia á Francisco á detener á Cárlos. Fatalidad perseverante que parecia guardar á Enrique y perseguir á los Valois, y contra la cual iba el duque á hacer otro esfuerzo.

En un solo instante varió enteramente de plan con respecto al Bearnes. Cárlos y no Enrique habia leido el libro; convenia que Enrique se marchara, pero condenado à muerte. Una vez que la fatalidad le habia salvado, era preciso que se quedase, porque era ménos temible prisionero en Vincennes ó en la Bastilla, que rey de Navarra á la cabeza de treinta mil hombres.

Esperó, pues, el duque de Alenzon á que Cárlos acabase su capítulo, y cuando alzó el rey la cabeza, le dijo:

—Hermano, he aguardado, porque tal ha sido la órden de V. M.; pero lo he hecho con el mayor sentimiento, pues tengo que comunicarle cosas de la mayor importancia.

—¡Voto al diablo! dijo Cárlos. cuyas pálidas mejillas se coloreaban poco á poco, fuese porque hu-

biera leido con demasiado ardor, ó porque ya empezara á surtir sus efectos el veneno, ¿vuelves á hablarme de lo mismo? Te irás como se fué el rey de Polonia. Me he librado de él, me libraré de tí y punto concluido.

—No vengo á hablaros de mi viaje, hermano, repuso Francisco, sino del de otra persona. V. M. me ha herido en lo mas profundo y delicado de mis sentimientos, en el afecto que os profeso como hermano, en la fidelidad que le gurdo como súbdito, y tengo empeño en en probarle que no soy traidor por ningun concepto.

—Vamos, dijo Cárlos, recostandose de codos sobre el libro, cruzando las piernas y mirando á Alenzon como hombre que, contra su costumbre, hace provision de paciencia; vamos, siempre será alguna sospecha, alguna acusacion matutina.

—No, señor. Una certeza, una conspiracion que solo mi ridícula delicadeza me habia impedido revelaros.

—¿Una conspiracion? dijo Cárlos. Sepamosla.

—Señor, repuso Francisco, en tanto que V. M. esté cazando á orillas del rio y en la llanura del Vesmet, el rey de Navarra se escapará á la selva de San German. Allí le espera una tropa amiga, con la cual debe fugarse.

—¡Ah! ya lo sabia, dijo Cárlos, otra miserable calumnia contra el pobre Henriot. ¡Eh! ¿cuando os proponeis dejarle en paz?

—No necesitará V. M. esperar mucho tiempo

para cerciorarse de si es calumnia ó no lo que tengo el honor de decirle.

—¿Y cómo?

—Porque esta noche se habrá marchado vuestro cuñado.

Levantose Cárlos.

—Escucha, le dijo, por esta vez consiento aparentar que doy fe à vuestras invenciones, pero os advierto á tí y à mi madre, que es la última.

Y alzando la voz:

—¡Qué llamen al rey de Navarra! añadió.

Un guardia hizo un movimiento como para obedecer, pero Francisco le detuvo con una seña, diciendo:

—Mal arbitrio es, hermano. De esa manera nada podreis averiguar. Enrique lo negará todo, dará contraorden y desaparecerán sus complices, y mi madre y yo quedaremos acusados no solo de visionarios, sino de calumniadores.

—¿Pues qué pretendeis?

—Que me escuche V. M. en nombre de nuestra fraternidad; que en nombre de la adhesion, que voy á probarle, no dé ningun paso atropelladamente. Haced, señor, de manera, que el verdadero culpable, el que dos años ha es traidor á V. M. por sus intenciones, esperando el momento de serlo por sus obras, quede convicto con una prueba infalible, y sea castigado cual merece.

Nada respondió Cárlos; marchó á una ventana y la abrió; la sangre se le agolpaba al cerebro.

Volviendose por fin rápidamente, dijo:

—¡Ea, pues! ¿qué hariais vós? hablad, Francisco.

—Señor, dijo Alenzon; cercaria la selva de San German con tres destacamentos de caballeria ligera: á una hora señalada, á las doce, por ejemplo, los mandaria que se pusiesen en marcha y llevasen por delante cuanto hubiese en el bosque hácia el pabellon de Francisco I, cuyo punto designaria como por casualidad para la comida. Y cuando viese á Enrique alejarse, aparentando que iba siguiendo á mi halcon, picaria espuelas hácia el punto de la cita, y le cogeriamos con sus cómplices.

—No es mala idea, dijo el rey: que llamen al capitan de mis guardias.

Sacó Alenzon de la ropilla un silbato de plata pendiente de una cadena de oro, y dió un silbido.

Presentose el señor de Nancey.

Cárlos salió á su encuentro y le dió algunas órdenes en voz baja.

Entre tanto habia cogido el corpulento Acteon un objeto que llevaba arrastrando por la estancia, hincando en él los dientes y dando mil alborotados saltos.

Volviose Cárlos y soltó un tremendo voto. El juguete de Acteon era el precioso libro de cetrería de que no ecsistian, como ya hemos dicho, mas que tres ejemplares en el mundo.

El castigo fué igual á la culpa: Cárlos asió un

latigo y la crugiente correa se ciñó por tres veces al cuerpo del animal. Dió Acteon un ahullido y desapareció bajo una mesa, cubierta con un inmenso tapiz, que le servia de asilo.

Recogió Cárlos el libro, y observando con júbilo que solo le faltaba una hoja, y que esta no era de testo, sino que contenia un grabado, le guardó con cuidado dentro de un armario, Alenzon le miraba con inquietud. Mucho hubiera deseado que aquel libro saliese del poder de Cárlos, cumplida ya su terrible mision.

Dieron las seis.

Era esta la hora en que debia el rey bajar al parque, el cual estaba ya llano de caballos ricamente enjaezados, y de personas de ambos secsos ricamente vestidas. Los cazadores tenian ya en el guante á los halcones con sus capirotes, y algunos monteros llevaban cornetas por si fatigado el monarca de la primera clase de caza, queria correr un gamo ó una gamuza como á veces le sucedia.

El rey cerró al bajar la puerta de su sala de armas. Alenzon que seguia con ardientes miradas todos sus movimientos, le vió guardarse la llave en el bolsillo.

En la escalera se paró Càrlos, se llevó la mano á la frente y dijo:

—No sé lo que tengo, pero me siento debil.

Las piernas del duque de Alenzon temblaban mas que las del...

—En efecto, murmuró el duque, me parece que el tiempo amenaza tempestad.

—¡Tempestad en Marzo! repuso Cárlos: ¿estais loco? No, tengo vértigos: se me reseca el cutis; estoy fatigado y en eso consiste.

Y á media voz añadió:

—Al fin me han de matar con sus rencillas y sus conspiraciones.

Mas luego que pisó el parque, el aire fresco de la mañana, las voces de los cazadores, los sonoros saludos de cien personas reunidas, produjeron sobre Cárlos su acostumbrado efecto.

Respiró con mas libertad y alegria.

Su primer mirada fué á Enrique. El Bearnes estaba al lado de Margarita. Parecia ya que los dos escelentes casados no podian separarse un solo momento: ¡tanto se querian!

Al ver á Cárlos, espoleó Enrique á su caballo, y en tres corbetas del animal se puso junto à su cuñado.

—¡Oh! dijo Cárlos, vais montado como para correr ciervos; sin embargo, bien sabeis que hoy es la caza con halcones.

Y sin esperar respuesta,

—Marchemos, señores, marchemos, continuó el rey arrugando el entrecejo y con una entonacion casi amenazadora. Tenemos que estar cazando á las nueve.

Todo lo miraba Catalina por una ventana del Louvre. Una cortina entreabierta daba paso á su

palida y velada cabeza, en tanto que el cuerpo vestido de negro, desaparecia en la penumbra.

A una seña de Cárlos toda aquella multitud cubierta de dorados, bordados y perfumes, se formó con el rey á la cabeza, para pasar por los postigos del Louvre, y se precipitó como una avalancha por el camino de San German, adelante, en medio de los gritos del pueblo que saludaba al jóven monarca, al pasar, melancólico y pensativo, en su caballo mas blanco que la nieve.

—¿Qué os ha dicho? preguntó Margarita á Enrique.

—Me ha hablado de la buena traza de mi caballo.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—Entónces sabe algo.

—Mucho lo temo.

—Seamos prudentes.

Animose el rostro de Enrique con una de las insinuantes sonrisas que le eran habituales y que significaban especialmente para Margarita:

—No hay cuidado, amiga mia.

Catalina soltó la cortina, apénas salió la comitiva del parque del Louvre.

No pasaron desapercibidos para ella la palidez de Enrique, sus estremecimientos nerviosos, sus conferencias en voz baja con Margarita.

Enrique estaba palido, porque no siendo sanguineo su valor, en vez de subirsele la sangre á la ca-

beza cual sucede á las personas de carácter impetuoso, refluia à su corazon, en todas las ocasiones en que iba interesada su vida.

Sentia estremecimientos nerviosos, porque el modo con que le habia recibido Cárlos, tan diferente del que solia, le impresionó fuertemente.

Habia, en fin, conferenciado con Margarita, porque ya sabemos que marido y muger tenian hecha una alianza defensiva en materias políticas.

Pero Catalina lo interpretó todo de diferente modo.

—Lo que es ahora, murmuró con su florentina sonrisa, creo que es mio el buen Henriot.

Y dejando pasar un cuarto de hora á fin de dar tiempo á los cazadores para que saliesen de Paris, abandonó su habitacion, atravesó el pasadizo, subió por la escalera de caracol, y con su llave falsa abrió el aposento del rey de Navarra.

Pero inutilmente buscó el libro; inutilmente pasaron sus ardientes miradas de las mesas á los aparadores, de los aparadores á los anaqueles, y de los anaqueles á los armarios; en ninguna parte vió lo que buscaba.

—Le habrá encerrado en algun armario, dijo entre sí, y si no le ha leido todavia le leerá.

Proseguia entre tanto el rey su camino á S. German, à donde llegó despues de una rápida carrera que duró hora y media. Ni siquiera permitió que subiera nadie al viejo castillo que se alzaba sombrio y magestuoso en medio de las casas diseminadas

por la montaña. Atravesaron el puente de madera situado en aquella época frente al árbol que todavia hoy se llama la encina de Sully, é hicieron seña de que se acercaran las barcas empavesadas que seguian á la corte para facilitar al rey y á su comitiva el paso del rio y ponerse en movimiento.

En un instante toda aquella alegre juventud, animada de tan diversos intereses, echó á andar con el rey á la cabeza por la magnífica pradera que arranca de la poblada eminencia de San German, y que subitamente tomó el aspecto de un gran tapiz lleno de figuras vestidas de mil colores, cuya argentada franja podia ser el rio que se estrellaba espumoso contra su orilla.

Delante del rey que marchaba sobre su caballo blanco y con su halcon favorito sobre el puño, iban los mozos de monteria vestidos con justillos verdes y calzados con gruesas botas. Conteniendo con sus voces á una media docena de perros barbudos, esploraban las juncias de la ribera.

En aquel momento el sol, oculto hasta entónces detras de las nubes, salió del sombrio Océano en que se hallaba sumergido. Uno de sus rayos cayó sobre todo aquel oro, todas aquellas joyas, todos aquellos ardientes ojos, y de toda aquella luz formó un torrente de fuego.

Entónces y cual si estuviera esperando aquel instante para que un brillante sol alumbrase su derrota, se alzó una garza de entre las juncias, lanzando un chillido agudo y prolongado.

—¡Haw! ¡haw! gritó Cárlos descapirotando al halcon, y soltandole en pos del fugitivo.

—¡Haw! ¡haw! gritaron todos para alentar al ave de rapiña.

Deslumbrado al principio el halcon por el sol, dió una vuelta sobre sí mismo sin avanzar ni retroceder, mas de pronto vió á la garza y se remontó hácia ella.

La garza que á fuer de prudente se habia levantado á cien pasos de los cazadores, aprovechó el tiempo que tardó el rey en quitar los capirotes al halcon, y éste en acostumbrarse á la luz del sol, para ganar espacio ó, por mejor decir, altura. Cuando la divisó su enemigo estaba ya à mas de quinientos pies, y encontrando en aquella alta zona el aire necesario á sus poderosas alas, subia rápidamente.

—¡Haw! ¡haw! Pico de hierro, gritó Cárlos animando à su halcon, pruebanos que eres de casta. ¡Haw! ¡haw!

Cual si pudiera oirle el noble animal, voló como una flecha, trazando una línea diagonal que debia terminar en la vertical adoptada por la garza, la cual seguia remontandose, amenazando desaparecer en el ether.

—¡Ah cobarde! gritó Cárlos al fugitivo, poniendo su caballo al galope y siguiendo la caza en cuanto le era posible, con la cabeza echada atras, para no perder de vista un solo instante á los dos pájaros. ¡Ah cobarde! ya huyes. Pero Pico de

hierro es de casta. ¡Espera! ¡espera! ¡Haw! Pico de hierro, ¡Haw!

En efecto, la lucha era curiosa; acercabanse uno á otro los dos pájaros, ó por mejor decir, el halcon se acercaba á la garza. La cuestion era de saber quien quedaria encima en este primer ataque.

El miedo tuvo mas alas que el valor. Llevado el halcon por el ímpetu de su vuelo, pasó por debajo del vientre de la garza sobre la que hubiera debido calarse. Aprovechó la garza su superioridad, y le alargó un picotazo.

Herido el halcon como de una puñalada, dió tres vueltas girando sobre sí mismo lleno de aturdimiento, y por un instante pareció que iba á bajar al suelo. Pero como el guerrero herido que se levanta mas terrible, lanzó una especie de grito agudo y amenazador, y remontó el vuelo hácia su víctima.

Habiase esta prevalido de su ventaja, y cambiando de direccion, hizo un recodo hácia la selva, procurando ganar espacio y escaparse por la distancia en vez de ser por la altura.

Pero el halcon era animal de noble raza, y tenia las poderosas alas del gerifalde. Repitió la misma maniobra, esto es, marchó diagonalmente hácia la garza, la cual dió dos ó tres chillidos de desesperacion, y procuró encumbrarse perpendicularmente como ántes. Diez segundos despues de esta noble lucha, parecia que los dos pájaros iban á desaparecer entre las nubes.

La garza tenia el tamaño de una alondra, y el halcon no era mas que un punto negro que à cada instante se iba haciendo mas imperceptible.

Ya no seguian Cárlos ni la corte á los dos pájaros mas que con la vista. Todos se habian parado, fijos los ojos en el fugitivo y en su perseguidor.

—¡Bravo! ¡bravo! ¡Pico de hierro! gritó de repente Cárlos. Vedle, señores, se ha puesto encima. ¡Haw! ¡Haw!

—Confieso por mi fe que no les veo ni á uno ni á otro, dijo Enrique.

—Ni yo, añadió Margarita.

—Si no los ves, Henriot, podrás oirles, respondió Cárlos, á la garza, cuando ménos. ¿Oyes? ¿oyes? pide perdon.

En efecto, dos ó tres gritos lastimeros que solo un oido ejercitado podia percibir, llegaron desde el cielo á la tierra.

—Mira, mira, gritó Cárlos; ahora las verás bajar mas aprisa que han subido.

En efecto, al pronunciar el rey estas palabras, empezaron à divisarse las dos aves. No eran mas que dos puntos negros, mas por la diferencia de su tamaño, era facil conocer que el halcon estaba encima.

—Vedle, vedle, dijo Cárlos...... Le ha cogido Pico de hierro.

En efecto, la garza dominada por el ave de rapiña, no trataba siquiera de defenderse. Bajaba rápidamente, siendo objeto de la incesante saña

del halcon y contestandole solo con sus gritos. De repente replegó las alas y se dejó caer como una piedra, pero su adversario hizo lo mismo, y cuando pretendió la fugitiva remontar el vuelo, recibió un picotazo que acabó de atronarla. Continuó su descanso dando vueltas hasta que llegó á tierra, en cuyo instante se arrojó sobre ella el halcon, lanzando un grito de triunfo que ahogó el grito de desesperacion del vencido.

—¡Al halcon, al halcon! gritó Cárlos, y echó á correr al galope en direccion al sitio en que habian caido las dos aves.

Mas de repente detuvo su cabalgadura, dió un ¡ay! soltó las riendas; y se agarró con una mano á las crines del animal, llevandose la otra al estómago cual si quisiera estrujarse las entrañas.

Al grito acudieron todos los cortesanos.

—No es nada, no es nada, dijo Cárlos, encendido el rostro y con espantados ojos; pero me pareció que me atravesaban el estómago con un hierro candente.

Y puso nuevamente su caballo á galope.

Alenzon perdió el color.

—¿Qué novedad ocurre ahora? pregunto Enrique à Margarita.

—No lo sé, respondió ésta, ¿pero habeis visto á mi hermano? estaba de color de púrpura.

—No es esa su costumbre, repuso Enrique.

Los cortesanos se miraron con asombro y siguieron al rey.

Así llegaron al paraje en que habian caido los

dos pájaros. El halcon estaba ya royendo los sesos de la garza.

Cárlos se apeó para ver mas de cerca el combate. Mas no bien tocó el suelo, tuvo que asirse á la silla; la tierra daba vueltas en torno suyo. Sentia vehementes ansias de vomitar.

—¡Hermano! ¡hermano! dijo Margarita, ¿qué teneis?

—Tengo, respondió Cárlos, tengo lo que debió tener Porcia cuando tragó los carbones encendidos; tengo que me ardo, y que me parece que respiro llamas.

Al mismo tiempo dió Cárlos un resoplido, admirandose al parecer de que no brotase fuego de sus labios.

Entre tanto cogieron los cazadores al halcon y le encapirotaron, reunieronse todos en torno de Càrlos.

—¡Ea, ea! ¿Qué quiere decir esto? ¡Cuerpo de Cristo! no es nada, ó si es algo, será el sol que me parte la cabeza y me taladra los ojos. Vamos, vamos á cazar, señores. Aquí tenemos toda una compañía de *allebrandos;* soltad toda la cetrería; soltadla. ¡Voto á tal! ¡cómo vamos á divertirnos!

Inmediatamente se desenlazaron las pihuelas á cinco ó seis halcones, los cuales se encumbraron en tanto que los cazadores se encaminaban á las orillas del rio.

—¿Qué decís, señora? preguntó Enrique á Margarita.

—Que la ocasion es propicia, dijo la reina: y que si no se vuelve el rey, podemos acogernos facilmenmente desde aquí á la selva.

Llamó Enrique al mozo que llevaba la garza, y en tanto que el bullicioso y brillante aluvion de cazadores marchaba por el declive que forma hoy el terraplen, se paró y quedó atras haciendo que ecsaminaba el cadáver del vencido.

En aquel momento, y como para ausiliarle, se levantó un faisan.

Enrique soltó su halcon: para separarse de la caza general, tenia el pretesto de un empeño particular.

CAPITULO LI.

EL PABELLON DE FRANCISCO I.

Alla, cuando los reyes casi eran semi-dioses, cuando la caza á mas de ser una diversion formaba una arte, una caza *boreal* hecha por reyes era cosa digna de verse.

Fuerza es, sin embargo, que abandonemos este regio espectáculo para penetrar en un paraje de la selva en que todos los actores de la escena que acabamos de narrar, deberàn en breve reunirse.

A la derecha del paseo de las violetas, larga galeria de follaje, espeso albergue en que entre los espliegos y matorrales empina de vez en cuando las orejas una inquieta liebre, miéntras que el errante

gamo alza la enastada cabeza, dilata la nariz y aplica el oido, hay un sitio al raso bastante estraviado para que desde el camino no se le pueda ver, pero no tanto que no se divise desde él el camino.

En medio de esta especie de plazoleta hay dos hombres tendidos sobre la yerba; tienen debajo una capa de viaje; al costado un largo espadon, y al alcance de su mano un mosquete muy ancho de boca, de los que entónces se llamaban *pectorales*. Por la elegancia del traje se parecian de léjos á los festivos interlocutores del Decameron, y de cerca por lo imponente de sus armas, á esos salteadores de caminos que cien años despues retrató Salvator Rosa en sus paisajes.

Uno de ellos estaba apoyado sobre una rodilla y una mano, como las liebres y gamos de que hemos hecho mencion.

—Pareceme, dijo, que se ha acercado singularmente á nosotros la caceria, ántes oí los gritos de los cazadores que azuzaban al halcon.

—Y ahora, contestó el otro que aguardaba al parecer los sucesos con mucha mas filosofia que su compañero, ya nada oigo; deben haberse alejado... Ya te dije que este es mal sitio para estar de acecho. Verdad es que no nos ven, pero tampoco vemos.

—Que diantre, amigo Aníbal, dijo el primer interlocutor, en alguna parte habiamos de poner nuestros dos caballos, los otros dos que traemos del diestro y las mulas, que vienen tan cargadas que sé como podrán seguirnos. Estas antiguas hayas,

stas centenarias encinas, son, á mi entender, muy á propósito para tan difícil empeño. Me atreveré por tanto á decir, léjos de inculpar como tú al señor de Mouy, que reconozco en todos los preparativos de esta empresa, dirigida por él, el profundo tacto de un verdadero conspirador.

—¡Bravo! esclamó el segundo caballero, ya salió la palabra que yo aguardaba. Te cogí. ¿Con qué conspiramos?

—No hay tal, servimos al rey y á la reina....

—Que conspiran: para nosotros es esactamente lo mismo.

—Ya te lo he dicho, Cóconnas, repuso La Mole, en ninguna manera pretendo obligarte á que me acompañes en esta aventura que emprendo movido por una causa particular en que no tienes, en que no puedes tener parte.

—¿Y quién dice que me obligues, voto á sanes? No hay hombre en el mundo que pueda obligar á Coconnas á hacer lo que á él no se le antoje; pero ¿crees que te he dejar marchar sin seguirte, sobre todo viendo que vas camino del infierno?

—Aníbal, Aníbal, dijo La Mole, me parece que allá á lo léjos diviso su blanca hacanea. ¡Oh! ¡es estraño como me late el corazon solo de pensar en ella!

—Estraño es en efecto, dijo Coconnas bostezando, á mí maldito si me late.

—No es ella, repuso La Mole. ¿Qué habrá sucedido? Me parece que estaba todo dispuesto para las doce.

—Ha sucedido que no son las doce todavia, y que segun veo, tenemos tiempo para echar un sueño.

Con esta conviccion se tendió Coconnas sobre su capa, como para unir el ejemplo al precepto; mas no bien toçó la tierra con las orejas, se quedó inmovil con un dedo alzado al aire haciendo seña á La Mole de que callara.

—¿Qué hay? preguntó éste.

—¡Silencio! ahora oigo algo; no me engaño.

—Es particular; yo aunque ecucho, nada oigo.

—¿Nada?

—Mo.

—Pues mira ese gamo, dijo Coconnas incorporandose y poniendo una mano sobre el brazo de La Mole.

—¿Dónde?

—Allá abajo,

Y Coconnas señaló con el dedo al animal.

—Efectivamente.

—Ahora veras.

Miró La Mole al animal, el cual tenia la cabeza inclinada cual si fuerra á pacer, pero en realidad para escuchar. No tardó en alzar la frente cargada de una soberbia cornamenta; aplicó el oído á la parte de donde venia sin duda el ruido, y de pronto sin causa aparente, rompió á correr con la rapidez de un relámpago.

—¡Oh! dijo La Mole, creo que tienes razon; el gamo huye....

—Y cuando huye, repuso Coconnas, es porque oye lo que tú no.

Alzabase en efecto vagamente entre la yerba un rumor sordo y apénas perceptible; para oidos ménos prácticos, hubiera sido efecto del viento; para nuestros caballeros era un galope lejano.

La Mole se incorporó rápidamente.

—Ahí están, dijo, ¡alerta!

Tambien se levantó Coconnas, pero mas despacio; parecia que la vivacidad del piamontes se habia trasladado al corazon de La Mole, apoderandose de aquel la indolencia de su amigo. Y era que en esta ocacion el uno obraba por entusiasmo, y el otro contra su voluntad.

En breve llegó á oídos de entrambos amigos un ruido igual y compasado. El relincho de un caballo hizo empinar las orejas á los que La Mole y Coconnas tenian dispuestos à diez pasos de distancia. Como una sombra blanca atravesó luego el paseo una muger que, volviendose hácia los dos amigos, hizo una seña singular y desapareció.

—¡La reina! esclamaron á la par.

—¿Qué significa eso? dijo Coconnas.

—Ha hecho así con el brazo, respondió La Mole, lo cual significa: *Ahora mismo....*

—Ha hecho así, dijo Coconnas, lo cual significa: *Idos.*

—Quiere decir: *Esperadme.*

—Quiere decir: *Escapaos.*

—Enhorabuena, dijo La Mole, atengase cada uno á su conviccion. Vete tú, yo me quedaré.

Coconnas se encogió de hombros y se tendió en el suelo.

En el mismo instante y en sentido inverso del camino que habia tomado la reina, pero por el mismo paseo, pasó á toda rienda una tropa de ginetes que los amigos conocieron ser protestantes; sus caballos enardecidos y casi furiosos, brincaban como las langostas de que habla Job: Aparecieron y desaparecieron.

—¡Diantre! esto se va poniendo sério, dijo Coconnas levantandose. Vamos al pabellon de Francisco I.

—Nada de eso, respondió La Mole. Si nos han descubierto, ese pabellon será el primero que llame la atencion del rey, puesto que era el punto de reunion general

—En eso puedes tener razon, murmuró Coconnas.

No bien acabó de pronunciar estas palabras, cuando pasó un ginete como un relámpago por entre los árboles, y atravesando fosos, matorrales y barreras llegó junto á los dos caballeros. Llevaba una pistola en cada mano y guiaba tan solo con las rodillas á su caballo en aquella furibunda carrera.

—¡El señor de Mouy! esclamó Coconnas mas inquieto y alboratado ya que La Mole. ¿El señor de Mouy huyendo? ¿Tocan á escaparse?

—¡Eh! ¡aprisa! gritó el hugonote; marchaos; todo se ha perdido; he dado un rodeo para deciroslo. ¡A caballo!

Y como no habia cesado de correr miéntras pronunciaba estas palabras, ya se hallaba léjos cuando las terminó, y por consiguiente cuando se penetraron La Mole y Coconnas completamente de su sentido.

—¿Y la reina? gritó La Mole.

Pero la voz del jóven se perdió en el espacio; Mouy estaba ya á sobrada distancia para oirle y mas para contestarle.

Coconnas tomó muy pronto su partido: en tanto que La Mole permanecia inmóvil siguiendo con la vista á Mouy que desapareció por entre las ramas que se abrian á su paso y se volvian á unir despues, corrió á donde estaban los caballos, los acercó, montó en el suyo. tiró las riendas del otro á La Mole, y se dispuso á arrimar la espuela.

—Ea, gritó, te repito lo que ha dicho Mouy. ¡A caballo! Mouy es hombre que lo entiende. A caballo, à caballo, La Mole.

—Un instante, respondió éste, para algo hemos venido aquí.

—Como no quieras que sea para que nos ahorquen, repuso Coconnas, te accnsejo que no pierdas tiempo. Ya te entiendo; vas á empezar con retóricas, á parafrasear la palabra *huir:* á hablar de Horacio que tiró su escudo, y de Epaminondas que

volvió á su hogar sobre el suyo: yo no te diré mas que una cosa, y es que donde huye el señor de Mouy de Saint-Phale, puede huir todo el mundo.

—El señor de Mouy de Saint-Phale, dijo La Mole, no está encargado de llevarse á la reina Margarita; el señor de Mouy de Sanit-Phale no ama á la reina Margarita.

—¡Voto á sanes! y hace bien si habia ese amor de inducirle á cometer disparates como los que tú proyectas. ¡Carguen quinientos mil demonis del infierno con el amor que puede costar la cabeza á dos buenos caballeros! ¡Cuerpo de Cristo! como dice el rey Cárlos; somos conspiradores, querido, y cuando se conspira mal, fuerza es escaparse bien. ¡Arriba, arriba, La Mole!

—Vete, amigo, léjos de estorbarlo te lo ruego. Tu vida es mas preciosa que la mia. Defiendela.

—Debieras decir: Coconnas, vamos á que nos ahorquen juntos; y no Coconnas, escapate solo.

—¡Bah! respondió La Mole; la soga, amigo, es para los plebeyos; no para caballeros como nosotros.

—Empiezo á creer, dijo Coconnas con un suspiro, que no es mala la precaucion que he tomado.

—¿Cuál?

La de hacerme amigo del verdugo.

—Siniestro estás, querido Coconnas.

– Pero, en suma, ¿qué hacemos? dijo éste perdiendo la paciencia.

—Vavos á buscar á la reina.

—¿A dónde?

—No lo sé.... ¡Busquemos al rey!

—¿A donde?

—Tampoco lo sé...... pero ya los encontraremos, y entre los dos haremos lo que no se han atrevido á hacer cincuenta personas.

—Me atacas por el amor propio, Jacinto; es mala señal.

—Ea, pues; montemos á caballo y merchemos:

—Gracias à Dios.

Volviose La Mole para asir el arzon de la silla, pero en el instante en que ponia el pie en el estribo se oyó una voz imperiosa:

—¡Alto ahí! rendíos.

Al mismo tiempo asomó un semblante humano tras una encina; luego otro, luego treinta; eran los soldados de caballeria ligera, que echando pie á tierra se habian deslizado rastreando por entre las zarzas, y andaban registrando el bosque.

—¿Qué te dije? murmuró Coconnas.

Una especie de rugido sordo fue la respuesta de La Mole.

Aun distaban los ligeros treinta pasos de nuestros amigos.

—¡Eh! continuó el piamontes hablando en alta voz al teniente de la tropa, y en voz baja á La Mole; ¿qué ocurre, señores?

El teniente mandó á sus soldados que apuntasen á los dos amigos.

Coconnas continuó por lo bajo.

—¡A caballo, La Mole! todavia es tiempo; monta como te he visto montar cien veces, y marchemos.

Y volviendose á los soldados añadió:

—¡Eh! ¡qué diantres, señores! no hay que tirar; pudierais matar á gente amiga.

—Por entre los árboles se apunta mal, prosiguió diciendo à La Mole; aunque tiren no nos acertarán.

—Es imposible, respondió La Mole; no podemos llevarnos el caballo de Margarita ni las dos mulas; el encontrarlas aquí comprometeria á la reina y yo puedo disipar con mis contestaciones toda sospecha. Vete, amigo, vete.

—Señores, dijo Coconnas desenvainando la espada y alzandola al aire; señores, nos rendimos.

Los ligeros se echaron sus mosquetes al hombro.

Pero sepamos ante todo por qué nos hemos de rendir.

—Ya se lo preguntareis al rey de Navarra.

—¿Qué crímen hemos cometido?

—El duque de Alenzon os lo dirá.

Miráronse Coconnas y La Mole; el nombre de su enemigo en tales momentos no era propio para tranquilizarlos.

Con todo, ninguno de los dos hizo resistencia. Coconnas fue invitado á apearse, maneobra que ejecutó sin hacer la menor observacion. Colocaronse en seguida los dos en medio de los ligeros y se encaminaron al pabellon.

—¿No queriais ver el pabellon de Francisco I? dijo Coconnas á La Mole, al divisar al traves de los árboles las tápias de un bellísimo edificio gótico; pues parece que te se cumple el deseo.

Nada respondió La Mole pero apretó la mano á Coconnas.

Al lado de aquel lindo pabellon, construido en tiempo de Luis XII y que se llamaba de Francisco I porque siempre le escogia este monarca para sus reuniones de caza, habia una especie de choza construida para los monteros y que desaparecia en cierto modo entre los mosquetes, alabardas y espadas, como una tovera entre las blanquecinas mieses.

A aquella choza fueron conducidos los prisioneros.

Demos ahora alguna luz á la situacion harto anubarrada, sobre todo, para los dos amigos, refiriendo lo que habia pasado.

Habianse reunido, como estaba determinado, los caballeros protestantes en el pabellon de Francisco I, cuya llave se proporcionó Mouy segun sabemos. Dueños de la selva, al ménos así lo creian, establecieron centinelas en varios puntos, centinelas de que los ligeros se apoderaron sin resistencia, gracias á una vigorosa sorpresa y un cambio de bandas blancas en bandas rojas, precaucion debida al ingenioso celo del señor do Nancey.

Continuaron los ligeros su batida cercando el pa-

bellon; pero Mouy, que como ya hemos dicho, esperaba al rey en la estremidad del paseo de las Violetas, vió á los soldados disfrazados con bandas rojas marchar á paso de lobo, y desde aquel momento le parecieron sospechosos; apartose, pues, á un lado para no ser visto, y notó que aquel vasto círculo se iba estrechando del modo mas apropósito para bloquear la selva y rodear el sitio de la cita.

Al mismo tiempo observó ademas que al fondo del paseo principal asomaban los blancos penachos y brillaban los arcabuces de la guardia del rey. Viose por fin al monarca en persona y al otro lado divisó al rey de Navarra.

Entónces hizo una cruz en el aire con el sombrero, seña convenida de antemano para dar á entender que todo estaba perdido.

A esta seña volvió el rey grupas y desapareció.

Clavando inmediatamente Mouy las dos anchas estrellas de sus espuelas en los hijares de su caballo, se puso en fuga y de paso dijo á La Mole y à Coconnas las palabras que atras hemos copiado.

El rey que habia notado la desaparicion de Enrique y de Margarita, llegó al pabellon acompañado del duque de Alenzon para ver salir á entrambos de la choza en que habia mandado encerrar cuanto se encontrase no solo en el pabellon, sino tambien en la selva.

Lleno Alenzon de confianza, cabalgaba junto al rey cuyo mal humor se aumentaba mas y mas con

sus agudos dolores. Dos ó tres veces habia estado á pique de desmayarse, y una de ellas le dió un vómito en que arrojó alguna sangre.

—Vamos, vamos, dijo el rey al llegar; despachemos; me urge volver al Louvre: sacadme de la gazapera á todos esos renegados; hoy es San Blas, primo de San Bartolomé.

A estas palabras del rey se puso en movimiento todo aquel hormiguero de picas y arcabuces, y los hugonotes presos ora en la selva, ora en el pabellon, tuvieron que salir unos tras otros de la cabaña.

No asomaban, empero, ni el rey de Navarra ni Margarita, ni Mouy.

—¿Qué es esto? preguntó el rey; ¿dónde está Enrique, dónde está Margot? Me los habeis prometido, Alenzon, y ellos han de parecer, ¡cuerpo de Cristo!

—¿El rey y la reina de Navarra? contestó el señor de Nancey: ni siquiera los hemos visto.

—Ahí vienen, dijo la duquesa de Nevers.

En efecto, en aquel mismo momento aparecieron en la estremidad de una arboleda que conducia al rio, Enrique y Margarita, tan tranquilos cual si nada hubiera ocurrido; ambos con el halcon sobre el puño y amorosamente emparejados con tanto arte, que al galopar sus caballos, no ménos unidos que ellos, parecia que se acariciaban con las fauces.

Entónces fue cuando enfurecido Alenzon mandó

registrar las cercanias y fueron hallados La Mole y Coconnas en su albergue de yedra.

Tambien ellos hicieron su entrada en el corro que formaban los guardias con la mas fraternal union. Mas como no eran reyes no pudieron hacerlo con tanta serenidad como Enrique y Margarita. La Mole estaba muy pálido y Coconnas muy encendido.

CAPITULO LII.

LA INVESTIGACION.

El espectàculo que se ofreció á los ojos de entrambos jóvenes al entrar en el corro, fué de aquellos que nunca se olvidan, aun cuando no se vean mas que una vez y un solo instante.

Ya hemos dicho que Cárlos IX habia visto desfilar á todos los caballeros encerrados en la choza de los monteros y sacados uno à uno por sus guardias.

El y Alenzon observaban la escena con ávidos ojos, esperando ver salir à su vez al rey de Navarra.

Frustrose su esperanza.

Mas no bastaba esto; era necesario saber lo que de él habia sido.

Así es que, cuando aparecieron los dos esposos á la estremidad del paseo, Alenzon se demudó y Cárlos sintió que se le dilataba el corazon, pues instintivamente deseaba que se volviese contra su hermano cuanto éste le habia obligado á hacer.

—¿Con que al fin se escapará? murmuró Francisco poniendose pálido.

En aquel momento atacaron al rey tan violentos dolores de vientre que, soltando las riendas, se puso las manos en los costados y empezó á gritar como un frenético.

Enrique se le acercó solícitamente; mas durante el tiempo que tardó en recorrer los doscientos pasos que de su hermano le separaban, Cárlos se habia serenado algo.

—¿De dónde venís? preguntó el rey con una dureza que paralizó á Margarita.

—De la caceria, hermano, respondió ésta.

—La caceria estaba á orillas del rio, y no en la selva.

—Mi halcon se sebó en un faisan, señor, cuando nos quedamos atras para ecsaminar la garza.

—¿Y dónde está ese faisan?

—Aquí: buena pieza, ¿eh?

Y con la mayor candidez presentó Enrique á Cárlos el pájaro matizado de púrpura, azul y oro.

—Bien, dijo Cárlos; pero ¿por qué no os reunisteis á nosotros despues de cazar el faisan?

—Porque habia volado hácia el parque, señor, de modo que cuando bajamos á la orilla del rio,

os vimos á media legua de delantera, volviendo ya hácia la selva; entónces pusimos los caballos al galope para seguiros, porque viniendo de caza con V. M. no queriamos perdernos.

—¿Y todos estos caballeros, repuso Cárlos, estaban convidados tambien?

—¿Qué caballeros? preguntó Enrique paseándose en torno suyo una investigadora mirada.

—Vuestros hugonotes, ¡pardiez! dijo Cárlos; en todo caso, si álguien les ha convidado, no he sido yo.

—No, señor, respondió Enrique, pero tal vez haya sido el duque de Alenzon.

—¡El duque de Alenzon! ¿pues cómo?

—¡Yo! esclamó el duque.

—¿Por qué no, hermano? repuso Enrique. ¿No anunciasteis ayer que erais rey de Navarra? Pues los hugonotes que os pedian por soberano vienen á daros las competentes gracias, á vos por haber aceptado la corona, y al rey por haberosla conferido. ¿No es así, señores?

—Sí, sí, gritaron veinte voces; ¡Viva el duqne de Alenzon! ¡viva el rey Cárlos!

—Yo no soy rey de los hugonotes, dijo Francisco, poniendose pálido de cólera, y echando á hurtadillas una mirada á Cárlos, añadió, y espero no serlo nunca.

—Como quiera, dijo Cárlos, habeis de saber, Enrique, que todo esto me parece muy estraño.

—Señor, respondió con firmeza el rey de Nava-

ra, cualquiera diria ¡por Dios! que estoy sufriendo un interrogatorio.

—Y si yo os dijera que sí ¿qué responderiais?

—Que soy tan rey como vos, señor, dijo altaneramente Enrique, porque la cuna y no la corona es la que constituye la dignidad real, y que responderé á un hermano y á un amigo, pero nunca á un juez.

—Mucho deseo, murmuró Cárlos, saber à qué atenerme una vez en mi vida.

—Que traigan al señor de Mouy, dijo Alenzon, y lo sabreis. Deben haberle cogido.

—¿Está el señor de Mouy entre los prisioneros? preguntó el rey.

Enrique tuvo un momento de inquietud y cambiò una mirada con Margarita; pero aquel momento fué de corta duracion.

Nadie contestó.

—El señor de Mouy no está entre los prisioneros, dijo el de Nancey: algunos soldados creen haberle visto, mas ninguno lo sabe de cierto.

Alenzon murmuró una blasfemia.

—Señor, dijo Margarita, señalando á La Mole y á Coconnas, que habian oído todo el diálogo, y con cuya inteligencia creia poder contar; señor, aquí hay dos caballeros que sirven al duque de Alenzon; interrogadles y contestarán.

El duque conoció el tiro.

—Les he mandado prender justamente para probar que no me sirven, dijo.

Miró el rey à los dos amigos y se sobresaltó ver á La Mole.

—¡Oh! ¡otra vez este provenzal! murmuró.

Coconnas hizo un atento saludo.

—¿En qué estabais ocupados cuando os prendieron? preguntó el rey.

—Platicabamos, señor, de guerras y amores.

—¡A caballo! ¡Armados de pies á cabeza! ¡Dispuestos para huir!

—No, señor, repuso Coconnas; han informado mal á V. M. Estabamos recostados á la sombra de una haya; *sub tegmine fagi.*

—¿A la sombra de una haya?

—Y aun hubieramos podido huir, si hubiesemos tenido algun motivo para sustraernos á la cólera de V. M. Señores, bajo palabra de soldados, añadió Coconnas volviendose á los ligeros, ¿creis ó no que hubieramos podido huir si tal hubiese sido nuestro deseo?

—Es muy cierto, dijo el teniente, que estos señores no han hecho el menor movimiento para fugarse.

—Porque tenian léjos los caballos, dijo el duque de Alenzon.

—Dispense monseñor, respondió Coconnas, yo estaba montado en el mio, y mi amigo el conde Lerac de La Mole tenia cogidas las riendas del suyo.

—¿Es verdad esto, señores? preguntó el rey.

—Es verdad, repuso el teniente, y aun debo añadir que el señor de Coconnnas se apeó al vernos.

Coconnas se sonrió haciendo un mohin que significaba. Ya lo veis, señor.

—Pero, ¿y esos caballos de refresco, y esas mulas, y esas arcas con que iban cargadas? preguntó Francisco.

—¿Somos por ventura mozos de caballeriza? dijo Coconnas; que busquen al palafrenero que los guardaba.

—No está, esclamó el duque enfuredido.

—Habrá tenido miedo, y se habrá escapado, repuso Coconnas: no se puede ecsigir de un villano que demuestre el mismo valor que un caballero.

—¡Siempre el mismo sistema! dijo Alenzon rechinando los dientes. Afortunadamente, señor, hace ya algunos dias que os participé que estos caballeros habian dejado de pertenecer á mi servidumbre.

—¡Yo! dijo Coconnas: ¿he tenido la desgracia de dejar de servir á V. A.?

—¡Pardiez! señor mio, mejor que nadie podeis saberlo, puesto que hicisteis dimision en una carta, no poco descomedida, que he conservado, á Dios gracias, y que por fortuna traigo conmigo.

—¡Oh! dijo Coconnas, yo confiaba en que V. A. me perdonase el haber escrito esa carta, cediendo á un primer impulso de enfado. Supe que

V. A. habia querido ahorcar en un corredor del Louvre à mi amigo La Mole......

—¿Qué está diciendo? preguntó el rey.

—Creí que V. A. hubiese acometido solo esta empresa, prosiguió ingenuamente Coconnas. Mas cuando supe que otras tres personas......

—¡Silencio! dijo Cárlos, estamos suficientemente enterados. Enrique, añadió volviendose al rey de Navarra, dadme palabra de no huir.

—Se la doy á V. M.

—Volved á Paris con el señor de Nancey, y quedaos arrestado en vuestra cámara. Señores, prosiguió dirigiendose á los dos amigos, entregad las espadas.

La Mole miró á Margarita, la cual se sonrió. Inmediatamente dió el provenzal su espada al capitan que mas cerca tenia.

Coconnas le imitó.

—¿Y el señor de Mouy, ha parecido? preguntó el rey.

—No, señor, dijo el señor de Nancey: ó no estaba en la selva ó se ha escapado.

—¡Malo! repuso el rey. Demos la vuelta. Tengo frio, me desvanezco.

—Señor, será la cólera, dijo Francisco.

—Sí, puede ser, vacilan mis ojos. ¿Dónde están los prisioneros? No veo. ¿Es ya de noche por ventura? ¡Oh! ¡misericordia! ¡me abraso!...... ¡Socorro, socorro!

Y soltando el infeliz monarca las riendas del

caballo, alargó los brazos, y cayó de espaldas sostenido por los cortesanos aterrados con aquel segundo ataque.

Francisco se enjugaba, retirado á un lado, el sudor de la frente, pues él solo sabia la causa del mal que á su hermano aquejaba.

A la otra parte, el rey de Navarra, vigilado ya por el señor de Nancey, contemplaba toda aquella escena con progresivo asombro.

—¡Eh! murmuró con la prodigiosa intuicion que á veces le convertia, por decirlo así, en un profeta ¿si habrá sido una fortuna para mí que hayan estorbado mi fuga?

Y miró á Margot, cuyos rasgados ojos, dilatados por la sorpresa, pasaban de él al rey, y del rey á él.

Cárlos IX estaba sin conocimiento. Acercaron unas angarillas y le tendieron en ellas. Cubrieronle en seguida con una capa que se quitó un caballero, y la comitiva emprendió tranquilamente el camino de Paris, de donde por la mañana habian visto salir á una turba de festivos conspiradores y á un rey alegre, y à donde entraban entónces un rey moribundo y un sin número de rebeldes prisioneros.

Margarita, que á todo esto no habia perdido ni su libertad de cuerpo ni su libertad de espíritu, hizo una última seña de inteligencia á su marido, y en seguida pasó tan cerca de La Mole, que éste pudo oir las siguientes palabras griegas, pronunciadas á media voz.

—*Me deide.*

—Es decir:

—Nada temas.

—¿Qué te ha dicho? preguntó Coconnas.

—Que no tenga miedo, respondió La Mole.

—¡Malo! murmuró el piamontes; ¡malo! Eso quiere decir que corremos peligro. Siempre que me han dicho esas palabras como para animarme, he recibido ya un balazo, ya una estocada en el cuerpo, y aun algun tiesto en la cabeza. Nada temas, en hebreo, en griego, en latin y en frances, significa siempre para mí: *¡Mucho cuidado!*

—En marcha, señores, dijo el teniente de ligeros.

—Sin indiscrecion, señor teniente, preguntó Coconnas, ¿á dónde vamos?

—Creo que á Vincennes.

—Mas quisiera ir á cualquiera otra parte, repuso Coconnas. Pero al fin, no todo ha de salir à medida del deseo.

En el camino volvió el rey de su desmayo y recobró algunas fuerzas. En Nanteire se empeñó en montar á caballo, mas no se lo permitieron.

—Que avisen á maese Ambrosio Paré, dijo Cárlos al llegar al Louvre.

Y bajandose de la litera, subió apoyado en el brazo de Tavannes á su aposento, donde prohibió que entrase nadie.

Todos notaron que estaba muy sério; por el camino fue absorto en una profunda meditacion sin

dirigir la palabra á nadie, sin pensar en la conspiracion ni en los conspiradores. Era evidente que le preocupaba su enfermedad.

Enfermedad tan súbita, tan rara, tan aguda y que tenia algunos síntomas semejantes á los que se notaron en su hermano Francisco II, poco ántes de su muerte.

No causó sorpresa por tanto la prohibicion de que nadie entrase, escepto maese Paré, en la cámara real. Sabido era que la misantropia formaba el fondo del carácter del príncipe.

Entró Cárlos en su alcoba, se sentó en una silla muy larga, apoyó la cabeza en una almohada, y pensando que maese Ambrosio Paré podia no estar en casa y tardar en presentarse, quiso aprovechar el tiempo.

En consecuencia dió una palmada y se presentó un guardia.

—Decid al rey de Navara que quiero hablarle, dijo Cárlos.

Inclinose el guardia y obedeció.

Cárlos echó la cabeza atras; una espantosa pesadez en el cerebro le permitia apénas coordinar sus ideas; flotaba ánte sus ojos una especie de sangrienta nube; tenia reseca la boca, y ya habia apurado sin satisfacer su sed toda una jarra de agua.

En medio de su somnolencia se abrió la puerta y se presentó Enrique; el señor de Nancey le seguia, mas se quedó en la antecámara.

Esperó el rey de Navarra à que cerrasen la puerta, y se acercó.

—Señor, dijo, me habeis mandado llamar. Aquí me teneis.

Estremeciose el rey à aquel acento, é hizo el movimiento máquinal de presentarle la mano.

—Señor, dijo Enrique sin apartar las suyas de sus costados, V. M. se olvida de que ya no soy su hermano, sino su prisionero.

—¡Ah! es verdad, respondió Cárlos; agradezco que me lo recordeis. Hay mas; me prometisteis responderme francamente, cuando estuviesemos solos.

—Estoy pronto á cumplir mi promesa, interrogadme, señor.

El rey se echó un poco de agua fria en la mano, y se llevó la mano á la frente.

—¿Qué parte de verdad tiene la acusacion del duque de Alenzon? Vamos, responded, Enrique.

—La mitad tan solo. El duque de Alenzon debia huir y yo acompañarle.

—¿Y por qué le ibais á acompañar? preguntó Cárlos; ¿estais descontento de mí, Enrique?

—No, señor, por el contrario; V. M. no me ha dado mas que motivos de elogio, y Dios que lee en los corazones, sabe cuan profundo es el afecto que me inspira mi hermano y señor.

—Pues no es natural, repuso Cárlos, huir de las personas que nos inspiran y nos profesan cariño.

—Y aun por eso no huia yo de los que me aman,

sino de los que me aborrecen. ¿Me permite V. M. que le hable sin rebozo?

—Hablad.

—Los que aquí me aborrecen, señor, son el duque de Alenzon y la reina madre.

—En cuanto al duque de Alenzon, repuso Cárlos, no digo que no, pero la reina madre, os tratá con las mayores atenciones.

—Justamente por eso desconfio de ella, señor., Y buena cuenta me ha tenido el desconfiar.

—¿De ella?

—De ella ó de los que la rodean. Ya sabeis señor, que una de las desgracias de los monarcas consiste á veces en que les sirvan, no demasiado mal, sino demasiado bien.

—Esplicaos; os habeis comprometido á decirmelo todo.

—Ya ve V. M. que lo cumplo.

—Continuad.

—¿Me ha dicho V. M. que me tenia afecto?

—He dicho que os le tenia ántes de vuestra traicion, Henriot.

—Suponed que seguis teniendomele.

—Enhorabuená.

—Si me lo teneis, señor, debeis desear que viva, ¿no es así?

—Me hubiera desesperado si te hubiese sucedido una desgracia.

—Pues bien, señor, dos veces ha estado V. M. á punto de desesperarse.

—¿Cómo así?

—Sí, porque dos veces la Providencia tan solo me ha salvado la vida. Verdad es que la segunda vez tomó la Providencia las facciones de V. M.

—Y la primera, ¿qué máscara tomó?

—La de un hombre á quien causaria no poca sorpresa el verse confundido con ella, la de Renato. Sí, señor; vos me salvasteis del hierro......

Arrugó Cárlos el entrecejo, recordando la noche en que se llevó á Enrique á la calle des Barres.

—¿Y Renato? preguntó.

—Renato, me salvó del veneno.

—¡Vive Dios que tienes suerte, Henriot! dijo el rey procurando sonreirse, y contrayendo nerviosamente los labios en fuerza de un agudo dolor. No es ese su oficio.

—Dos milagros me han salvado, señor. Un milagro de arrepentimiento por parte del florentino, y un milagro de bondad por parte de V. M. Pero confieso francamente que recelé se causara Dios de hacer milagros, y quise huir fundado en el acsioma de ayúdate y te ayudaré.

—¿Por qué no me dijiste ántes de ahora todo eso, Enrique?

—Porque diciendo ayer estas mismas palabras hubiera sido un delator.

—¿Y diciendolas hoy?

—Hoy es otra cosa, me acusan y me defiendo.

—¿Estás seguro de la primera tentativa, Henriot?

—Tanto como de la segunda.

—¿Y quisieron envenenarte?

—Sí, señor.

—¿Con qué?

—Con opiata.

—¿Cómo se envenena con la opiata?

—¡Pse! preguntadselo á Renato, señor, ¿no se envenena con guantes?

Cárlos frunció el ceño; pero poco à poco se desarrugó su frente.

—Sí, sí, dijo cual si hablara consigo mismo, es natural en los séres creados el huir de la muerte: ¿por qué no ha de hacer la inteligencia lo que hace el instinto?

—Vamos, señor, dijo Enrique, ¿queda satisfecho V. M. de mi franqueza? ¿cree que se lo he dicho todo?

—Sí, Henriot, sí, eres un buen muchacho. Y dime, ¿piensas que los que tan mal te quieren no se han cansado aún, que pueden haber hecho nuevas tentativas?

—Señor, todas las noches me admiro de verme todavia vivo.

—Mira, Henriot, desean matarte porque saben que yo te tengo cariño. Pero pierde cuidado, ya sufrirán la pena de su mala intencion. Por lo pronto, quedas en libertad.

—¿Para marcharme de Paris, señor? preguntó el rey de Navarra.

—¡No! bien sabes que me es imposible pasarme sin tí. ¡Voto à una legion de demonios! yo necesito de álguien que me quiera.

—En ese caso, señor, y puesto que V. M. desea tenerme á su lado, dignese concederme una gracia......

—¿Cuál?

—La de no detenerme aquí á tírulo de amigo, sino á título de prisionero.

—¿De prisionero?

—Sí, por cierto. ¿No ve V. M. que su amistad es la que me pierde?

—¿Prefieres que te odie?

—Un odio aparente, señor. Estaré mas seguro si me creen en desgracia; no les correrá tanta prisa mi muerte.

—Henriot, dijo Cárlos, no sé lo que deseas, ni cual fin te propones, pero gran chasco me llevaria si no se cumpliesen tus deseos, si no alcanzases tu fin.

—¿Puedo contar con la severidad del rey?

—Sí.

—Ya estoy mas tranquilo. ¿Qué manda ahora V. M.?

—Vuelve á tu aposento, Henriot. Estoy malo, voy á ver mis perros y á acostarme.

—Señor, dijo Enrique, debia V. M. mandar llamar á un médico; su indisposicion esacaso mas grave que parece.

—He mandado avisar á maese Ambrosio Paré.

—Siendo así, me voy mas descuidado.

—Júrote por mi alma, dijo el rey, que entre toda mi familia, creo que eres el único que me quiere de veras.

—¿Eso pensais, señor?

—A fe de caballero.

—Pues recomendadme al señor de Nancey como hombre destinado por vuestra cólera á no vivir un mes; solo así os podré querer mucho tiempo.

—Señor de Nancey, gritó Cárlos.

—Entró el capitan de guardias.

—En vuestras maños pongo el mayor delincuente del reino, continuó el rey: me respondeis de él con vuestra cabeza.

Y Enrique salió con abatida faz en pos del señor de Nancey.

CAPITULO LIII.

ACTEON.

Sorprendió á Cárlos, luego que se quedó solo el advertir que no se le presentaba ninguno de sus dos leales; sus dos leales era su nodriza Magdalena y su perro Acteon.

—La nodriza habrá ido á cantar salmos con algun hugonote conocido suyo, dijo para sí, y Acteon estará enfadado todavia por el latigazo que le dí esta mañana.

Con esto cogió Càrlos una bujía, y pasó al cuarto de la buena muger. No estaba állí. Una puerta del aposento de Magdalena, daba, como recordará el lector, á la sala de armas. El rey se acercó á esta puerta.

Pero en el camino le dió otro ataque de los que ya ántes habia tenido, y que tan inopinadamente le acometian. El rey sufria cual si le revolvieran las entrañas con un hierro candente; devorabale una inestinguible sed, vió una tasa de leche en una mesa, la apuró de un trago, y se quedó algo mas tranquilo.

Entónces tomó la luz que habia dejado sobre la mesa y entró en la sala de armas.

Gran sorpresa le causó el que no saliese Acteon á su encuentro. ¿Le habrian encerrado? En ese caso, al conocer que habia vuelto su amo de la caceria debia haber ladrado.

Cárlos le llamó con voces y con silbidos: nadie parecia.

Diò cuatro pasos adelante, y al iluminar la luz de la bujía los rincones de la estancia, divisó en uno de ellos una masa inherte, tendida en el suelo.

—¡Hola, Acteon, hola! dijo Càrlos.

Y volvió á silbar.

El perro no se movió.

Corrió Càrlos á él y le tocó: el pobre animal estaba tieso y frio. De su boca, contraida por el dolor, salian algunas gotas de hiel mezcladas con una espumosa y sanguinolenta baba. Habia el perro encontrado en el aposento una vareta de su amo, y en ella tenia apoyada la cabeza, cual si hubiese querido morir sobre aquel objeto que le recordaba á un amigo.

A este espectáculo que le hizo olvidar sus pro-

pios dolores y le devolvió toda su energia, fermentó la cólera en las venas de Cárlos; quiso gritar, mas los reyes encadenados por su grandeza no están á cubierto del primer movimiento que todo hombre convierte en pro de sus pasiones ó de su propia defensa. Reflecsionando Cárlos que quizá se ocultaria allí alguna traicion se contuvo.

Arrodillose entónces junto á su perro, y ecsaminó el cadáver con atencion. Tenia los ojos vidriosos y la lengua encendida y llena de pústulas; enfermedad estraña que hizo estremecerse á Cárlos.

El rey se puso los guantes que ántes se habia quitado y guardado en el cinto; alzó los lívidos labios del perro para ecsaminar los dientes, y vió en los intersticios algunos fragmentos blanquizcos pegados à las puntas de los agudos colmillos.

Los cogió y se sercioró de que eran fragmentos de papel.

Junto á este papel era mas violenta la hinchazon, las encias estaban inflamadas, y la piel ulcerada como por efecto del vitriolo.

Cárlos miró atentamente en torno suyo. Sobre la alfombra se veían dos ó tres pedazos de papel semejantes al que tenia el perro en la boca; en uno de estos pedazos mas ancho que los demas, se advertian los restos de un grabado en madera.

Erizáronse los cabellos del rey al conocer que aquel pedazo pertenecia á la estampa que representaba á un caballero cazando, estampa arrancada por Acteon del libro de caza.

—¡Ah! dijo perdiendo el color, el libro estaba envenenado.

Y reuniendo sus recuerdos, esclamó de repente:

—¡Voto á mil demonios! ¡y yo he tocado todas las hojas con el dedo, y á cada una me he llevado el dedo á la boca para mojarle! Estos desmayos, estos dolores, estos vómitos.... ¡Muerto soy!

Un momento permaneció Cárlos inmóvil, oprimido bajo el peso de esta terrible idea. Levantose luego y dando una especie de sordo rugido, se precipitó á la puerta del aposento.

—¡Maese Renato! gritó, ¡maese renato! que vayan corriendo al puente de San Miguel y me traigan al florentino; dentro de diez minutos han de estar aquí. Que monte á caballo uno y lleve otra cabalgadura del diestro para volver mas aprisa. Si viene Ambrosio Paré, que esperé.

Un guardia marchó corriendo á obedecer esta órden.

—¡Oh! murmuró Càrlos, aun cuando sea necesario dar tormento al mundo entero, he de saber quien ha prestado este libro á Henriot.

Y bañada la frente en sudor, crispadas las manos, dificultosa la respiracion, Cárlos se quedó mirando fijamente el cadáver de su perro.

Diez minutos despues llamó el florentino tímidamente y no sin inquietud á la puerta del rey. Hay ciertas conciencias para las que nunca està despejado el cielo.

—Adelante, dijo Cárlos.

Presentose el perfumista. El rey salió á su encuentro, contraidos los labios y con imperioso ademan.

—V. M. ha mandado que me llamen, dijo Renato temblando.

—Sí, ¿soy químico muy diestro, eh?

—Señor......

—¿Y sabeis cuanto saben los medicos mas doctos?......

—V. M. ecsagera.

—No, mi madre me lo ha dicho. Ademas, tengo confianza en vos, y os he preferido á los demas para consultaros. Mirad, continuó descubriendo el cadáver del perro; mirad lo que tiene ese animal entre los dientes, y hacedme el favor de decirme de que ha muerto.

En tanto que Renato, con una luz en la mano se inclinaba hasta el suelo, tanto para disimular su emocion como para obedecer al rey. Cárlos de pie y con los ojos fijos en él, esperaba con una impaciencia fácil de concebir; la palabra que debia ser su sentencia de muerte, ó prenda de su salvacion.

Sacó Renato una especie de escalpelo del bolsillo, le abrió, cogió con la punta las partículas de papel adherentes á las encias del galgo, y contempló largo tiempo y con atencion, la hiel y la sangre que destilaban las úlceras.

—Señor, dijo temblando, tristes síntomas son estos.

Cárlos sintió discurrir por sus venas y penetrar hasta su corazon un glacial calofrio.

—Si, dijo, ese perro ha muerto envenenado, ¿no es verdad?

—Lo recelo, señor.

—¿Y con qué clase de veneno?

—Con un veneno mineral, segun parece.

—¿Podriais saber de fijo si le han envenenado?

—Sí por cierto, abriendole y ecsaminandole el estómago.

—Abridle, no quiero que me quede la menor duda.

—Será preciso llamar á álguien para que me ayude.

—Yo os ayudaré, dijo Cárlos.

—¡Vos, señor!

—Sí, yo. ¿Y si está envenenado, qué síntomas hallaremos?

—Manchas rojas y herborizaciones en el estómago.

—Ea, dijo Càrlos, manos á la obra.

Renato abrió de una sola cuchillada el pecho del galgo y le separó con fuerza, en tanto que Cárlos le alumbraba hineada una rodilla en tierra y sosteniendo la luz con trémulas y crispadas manos.

—Vedlo, señor, dijo Renato, he aquí unas señales evidentes. Estas manchas rojas son las que os dije; estas venas sanguinolentas, semejantes á las raices de una planta, son las que os designé

con el nombre de herborizaciones. Aquí encuentro cuanto buscaba.

—¿Es decir que le han envenenado?

—Sí, señor.

—¿Con un veneno mineral?

—Segun todas las probabilidades.

—¿Y qué sentiria un hombre que por casualidad tomase ese mismo veneno?

—Gran dolor de cabeza, ardor interno como si hubiese tragado carbones encendidos, dolores en los intestinos; vómitos....

—¿Y tendria sed? preguntó Cárlos.

--Una sed inestinguible.

—Eso es, eso es, murmurò el rey.

—Señor, no adivino el objeto de tantas preguntas.

—¿Adivinarlo? ¿Y qué necesidad teneis de saberlo? Reducios á responderme.

—Pregunte V. M.

—¿Qué contraveneno se deberia administrar á un hombre que tomase la misma sustancia que ese perro?

Renato reflecciónó un momento y dijo:

—Hay varias especies de venenos minerales; ántes de contestar desearia en estremo saber de cual se trata. ¿Tiene V. M. alguna idea del modo como han envenenado al perro?

—Sí, dijo Cárlos: ha comido una hoja de un libro.

—¿Una hoja de un libro?

—Sí.

—¿Se halla ese libro en poder de V. M?

—Aquí está, dijo Càrlos cogiendo el manuscrito de caza del estante en que le habia puesto y enseñandosele á Renato.

El florentino hizo un movimiento de sorpresa que no pasó desapercibido para el rey.

—¿Y ha comido una hoja de este libro? tartamudeo Renato.

—Esta.

Y Cárlos le enseñó el pedazo de la hoja arrancada.

—¿Permitís que arranque otra, señor?

—Hacedlo.

Arrancó Renato una hoja y la acercó á la bujía: inflamose el papel y un fuerte olor aliáceo se esparció por el aposento.

—Le han envenenado con una mistura de arsénico, dijo Renato.

—¿Estais seguro?

—Como si yo mismo la hubiera preparado.

—¿Y el contraveneno?....

Renato volvió la cabeza.

—¡Cómo! dijo Càrlos con ronca voz, ¿no sabeis el remedio?

—El mejor y mas eficaz es leche con claras de huevo; pero......

—Pero.... ¿qué?

—Habria que adminastrarle sin pérdida de tiempo, pues sino......

—Adelante.

—Señor, es un veneno terrible, repitió Renato.

—Sin embargo, no mata al instante, dijo Cárlos.

—No, pero mata sin remision; poco importa el tiempo que tarde y á veces depende de un cálculo.

Cárlos se apoyó en la mesa de mármol.

—Parece, dijo poniendo una mano sobre el hombro de Renato, que conoceis este libro.

—¿Yo, señor? preguntó Renato perdiendo el color.

—Sí, vos: cuando le visteis, me lo reveló vuestro semblante.

—Señor, juro á V. M....

—Renato, repuso Cárlos, escuchad con atencion lo que os voy á decir. Envenenasteis á la reina de Navarra con unos guantes; envenenasteis al príncipe de Porcian con el humo de una lámpara; quisisteis envenenar al príncipe de Condé con una manzana de olor. Renato, os he de mandar arrancar la carne tira á tira con unas tenazas candentes si no me decís de quién es este libro.

Convencido el florentino de que no era la ocasion propicia para chancearse con la cólera de Cárlos IX, resolvió declararlo todo.

—¿Y si digo la verdad, señor, quién me asegura que no seré castigado mas cruelmente aun que si me callo?

—Yo.

—¿Me dais vuestra palabra real?

—Por la fe de caballero, prometo no atentar con-

tra vuestra vida, dijo el rey.

—En ese caso, sabed que ese libro es mio.

—¡Vuestro! esclamó Cárlos retrocediendo y mirando al envenenador con espantados ojos.

—Sí, mio.

—¿Y cómo á salido de vuestras manos?

—S. M. la reina madre lo sacó de mi casa.

—¡La reina madre! esclamó Cárlos.

—Sí.

—Pero ¿con qué fin?

—Con el fin, segun creo, de darsele al rey de Navarra que habia pedido al duque de Alenzon un libro de esta clase para estudiar la cetrería.

—¡Oh! esclamó Cárlos, eso es. Todo lo he descubierto. En efecto, este libro estaba en la habitacion de Henriot. Hay un destino y soy víctima de él.

En aquel momento atacó á Cárlos una tos seca y violenta á la que sucedió un nuevo dolor en los intestinos. Lanzó dos ó tres ahogados gritos y se recostó en su sillon.

—¿Qué teneis, señor? preguntó Renato atemorizado.

—Nada, dijo Cárlos; tengo sed; dame de beber.

Llenó Renato un vaso de agua y se le presentó con trémula mano à Cárlos, el cual le apuró de un trago.

—Ahora, dijo Càrlos cogiendo una pluma y mojandola en tinta, escribió en ese libro.

—¿Qué he de escribir?

—Lo que yo os dicte.

"Este libro de cetrería ha sido dado por mí á la reina madre Catalina de Médicis"

Tomó Renato la pluma y lo escribió.

—Firmad.

El florentino firmó.

—Me habeis prometido no atentar contra mi vida, dijo el perfumista.

—Y por mi parte os cumpliré la palabra.

—Pero ¿y por parte de la reina madre?

—¡Oh! repuso Cárlos, nada tengo que ver con eso: si os atacan defendeos.

—Señor; ¿podré salir de Francia cuando crea que está mi vida en peligro?

—Os responderé dentro de quince dias.

Y frunciendo el entrecejo se llevó Cárlos un dedo á sus lívidos labios.

—¡Oh! perded cuidado, señor.

Con esto y despues de saludar se marchó el florentino, congratulandose por haber librado tan bien.

Poco despues apareció la nodriza á la puerta del aposento.

—¿Qué te pasa, Carlitos mio? preguntó.

—Me pasa, nodriza, que el andar sobre la escarcha me ha hecho daño.

—En efecto, estás muy pálido.

La nodriza se acercó rápidamente. Apoyose Cárlos en ella y se marchó á su alcoba.

—Ahora, dijo Cárlos, yo solo me meteré en el lecho.

—¿Y si viene maese Ambrosio Paré?

—Dile que estoy mejor y que no le necesito.

—Pero ¿que vas á tomar entre tanto?

—¡Oh! un remedio muy sencillo, dijo Càrlos; claras de huevo batidas con leche. Oye, nodriza, continuó, el pobre Acteon se ha muerto. Mañana habrá que enterrarle en un rincon del jardin del Louvre. Era uno de mis mejores amigos.... He de mandar construir un sepulcro si tengo tiempo.

CAPITULO LIV.

EL BOSQUE DE VINCENNES.

Aquella misma noche fué conducido Enrique, segun las órdenes de Cárlos IX, al bosque de Vincennes. Así se llamaba en la época á que nos referimos, el famoso castillo de que hoy dia solo quedan algunos restos, fracmento colosal que basta para dar una idea de su pasada grandeza.

El viaje se hizo en litera. A cada lado de esta marchaban cuatro guardias, y el señor de Nancey, portador de la órden que debia abrir á Enrique las puertas de su protector encierro, iba delante.

Hizose alto junto á la poterna del torreon. El señor de Nancey se apeó, abrió la portezuela cerrada con un candado, é invitó respetuosamente al rey á que bajase.

Enrique obedeció sin hacer la menor observacion. Cualquier albergue le parecia mas seguro que el Louvre, y diez puertas que tras èl se cerrasen, se cerraban asi mismo entre él y Catalina de Médicis.

Atravesó el régio prisionero el puente levadizo entre dos soldados, pasó una tras otra por las tres puertas de la parte inferior del torreon y las otras tres de la escalera, y subió un tramo. Viendo allí el capitan de guardias que iba á seguir subiendo, le dijo:

—Deteneos aquí, monseñor.

—¡Hola! dijo Enrique deteniendose, parece que me hacen los honores del piso principal.

—Os tratan, señor, respondió el señor de Nancey, como á una testa coronada.

—¡Diantre! ¡diantre! murmuró Enrique, no me hubiera yo resentido por subir dos ó tres pisos mas. Voy á estar aquí demasiado bien, y acaso sospecharán algo.

—¿Quiere seguirme V. M? dijo el señor de Nancey.

—¡Pardiez! contestó el rey de Navarra; bien sabeis, señor mio, que aqui no se trata de que yo quiera ó no quiera, sino de lo que mande mi hermano Cárlos. ¿Manda que os siga?

—Sí, señor.

—En ese caso, vamos allá.

Con esto entraron en una especie de corredor á

cuya estremidad habia una sala bastante capaz, de paredes sombrías y de aspecto sumamente lúgubre.

Enrique paseó á su alrededor una mirada no escenta de zozobra.

—¡Dónde estamos? preguntó.

—Pasamos por la sala del tormento, monseñor.

—¡Ah! dijo el rey.

Y miró con mas atencion.

En aquella estancia habia un poco de todo: colodras y caballetes para el tormento del agua; cuñas y mazos para el del borceguí; bancos de piedra para los infelices que esperaban su turno, bancos que daban casi enteramente la vuelta á la pieza; y sobre ellos, en ellos y á sus pies, argollas de hierro fijas en las paredes sin otro sistema que el del arte de dar tormento, aunque su procsimidad á los asientos revelaba suficientemente que estaban destinados á los miembros de las personas que en ellos se colocaran.

Continuó Enrique su camino sin decir palabra, pero tambien sin perder un solo detalle de todo aquel repugnante aparato que escribia, por decirlo asi, la historia del dolor en las paredes.

La atencion con que en torno de sí miraba, hizo que Enrique no mirase à sus pies y tropezase.

—¡Eh! dijo, ¿qué es esto?

Y apuntaba á una especie de surco abierto en las húmedas losas que formaban el pavimento.

—Es el desaguadero, señor.

—¿Pues qué? ¿llueve aquí?

—Ahora, dijo el gobernador al carcelero, [illegible]mos á los otros.

El carcelero echó à andar delante. Mar[illegible]do por el mismo camino que acababan de reco[illegible], atravesaron la sala del tormento, pasaron el corredor, llegaron á la escalera, y siguiendo siempre á su guia, el señor de Beaulieu subió tres pisos mas.

En la última meseta de estos tres pisos que, contando el principal formaban cuatro, el carcelero abrió sucesivamente tres puertas, ornadas cada cual con dos cerraduras y tres enormes cerrojos.

Apénas tocó á la tercera, y se oyó una alegre voz que decia:

—¡Eh! ¡voto á sanes! abrid aunque solo sea para darme aire; si no voy á morir sofocado en esta estufa.

Y Coconnas, á quien sin duda habrá conocido ya el lector por su esclamacion favorita, se plantó de un brinco en la puerta desde el sitio en que se hallaba.

—Poco á poco, señor caballero, dijo el alcaide, no vengo á sacaros, sino á entrar, acompañado del señor gobernador.

—¿Del señor gobernador? dijo Coconnas; ¿y á qué viene su señoria?

—A visitaros.

—Grande honor es ese, repuso Coconnas; sea el señor gobernador bien venido.

El señor de Beaulieu entró efectivamente, y puso pronto término á la cordial sonrisa de Cocon-

nas con uno de esos glaciales saludos propios de los gobernadores de fortaleza, de los carceleros y de los verdugos.

—¿Teneis dinero? le preguntó.

—¿Yo? dijo Coconnas; ni un escudo.

—¿Y joyas?

—Esta sortija.

—Permitís que os registre?

—¡Voto à sanes! esclamó Coconnas ruborizandose de cólera, cuenta os tiene el estar en una cárcel, y èl que yo lo esté tambien.

—Fuerza es sufrirlo todo en servicio del rey.

—Es decir, repuso el piamontes, que esa buena gente que alivia los bolsillos á los transeuntes en el Puente Nuevo, está así mismo al servicio del rey. Pues ¡voto á sanes! señor mio, que he sido muy injusto, pues hasta la presente los habia tenido por ladrones.

—Dios os guarde, dijo Beaulieu. Encerradle, carcelero.

Y el gobernador se marchó, llevandose la sortija que tenia engastada una hermosa esmeralda, y era regalo de la duquesa de Nevers á Coconnas para recordarle el color de sus ojos.

—Vamos al otro, dijo al salir.

Atravesaron una pieza inhabitada, y se repitió el juego de las tres puertas, las seis cerraduras y los nueve cerrojos.

Abriose la última puerta y un suspiro fue el primer rumor que llegó á oidos de los que entraban.

Aun era mas lúgubre el aspecto de este aposento, que el del que acababa de abandonar el señor de Beaulieu. Cuatro largas y estrechas troneras que iban disminuyendo de adentro afuera, alumbraban débilmente aquel triste recinto. A mayor abundamiento, varios barrotes de hierro cruzados con el suficiente arte para que la vista se encontrase siempre con una línea opaca, estorbaban que el prisionero pudiera ver por ellas el cielo.

De cada ángulo de la estancia arrancaban filetes ojivales que se reunian en mitad del techo, y terminaban en un roseton.

La Mole estaba sentado en un rincon, y á pesar de la visita y de los visitadores, permaneció inmóvil cual si nada hubiera oído.

Detuvose el gobernador en el umbral, y contempló por algunos instantes al prisionero, que estaba sin movimiento con la cabeza entre las manos......

—Buenas noches, señor de La Mole, dijo Beulieu.

El jóven alzó lentamente la cabeza.

—Buenas noches, caballero, contestó.

—Vengo á registraros, continuó el gobernador.

—Es inútil, dijo La Mole; os entregaré cuanto tengo.

—¿Qué es lo que teneis?

—Unos trescientos escudos; estas jóyas, estas sortijas.

—Dádmelas, dijo el gobernador.

—Aquí están,

Vació La Mole sus bolsillos, y se quitó las sortijas y cintillo de la toca.

—¿Nada mas?

—Nada mas recuerdo.

—¿Y qué sostiene ese cordon de seda que llevais al cuello? preguntó el gobernador.

—Caballero, esto no es una joya, sino una reliquia.

—Dádmela.

—¡Cómo! ¿ecsijis?....

—Tengo órden de no dejaros mas que los vestidos, y las reliquias no forman parte de ellos.

Hizo La Mole un movimiento de cólera que en medio de la dolorosa y noble calma que le distinguia, fue mas espantoso para aquellos hombres avezados á fuertes emociones.

Serenose empero casi en el mismo momento.

—En hora buena, caballero, contestó, os enseñaré lo que me pedis.

Volviendose entónces como para acercarse à la luz se quitó la supuesta reliquia, que no era otra cosa que un medallon con un retrato que La Mole sacó y se llevó á los labios. Pero despues de besarle repetidas veces, fingió que se le caia y dandole violentamente con el tacon de su bota, le rompió en mil pedazos,

—¡Caballero! dijo el gobernador.

Y se bajó por ver si podia salvar de la destruccion al desconocido objeto que pretendia sustraer-

le La Mole; mas la miniatura estaba literalmente hecha polvo.

—El rey queria esta joya, dijo La Mole, mas no tenia derecho alguno al retrato. Ahí teneis el medallon, llevaoslo.

—¡Señor mio! dijo Beaulieu, me quejaré á S. M.

Y sin despedirse del prisionero con una sola palabra; se retiró tan enojado, que dejó á cargo del alcaide el cerrar la puerta sin presidir el acto.

Dió el carcelero algunos pasos como para salir, y viendo que el señor de Beaulieu bajaba ya los primeros escalones:

—A fe mia, señor caballero, dijo volviendose á La Mole, que anduve acertado en proponeros que me diérais sin tardanza los cien escudos en virtud de los cuales he consentido en que hableis con vuestro compañero; de lo contrario os los habria quitado el gobernador con esos trescientos, en cuyo caso no me hubiera ya permitido mi conciencia hacer nada en vuestro favor; pero la paga ha sido adelantada.... os he prometido que veriáis á vuestro camarada.... venid conmigo, un hombre de bien no tiene mas que una palabra...... Tan sólo os ruego, tanto por vos como por mí, que si es posible no hableis de política.

Salió La Mole de su encierro y se encaró con Connas que estaba contando á pasos las losas de la habitacion de en medio.

Los dos amigos se abrazaron estrechamente.

Hizo el alcaide como que se enjugaba los ojos, y

se marchó para cuidar de que no sorprendieran á los prisioneros, ó mejor dicho, de que no le sorprendieran á él mismo.

—¡Oh! ¿aquí estás? dijo Coconnas: dime, ¿te ha visitado ese horrendo gobernador?

—Lo mismo que á tí segun presumo.

—¿Y te ha despojado de todo?

—Tambien como á tí.

—¡Oh! ¡yo no tenia gran cosa! una sortija de Enriqueta nada mas.

—¿Y dinero contante?

—Se lo habia dado todo á ese buen carcelero para que nos proporcionase esta entrevista.

—¡Hola! dijo La Mole, pareee que come á dos carrillos.

—¿Qué? ¿tu tambien le has pagado?

—Le he dado cien escudos.

—Me alegro.

—¿Te alegras de que sea tan avaro?

—Sí, porque de ese modo se hará de el con dinero cuanto se quiera, y creo que dinero no nos ha de faltar.

—¿Pero entiendes tú lo que nos está pasando?

—Mucho que sí.... nos han vendido.

—¿Quién?

—Ese miserable duque de Alenzon. Por algo queria yo retorcerle el pescuezo.

—¿Te parece que sea grave el negocio?

—Lo recelo.

—De suerte que pueden recurrir......... al tormento.

—No quiero ocultarte que he pensado en ello.

—¿Qué dirás si llega ese caso?

—¿Y tú?

—Ya guardaré silencio, dijo La Mole con febril sonrojo.

—¿Callarás? esclamó Coconnas.

—Sí tal, si es que tengo la suficiente fuerza.

—Pues yo, repuso Coconnas, te prometo que si hacen conmigo tal infamia, he de decir hartas cosas.

—¿Qué cosas preguntó vivamente La Mole.

—¡Oh! pierde cuidado; cosas que han de quitar el sueño al duque de Alenzon por algun tiempo.

Iba La Mole á replicar, cuando el alcaide, que oyó sin duda algun rumor, se interpuso, empujo á cada cual á su encierro y cerró la puerta.

CAPITULO LV.

LA FIGURA DE CERA.

Ocho dias hacia que estaba Cárlos postrado en el lecho por una fiebre de languidez, complicada con accesos violentos semejantes á ataques de epilepsia. En estos accesos lanzaba á veces ahullidos que escuchaban con terror los guardias apostados en la antecámara y que repetian en sus profundidades los ecos del Louvre, escitados algun tiempo hacia por tantos siniestros rumores. Luego que pasaban estos accesos, se dejaba caer, rendido de cansancio y con apagados ojos en brazos de su nodriza en medio de un silencio que á las veces revelaba tanto desprecio como terror.

Decir los sinistros pensamientos que se agitaban en el fondo del corazon de Catalina de Médicis y del duque de Alenzon, sin comunicarse empero el uno al otro sus sensaciones, pues la madre y el hijo ántes huian que se buscaban, seria pretender describir el asqueroso hormigueo que se ve rebullir en el fondo de un nido de víboras.

Continuaba Enrique encerrado, y segun habia rogado à Cárlos, á nadie, ni á la misma Margarita, se concedia permiso para verle; aquello era, en concepto de todos, una completa caida. Creyendole perdido, Catalina y Alenzon respiraban libremente, y Enrique bebia y comia con mas tranquilidad creyendose olvidado.

Nadie sospechaba en la corte la causa de la enfermedad del monarca. Maese Ambrosio Paré y su colega Mazilio la calificaron de una inflamacion de estómago, sin mas equivocacion que dar por causa el efecto. Prescribieron en consecuencia un régimen atemperante que no podia ménos de ser favorable al brevaje particular indicado por Renato, brevaje que tomaba Cárlos tres veces al dia de manos de la nodriza, y que formaba su único alimento.

La Mole y Coconnas estaban en Vincennes, en la mas rigorosa incomunicacion. A pesar de las tentativas que hicieron Margarita y la duquesa de Nevers para verlos, ó cuando no para enviarles una carta, nada pudieron conseguir.

Una mañana en medio de las eternas alterna-

tivas de mejoria y empeoramiento que sufria, se sintió Cárlos algo mas aliviado, y mandó que entrara á su presencia la corte, que, como era de costumbre, concurria todas las mañanas à verle levantarse, aunque ya no se levantaba. Abrieronse, pues, las puertas, y por la palidez de sus mejillas, por la amarillez de su eburnea frente, por las febriles llamaradas que despedian sus ojos, hundidos ya y rodeados de un azulado cerco, fueron palpables para todos los espantosos efectos que en el monarca habia hecho la incógnita enfermedad que le aquejaba.

En breve se llenó la real cámara de curiosos é interesados cortesanos.

Catalina, Alenzon y Margarita, tuvieron noticia de que el rey recibia.

Los tres entraron con pocos minutos de intérvalo; Catalina tranquila, risueño Alenzon, abatida Margarita.

Sentose Catalina á la cabecera del lecho de su hijo, sin hacer alto en la mirada con que éste la vió acercarse.

El duque de Alenzon se colocó á los pies sin sentarse.

Margarita se recostó en un mueble, y al ver la palida frente, el flaco semblante y los hundidos ojos de su hermano, no pudo contener un suspiro y una lágrima.

Atento Cárlos á todo, vió aquella lágrima, oyó

aquel suspiro é hizo con la cabeza una imperceptible seña á Margarita.

Esta seña, aunque tan imperceptible, animó el rostro de la pobre reina de Navarra, á quien nada habia dicho Enrique, tal vez por no tener tiempo, tal vez por no juzgarlo conveniente. Margarita temia por su esposo, temblaba por su amante.

Nada recelaba en cuanto á sí misma, pues conocia sobrado á La Mole, y sabia que podia contar con él.

—¿Cómo os sentís, amado hijo? preguntó Catalina.

—Mejor, madre, mejor.

—¿Y qué os dicen vuestros médicos?

—¿Mis médicos? ¡oh! son grandes doctores, madre, dijo Cárlos con una carcajada, y os confieso que me causa un indefinible placer el oirles discutir sobre mi enfermedad. Nodriza, dame de beber......

La nodriza llevó á Cárlos una taza de su ordinaria bebida.

—¿Qué os hacen tomar, hijo mio?

—¡Oh! señora, ¿quién entiende una palabra de sus preparaciones? preguntó Cárlos apurando vivamente el brevaje.

—Lo que mi hermano necesitaria, dijo Francisco, seria poder levantarse y tomar el sol; la caza, que tanto le gusta, le haria mucho provecho.

—Sí, respondió Cárlos con una sonrisa, cuya

significacion no pudo adivinar el duque; la última, empero, me hizo mucho daño.

Pronunció Cárlos estas palabras de un modo tan particular, que la conversacion, en que no tomaron los circunstantes la menor parte, no pasó de allí. Poco despues hizo el rey un leve movimiento de cabeza. Conociendo los cortesanos que habia terminado la recepcion, se retiraron unos tras otros.

Alenzon se movió como para acercarse á su hermano, mas un interno impulso le detuvo. Saludó y salió del aposento.

Margarita cogió con afliccion la descarnada mano que su hermano le presentaba, la apretó, la besó y se marchó igualmente.

—¡Qué buena es Margot! murmuró Cárlos.

Sola Catalina con el rey, permaneció sin moverse á la cabecera de la cama. Viendose Cárlos frente á frente con ella, se arrimó á la pared con la misma sensacion de terror que nos hace retroceder ánte una serpiente.

Porque Cárlós, prevenido por las declaraciones de Renato, y quizá mejor todavia por el silencio y la meditacion, no tenia siquiera la dicha de dudar. Sabia perfectamente á qué y á quién debia atribuir su muerte.

Así es que, cuando se aprocsimó Catalina al lecho, y presentó á su hijo una mano, fria como sus miradas, éste tembló y tuvo miedo.

—¿Os quedais, señora? le dijo.

—Sí, hijo mio, contestó Catalina; tengo que hablaros de cosas importantes.

—Hablad, señora, repuso Cárlos apartandose mas todavia.

—Señor, dijo la reina, os he oido afirmar no ha mucho que vuestros médicos eran grandes doctores.

—Y lo afirmó todavia.

—Sin embargo, ¿qué han hecho desde que estais enfermo?

—Nada, en verdad...... pero si hubieseis oido lo que han dicho...... por cierto, señora, que dan tentaciones de estar malo solo para oir tan sabias disertaciones.

—Pues bien: ¿permitís que yo os diga una cosa, hijo mio?

—¿Pues no? hablad, madre.

—Sospecho que todos esos grandes doctores no entienden un ápice de vuestra enfermedad.

—¿De veras, señora?

—Creo que quizas ven un resultado, mas que no dan con la causa.

—Es posible, dijo Cárlos sin comprender á donde queria ir á parar su madre.

—De suerte que combaten los síntomas en vez de combatir el mal.

—¡Voto á mi alma! repuso Cárlos con asombro, creo que teneis razon, madre.

—Ahora bien, hijo mio, siguió Catalina, como no conviene á mi corazon ni al bien del estado que

esteis enfermo tanto tiempo, en atencion à que podia afectarse al fin en vos la parte moral, he reunido á los hombres mas doctos......

—¿En el arte médico?

—No, en otro mas profundo, en el arte que permite leer, no solo en los cuerpos, sino en los corazones.

—¡Oh! que arte tan bello, señora, y que bien hacen en no enseñarsele á los reyes. ¿Y han producido resultados vuestras pesquisas? continuó el rey.

—Sí.

—¿Cuál?

—El que yo esperaba, aquí traigo á V. M. el remedio con que deben sanar su cuerpo y su espíritu.

Estremeciose Cárlos, Creyó que persuadida su madre de que era muy lenta su muerte, iba resuelta á terminar á sabiendas, lo que, sin saberlo, habia comenzado.

—¿Y dónde está ese remedio? preguntó recostandose sobre un codo y mirando á su madre.

—En la misma enfermedad, respondió Catalina.

—Decidme entónces donde está la enfermedad.

—Escuchadme, hijo mio. ¿Nunca habeis oido contar que hay enemigos secretos, cuya venganza asesina desde cierta distancia á sus víctimas?

—¿Por medio del hierro ó por medio del vene-

no? preguntó Cárlos sin perder de vista un solo instante la impasible fisonomía de su madre.

—No, sino por otros medios mucho mas seguros, mucho mas terribles, dijo Catalina.

—Esplicaos.

—Hijo, preguntó la florentina, ¿teneis fe en las prácticas de la cábala y de la mágia?

Comprimió Cárlos una sonrisa de desprecio é incredulidad, y contestó:

—Mucha.

—Pues bien, prosiguió vivamente Catalina, de ahí proceden vuestros dolores. Un enemigo de V. M., que no se hubiera atrevido á atacaros frente à frente, ha conspirado en las tinieblas. Ha dirigido contra la persona de V. M. una conspiracion tanto mas terrible, cuanto que no tenia cómplices, cuanto que era imposible asir sus misteriosos hilos.

—¡Oh! dijo Cárlos irritado con tanta astucia.

—Pensad bien, hijo mio, repuso Catalina, recordad ciertos proyectos de evasion que debian dar por consecuencia la impunidad del asesino.

—¡Del asesino! esclamó Cárlos. ¡Del asesino! ¿luego han pretendido asesinàrme, madre?

Los cambiantes ojos de Catalina se movieron hipócritamente bajo sus entornados párpados.

—Sí, hijo mio: vos dudareis tal vez; pero yo estoy segura de ello.

—Nunca dudo yo de lo que me decís, respondió amargamente el rey. ¿Y cómo han querido matarme? Tengo curiosidad de saberlo.

—Por la mágia, hijo.

—Esplicaos, señora, repuso Cárlos, volviendo, merced á su hastio, al papel de observador.

—Si despues de disponer todas sus baterias y asegurarse del buen écsito, hubiese conseguido escaparse el conspirador á quien me refiero, y que ya ha designado V. M. en lo interior de su corazon, nadie quizá hubiera penetrado la causa de los padecimientos de V. M.; pero afortunadamente, señor, velaba sobre vos vuestro hermano.

—¿Qué hermano? preguntó Cárlos.

—Vuestro hermano Alenzon.

—¡Ah! si, verdad es; siempre se me olvida que tengo un hermano, murmuró el rey riéndose amargamente. ¿Deciais, pues, señora?......

—Que afortunadamente ha descubierto la parte material de la conspiracion. Pero en tanto que él, niño al fin sin esperiencia, solo buscaba en esto huellas de un complot ordinario, pruebas de una escapatoria juvenil, buscaba yo pruebas de una accion mucho mas importante; porque sé á cuanto alcanza el espíritu del culpable.

—¡Oiga! madre, cualquiera diria que hablais del rey de Navarra, observó Càrlos con propósito de ver hasta donde llegaba aquel disimulo florentino.

Catalina bajó hipócritamente los ojos.

—Ya veis que le he mandado prender, y llevar á Vincennes por la escapatoria á que os referís, continuó el rey; ¿será tal vez aun mas culpable que yo creia?

—¿Sentís una fiebre devoradora? preguntó Catalina.

—Sí, por cierto, dijo Cárlos frunciendo el ceño.

—¿Sentís ese fuego abrasador, que mina el corazon y las entrañas?

—Sí, señora, dijo Cárlos poniendose mas y mas torvo.

—¿Y esos agudos dolores de cabeza que pasan por los ójos para llegar al cerebro como otros tantos flechazos?

—Sí, sí, señora; !oh! todo eso siento; bien sabeis describir mi enfermedad.

—Es muy sencillo, dijo la florentina, mirad....

Y sacó de debajo del manto un objeto que presentó al rey.

Era una figura de cera amarillenta, de unas diez pulgadas de largo. Estaba vestida con un ropaje estrellado de oro, de cera tambien, sobre el cual tenia un manto real de la misma materia.

—¿Qué estátua es esa? preguntó Cárlos.

—Ved lo que tiene en la cabeza, dijo Catalina.

—Una corona, respondió el rey.

—¿Y en el corazon?

—Una aguja. Adelante.

—¿Adelante? ¿no os reconoceis en ella, señor?

—¿Yo?

—Sí, con vuestra corona y vuestro manto.

—¿Y quién ha hécho esta figura? preguntó Cárlos cansado de aquella farsa. Sin duda el rey de Navarra.

—No, señor.

—¿No?.... pues entónces no os comprendo.

—He dicho que *no* repuso Catalina, porque V. M pudiera atenerse á la estricta verdad del hecho. Hubiera dicho que *sí*, si S. M. me hubiera hecho la pregunta de distinta manera.

No respondió Cárlos, procurando penetrar todos los pensamientos de aquella alma tenebrosa que siempre se le cerraba cuando mas cerca creia estar de leer en ella.

—Señor, continuó Catalina, merced al celo de vuestro procurador general Laguesle, ha sido encontrada esta estátua en la morada del hombre que el dia de la caza de aves llevaba un caballo de reserva preparado para el rey de Navarra.

—¡En casa del señor de La Mole! dijo Cárlos.

—Justamente; y ahora, si os place, mirad con atencion esa aguja de acero y ved qué letra hay escrita en el papel que de ella pende.

—Aqui veo una M, dijo Cárlos.

—Es decir, *muerte*; es la fórmula mágica, señor, así escribe el inventor su deseo en la misma llaga que abre. Si hubiera querido volveros loco, como el duque de Bretaña á Cárlos VI, hubiera clavado la aguja en la cabeza y puesto una L en vez de la M.

—¿De manera, señora, dijo Cárlos IX, que á vuestro parecer el señor de La Mole es el que atenta contra mi vida?

—Sí, como el puñal contra el corazon; pero detras del puñal está el brazo que le impele.

—¿Y esa es toda la causa de la enfermedad que padezco? ¿Y qué hacemos ahora? preguntó Cárlos; vos debeis de saberlo, madre, porque os habeis dedicado á esas cosas toda vuestra vida; pero yo soy muy ignorante en materias de càbala y de mágia.

—Basta la muerte del inventor para romper el hechizo. El dia en que se destruya el hechizo cesará el mal, dijo Catalina.

—¿De veras? preguntó Càrlos con faz de sorpresa.

—Qué ¿no lo sabiais?

—Como no soy hechicero.... dijo el rey.

—Supongo que ahora estarà convencido V. M., repuso Catalina.

—Sí, por cierto.

—¿Y qué la conviccion desterrarà toda inquietud?

—Completamente.

—No lo digais por deferencia.

—No, madre, sino de todo corazon.

—Desarrugose el rostro de Catalina.

—¡Dios sea loado! esclamó cual si creyerá en él,

—Sí, loado sea Dios, repuso irónicamente Cárlos. Ahora sé, tan bien como vos, á quien debo atribuir el estado en que me encuentro, y por consiguiente á quien debo castigar.

—Y castigaremos....

—Al señor de La Mole; ¿no decís que es el culpable?

—He dicho que era un instrumento,

—Bien, dijo Cárlos; atenderemos primero al señor de La Mole, que es lo mas importante. Estos ataques que padezco pueden dar márgen en torno nuestro á peligrosas sospechas. Urge que brote la luz, y que á su resplandor se descubra la verdad.

—¿Con que el señor de La Mole?....

—Me cuadra admirablemente como culpable, y le acepto por tal. Comencémos por él: si tiene cómplices ya hablará.

—Sí, murmuró Catalina; y si no habla se le obligará á ello; para lo cual poseemos medios infalibles.

Y levantandose añadió en voz alta:

—¿Permitís, pues, señor, que se instruya proceso?

—Lo deseo, señora, respondió Càrlos; cuanto ántes sea, mejor.

Estrechó Catalina la mano de su hijo sin comprender el nervioso estremecimiento que lè agitó al apretar la suya propia, y se marchó sin oír la sardónica risa del rey y la sorda y terrible imprecacion que la siguió.

Dudaba el rey si seria peligroso dejar marcharse asi á aquella muger que en pocas horas podia trabajar tanto que fiuese imposible ya el remediarlo.

En aquel momento, y cuando estaba Cárlos mirando cerrrarse la manpara despues de darle paso á Catalina, oyó un leve crugido á sus espaldas, y volviendose vió á Margarita que alzaba el tapiz

puesto á la entrada del pasadizo que conducia á la habitacion de la nodriza.

A Margarita cuya palidez, cuyas vagas miradas, cuya oprimida respiracion revelaban la emocion mas violenta.

—¡Oh! ¡señor! ¡señor! esclamó Margarita corriendo desalada hácia el lecho, ¡bien sabeis que miente!

—¿Quién? preguntó Cárlos,

—Escuchadme, Cárlos: cierto que es terrible acusar á una madre; pero sospeché que se habia quedado á vuestro lado para perseguirles con mas encarnizamiento. ¡Y por mi vida, por la vuestra, por nuestras dos almas, os digo, que miente!

—¡Perseguirles!..... ¿A quién persiguen?

Ambos hablaban bajo como por instinto; parecia que tenian miedo de oirse el uno al otro.

—A Enrique primeramente, á vuestro Henriot que os quiere, que está dispuesto á hacer mas sacrificios por vos que nadie en este mundo.

—¿Tal crees, Margot? dijo Cárlos.

—¡Oh! estoy segura de ello, señor.

—Pues yo tambien, repuso el rey.

—Y si era así, hermano, dijo Margarita con asombro, ¿por qué le mandasteis prender y llevar á Vincennes?

—Porque él mismo me lo pidió.

—¿Tal os ha pedido, señor?

—Sí, Henriot tiene ideas muy singulares. Puede equivocarse y puede tener razon; de todos modos una de sus ideas es, que se halla mas seguro

estando en desgracia que en privanza mia, léjos que cerca de mí, en Vincennes que en el Louvre.

—¡Ah! comprendo, dijo Margarita. De manera que está asegurado.

—¡Pardiez! cuanto puede estarlo un hombre de quien me responde Beaulieu con su cabeza.

—¡Oh! gracias, hermano; esto con respecto á Enrique.. Pero....

—¿Pero qué? preguntó Cárlos.

—Hay otra persona, señor, por la que hago mal quizà en interesarme, pero por la que me intereso sumamente.

—¿Y quién es?

—Tened compasion de mi, señor.... apénas me atreveria á nombrarla ante mi hermano, no me atrevo á nombrarla ante mi rey.

—¿El señor de La Mole, eh? preguntó Cárlos.

—¡Ay! dijo Margarita; ya una vez quisisteis matarle, señor, y sólo por milagro se sustrajo á vuestra regia venganza.

—Y eso fue, Margarita, cuando solo era culpable de un crímen; pero ahora que lleva cometidos dos....

—No es culpable del segundo, señor.

—¡Pobre Margot! esclamó Cárlos, ¿no has oído lo que me ha contado nuestra escelente madre?

—¡Oh! ya os he dicho Cárlos, repuso Margarita bajando la voz, ya os he dicho que mentia.

—¿No sabeis que eesiste una figura de cera hallada en casa del señor de La Mole?

—Sí, hermano, lo se.

—¿Que esa figura tiene atravesado el pecho con un punzon, y que del punzon que así la atraviesa pende una banderola con una M?

—Tambien lo sé.

—¿Qué esa figura lleva sobre los hombros un manto real y en la cabeza una corona?

—Lo sé todo.

—¿Pues qué podeis decir?

—Que esa figura que tiene un manto real sobre los hombros y una corona en la cabeza, representa á una muger y no á un hombre.

—¡Bah! dijo Cárlos, ¿y la aguja que la atraviesa el pecho?

—Es un hechizo para inspirar amor á una dama y no un maleficio para matar à un hombre.

—Pero ¿y esa M?

—No significa MUERTE, como ha dicho la reina madre.

—¿Pues qué significa? preguntó Cárlos.

—Significa...... significa el nombre de la muger à quien amaba el señor de La Mole.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama MARGARITA, esclamó la reina de Navarra cayendo de rodillas ante el rey cogiendole una mano y apoyando en ella su rostro cubierto de lágrimas.

—¡Silencio, hermana! dijo Cárlos paseando en torno suyo una chispeante mirada y frunciendo las

cejas; así como vos oísteis ántes os pueden oír ahora.

—¡Oh, qué me importa! esclamó Margarita alzando la cabeza; ¿por qué no está aquí para escucharme el mundo entero? delante de todo el mundo diria yo que es cosa infame abusar así del amor de un caballero para mancillar su reputacion con una sospecha de asesinato.

—¿Y si yo te dijera, Margot, que sé tan bien como tú lo cierto y lo incierto?

—¡Hermano!

—Si te dijera que el señor de La Mole es inocente.

—¿Lo sabeis?

—Si te dijera que conozco al verdadero culpable....

—¡Al verdadero culpable! esclamó Margarita; luego se ha cometido un crímen.

—Sí, se ha cometido voluntaria ó involuntariamente.

—¿Contra vos?

—Contra mí.

—¡Es imposible!

—¿Imposible?.... Mírame, Margot.

Miró la jóven á su hermano y tembló al observar su palidez.

—Margot, no me quedan tres meses de vida, dijo Cárlos.

—¡A vos, hermano! ¡A tí, Cárlos mio! esclamó Margarita.

—Estoy envenenado, Margot.

La reina lanzó un grito.

—¡Callate! dijo Cárlos; debe creerse que muero por mágia.

—¿Y conoceis al culpable?

—Le conozco.

—Dijisteis ántes que no era La Mole.

—No, no era él.

—Seguramente tampoco será Enrique.

—No.

—¡Gran Dios! ¿será?....

—¿Quién?

—Mi hermano.... Alenzon.... murmuró Margarita.

—Tal vez....

—O acaso, acaso..... Margarita bajó la vista cual si á ella misma la aterrorizara lo que iba á decir; ó acaso.... ¿nuestra madre?

Cárlos calló.

Mirole Margarita, leyó en sus ojos cuanto deseaba saber y continuando de rodillas, cayó de espaldas en un sillon.

—¡O Dios mio, Dios mio! murmuró, ¡es imposible!

—¡Imposible! dijo Cárlos con resonante risa; lástima que no esté aqui Renato para contarte mi história.

—¿Renato?

—Sí. Te referiria, por ejemplo, que una muger á quien nada se atreve él à rehusar, fué á pe-

diole un libro de caza perdido en su biblioteca; que en cada hoja de este libro se derramó un veneno sutil: que el veneno destinado á una persona, no sé á quien, obró por el capricho de la casualidad ó por un castigo del cielo, sobre otra persona, que no era aquella á quien estaba destinado. Pero si quieres, ya que no á Renato, ver el libro, ahí le tienes, en mi gabinete, y escrito del propio puño del florentino, verás ahí que éste libro que contiene todavia en sus hojas la muerte de veinte personas, fue donado por él á su compatriota.

—¡Silencio! Cárlos; ¡cállate tú ahora! dijo Margarita.

—Ya ves que es preciso que crean que muero por mágia.

—¡Oh! pero es cosa inicua, ¡horrenda! ¡perdon! ¡perdon! bien sabeis que es inocente.

—Sí, que lo sé, pero debe aparecer culpable. Tolera, pues, la muerte de tu amante; poca cosa es para salvar el honor de la casa real de Francia. Tambien sufro yo mi propia muerte porque muera el secreto conmigo.

Margarita dobló la cabeza conociendo que por parte del rey nada debia esperar en favor de La Mole, y se retiró llorando sin confiar ya en otra cosa que en sus propios recursos.

Entretanto, y conforme habia previsto Cárlos, no perdia Catalina un momento y escribia al procurador general Laguesle una carta que nos ha conservado la historia, palabra por palabra, y que

arroja sangrientos resplandores sobre todo este asunto.

"Señor procurador, me dan esta noche por cier-
"to que La Mole ha cometido sacrilegio. En su
"habitacion de Paris se han encontrado muchas
"cosas malas, como libros y papeles. Ruegoos
"que llameis al primer presidente y lleveis ade-
"lante á toda prisa el negocio de la figura de cera
"que tiene en el corazon una punzada contra el
"rey *."

"KATHERINE."

---

* Testual.

CAPITULO LVI.

LAS EJIDAS INVISIBLES.

AL dia siguiente de haber escrito Catalina la anterior carta, entró el gobernador en el calabozo de Coconnas con un séquito de los mas imponentes, compuesto de dos alabarderos y de cuatro golillas.

Invitaron á Coconnas á bajar á un salon en que le esperaban el procurador Laguesle y dos jueces para interrogarle segun las instrucciones de Catalina.

Mucho habia reflecsionado Coconnas durante los ocho dias que en su encierro habia pasado; esto sin contar con que reunidos diariamente La

Mole y él algunos instantes por el alcaide que, sin decirles nada, les habia dado aquella sorpresa, no enteramente debida segun todas la probabilidades á su filantropia; sin contar, decimos, con que La Mole y él se habian puesto de acuerdo sobre la conducta que en lo sucesivo debian observar, y que se reducia á negarlo todo. Estaba, pues, persuadido de que con un poco de destreza, su asunto tomaria el mejor giro posible, porque los cargos que resultaban contra ellos no eran mas fuertes que los que contra los demas ecsistian. No habiendo hecho Enrique y Margarita ninguna tentativa de fuga, no podian ellos quedar comprometidos en un negocio cuyos principales culpables estaban libres. Ignoraba Coconnas que Enrique habitase en el mismo castillo que él, y la complacencia de su carcelero le revelaba que sobre su cabeza velaban protectores á que daba el nombre de *éjidas invisibles*.

Habian hasta entónces versado los interrogatorios sobre los intentos del rey de Navarra, sobre sus proyectos de fuga y sobre la parte que en ella debian tomar los dos amigos. Coconnas habia respondido constantemente de un modo mas que vago y mucho mas que diestro; estaba resuelto á seguir contestando de la misma manera, y llevaba preparadas de antemano sus réplicas, cuando notó de repente que el interrogatorio variaba de objeto.

Tratabase de una ó varias visitas hechas á Re-

nato; de unas ó varias figuras de cera hecha por instigacion de La Mole.

Predispuesto Coconnas, como lo estaba, creyó que la acusacion perdia mucho de su intensidad, pues se trataba, no de haber hecho traicion á un rey, sino de haber hecho una estátua de reina, estátua que cuando mas tenia era ocho ó diez pulgadas de largo.

Respondió, pues, muy jovialmente, que hacia mucho tiempo que ni él ni su amigo jugaban á las muñecas, y observó con placer que en varias ocasiones lograron sus respuestas el privilegio de hacer reir à los jueces.

Aun no se habia dicho en verso; *Rio, desarmado estoy*, pero en prosa se habia repetido muchas veces. Y Coconnas creyó haber desarmado á medias á los jueces, porque se habian sonreido.

Terminado su interrogatorio, subió á su encierro cantando tan alborotadamente, que La Mole á quien se dirigia todo aquel ruido, debió sacar de él las mas favorables consecuencias.

Hicieronle bajar tras su amigo. La Mole vió con la misma admiracion que Coconnas, que la acusacion abandonaba su primer terreno y entraba en una nueva via. Interrogaronle sobre sus visitas á Renato, y contestó que solo una vez habia estado en casa del florentino. Preguntado si le habia encargado una figura de cera, contestó que Renato se la habia enseñado hecha: pregun-

tado si aquella figura representaba á un hombre, dijo; que representaba á una muger: preguntado si el hechizo habia tenido por objeto matar á aquel hombre, dijo: que el objeto del hechizo habia sido el hacerse amar de aquella muger.

Estas preguntas fueron hechas y repetidas de cien diferentes maneras, pero á todas ellas dió La Mole las mismas respuestas, cualquiera que fuese el modo con que se las dijeran.

Miraronse los jueces con una especie de indecision, sin saber á punto fijo lo que hacer en un asunto tan trivial, cuando una esquela que entregaron al procurador general cortó todas las dudas. Estaba concebida en estos términos:

"Si niega el acusado, recurrid al tormento.

K."

Metiose el procurador la esquela en el bolsillo, saludó con una sonrisa á La Mole y se despidió políticamente. La Mole volvió á su calabozo casi tan tranquilo, ya que no casi tan alegre como Coconnas.

—Creo que todo va bien, dijo para sí.

Una hora despues, oyó pasos y vió que introducian un papel por debajo de su puerta, mas sin poder ver la mano que le empujaba. Cogiole sin embargo pensando que no debia proceder de nadie sino del carcelero.

Al ver aquella carta se llenó su corazon de una esperanza casi tan dolorosa como una decepcion;

esperaba que fuese de Margarita, de quien no habia recibido noticias desde que estaba preso. La tomó temblando, pero al abrirla faltó poco para que la letra le hiciese morir de alegría.

"Animo, decia la carta; estoy alerta...."

—¡Oh! si ella está alerta, esclamó La Mole cubriendo de besos aquel papel tocado ántes por manos tan queridas; ¡oh! si ella està alerta me he salvado.

Para que La Mole comprenda este billete y para que tenga fe como Coconnas en lo que éste llamaba sus *éjidas invisibles*, fuerza es que llevemos al lector á la casita y alcoba en que tantos perfumes, aun no bien evaporados, en que tantos recuerdos convertidos de dulces en angustiosos, desgarraban el corazon de una muger medio tendida sobre almohadones de terciopelo.

—¡Ser reina! decia esta muger; ser fuerte, jóven, rica y hermosa, y sufrir lo que yo sufro, ¡oh! es imposible.

Y en medio de su agitacion se levantaba, andaba, se paraba de súbito, apoyaba su ardorosa frente en algun helado mármol, se incorporaba, cubierto de lágrimas el palido rostro, se retorcia los brazos dando gritos, y volvia á caer desfallecida sobre un sillon.

De repente se alzó el tapiz que separaba el aposento de la calle Cloche Percée, del aposento de la calle Tizon; resbaló por la pared un crugido como de seda, y apareció la duquesa de Nevers.

—¡Oh! esclamó Margatita; ¿eres tú? ¡Con cuánta impaciencia te esperaba! Dime, ¿qué noticias hay?

—Malas, malas, pobre amiga mia. Catalina en persona acelera el proceso, y en este mismo momento se halla en Vincennes.

—¿Y Renato?

—Está preso.

—¿Antes de haberle tu podido hablar?

—Sí.

—¿Y nuestros amados cautivos?

—Sé de ellos.

—¿Por conducto del alcaide?

—Como siempre.

—¿Qué hacen?

—Se ven todos los dias. Anteayer los registraron. La Mole rompió tu retrato por no entregarlo.

—¡Querido La Mole!

—Aníbal se rió en las barbas de los jueces.

—¡Buen Aníbal! Pero ¿qué mas?

—Esta mañana les interrogaron sobre la fuga del rey, sobre sus proyectos de rebelion en Navarra, y nada han dicho.

—¡Oh! bien sabia yo que guardarian silencio, pero ese silencio les mata lo mismo que si hablaran.

—Sí; pero nosotras les salvaremos.

—Supongo que habrás pensado en nuestra empresa.

—Desde ayer no he pensado en otra cosa.

—¿Y qué has adelantado?

—Acabo de cerrar el trato con Beaulieu. ¡Ay amada reina! ¡qué hombre tan inaccesible y tan avaro! Nos cuesta la vida de un hombre y trescientos mil escudos.

—Inaccesible y avaro le llamas..... y no pide mas que la vida de un hombre y tresciedtos mil escudos.... ¡Es de valde!

—¿De valde .... trescientos mil escudos?...... Todas tus joyas y las mias no valen tanto.

—¡Oh! no quede por eso. Pagará el rey de Navarra, pagará el duque de Alenzon, pagará mi hermano Cárlos ó si no.....

—¡Eh! eso es raciocinar como una loca. ¡Yo tengo los trescientos mil escudos!

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿De dónde lo has sacado?

—¡Oh! ahí está el cuento.

—¿Es un secreto?

—Para todos ménos para tí.

—¡Dios mio! dijo Margarita sonriendose en medio de sus lágrimas; ¿los has robado?

—Tú juzgarás.

—Sepamos.

—¿Te acuerdas de Nantouillet, el feo?

—¿De ese ricacho, de ese usurero?

—Todo lo que quieras.

—Adelante.

—Sucedio que un dia, viendo pasar á cierta dama rubia y de ojos verdes, adornada con tres rubies, uno en la frente, y dos en las sienes, tocado que tan bien la sienta, é ignorando que aquella muger fuese una duquesa, dijo el ricacho, el usurero:

"Con tres besos en el sitio en que están esos tres rubies, haré que nazcan tres diamantes de cien mil escudos cada uno."

—Y ahora, Enriqueta....

—Ahora han nacido los diamantes y están vendidos.

—¡Oh Enriqueta, Enriqueta! murmuró Margarita.

—¡Buena es esa! esclamó la jóven con un acento ingenuo y sublime, à la par que reasumia su sigilo y su carácter.... ¡buena es esa! ¡ahí veras que quiero á Aníbal!

—Verdad es, dijo Margarita risueña y ruborizada, le quieres mucho, le quieres demasiado.

Esto no obstante la cogió la mano y se la apretó.

—Merced à nuestros tres diamantes, continuó Enriqueta, ya están listos los escudos y el hombre.

—¡El hombre! ¿qué hombre?

—El que hay que matar. ¿Ya lo has olvidado?

—¿Y has encontrado el hombre que te hace al caso?

Mucho que sí.

—¿Por el mismo precio? preguntó Margarita sonriendose.

—Por el mismo precio hubiera encontrado ciento, respondió Enriqueta. No, no, por quinientos escudos, ni mas ni ménos.

—¿Por quinientos escudos has hallado quien consienta en dejarse matar?

—De algun modo se debia de buscar la vida.

—Querida, no te entiendo una palabra. Vamos, habla claro; no perdamos el tiempo en adivinar enigmas en la situacion en que nos hallamos.

—Pues escucha: el carcelero á cuya vigilancia están confiados La Mole y Coconnas, es un soldado viejo que sabe lo poco que supone una herida, y consiente en ausiliarnos para salvar á nuestros amigos, pero no quiere perder su plaza. Una puñalada descargada con cierta destreza, lo concilia todo: nosotros le damos una recompensa, y el estado una indemnizacion. El buen hombre comerá así á dos carrillos y repetirá la fábula del pelícano.

—Pero una puñalada...... dijo Margarita.

—No te apures, se la dará Aníbal.

—Verdad es, repuso Margarita riendose, que aunque le hirió tres veces á La Mole con su espada y su daga, La Mole no murió de ellas; lo cual siempre da alguna esperanza.

—Maliciosa, mereces que no diga mas.

—¡Oh! no, no, todo lo contrario, dime cuanto falte, te lo suplico. ¿Y cómo lo salvaremos?

—De este modo. La capilla es el único sitio de la fortaleza en que pueden penetrar las mugeres

que no están prisioneras. Nos escondemos detras del altar, y debajo del paño de éste, ponemos dos puñales. La puerta de la sacristia se halla abierta de antemano. Coconnas hiere al carcelero, el cual cae en tierra y hace la mortecina: aparecemos nosotras; cada cual cubre los hombros de su amigo con una capa; huimos con ellos por la puerta falsa de la sacristia, y como sabemos el santo y seña salímos sin ningun tropiezo.

—¿Y luego que estemos fuera?

—A la puerta les esperan dos caballos: montan, salen de la isla de Francia y se refugian á Lorena, de donde vendrán de incógnito alguna que otra vez.

—¡Oh! ¡tu me devuelves la vida! dijo Margarita. ¿Con que los salveremos?

—Casi te respondo de ello.

—¿Y muy pronto?

—¡Pse! dentro de tres ó cuatro dias. Beaulieu nos avisará.

—Es que si te conocen en las ceremonias de Vincennes, pueden trastornarse todos nuestros proyectos.

—¿Cómo quieres que me conozcan? Salgo disfrazada de monja con una toca que no deja se me vea siquiera la punta de las narices.

—Ya sabes que ninguna precaucion es sobrada.

—¿No lo he de saber? ¡voto á sanes! como diria el pobre Aníbal.

—¿Y del rey de Navarra, has tomado informes?

—Por snpnesto que sí.

—¿Y qué sabes?

—Que nunca ha estado tan alegre, segun dicen; re, canta, come bien, y solo pide que la guarden con toda vigilancia.

—Tiene razon. ¿Y mi madre?

—Ya te lo he dicho, apresura lo que puede el proceso.

—¿Pero de nosotras nada sospecha?

—¿Y cómo pudiera sospechar? Todos los que estàn en el secreto tienen interes en guardarle. ¡Ah! he sabido que ha enviado recado á los jueces de Paris para que estén dispuestos.

—Demonos prisa, Enriqueta. Si mudasen de cárcel nuestros pobres cautivos, habria que volver á empezarlo todo.

—Pierde cuidado; tantos deseos como tú tengo yo de verlos fuera.

—¡Oh! sí, ya lo sé; gracias, gracias mil veces por io que haces para conseguirlo.

—Adios, Margarita, adios. Vuelvo á ponerme en campaña.

—¿Y estàs segura de Beaulieu?

—Creo que puedo estarlo.

—¿Y del carcelero?

—Lo ha prometido.

—¿Y de los caballos?

—Serán los mejores de la caballeriza del duque de Nevers.

—Eres adorable, Enriqueta.

Y Margarita se arrojó en brazos de su amiga, despues de lo cual se separaron entrambas, dandose palabra de verse al siguiente dia, y todos los demas en el mismo sitio y á la misma hora.

Estas dos leales y encantadoras criaturas, eran las que con tanta razon designaba Coconnas con el nombre de sus *éjidas invisibles*.

CAPITULO LVII.

LOS JUECES.

—Ea, caro amigo, dijo Coconnas á La Mole, luego que se reunieron los dos compañeros despues del interrogatorio en que por primera vez se trató de la figura de cera; pareceme que todo marcha perfectamente y que no tardarán los jueces en abandonarnos, diagnóstico enteramente opuesto al del abandono de los médicos, porque cuando el médico deshaucia al enfermo, es porque ya no puede salvarle, y cuando el juez deshaucia al acusado es porque pierde toda esperanza de cortarle el cuello.

—Sí, respondió La Mole, y hasta en esa cortesanía, en esa amabilidad de los carceleros, en esa

elasticidad de las puertas, creo reconocer á nuestras nobles amigas: á quien no conozco por los informes que me habian dado, es al señor de Beaulieu.

—Yo sí, dijo Coconnas: carillo nos costará, pero ¿qué importa? la una es princesa y la otra reina; ambas son ricas y nunca se les ha de presentar mejor ocasion de emplear el dinero. Recapitulemos bien ahora nuestra leccion; nos llevan á la capilla, nos dejan allí bajo la inspeccion de nuestro alcaide; encontramos los puñales en el sitio indicado; abro un agugero en el vientre á nuestro guia....

—¡Oh! en el vientre no; seria robarle sus quinientos escudos; en el brazo.

—¿En el brazo? No faltaba mas para perder al pobre hombre; ¿quién dudaria de que él habia tenido complacencia con nosotros, y yo con él? No, no, en el costado derecho deslizando diestramente el puñal á lo largo de las costillas; golpe verosímil é inocente.

—Sea en el costado, adelante.

—En seguida etrancas tú con bancos la puerta principal, en tanto que nuestras dos princesas salen del altar en que están escondidas y Enriqueta abre la puerta falsa.

—Y luego, dijo La Mole con esa vibrante voz que pasa como una música por entre los labios, y luego nos acogemos al bosque. Un beso á cada uno nos llena de alegría y fortaleza. ¿No te parece, Aníbal, que ya nos vemos tendiedos sobre nus-

tros veloces caballos, dulcemente oprimido el corazon? ¡Oh! ¡qué buena cosa es el miedo! ¡el miedo al aire libre, llevando desnuda al costado una leal espada, gritando ¡hurra! al corcel que aguijado por la espuela arranca mas rápido à cada grito.

—Sí, repuso Coconnas; ¿pero qué te parece, La Mole, del miedo entre cuatro paredes? De ese te puedo yo hablar, porque he sentido una cosa que se le parece: cuando asomó por primera vez en mi encierro el lívido rostro de Beaulieu, brillaban tras él y en la sombra varias partesanas, y se oía un siniestro ruido de hierros chocando unos con otros. Jurote que me acordé al momento del duque de Alenzon, y que crei ver su repugnante faz asomando entre dos disformes cabezas de alabarderos. Me llevé chasco y este fue mi único consuelo; mas no todo se me pasó, pues por la noche soñè con esta escena.

—Todo, dijo La Mole dando curso á sus risueños pensamientos sin acompañar á su amigo en las escursiones que hacia en los campos de lo fantástico, todo lo han provisto, hasta el sitio á que debemos refugiarnos. Vamos á Lorena, querido. Mas me habria complacido en verdad ir á Navarra que es su reino; pero Navarra está muy léjos; vale mas Nancy; solo distaremos cincuenta leguas de Paris. ¿Sabes que tengo una pesadumbre, Aníbal, al salir de aquí?

—¡Buen capricho! pues las mias aquí se quedan todas.

—Siento que no podamos llevarnos á ese buen alcaide en vez de....

—No querrá, dijo Coconnas; ¿no ves que perderia mucho? quinientos escudos nuestros, una recompensa del gobierno, un ascenso acaso, ¡qué feliz va á vivir el tunante así que yo le mate.... ¿Pero qué tienes?

—¡Nada! Me ha pasado por la mente una idea.

—No debe ser muy graciosa, porque te pones horriblemente pálido.

—No entiendo por qué nos han de llevar á la capilla.

—¡Buena es esa! Para comulgar. Justamente es ahora tiempo.

—Es que, repuso La Mole, á la capilla no llevan mas que á los condenados á muerte ó á los que sacan del tormento.

—¡Oh! dijo Coconnas inmutandose levemente. Eso merece llamar la atencion. Interroguemos sobre el asunto al perillan á quien he de desjarretar dentro de poco. ¡Eh! ¡amigo llavero!

—¿Llamais? preguntó el alcaide que estaba de acecho en lo alto de la escalera.

—Sí, ven acà.

—Aquí me teneis.

—Está resuelto que nos escapemos desde la capilla, ¿eh?,

—¡Chiton! dijo el carcelo mirando con terror en torno suyo.

—No hay cuidado; nadie nos escucha.

—Sí señor, desde la capilla.

—¿Luego nos llevaràn á ella?

—Tal es la costumbre.

—¿La costumbre?

—Sí; despues de toda sentencia de muerte se permite al reo que pase la noche en la capilla.

Coconnas y La Mole se miraron con sobresalto.

—¿Conque creeis que seremos condenados á muerte?

—¿Pues no?.... supongo que vos tambien lo creereis.

—¡Cómo! ¿nosotros tambien? dijo La Mole.

—Cierto que sí.... no creyendolo no os hubierais decidido á fugáros.

—¿Sabes que tiene mucha razon? preguntó Coconnas à La Mole.

—Sí.... y sé tambien desde ahora que, á lo que parece, jugamos el todo por el todo.

—¿Pues y yo? dijo el carcelero, ¿creeis que no arriesgo nada?...... ¡Si este caballero fuera á equivocarse de sitio en un momento de emocion!......

—¡Voto á sanes! en tu lugar quisiera yo estar, dijo lentamente Coconnas, y no tener relaciones con otras manos que con esta, con otro acero que con el que á tí te toque.

—¡Condenados á muerte! murmuró La Mole, ¡es imposible!

—¡Imposible! dijo cándidamente el carcelero, ¿y por qué?

—¡Chiton! interrumpió Coconnas, creo que abren la puerta de abajo.

—En efecto, repuso vivamente el alcaide; ¡adentro, señores, adentro!

—¿Cuándo creeis que se celebre el juicio? preguntó La Mole.

—Mañana á mas tardar. Pero dessuidar; las personas que deben recibir el competente aviso, le recibiràn.

—Abracemonos, pues, y despidamonos de estas paredes.

Abrazaronse estrechamente los dos amigos y volvió cada cual á su calabozo, La Mole suspirando y Coconnas cantando entre dientes.

--Nada notable ocurrió hasta las siete de la noche, que se desplomó mústia y lluviosa sobre el torreon de Vincennes: era una verdadera noche de evasion. Cuando llevaron su colacion nocturna á Coconnas, éste cenó con su ordinario apetito, sin dejar de pensar en el placer que le causaria el verse calado por aquella lluvia que azotaba las paredes. Disponiase ya á dormir al sordo y monótono murmullo del viento, cuando le pareció que aquel viento que solia escuchar con un impulso de melancolía nunca sentido por él ántes de estar encarcelado, silbaba mas fuerte que lo regular por debajo de las puertas y que la estufa mugia con mas fuerza que de costumbre. Este fenómeno no ocurria siempre que abrian algun calabozo del piso superior, y sobre todo el de enfrente. Por aquel

ruido conocia Aníbal cuando debia ir á visitarle el carcelero, pues le revelaba que estaba saliendo del encierro de La Mole.

Aquella vez, sin embargo, en vano alargó Coconnas el pescuezo y aplicó el oído.

Trascurrió el tiempo y nadie parecia.

—¡Cosa rara! dijo Coconnas, han abierto á La Mole y á mi no me abren. ¿Habrá llamado? ¿estarà enfermo? ¿qué habrá sucedido?

Todas son sospechas é inquietudes, así como todas son alegrías y esperanzas para un prisionero.

Pasó media hora, pasó una, pasó hora y media.

Ya empezaba Coconnas à dormirse despechado, cuando le hizo estremecerse un ruido en la cerradura.

—¡Hola! dijo, ¿es ya hora de marchar? ¿nos van á llevar á la capilla sin sentenciarnos? ¡Voto á sanes! gran placer seria huir en una noche como esta; está oscura como boca de lobo, ¡quiera Dios que no sean ciegos los caballos!

Iba à interrogar jovialmente al carcelero, cuan vió que éste se llevaba un dedo à los labios, moviendo los saltones ojos del modo mas elocuente.

En efecto, á espaldas del alcaide se oía ruido y se veian sombras.

De repente divisó el piamontes en medio de la oscuridad dos cascos en que la humeante luz trazaba una espiga de oro.

—¡Oh! preguntó á media voz, ¿qué significan estos siniestros preparitivos? ¿á dónde vamos?

Solo respondió el carcelero con un suspiro muy semejante á un gemido.

—¡Voto á sanes! murmuró Coconnas, ¡qué ecsistencia tan endiablada! ¡siempre estremos y nunca tierra firme! ¡ó buzar bajo cien pies de agua, ó mecerse sobre las nubes! no hay medio. ¿Puedo saber à dónde vamos?

—Seguid á los alabarderos, dijo una voz tartajosa, por la que vino Coconnas en conocimiento de que los soldados que habia entrevisto iban acompañados de algun golilla.

—¿Y el señor de La Mole? preguntó el piamontes, ¿dónde está? ¿qué es de él?

—Seguid á los alabarderos, repitió la misma tartajosa voz, en el mismo tono.

Era preciso obedecer. Coconnas salió de su encierro y vió al enlutado, cuya voz le habia sido tan desagradable. Era un escribano diminuto y giboso, que sin duda habia entrado en la curia para que el ropon no permitiera ver que tambien era patiestevado.

Bajó lentamente por la escalera espiral. En el piso principal se detuvieron los guardias.

—Mucho bajamos, murmuró Coconnas, pero aun no basta.

En esto se abrió la puerta; Coconnas tenia ojos de lince y olfato de perro perdiguero; olió á los jueces y vió en la sombra la silhueta de un hombre con los brazos desnudos, espectáculo que bañó en

sudor su frente. Mas no por eso dejó el piamontes de tomar la mas risueña espresion; inclinó a cabeza à la izquierda, con arreglo al código de la mas refinada moda de aquella época, y entró en la estancia, puestos los brazos en jarras.

Alzaron un tapiz y Coconnas se vió, en efecto, frente á frente con jueces y escribanos.

A corta distancia de ellos estaba La Mole sentado en un banco.

Fue Coconnas introducido ante el tribunal. Al llegar frente á los jueces se detuvo, saludó á La Mole moviendo la cabeza y sonriendose, y quedó en espectativa.

—¿Cómo os llamais? preguntó el presidente.

—Marco Aníbal de Coconnas, respondió el caballero con esquisito agrado, conde de Montpaner, Chenaux y otros parajes; bien que harto conocidos son nuestros títulos.

—¿Dedonde sóis

—De Saint-Colomban, en las cercanias de Suze.

—¿Qué edad teneis?

—Veintisiete años y tres meses.

—Bien, dijo el presidente.

—Parece que le gusta, murmuró Coconnas.

—Ahora, repuso el presidente despues de u momento de silencio, que dió tiempo al escribano para anotar las respuestas del acusado, decid, ¿qué objeto os proponiais al abandonar la casa del señor duque de Alenzon?

—El de reunirme con mi amigo el señor de La

Mole, que está presente y que la abandonó algunos dias ántes que yo.

—¿Qué haciais en la caceria en que se os aprehendió?

—Cazar, respondió Coconnas.

—Tambien el rey estaba, y allí fue donde sintió los primeros síntomas de la enfermedad que actualmente padece.

—En cuanto á eso, yo no estaba cerca de S. M. y nada puedo decir. Y aun ignoraba que se hallase enfermo.

Los jueces se miraron unos á otros con incrédula sonrisa.

—¡Oh! ¿lo ignorabais? dijo el presidente.

—Sí, señor, y lo que es la noticia me aflige. Aunque el rey de Francia no sea mi soberano, me inspira muchas simpatias.

—¿De veras?

—Palabra de honor. No me sucede lo mismo con su hermano el duque de Alenzon. Lo que es ese confieso......

—Aquí no se trata del duque de Alenzon, sino de S. M., caballero.

—Pues bien, ya he dicho que soy su mas humilde servidor, respondió Coconnas contoneándose con la mas adorable indolencia.

—Si en efecto sois, como suponeis, servidor suyo, ¿teneis la bondad de decirnos lo que sepais acerca de cierta estátua mágica?......

—¡Bien! ¿ya parece que volvemos á la historia de la estátua?

—Sí, señor: ¿os desagrada por ventura?

—Todo lo contrario, me agrada mas que lo otro. Adelante.

—¿Por qué estaba la estátua en casa del señor de La Mole?

—¿Del señor de La Mole? Direis en casa de Renato.

—¿Luego confesais que ecsiste?

—Si me la enseñaran......

—Aquí está...... ¿La conoceis?......

—Es la misma.

—Escribano, dijo el presidente, poned que el acusado reconoce la estátua por haberla visto en casa del señor de La Mole.

—No, no, interrumpió Coconnas; no hay que confundirnos: por haberla visto en casa de Renato.

—En casa de Renato, enhorabuena. ¿Qué dia?

—El único dia que estuvimos en ella el señor de La Mole y yo.

—¿Confesais haber estado en casa de Renato con el señor de La Mole?

—¡Buena es esa! ¿cuándo he tratado de negarlo?

—Escribano; poned que el acusado confiesa haber estado en casa de Renato para hacer conjuros.

—Poco á poco, poco á poco, señor presidente; os suplico que modereis vuestro entusiasmo: no he dicho una palabra de eso.

—¿Negais que estuvisteis en casa de Renato para hacer conjuros?

—Sí. El conjuro se hizo por casualidad, mas sin premeditacion.

—¿Pero le hubo?

—No puedo negar que hubo algo parecido á un hechizo.

—Escribano; poned que el acusado confiesa haberse hecho en casa de Renato un conjuro contra la vida del rey.

—¡Cómo contra la vida del rey! Ese es un embuste infame. No se ha hecho hechizo ninguno contra S. M.

—Ya lo veis, señores, dijo La Mole.

—¡Silencio! esclamó el presidente, y volviendose al escribano, añadió: contra la vida del rey ¿estamos?

—No hay tal, no hay tal, dijo Coconnas. Ademas, la estátua no era de hombre, sino de muger.

—¿Qué os dije yo, señores? repuso La Mole.

—Señor de La Mole, esclamó el presidente; responded cuando os interroguemos, pero no interrumpais otros interrogatorios.

—¿Decís que era de muger?

—Sí, que lo digo.

—Y entónces, ¿por qué tiene corona y manto lrea?

—¡Pardiez! dijo Coconnas, es muy sencillo; porque era......

Levantose La Mole y se llevó un dedo á los labios.

—Verdad es, repuso Coconnas; y yo que lo iba á contar como si á estos señores les interesara......

—¿Persistís en afirmar que la estátua es de muger?

—Sí, señor, persisto.

—¿Os negais á manifestar qué muger es esa?

—Una dama de mi tierra, dijo La Mole, à quien yo amaba, y cuya correspondencia pretendia.

—No sois vos el que sufre el interrogatorio, señor de La Mole, gritó el presidente; callad ó se os pondrá una mordaza.

—¡Una mordaza, dijo Coconnas: ¿cómo es eso, señor enlutado? ¿Poner una mordaza á mi amigo? ¡Bah!

—Que entre Renato, dijo el procurador general Laguesle.

—Sí, que entre Renato, prosiguió Coconnas, que entre, veremos quien tiene razon aquí, si vosotros tres ó nosotros dos.

Entró Renato, pálido, avejentado, casi desconocido para los dos amigos, y agobiado bajo el peso cel crímen que iba á cometer, mas aûn que por los que llevaba cometidos.

—Maese Renato, dijo el presidente, ¿conoceis á los dos acusados que teneis delante?

—Sí señor, respondió Renato con voz que revelaba claramente su emocion.

—¿Dónde los habeis visto?

—En varias partes y particularmente en mi casa.

—¿Cuántas veces han estado en vuestra casa?

—Una sola.

Conforme iba hablando Renato se serenaba el rostro de Coconnas: La Mole por el contrario, permanecia grave cual si tuviera algun presentimiento.

—¿Y con qué motivos os visitaron?

Renato vaciló un momento y contestó por fin:

—Para encargarme una figura de cera.

—Con permiso, maese Renato, con permiso, dijo Coconnas; incurris en un ligero error.

—¡Silencio! esclamó el presidente, y continuò volviendose á Renato.

¿esta figura es de hombre ó de muger?

—De hombre, respondió el florentino.

Dió Coconnas un brinco como si sintiera una conmocion eléctrica.

¡De hombre! esclamó.

—De hombre, repitió Renato, pero con tan flaca voz que apénas le oyó el presidente.

—¿Y por qué tiene esta estátua de hombre un manto sobre los hombros y una corona?

—Porque representa á un monarca, dijo Renato.

—¡Ah, infame embustero! gritó Coconnas ecsasperado.

—Calla, Coconnas, calla, interrumpió La Mole; deja que hable ese hombre; dueño es de perder su alma.

—Sí, pero no el cuerpo de los demas ¡voto á sanes!

—¿Y qué significa la aguja de acero que tenia la estátua clavada en el pecho con un papel en que se leia la letra M.?

—La aguja simulaba una espada ó un puñal y la letra M quiere decir MUERTE.

Coconnas hizo un movimiento para arrojarse sobre Renato, pero le contuvieron cuatro guardias.

—Bien está, dijo el procurador Laguesle, el tribunal queda suficientemente enterado. Que pasen los presos al cuarto de espera.

—Es imposible, esclamaba Cocônnas, oír tales acusaciones sin protestar.

—Protestad, caballero, nadie os lo estorba. Guardias, obedeced.

Cercaron los guardias á los dos acusados, y los sacaron por diferentes puertas.

Incontinenti hizo el procurador una seña al hombre á quien habia divisado Coconnas entre las tinieblas y le dijo:

—No os alejeis mucho, maestro; esta noche tendreis trabajo.

—¿Por cuál de los dos he de empezar? preguntó el desconocido quitandose respetuosamente la gorra.

—Por ese, dijo el presidente apuntando á La Mole, á quien todavia se distinguia como una sombra entre dos guardias. Y acercandose en seguida á Renato que permanecia de pie, trémulo, y es-

perando que le llevaran el Chatelet donde estaba su encierro.

—Bien, maese Renato, le dijo; perded cuidado, la reina y el rey sabràn que á vos se debe el haber descubierto la verdad.

Pero en vez de devolver esta promesa las fuerzas à Renato, pareció que le aterrorizaba, pues solo contestó à ella con un profundo suspiro.

CAPITULO LVIII.

EL TORMENTO DEL BORCEGUI.

ABANDONADO el piamontes à sí mismo, luego que le llevaron á su nuevo calabozo y le encerraron en él, y no sostenido ya por su lucha contra los jueces ni por su cólera contra Renato, dió principio á una série de tristes reflecsiones.

—Me parece, decia á sus solas, que esto va malo y que ya seria tiempo de ir á la capilla. No tengo fe en las sentencias de muerte, pues indudablemente á estas fechas tratan de imponernos esa pena, y ménos que ninguna, en las que se pronuncian à puerta cerrada, en una fortaleza, y por ante rostros n feos como los que me circundaban.

Ello es que pretenden seriamente cortarnos la cabeza, ¡hum, hum!.... vuelvo á mi tema.

Ya seria tiempo de marchar á la capilla.

A estas palabras pronunciadas à media voz, se siguió un rato de silencio, y este silenció fue interrumpido por un grito sordo, ahogado, lúgubre, que nada tenia de humano: grito que parecia atravesar la espesa muralla y que fue á vibrar en los hierros de sus ventanas.

Estremeciose Coconnas involuntariamente, y eso que era hombre tan animoso, que el valor en él se parecia al instinto de las béstias feroces. Quedose inmóvil en el sitio á donde le habia herido el son, dudando si aquella queja podia haber sido proferida por labios humanos, y tomandola por un gemido del viento entre los árboles, ó por uno de esos mil rumores nocturnos que parecen subir ó bajar de los dos mundos ignotos, entre los cuales gira nuestro mundo; y entónces oyó otro segundo quejido, mas doloroso, mas profundo, mas desgarrador aún que el primero; pero en él no solo distinguió positivamente la espresion que tiene el dolor en la voz humana, sino que creyó conocer en aquella voz la de La Mole.

Al oirla olvidó el piamontes que le contenian dos puertas, tres rejas y una pared de doce pies de espesor, y se precipitó con todo su peso contra aquella pared como para derribarla y volar en ausilio de la víctima, esclamando:

—¿Qué? ¡Degüellan por ahí à álguien?

Pero tropezó en el camino con la tápia en que no habia pensado, y cayò de rechazo sobre un banco de piedra, en el cual quedó sin movimiento.

No oyó mas.

—¡Oh! ¡le han muerto! murmuró; esto es abominable; aquí no le puedo defender.... ¡nada, ni una arma!

Y alargaba los brazos en derredor.

—¡Oh! esta argolla de hierro, esclamó, la arrancaré, y ¡desgraciado del que se me acerque!

Levantóse Coçonnas, asió la argolla y la conmovió tan violentamente de una sola sacudida, que era evidente que con otras dos mas la hubiera arrancado.

Mas de repente se abrió la puerta y penetró en el calabozo una luz producida por dos hachones.

—Venid, caballero, dijo la misma voz tartajosa que tan particularmente le habia ántes desagradado, y que no parecia haber adquirido el atractivo que la faltaba, para hacerse oír desde tres pisos mas abajo: venid, os está aguardando el tribunal.

—Bien, respondió Coconnas soltando la argolla, ¿me van á notificar mi sentencia?

—Sí, señor.

—¡Oh! respiro; marchemos.

Y siguió al alguacil que le precedia con acompasados pasos, y con su vara negra en la mano.

A pesar de la satisfaccion que en el primer momento habia manifestado Coconnas, lanzaba al an-

dar inquietas ojeadas á derecha y á izquierda, atras y adelante.

—¡Oh! murmuró; no veo por aquí á mi digno carcelero, y confieso que echo de ménos su presencia.

Llegaron por fin á la estancia de donde acababan de salir los jueces, y en la cual estaba solo y de pié un hombre en quien reconoció Coconnas al procurador general, que habia llevado muchas veces la palabra en el trascurso del proceso y siempre con una animosidad palpable.

En efecto, á él le habia encargado Catalina particularmente el proceso, ya de viva voz, ya por escrito.

Una cortina levantada permitia ver el fondo de aquel aposento, cuyas profundidades se perdian en la oscuridad; y era tan terrible el aspecto de la parte iluminada, que hizo flaquear las piernas de Coconnas, y le obligó á esclamar:

—¡Oh, Dios mio!

No sin causa exhaló Coconnas este grito de terror.

El espectáculo era en efecto de los mas lúgubres. El recinto, encubierto durante el interrogatorio por aquella cortina que á la sazon estaba levantada, aparecia como el vestíbulo del infierno.

En primer término se veia un caballete de madera guarnecido de cuerdas, poleas y otros accesorios de la tortura. Chispeaba mas léjos un brasero que reflejaba sus rojizos resplandores sobre to-

dos los objetos inmediatos, haciendo aun mas marcada la silhueta de los que entre él y Coconnas se hallaban colocados. Recostado en una de las columnas que sostenian la bóveda estaba de pié un hombre, inmóvil, como una estátua y con una cuerda en la mano. Parecia formado de la misma piedra que la columna en que se apoyaba. De las paredes pendian sobre los bancos y entre argollas de hierro, cadenas y relucientes aceros.

—¡Oh! murmuró Coconnas, el cuarto del tormento preparado, como si solo esperase al paciente. ¿Qué significa esto?

—De rodillas, Marco Aníbal Coconnas, dijo una voz que hizo alzar la cabeza al caballero; de rodillas para oír la sentencia que contra vos acaba de pronunciarse.

Invitacion era esta de aquellas contra las cuales se revelaba instintivamente.

Mas al ir á hacerlo pusieron dos hombres las manos sobre sus hombros de un modo tan imprevisto, y tan pesado sobre todo, que cayó de hinojos en las losas.

La vóz continuó:

"Sentencia pronunciada por el tribunal esta-ble-
"cido en el torreon de Vincennes, contra Marco
"Aníbal de Coconnas, acusado y convicto del
"crímen de lesa-magestad, de conato de envena-
"miento, de sortilegio y de mágia contra la perso-
"na del rey, del crímen de conspiracion contra la

"seguridad del estado, como tambien de haber "impelido á la rebelion con perniciosos consejos á "un príncipe de la sangre."

A cada una de estas imputaciones movia Coconnas la cabeza llevando el compas como hacen los estudiantes indóciles.

El juez prosiguió:

"En consecuencia de lo cual, dicho Marco Aní- "bal de Coconnas, será conducido desde su prision "á la plaza de San Juan en Greve donde será de- "capitado; se le confiscarán sus bienes, se cortarán "sus montes á la altura de seis piés; se arrasarán "sus castillos, y se colocará en el centro una pilas- "tra con una placa de cobre en que se esprese el crímen.

—Sí, creo que me corten la cabeza, dijo Coconnas, porque la tengo en Francia y está en bastante aprieto; pero en cuanto á mis montes y á mis castillos, desafio á todas las sierras y picas del reino á que les hinquen el diente.

—¡Silencio! dijo el juez, y continuó:

"Será ademas dicho Coconnas......"

—¡Cómo! interrumpió éste, ¿me han de hacer algo despues de la decapitacion? ¡Oh! mucha severidad me parece esa.

—No, señor, sino ántes, dijo el juez.

Y prosiguió:

"Será ademas dicho Coconnas, ántes de la ejecucion de la sentencia, puesto al tormento estraordinario, que es de diez cuñas."

Coconnas dió un salto y fulminó al juez una chispeante mirada.

—¿Y para qué? esclamó sin acertar á espresar de otro modo que con esta candidez la multitud de ideas que acababan de surgir en su mente.

En efecto, aquella circunstancia trastornaba todos los planes de Coconnas; solo despues del tormento le conducirian á la capilla, y de resultas del tormento solian morir muchos, con tanto mas motivo, cuanto mas animoso y fuerte era el que sufria. Entónces se consideraba como una cobardia el declarar; no declarando, continuaba la tortura, y no solo continuaba, sino que duplicaba su rigor.

El juez se dispensó de contestar á Coconnas, pues el final de la sentencia respondia por él; así es que continuó:

"Para obligarle á declarar sus cómplices, y los detalles de sus tramas y maquinaciones."

—¡Voto á!.... gritó Coconnas; eso es lo que se llama una infamia; eso es lo que se llama mucho mas que una infamia, una cobardia.

Acostumbrado á la cólera de las víctimas, cólera que calma el dolor cambiandola en lágrimas, el impasible juez no hizo mas que un ademan.

Cogiendo á Coconnas por los pies y por los hombros, le sujetaron, llevaron, tendieron y ataron en el lecho del tormonto, ántes de que tuviera tiempo para mirar siquiera á los que así le violentaban.

—¡Miserables! ahullaba Coconnas, sacudiendo

en un paroxismo de furor el lecho y los caballetes de un modo capaz de hacer retroceder á los mismos que habian de aplicarle el tormento. ¡Miserables! atormentadme, quebrantadme, hacedme pedazos, pero nada sabreis, os lo juro. ¡Oh! ¿creeis que con trozos de madera y con trozos de hierro se obliga á hablar á un caballero de mi nombre? Empezad, empezad, á todos os desafío.

—Preparaos á escribir, escribano, dijo el juez.

—¡Prepárate, sí! ahulló Coconnas, y si escribes cuanto yo os diga, infames verdugos, trabajo te mando. Escribe, escribe.

—¿Quereis hacer revelaciones? dijo el juez sin salir de su flema.

—Nada, ni una palabra, idos al demonio.

—Ya reflexionareis durante los preparativos. Ea, maese, poned los botines al señor.

A estas palabras, el hombre que hasta entónces habia permanecido de pie é inmóvil con las cuerdas en la mano, se apartó de la columna, y se dirigió lentamente á Coconnas, el cual volvió la cabeza para hacerle una mueca.

Era maese Caboche, verdugo de la prebostía de Paris.

Pintose una dolorosa sorpresa en las facciones de Coconnas, quien léjos de gritar y agitarse, se quedó inmóvil sin poder apartar los ojos del rostro de aquel olvidado amigo que en tan críticos momentos se le aparecia.

Sin que se contrajera un solo músculo, de su

faz; sin que pareciese que habia visto á Coconnas en otra parte que sobre aquel caballete, le introdujo Caboche dos tablas entre las piernas, le puso otras dos iguales à la parte esterior y lo ató todo con la cuerda que en la mano tenia.

A este aparato se daba el nombre de los borceguíes

En el tormento ordinario se introducian seis cuñas entre las dos tablas interiores que al apretarse trituraban las carnes.

En el tormento estraordinario se introducian diez cuñas, y las tablas entónces no solo trituraban las carnes, sino que rompian los huesos.

Terminada la operacion preliminar, maese Caboche introdujo la estremidad de una cuña entre tabla y tabla, y con su mazo en la mano y una rodilla en tierra, miró al juez.

—¿Quereis declarar? preguntó éste.

—No, respondió enérgicamente Coconnas, aunque ya sentia gotear sobre su frente el sudor y erizársele los cabellos en la cabeza.

—En ese caso, vamos adelante, dijo el juez primera cuña, ordinaría.

Alzó Caboche el brazo armado con un pesado martillo, y descargó un terrible golpe sobre la cuña que dió un sonido hueco.

Tembló el caballete.

Coconnas no ecshaló una sola queja en esta primera cuña, que por lo regular arrancaba gemidos á los mas resueltos.

Hubo mas, la única espresion que en su rostro se pintó, fue la de un indecible asombro. Miró con estupefactos ojos á Caboche, el cual, medio vuelto hácia el juez y con el brazo levantado, se disponia á repetir.

—¿Con qué intencion os ocultasteis en la selva? preguntó el juez.

—Para sentarme á la sombra, respondió Coconnas.

—Adelante, respondió el magistrado.

Caboche descargó un segundo golpe que resonó como el primero.

Pero lo mismo en el uno que en el otro, permaneció Coconnas sin pestañar, y sus ojos continuaron mirando al verdugo con igual espresion.

El juez frunció el ceño.

—¡Vaya un cristiano duro! murmuró: ¿ha entrada toda la cuña, maese?

Bajose Caboche como para ecsaminarlo y dijo á Coconnas al oído:

—¡Gritad, desgraciado!

Y enderezándose añadió:

—Toda, si señor.

—Segunda suña ordinaria, repuso friamente el juez.

Todo se lo esplicaron á Coconnas las dos palabras de Caboche.

El buen verdugo acababa de hacer *á su amigo*, el mayor favor que puede mediar entre un verdugo y un caballero.

Le ahorraba mucho mas que el dolor; ahorrabale la mengua de declarar, introduciendo entre las tablas cuñas de cuero elásticas, que solo tenian de madera la parte superior, en vez de introducir cuñas de encina. Con esto le dejaba ademas todas sus fuerzas para presentarse en el cadalso.

—¡Ah buen Caboche! murmuró Coconnas, pierde cuidado; gritaré, pues me lo encargas, y descontentadizo has de ser si no quedas satisfecho.

En aquel intermedio introdujo Caboche la estremidad de otra cuña aun mas gruesa que la primera.

—Adelante, dijo el juez.

A esta palabra descargó Caboche un golpe tan formidable, como si tratara de derribar el torreon de Vincennes.

—¡Ah! ¡ah! ¡uh! ¡uh! gritó Coconnas en el mas variado diapason; ¡rayos del cielo! ved que me rompeis los huesos.

—¡Hola! dijo el juez sonriendose; hace efecto la segunda; ya me estrañaba á mí.

Coconnas respiró con la fuerza de un fuelle de fragua.

—¿Qué haciais en la selva? repitió el juez.

—Ya lo he dicho, ¡voto á cribas! tomar el fresco.

—Adelante, repuso el juez.

—Declarad, le dijo Caboche al oído.

—¿Qué?

—Lo que os acomode, pero decid algo.

Y dió el segundo golpe con no menor fuerza que el primero.

Coconnas empezó á dar desaforados gritos.

—¡Oh! ¡basta, basta! ¿Qué deseais saber, señor mio? ¿por qué estaba en el bosque?

—Sí.

—Por órden del señor duque de Alenzon.

—Escribid, dijo el juez.

Si he cometido algun crímen, armando un lazo al rey de Navarra, continuó Coconnas, yo no pasaba de ser un instrumento, obedecia á mi amo.

El escribano se puso á escribir.

—¡Oh! me has denunciado, cara de materia, murmuró el paciente; espera, espera.

Y refirió las visitas de Francisco al rey de Navarra, las entrevistas de Mouy con el duque de Alenzon y la historia de la capa encarnada, gritando por reminiscencia en medio de su narracion, y haciendo que de vez en cuando le aplicasen un nuevo martillazo.

Dió, en fin, tantos pormenores precisos, verídicos, incontestables y terribles contra el duque de Alenzon; fingió tan bien que solo cedia á la fuerza del dolor, hizo gestos, dió bramidos y ecshaló quejas tan naturales y en tan distintos tonos que el mismo juez se espantó á la postre de tener que anotar detalles que tanto comprometian á un príncipe frances.

—Perfectamente, decia Caboche, à este buen señor no hay que decirle las cosas dos veces; á la prmera da sobrado que hacer al escribano. !Je-

sus, Dios mio! ¿qué sucederia si en vez de ser las cuñas de cuero fuesen de madera?

Así fue que Coconnas quedó dispensado de la última cuña estraordinaria; pero, sin ella, le llevaban aplicadas nueve, número mas que suficiente para hacerle harina las piernas.

El juez encareció á Coconnas la benignidad con que le trataba, merced á sus declaraciones, y se retiró.

Quedose solo el paciente con Caboche.

—Vamos, preguntó éste, ¿qué tal va, señor caballero.

—¡Oh amigo! ¡oh escelente amigo! ¡oh querido Caboche! dijo Coconnas, ten por seguro que toda mi vida te agradeceré lo que por mí acabas de hacer.

—No os falta razon, ¡pardiez! pues si llegaran á descubrirlo ocuparia yo vuestro lugar en ese caballete y no me tratarian con las consideraciones que con vos he usado.

—Pero, ¿cómo te ha ocurrido la ingeniosa idea?...

—Así, respondió Caboche, envolviendo entre tanto las piernas de Coconnas en un lienzo empapado en sangre, que supe que estabais preso, que os iban á juzgar y que la reina Catalina deseaba vuestra muerte; adiviné que os darian tormento y tomé mis precauciones.

—¿Arriesgandote à cuanto te podia suceder?....

—Sí señor, dijo Caboche; sois el único caballero que me ha dado la mano y todos tenemos me-

moria y corazon, aunque verdugos, y tal vez por ser verdugos. Vereis mañana con qué habilidad os sacó del paso.

—¿Mañana? dijo Coconnas.

—Mañana, sí por cierto.

—¿De qué paso?

Caboche miró á Coconnas con estupor.

—¿Cómo de que paso? ¿Ya se os ha olvidado la sentencia?

—¡Ah! sí, en efecto, la sentencia, dijo Coconnas; ya se me habia olvidado.

La verdad era que no se le habia olvidado; sino que no pensaba en ella.

En lo que pensaba era en la capilla, en el puñal escondido bajo el sagrado paño, en Enriqueta y en la reina, en la puerta de la sacristia y en los dos caballos que debian esperarle á la salida del bosque; en lo que pensaba era en la libertad, en su carrera al aire libre, en salvar las fronteras de Francia.

—Ahora, dijo Caboche, es necesario que paseis con destreza del caballete á la litera. No olvideis que para todo el mundo, inclusos mis ayudantes, teneis rotas las piernas y que á cada movimiento debeis lanzar un grito.

—¡Ay! gritó Coconnas, solo de ver que se le acercaban con la litera.

—Vamos, vamos, un poco de valor, repuso Caboche, si gritais ya, ¿qué direis dentro de poco?

—Querido Caboche, dijo Coconnas, os ruego

que no dejeis que me toquen vuestros estimables acólitos; tal vez no tengan la mano tan ligera como vos.

—Dejad esa litera junto al cabellete, dijo maese Caboche.

Obedecieron los dos criados. Maese Caboche cogió á Coconnas en brazos como á un niño y le tendió sobre las parihuelas; mas á pesar de todas sus precauciones, Coconnas lanzó feroces gritos.

A este tiempo se presentó el buen carcelero con una linterna en la mano.

—A la capilla, dijo.

Y los dos mozos se pusieron en marcha, no sin que ántes diese Coconnas á Caboche otro apreton de manos.

Sobrado bien le habia probado el primero al piamontes para que anduviese entónces con reparos.

CAPITULO LIX.

LA CAPILLA.

En medio del mas profundo silencio, atravesó la lúgubre comitiva los dos puentes levadizos del torreon, y el patio principal del castillo por donde se va á la capilla, en cuyos cristales daba una palida luz que iluminaba los lívidos rostros de los apóstoles y sus purpúreos ropajes.

Coconnas aspiraba ávidamente el aire de la noche, aunque estaba cargado de lluvia. Observando las profundas tinieblas, que le circuian, se congratulaba de que todas las circunstancias favoreciesen su fuga y la de su compañero.

Fuele preciso apelar à todo su teson, á toda su prudencia, á todo su imperio sobre sí mismo, para

no saltar de la litera cuando entró en la capilla, y vió en el coro á tres pasos del altar una masa que yacia envuelta en una ancha capa blanca. Era La Mole.

Los dos soldados que escoltaban la litera se detuvieron en la parte esterior de la puerta.

—Ya que nos conceden por última gracia el reunirnos aquí, dijo Coconnas con lánguida voz, llevadme al lado de mi amigo.

No teniendo los mozos órden ninguna que lo prohibiese, no opusieron dificultad á la pretension de Coconnas.

La Mole estaba torvo y palido; tenia la cabeza recostada en un pedazo de mármol de la pared, y sus negros cabellos bañados en un abundante sudor que daba su rostro la palidez mate del marfil, parecia que habian conservado su rigidez despues de habersele erizado en la cabeza.

A una seña del llavero se alejaron los dos criados en busca del sacerdote que pidió Coconnas.

Este era el momento convenido.

Mirabales Coconnas con ansia marcharse; mas no era el único que tuviese fijos en ellos los ardientes ojos. No bien desaparecieron los criados, salieron de detras del altar dos mugeres, y corrieron al coro anunciandose con muestras de júbilo y precedidas por el aire que agitaban, como precede á la tempestad un cálido y revoltoso viento.

Margarita corrió precipitada hácia La Mole y le recetshó en sus brazos.

El provenzal dió un grito terrible, un grito parecido á los que habia oído Coconnas desde su calabozo y estuvieron á punto de volverle loco.

—¡Dios mio! ¿qué es estó, La Mole? dijo Margarita retrocediendo espantada.

Lanzó La Mole un hondo gemido y se llevó la mano á los ojos como para no ver á Margarita.

Aun mas aterrada por aquel silencio y aquel ademan que por el grito de dolor que ántes lanzara, esclamó Margarita:

—¡Oh¡ ¿qué tienes? ¿estás bañado en sangre?

Coconnas que ya habia cogido el puñal del altar y que tenia abrazada á Enriqueta, volvió la cara.

—Levantate, decia Margarita, levantate por Dios, mira que es llegado el momento.

Una sonrisa, cuya tristeza espantaba, pasó por los lívidos labios de La Mole; ya no podia sonreirse.

—¡Amada reina mia! dijo el jóven, contasteis sin Catalina y por consiguiente sin un crímen. Me han dado tormento, me han roto los huesos, mi cuerpo es una úlcera viva, y el movimiento que en este instante hago para poner los labios en vuestra frente me causa dolores peores que la muerte.

Y en efecto, haciendo un esfuerzo y poniendose muy pàlido acercó La Mole los labios á la frente de la reina.

—¡Tormento! esclamó Coconnas; á mí tambien me le han dado; pero ¿no ha hecho contigo el verdugo lo que conmigo?

Y lo refirió todo.

—¡Oh! dijo La Mole; fácilmente se comprende esó, tú le diste la mano el dia que le visitamos, yo olvidé que todos los hombres somos hermanos y me hice el desdeñoso. Dios me castiga: loado sea Diós.

La Mole juntó las manos.

Coconnas y las dos mugeres se dirigieron una mirada de indecible terror.

—Vamos, vamos, dijo el carcelero que hasta entónces habia estado de acecho á la puerta, y que volvió en aquel momento; no hay que perder tiempo, querido señor de Coconnas; dadme esa puñalada y arregladmelo todo cumplidamente; ved que van á venir.

Margarita estaba de rodillas junto á La Mole como una estátua de mármol inclinada sobre una tumba junto á la imagen de la persona que dentro de ella descansa.

—Vaya, amigo, dijo Coconnas, ánimo; yo soy fuerte y te llevaré; te pondré á caballo; irás delante de mí en el mio, si no puedes sostenerte; pero vámonos, vámonos, ya oyes lo que dice éste buen hombre; nos va en ello la vida.

Hizo La Mole un esfuerzo sobrehumano, un esfuerzo sublime.

—Es verdad, dijo, nos va en ello *tu* vida.

Y procuró levantarse.

Cogiole Aníbal por debajo de los brazos y le puso en pie. En aquel intermedio no dejó oir La

Mole mas que una especie de sordo rugido; mas cuando le soltó Coconnas para acercarse al carcelero, y quedó el paciente abandonado á los brazos de las dos mugeres, se doblaron sus piernas, y á pesar de los esfuerzos de la llorosa Margarita, cayó como una inerte masa, sin poder contener un grito desgarrador que resonó en la capilla y vibró largo tiempo en sus bóvedas como lúgubre eco.

—Ya lo veis, dijo La Mole con desesperado acento, ya lo veis, reina mia; dejadme aquí, abandonadme dandome el último adios. Nada he dicho, Margarita; vuestro secreto va envuelto en mi amor, y morirá conmigo. Adios, reina mia, adios......

Margarita que tambien yacia casi inanimada, rodeó con los brazos aquella bellísima cabeza y le dió un beso que rayaba en religioso.

—Tú, Aníbal, dijo La Mole; tú que te has librado de tantos dolores, que eres jóven y puedes vivir, huye, amigo, huye; dame el último consuelo con saber que te has salvado.

—Se pasa la hora, gritó el carcelero, vamos, despachad.

Enriqueta procuraba llevarse suavemente á Aníbal; Margarita, puesta de rodillas junto á La Mole, desgreñados los cabellos y bañada en un mar de lágrimas, parecia una Magdalena.

Rechazó Coconnas con blandura á Enriqueta que le arrastraba hácia la puerta, y dijo en tan solemne actitud que se convirtió en magestuosa:

—Señora, ántes todo dad á este hombre los quinientos escudos que le hemos prometido.

—Aquí están, dijo Enriqueta.

Volviéndose entónces á La Mole, y moviendo suavemente la cabeza, añadió Coconnas:

—Tú, buen La Mole, me has injuriado con pensar un solo momento, que me es posible abandonarte. ¿No tengo jurado vivir y morir contigo? Pero padeces tanto, pobre amigo mio, que te perdono.

Y se tendió resueltamente junto á su amigo, acercándose á él y tocando su frente con los labios.

En seguida tiró suavemente, muy suavemente, como haria una madre con su hijo, de la cabeza de su amigo, la cual se deslizó resbalando por la pared y cayó sobre su pecho.

Margarita estaba ceñuda. Vió el puñal que habia dejado caer Coconnas y le recogió.

—¡Oh reina mia! dijo, alzando á ella los brazos, La Mole que adivinó su idea; ¡oh reina mia! no olvideis que muero porque no ecsista la menor sospecha de nuestros amores.

—¿Y qué he de hacer por ti, esclamó la desesperada Margarita, si no me es lícito siquiera morir contigo?

—Puedes hacer, dijo La Mole, puedes hacer que me sea dulce la muerte y se me presente en cierto modo con faz risueña.

Acercose Margarita y juntó las manos, como instandole à que hablara.

—¿Te acuerdas, Margarita, de aquella noche, en que en cambio de una vida que entónces te ofrecí y que te doy ahora, me hiciste una promesa sagrada?

Margarita se estremeció.

—¡Ah! si te acuerdas, dijo La Mole, porque has temblado.

—Me acuerdo, sí, respondió Margarita, y por mi alma te juro, Jacinto, que cumpliré esa promesa.

Y desde el sitio en que estaba, tendió la reina la mano hácia el altar, como poniendo nuevamente á Dios por testigo de su juramento.

Iluminoso el rostro de La Mole, cual si entreabriendose la bóveda de la capilla hubiera descendido á él un rayo celeste.

—¡Que vienen! ¡que vienen! dijo el carcelero.

Margarita dió un grito y corrió hácia La Mole; mas el temor de aumentar sus dolores, la detuvo trémula delante de él.

Aplicó Enriqueta los labios á la frente de Coconnas, y le dijo:

—Te comprendo, Aníbal, y me infundes orgullo. Bien sé que tu heroismo te mata, pero yo te amo por tu heroismo. Delante de Dios te prometo amarte siempre sobre todas las cosas; y juro hacer por tí lo que Margarita ha jurado hacer por La Mole, aunque ignoro lo que es.

Y dió la mano á Margarita.

—¡Bien dicho! ¡gracias! dijo Coconnas.

—Antes de separarnos, reina mia, dijo La Mole, concededme el postrer favor; dadme un recuerdo de vos para besarle al subir al cadalso.

—¡Oh! ¡sí! esclamó Margarita, toma......

Y se quitó del cuello un pequeño relicario de oro, pendiente de una cadena del mismo metal.

—Toma, prosiguió, es una santa reliquia que llevo conmigo desde la infancia; mi madre me la puso, cuando yo era niña, cuando aun me queria; era regalo de nuestro tio el Papa Clemente; nunca me la he quitado. Toma, tómala.

La Mole la tomó y la dió ansiosos besos.

—Que abren la puerta, dijo el carcelero; huid, señoras; huid.

Las dos mugeres corrieron desaladas al altar, y desaparecieron.

Al mismo tiempo entraba el sacerdote.

CAPITULO LX.

LA PLAZA DE SAN JUAN EN GREVE.

Eran las siete de la mañana; la hirviente multitud esperaba agrupada en las calles, en las plazas y en los muelles.

A las seis habia salido de Vincennes la misma carreta en que, despues de su desafío, fueron conducidos desmayados los dos amigos al Louvre y atravesaba lentamente la calle de San Antonio. Los espectadores, tan apiñados en el tránsito que no podian moverse, parecian estátuas de ojos fijos y de helados labios.

Porque en efecto, aquel dia regalaba la reina madre al pueblo de Paris un espectáculo desgarrador.

En la carreta de que hablamos, y que habiendo salido de Vincennes por la madrugada, seguia su camino por las calles, iban, apoyandose uno en otro y tendidos sobre un poco de paja, dos jóvenes con la cabeza descubierta y completamente vestidos de negro. Coconnas sostenia sobre sus rodillas á La Mole, cuya cabeza salia por encima de los travesaños de la carreta, y cuyos errantes ojos miraban vagamente en torno suyo.

Y la multitud, por clavar mejor sus ávidos ojos en el fondo del carruaje, se apiñaba, se enderezaba, se empinaba, subia á los guardacantones, se aferraba á las hendiduras de las paredes, y no se mostraba satisfecha, sino cuando lograba no dejar virgen de sus ojeadas un solo punto de aquellos dos cuerpos que salian del dolor para marchar á la destruccion.

Habia corrido la voz de que La Mole moria sin confesar un solo hecho de los que se le imputaban, y se aseguraba, por el contrario, que Coconnas lo habia declarado todo, no pudiendo resistir al dolor del tormento.

Así es, que por todas partes gritaban:

—Mirad, mirad al mas colorado; ese es el que ha hablado, el que lo ha dicho todo; es un cobarde que tiene la culpa de la muerte del otro. Su com-

Coconnas tocó por segunda vez el hombro del verdugo.

—¿Qué ocurre, señor caballero? preguntó éste volviendo la cara.

—Buen hombre, dijo Coconnas, ¿es cierto que quieres complacerme como me has dicho?

—Sí, y lo repito.

—Mi amigo ha sufrido mas que yo, y por consiguiente tiene ménos fuerzas.

—¿Y qué pretende?

—Dice que le afligiria mucho el verme morir. Ademas, si muriese yo primero, no habria quien le subiese al patíbulo.

—Bien, bien, dijo Caboche enjugándose una lágrima con el dorso de la mano; no tengais cuidado, se hará como deseais.

—¿Y de un solo tajo, eh? preguntó en voz baja el piamontes.

—De uno solo.

—Bien está...... si teneis que repetir, que sea conmigo.

Detúvose la carreta, habian llegado al sitio de la ejecucion. Coconnas se cubrió la cabeza.

Llegó á oidos de La Mole un murmullo semejante al de las olas del mar. Fué á levantarse, mas le faltaron las fuerzas, y Caboche y Coconnas tuvieron que sostenerle por debajo de los brazos.

La plaza estaba empedrada de cabezas, y las gradas de la casa consistorial parecian un anfitea-

tro lleno de espectadores. Cada ventana daba paso á una multitud de rostros animados, cuyos ojos centelleaban.

Cuando vió la multitud al gallardo jóven que ya no podia sostenerse sobre sus quebrantadas piernas, hacer un desesperado esfuerzo para marchar por sí mismo al cadalso, se alzó un inmenso clamor como un grito de desolacion universal. Los hombres gemian sordamente, las mugeres lanzaban lastimeros ahullidos.

—Era uno de los primeros elegantes de la corte, decian los hombres, y no debia morir en San Juan-en-Greve, sino en el Pré-aux-Clercs *.

—¡Que hermoso es! ¡qué pálido está! decian las mugeres. Ese es el que no ha declarado.

—Amigo, dijo La Mole, no puedo tenerme ¡llévame!

—Espera, respondió Coconnas.

Hizo seña al verdugo de que se apartara, se inclinó, cogió en brazos á La Mole como á un niño, y subió, con esta carga y sin vacilar, la escalera del tablado, donde dejó á La Mole en medio de los frenéticos gritos y de los aplausos de la turba.

Quitose Coconnas el sombrero, é hizo un saludo.

En seguida le arrojó á un lado del cadalso.

—Echa una mirada, dijo La Mole; ¿no las ves por ahí?

---

* Sitio célebre por los duelos que en él se verificaban.

Paseó lentamente Coconnas una ojeada circular en torno de la plaza, y llegado á cierto sitio, se detuvo y alargó sin volver los ojos una mano que tocó el hombro de su amigo.

—Mira, le dijo, mira á la ventana de esa torrecilla.

Y con la otra mano mostraba á La Mole el pequeño monumento que todavia se alza hoy entre la calle de la Vannerie y la del Mouton, como un resto de los pasados tiempos.

No en el antepecho de la ventana, sino algo mas atras, estaban dos mugeres vestidas de negro, sosteniendose mutuamente.

—¡Ah! esclamó La Mole; no temia mas que una cosa; morir sin volverla á ver; la he visto, ya puedo morir.

Y clavando ávidamente los ojos en la estrecha ventana, se llevó el relicario á los labios, y le cubrió de besos.

Coconnas saludó á las dos damas con toda la gracia de que hubiera usado en un salon.

En respuesta á esta seña, agitaron ellas sus pañuelos empapados en lágrimas.

En esto tocó Caboche con un dedo la espalda de Coconnas, y le hizo con los ojos una significativa seña.

—Sí, sí, dijo el piamontes.

Y volviendose á La Mole

—Abrazame, le dijo, y muere en regla. No será dificil, amigo; ¡eres tan valiente!......

—¡Ah! dijo La Mole; poco mérito tendré en morir bien. ¡Padezco tanto!

Acercose el sacerdote y presentó un crucifijo á La Mole, el cual le enseñó sonriendose el relicario que en la mano tenia.

—No importa, dijo el religioso, pedid siempre fuerzas al que padeció, lo que vais á padecer ahora.

La Mole besó los pies del crucifijo.

—Encomendadme, dijo, á las oraciones de las Hermanas de la Santísima Vírgen.

—Despacha, La Mole, despacha, dijo Coconnas, me haces tanto daño que temo desfallecer.

—Estoy pronto, repuso La Mole.

—¿Podreis tener bien derecha la cabeza? preguntó Caboche preparando su cuchilla por detras de La Mole que ya estaba arrodillado.

—Creo que sí, respondió éste.

—Entónces todo irá bien.

—No elvideis vos, dijo La Mole, lo que os he encargado: con este relicario os abrirán las puertas.

—Perded cuidado. Pero haced un esfuerzo para tener derecha la cabeza.

Enderezó La Mole la garganta y volviendo los ojos á la torrecilla:

—Adios, Margarita, dijo; bendita se......

No pudo acabar; de un solo revés de su cuchi-

lla, rapido y flameante como un relámpago, le cortó Caboche la cabeza que fué rodando hasta los pies de Coconnas.

El cuerpo se tendió blandamente cual si fuera á descansar.

Resonó un inmenso clamor formado de mil clamores, y entre todas aquellas voces femeniles le pareció á Coconnas oír un acento mas desgarrador que todos los otros.

—Gracias, buen amigo, gracias, dijo Coconnas dando por tercera vez la mano al verdugo.

—Hijo mio, dijo el sacerdote al piamontes, ¿no teneis nada que revelar á Dios?

—No á fe, padre, respondió Coconnas; cuanto tenia que decirle, os lo dije ya ayer.

Y volviendose á Caboche, añadió:

—Vamos, verdugo, último amigo mio, hacedme el postrer favor. Y ántes de arrodillarse paseó sobre la multitud una mirada tan tranquila y serena, que un murmullo de admiracion fue á acariciar sus oídos y á halagar su orgullo. Estrechando entónces la cabeza de su amigo y aplicando un beso á sus cárdenos labios, echó la última ojeada á la torrecilla, y arrodillandose sin soltar de las manos aquella amada prenda:

—Ahora á mí, dijo.

Antes de que acabara estas palapras habia hecho Caboche saltar su cabeza.

Descargado este golpe, embargó al buen hombre un convulsivo temblor.

—¡Ya era tiempo de acabar! murmuró; ¡pobre muchacho!

Y despues de sacar penosamente de las crispadas manos de La Mole el relicario de oro, tendió su capa sobre los tristes restos que debian volver á su casa en la carreta.

Terminado el espectaculo, se dispersó toda la turba.

CAPITULO LXI.

LA TORRE DE LA PICOTA.

Acababa la noche de tenderse sobre la ciudad en que aun vibraba el ruido de aquel suplicio, cuyos pormenores, corriendo de boca en boca, entristecian en todas las casas la alegre hora de la cena doméstica.

En contraposicion á la ciudad que estaba silenciosa y lúgubre, el Louvre se mostraba alegre, bullicioso é iluminado. Habia gran funcion en palacio; funcion dispuesta por Cárlos IX; funcion mandada disponer para la noche, al mismo tiempo que se mandaba disponer el suplicio para la mañana.

La noche anterior habia recibido la reina de Navarra órden de presentarse en ella, y confiando en que se escapasen La Mole y Coconnas, convencida de que estaban bien tomadas todas las medidas para el objeto, respondió á su hermano que se atendria á sus deseos.

Mas luego que la escena de la capilla desvaneció todas sus esperanzas; luego que cediendo á un impulso postrero de compasion en favor de aquel amor, el mayor y el mas profundo que en su vida habia sentido, presenció la ejecucion, hizo firme propósito de no ceder ni á súplicas ni á amenazas para concurrir á una alegre fiesta en el Louvre el mismo dia en que tan lúgubre fiesta habia visto en la Greve.

El rey Cárlos IX dió en aquella ocasion una nueva prueba de la fuerza de voluntad que nadie quizá poseyó en tan alto grado. Llevando quince dias de cama, débil como un moribundo, lívido como un cadáver, se levantó á eso de las cinco y se vistió su mas rico traje. Verdad es que miéntras se vestia se desmayó tres veces.

A cosa de las ocho preguntó si habian visto á su hermana, y si se sabia en qué se ocupaba. Nadie le contestó, porque la reina se habia recogido á sus aposentos á las once de la mañana, y encerrandose en ellos, habia prohibido absolutamente que introdujesen á nadie á su presencia.

Mas para Cárlos no habia puertas cerradas. Apoyandose en el brazo del señor de Nancey, se en-

caminó á la habitacion de la reina de Navarra y entró súbitamente por el pasadizo secreto.

Aunque ya se esperaba un triste espectáculo y se habia dispuesto de antemano para presenciarlo, lo que vió fue mas deplorable aun que lo que habia imaginado.

Medio muerta Margarita, tendida sobre un canapé, con la cabeza sepultada entre almohadones, no lloraba ni rezaba, sino que desde su regreso daba ronços quejidos semejantes al estertor de un moribundo.

Al otro estremo del aposento, Enriqueta de Nevers, á pesar de toda su intrepidez, yacia sin conocimiento sobre la alfombra. De vuelta de la Greve la faltaron las fuerzas, como à Margarita, y la pobre Matilde pasaba de una á otra sin atreverse à dirijirlas una sola palabra de consuelo.

En las crísis que siguen á estas grandes catástrofes, son los que las sufren avaros de su dolor como de un tesoro, y tienen por enemigo á todo el que pretende disminuirle en lo mas mínimo.

Empujó Càrlos IX la puerta, y dejando á Nancey en el pasadizo, entró palido y trémulo.

Ni una ni otra le vieron. Solo Matilde, que en aquel momento estaba socorriendo á Enriqueta, levantó una rodilla y miró aterrada al rey.

A un ademan de éste se incorporó Matilde, hizo una cortesia y se marchó.

Dirijiendose entónces Cárlos á donde estaba Margarita, la contempló en silencio por espacio

de un instante, y con una entonacion de voz sumamente agena de su natural aspereza:

—¡Margot! la dijo; ¡hermana!

Estremeciose la jóven y se incorporó esclamando:

—¡Señor!

—Vamos, hermana, ánimo.

Margarita alzó los ojos al cielo.

—Sí, dijo Cárlos, ya lo sé; pero escucha.

La reina de Navarra hizo seña de que le escuchaba.

—Me has prometido venir, al baile, dijo Cárlos.

—¡Yo! esclamó Margarita.

—Sí, y como lo has prometido, te esperan todos; de modo que si no vinieras causaria sorpresa el no verte.

—Disimulad, hermano, dijo Margarita; ya lo veis, padezco mucho.

—Haced un esfuerzo.

Margarita procuró al parecer reunir sus fuerzas mas desfalleciendo de repente y dejando caer la cabeza sobre los almohadones:

—No, no, dijo, no iré.

Cogio Càrlos la mano, se sentó á su lado, y la di o:

—Acabas de perder à un amigo, ya lo sé, Margot pero mirame, ¿no he perdido yo tambien á los mios? ¡y ademas á mi madre! Tú siempre has podido llorar como lloras en este momento; yo, en hora de mis mayores dolores, he tenido quuoe-

reírme; tú padeces; mírame, yo me muero. ¡Vamos, Margot, vamos, valor! ¡Te lo ruego, hermana mia, en nombre de nuestra gloria! Llevamos como una angustiosa cruz el peso de nuestro nombre; llevemosle, como el Señor, hasta el Calvario, y si como él tropezamos en el camino, levantemonos como él, animosos y resignados.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Margarita.

—Sí, dijo Cárlos adivinando su pensamiento; sí, el sacrificio es penoso, hermana, pero todos tienen que hacer el suyo; los unos el de su honor, los otros el de su vida. ¿Te parece que no siento yo morir, con mis veinticinco años y el mas hermoso trono del mundo? Pues mirame.... los ojos, la tez, los labios son propios de un moribundo, verdad es; pero ¿y mi sonrisa? ¿no induce mi sonrisa á creer que aun tengo esperanzas? Y sin embargo dentro de ocho dias, de quince ó de un mes á lo sumo, me llorarás, hermana, como al que hoy ha muerto.

—¡Hermano!.... esclamó Margot, enlazando con sus brazos el cuello de Cárlos.

—Vamos, vestios, querida Margarita, dijo el rey, disimulad vuestra palidez y concurrid al baile. Acabo de dar órden de que os traigan pedrerías nuevas y adornos dignos de vuestra hermosura.

—¡Oh! ¡diamantes, adornos!.... dijo Margarita; ¿qué me importa ahora nada de eso?

—La vida es larga, Margarita, repuso Cárlos sonriendose; á lo ménos para tí.

—¡Nunca, nunca!

—Ten presente una cosa, hermana; el mejor modo de honrar á los muertos, es á veces el ahogar, ó por mejor decir, el disimular la pena que nos causan.

—Bien está, señor.... dijo Margarita temblando; iré.

Una lágrima humedeció los ojos de Cárlos. Sus resecos párpados la absorbieron al punto.

Acercose á su hermana, la dió un beso en la frente, se paró un momento delante de Enriqueta, que no le habia sentido, y dijo:

—¡Pobre muger!

Con esto se marchó silenciosamente.

Tras el rey entraron varios pajes con cofrecillos y cajas de joyas.

Margarita hizo seña de que lo dejaran todo en el suelo.

Fueronse los pajes. Solo Matilde se quedó.

—Preparame todo lo necesario para vestirme, Matilde, dijo Margarita.

La jóven miró à su señora con espantados ojos.

—Sí, dijo Margarita con acento cuya amargura seria imposible describir. Sí, me visto, voy al baile.... me estàn esparando. Despacha, el dia va á ser completo: funcion por la mañana en la Greve, funcion por la noche en el Louvre.

—¿Y la señora duquesa? dijo Matilde.

—¡Oh! la duquesa es muy feliz; puede quedarse aquí, puede llorar; puede sufrir á su gusto. No es hija de un rey, esposa de un rey, hermana de un rey. No es reina. Ayudame á vestir, Matilde.

Obedeció la jóven. El aderezo era magnífico; esplendido el traje. Nunca habia estado Margarita tan hermosa.

Mirose à un espejo y dijo:

—Razon tenia mi hermano: ¡miseràble cosa es la criatura humana!

En aquel momento entró Matilde.

—Señora, dijo, ahí está un hombre que pregunta por V. M.

—¿Por mí?

—Sí, señora.

—¿Quién es?

—No lo sé, pero tiene un aspecto terrible; solo el verle me ha hecho temblar.

—Vé á preguntarle su nombre, dijo Margarita inmutandose.

Fuese Matilde y volvió pocos segundos despues

—No ha querido decirme como se llama, señora, pero me ha dicho que os diera esto.

Y Matilde presentó á Margarita el relicario que èsta habia dado la noche anterior á La Mole.

—¡ Oh ! que entre, que entre, dijo vivamente la reina, y se quedó aun mas pálida y helada que antes.

Resonaron en el pavimento pesados pasos. Indignado el eco sin duda de repetir tales sonidos, murmuraba bajo los artesones. Un hombre se presentó en el umbral.

—¿Sois?.... dijo la reina.

El mismo á quien un dia encòntrasteis junto á

Montfaucon, señora, y que trajo al Louvre en su carreta á dos caballeros heridos.

—Sí, sí, ya os conozco, sois maese Caboche.....

—Verdugo de la prebostía de Paris, señora.

Estas fueron las únicas palabras que oyó Enriqueta, de cuantas en una hora se habian pronunciado. Apartó de su rostro las dos manos con que le cubria, y miró al verdugo con sus ojos de esmeralda de quebrotaban rayos de luz.

—¿Y á qué venís? preguntó Margarita temblando.

—A recordaros la promesa que hicisteis al mas jóven de los dos, al mismo que me encargó entregaros este relicario. ¿Os acordais, señora?

—¡Ah! sí, sí, esclamó la reina, y nunca obtendrà sombra más generosa, satisfaccion mas noble. ¿Pero donde *la* teneis?

—Está en mi casa con el cuerpo.

—¡En vuestra casa! ¿y por qué no la habeis traido?

—Podian detenerme en el postigo del Louvre y mandarme que me desembozara y ¿qué se hubiera dicho al ver que traía una cabeza bajo la capa?

—¡Bien! guardadla, mañana la iré á buscar

—¿Mañana, señora, mañana? dijo maese Caboche: acaso sea demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Porque la reina madre me ha mandado reservár para sus esperimentos cabalisticos las cabezas de los dos primeros reos que decapitase.

—¡Oh profanacion! ¡las cabezas de nuestros amados! Enriqueta, gritó Margarita corriendo á su amiga á quien encontró de pié cual si la hubiera enderezado un oculto resorte. Enriqueta, ángel mio, ¿oyes lo que dice ese hombre?

—Sí, ¿y qué debo hacer?

—Vámonos con él.

Lanzando Enriqueta ese aflictivo grito con que en los grandes dolores se anuncia la vuelta á la vida:

—¡Ay! esclamó, ¡estaba tan bien! estaba casi muerta.

Entretanto echó la reina sobre sus desnudos hombros un manto de terciopelo y la dijo:

—Ven, ¡aun los volverémos á ver!

Mandó Margarita cerrar todas las puertas, y llevar su litera á la puerta secreta; cogió á Enriqueta del brazo y bajó por el pasadizo haciendo seña á Caboche de que les siguiera.

La litera estaba ya á la puerta del piso bajo; junto al postigo se hallaba el criado de Caboche con una linterna.

Los conductores de Margarita eran hombres de confianza, mudos, sordos y mas seguros que de carga.

La silla de manos anduvo diez minutos precedida por maese Caboche y por su ayudante que llevaba la linterna; luego se paró.

El verdugo abrió la portezuela en tanto que el criado seguia adelante.

Bajó Margarita y ayudó á bajar à la duquesa de Nevers. En medio del gran dolor que á entrambas oprimia, su nerviosa organizacion era la mas fuerte.

Alzabase la torre de la Picota, ante las dos mugeres como un sombrío y deforme gigante, despidiendo una rojiza luz por dos agujeros abiertos en la parte superior.

El criado del verdugo apareció nuevamente en la puerta.

—Podeis entrar, señora, dijo Caboche, todos duermen en la torre.

En el mismo instante se apagó la luz de las troneras.

Apoyadas una en otra las dos mugeres, pasaron por una pequeña puerta ojival, hollando á oscuras un pavimento húmedo y resbaladizo. Al fondo de un pasadizo que hacia esquina vieron una luz, y guiadas por el repugnante dueño de aquella mansion, se dirigieron á ella. La puerta se cerró á sus espaldas.

Caboche, con una hacha de cera en la mano, las introdujo en una sala baja y ahumada. En su centro se veia una mesa con los restos de una cena y tres cubiertos. Estos tres cubiertos pertenecian sin duda al verdugo, á su muger y á su principal ayudante.

En el sitio mas visible pendia de la pared un pergamino sellado con el sello real. Era el diploma patibulario.

En un rincon habia un gran sable de larga empuñadura. Era la flamante espada de la justicia.

Diseminadas por la estancia se veian algunas groseras estampas que representaban á los santos martirizados por toda clase de suplicios.

Llegado allí, Caboche se inclinó profundamente

—Disimule V. M., dijo, si me he atrevido á penetrar en el Louvre y á traerla aquí. Mas como era la última voluntad del difunto caballero, r eí de mi deber....

—Habeis hecho bien, maese, habeis hecho bien, dijo Margarita; tomad esto en recompensa de vuestro celo.

Caboche miró tristemente el bolsillo lleno de oro que dejó Margarita sobre la mesa.

—¡Oro! ¡siempre oro! murmuró. ¡Ay señora! ¡ojalá pudiera yo rescatar con dinero la sangre que hoy he tenido que derramar!

—Maese, dijo Margarita con dolorosa zozobra y mirando en torno suyo; maese, maese, ¿tendremos que andar mas todavia? aquí nada veo....

—No, señora, no, aquí están; pero es un espectáculo muy triste, y yo podria libraros de él trayendo tapado con una capa lo que venis á buscar.

Margarita y Enriqueta se miraron simultaneamente.

—No, dijo Margarita, leyendo en las miradas de su amiga la misma resolucion que acababa ella de tomar; no, enseñadnos el camino y os seguiremos.

Cogió Caboche el hachon y abrió una puerta de encina que daba á una corta escalera que se internaba en tierra. En el mismo instante pasó una ráfaga de aire llevandose algunas chispas del blandon y azotó el rostro de las princesas con el nauseabundo olor del moho y de la sangre.

Palida Enriqueta como una estátua de alabastro, se apoyó en el brazo de su amiga que demostraba mas firmeza; pero en el primer escalon vaciló.

—¡Oh! ¡me es imposible! dijo.

—Cuando se ama de veras, Enriqueta, replicó la reina, se debe amar mas allá de la muerte.

Espectáculo horrible y tierno à la par era el que presentaban aquellas dos mugeres que tanto brillaban por su juventud, su hermosura y sus adornos, inclinandose bajo la innoble y caliza bóveda, apoyada la mas debil en la mas fuerte, y la mas fuerte en el brazo del verdugo.

Lugaron al último escalon.

E el fondo del sótano yacian dos formas humanas cubiertas con un ancho paño de sarga neg .

Alzó Caboche una punta de aquel velo, acercó la luz y dijo

—Mirad, señora reina.

Vestidos con su negro traje los dos jóvenes, posaban uno junto á otro con la horrible sin etria de la muerte. Sus cabezas, inclinadas y colocadas junto al tronco, solo parecian hallarse div-

das de él por una línea de color de púrpura que rodeaba la garganta. No habia la muerte desunido sus manos, pues, fuese casualidad ó piadosa tentacion del verdugo, la mano derecha de La Mole descansaba sobre la izquierda de Coconnas.

Bajo los párpados del primero brillaba una mirada de amor; en los labios del segundo vagaba una sonrisa de desden.

Arrodillose Margarita junto á su amante, y con sus manos cubiertas de deslumbradoras pedrerias, levantó suavemente aquella cabeza que tanto habia amado.

La duquesa de Nevers, recostada en la pared, no podia apartar los ojos de aquel palido rostro en que tantas veces habia buscado la alegria y el amor.

—¡La Mole! ¡querido La Mole! murmuró Margarita.

—¡Aníbal! ¡Aníbal! esclamó la duquesa de Nevers: ¡tan gallardo! ¡tan noble! ¡tan valiente! ¿no me respondes?

Y brotó de sus ojos un torrente de lágrimas.

Aquella muger tan desdeñosa, tan intrépida, tan insolente en los tiempos de felicidad: aquella muger que llevaba el escepticismo hasta la última duda y la pasion hasta la crueldad, aquella muger nunca habia pensado en la muerte.

Margarita la dió el ejemplo.

Guardó en un saco recamado de perlas y perfumado con las mas delicadas esencias, la cabeza

de La Mole, que parecia mas hermosa al lado de terciopelo y del oro, y que merced á una preparacion particular usada en aquella época para los embalsamamientos régios, debia conservar toda su hermosura.

Enriqueta se acercó tambien y envolvió la cabeza de Coconnas en una punta de su manto.

Y agoviadas entrambas por su dolor aun mas que por el peso, subieron la escalera echando la última mirada á los restos que quedaban á merced del verdugo en aquel siniestro asilo de los criminales vulgares.

—Nada temais, señora, dijo Caboche, comprendiendo aquella mirada; serán sepultados santamente, yo os lo juro.

—Y mandarás que les digan misas con esto, respondió Enriqueta, quitandose del cuello un magnífico collar de rubies y entregandosele al verdugo.

Volvieron al Louvre por el mismo órden con que de él habian salido. En la puerta se dió á conocer la reina; al pie de la escalera de su habitacion se apeó, entró en su estancia, guardó la triste reliquia en el gabinete contiguo á la alcoba, y destinado desde aquel momento á convertirse en un oratorio; dejó á Enriqueta de centinela en su cuarto, y mas pálida y hermosa que nunca, entró á cosa de las diez de la noche en el gran salon del baile, en el mismo salon en que unos dos años y

medio ántes vimos inaugurarse el primer capítulo de nuestra historia.

Volvieronse á ella todos los ojos, pero Margarita sostuvo aquella universal mirada con altanero y casi alegre ademan. Era que habia cumplido religiosamente el último deseo de su amigo.

Al verla Cárlos, atravesó vacilando la dorada turba que le rodeaba.

—Gracias, hermana, dijo en voz alta.

Y murmuró á su oido:

—¡Cuidado! ved que teneis en el brazo una mancha de sangre.

¡Ah! ¿qué importa, señor, dijo Margarita, como tenga una sonrisa en los labios?

CAPITULO LXII.

EL SUDOR DE SANGRE.

Pocos dias despues de la terrible escena que acabamos de narrar, ó sea el 30 de Mayo de 1574, hallandose la corte en Vincennes, se oyó de repente un gran ruido en la cámara del rey, quien habiendose puesto peor que nunca en medio del baile dado el mismo dia de la muerte de nuestros jóvenes, habia pasado al campo de órden de los médicos, con el fin de respirar aires mas puros.

Eran las ocho de la mañana. Discurria agitado por la antecámara un pequeño grupo de cortesanos, cuando resonó súbitamente aquel grito y apareció en el umbral del aposento la nodriza de Cárlos, bañados los ojos en lágrimas y gritando con desesperado acento.

—¡Socorro al rey! ¡socorro al rey!

—¿Está peor S. M.? preguntó el capitan Nancey, á quien, como ya hemos visto, habia el monarca dispensado de toda obediencia á Catalina para agregarle á su servicio.

—¡Oh! ¡cuánta sangre! ¡cuánta sangre! dijo la nodriza. ¡Los médicos! ¡Que llamen á los medicos!

Mazilio y Ambrosio Paré, alternaban en la asistencia del augusto enfermo, y Ambrosio Paré, que estaba de guardia, viendo que se dormia el rey, se aprovechó de su aletargamiento para apartarse de la cabecera algunos instantes.

En aquel intermedio empezó el rey á sudar en abundancia, y como Cárlos padecia una relajacion de los vasos capilares, y esta relajacion producia una hemorragia en la piel, la nodriza se asustó de aquel sangriento sudor, pues no pudiendo habituarse á tan estraño fenómeno, y siendo por otra parte protestante, como recordará el lector, repetia sin cesar que la sangre de los hugonotes vertida el dia de San Bartolomé, era la que atraia á fuera la sangre del monarca.

Corria la gente en todas direcciones; el doctor no debia de estar léjos, y era imposible no encontrarle. En consecuencia, la antecámara se quedó desocupada, pues todos ansiaban demostrar su celo volviendo con el anhelado médico.

Abriose entónces una puerta y apareció Cata-

lina. Atravesando con rapidez la antecámara, entró vivamente en el aposento de su hijo.

Yacia Cárlos tendido en su lecho, apagados los ojos, fatigosa la respiracion. De todo su cuerpo manaba un sudor rojizo; su abierta mano pendia fuera de la cama, y á la estremidad de cada dedo brillaba un líquido rubí.

Era un espectáculo horrible.

Sin embargo, al ruido de los pasos de su madre, y cual si los conociera, Cárlos se incorporó.

—Perdonadme, señora, dijo mirando á Catalina, deseo morir en paz.

—¿Morir, hijo mio, por una pasajera crísis de esa maldita enfermedad? ¿así perdeis la esperanza?

—Os digo, señora, que siento que se me marcha el alma. Os digo, señora, que viene la muerte; ¡voto á una legion de demonios!...... Siento lo que siento, y sé lo que digo.

—Señor, repuso la reina, en vuestra imaginacion ecsiste vuestra mas grave enfermedad: desde el merecido suplicio de esos dos hechiceros, de esos dos asesinos llamados La Mole y Cocońnas, deben de haberse disminuido vuestros padecimientos físicos. Solo persevera el mal moral, y si yo pudiera conservar con vos tan solo diez minutos, os probaria......

—Nodriza, dijo Cárlos, ponte de centinela á la puerta, y que nadie entre. La reina Catalina de Médicis quiere hablar con su amado hijo Cárlos IX.

Obedeció la nodriza.

—Ello es, continuó Cárlos, que esta conversacion habia de tener lugar algun dia; mas vale hoy que mañana; ademas, mañana acaso seria tarde. Pero á vuestra esplicacion debe asistir otra persona......

—¿Por qué?

—Porque os repito que la muerte está en camino, repuso Cárlos con espantosa solemnidad; porque de un momento à otro puede entrar en esta alcoba, pálida y muda como vos, y sin anunciarse. Hora es, pues, ya que esta noche he puesto en òrden mis asuntos, de que le ponga esta mañana en los del reino.

—¿Y quién es esa otra persona á quien deseais ver? preguntó Catalina.

—Mi hermano, señora, que le llamen.

—Señor, dijo la reina, advierto con placer que esas acusaciones dictadas por el odio ántes que arrancadas por el dolor, se borran poco á poco de vuestra mente y no tardaràn en borrarse de vuestro corazon. Nodriza, gritó Catalina, nodriza.

La buena muger, que estaba en la parte de afuera, abrió la puerta.

—Nodriza, prosiguió Catalina, cuando venga el señor de Nancey, decidle de órden de mi hijo que vaya á buscar al duque de Alenzon.

Cárlos hizo una seña que detuvo á la anciana á tiempo de ir á obedecer esta órden.

—He dicho á mi hermano, señora, repuso el rey.

Dilatáronse los ojos de Catalina como los de la hembra del tigre cuando va á encolerizarse. Pero Cárlos alzó imperiosamente la mano.

—Quiero hablar á mi hermano Enrique, dijo; solo Enrique es mi hermano; no el que reina allá en lejanas tierras, sino el que está aquí prisionero. Enrique sabrá mi última voluntad.

—¡Y qué! esclamó la florentina oponiendose con desusada audacia à la terrible voluntad de su hijo, tanto la sácaba de su habitual disimulo el odio al Bearnes, si estais como decís, tan cercano al sepulcro, ¿os parece que he de ceder á nadie, y ménos à un estranjero, los derechos que tengo á asistiros en vuestra última hora, mis derechos de reina, mis derechos de madre?

—Señora, dijo Cárlos, todavia soy rey, todavia mando, señora; ¿y cuando os digo que quiero hablar á mi hermano Enrique, no llamais á mi capitan de guardias?...... ¡Voto al demonio! sabed que aun tengo las suficientes fuerzas para irle á buscar yo mismo.

Y haciendo un movimiento para salir de la cama, descubrió su cuerpo, semejante al de Jesucristo despues de la flagelacion.

—Señor, esclamó Catalina conteniendole, esó es injuriarnos á todos, olvidar las afrentas hechas á nuestra familia, renegar de nuestra sangre: solo un príncipe frances debe arrodillarse junto al lecho de muerte de un rey de Francia. Mi lugar

está señalado aquí por las leyes de la naturaleza y de la etiqueta; en él me quedo.

—¿Y con qué títulos, señora, os quedais en él? preguntó Cárlos IX.

—Con el de madre.

—No sois mi madre, así como el duque de Alenzon no es mi hermano.

—Delirais, dijo Catalina; ¿desde cuándo la que dá el sér deja de ser madre del que le recibe?

—Desde el momento, señora, en que esa madre desnaturalizada quita lo mismo que ha dado, contestó Cárlos enjugandose la sangrienta espuma que humedecia sus labios.

—¿Qué quereis decir, Cárlos? no os comprendo, murmuró la reina mirando á su hijo con los ojos dilatados por el asombro.

—Ahora me comprendereis, señora.

Metió Cárlos la mano bajo la almohada y sacó una llavecita de plata.

Tomad esta llave, y abrid mi cofre de viaje; contiene ciertos papeles que hablarán por mí.

Y Cárlos mostró con la mano un cofre magníficamente laboreado con cerradura de plata como la llave que le abria, y colocado en la parte mas visible del aposento.

Dominada Catalina por la supremacia que tomaba Cárlos sobre ella, se acercó lentamente al cofre, le abrió y echó una ansiosa mirada al interior, retrocediendo de súbito cual si en alguno de

los ángulos del mueble hubiese visto á un reptil dormido.

—Vamos, dijo Cárlos, que no la perdia de vista, ¿qué hay en ese cofre que tanto os espanta?

—Nada, respondió Catalina.

—En ese caso, introducid en él la mano, señora, y sacad un libro: ahí debe haber un libro, ¿no es cierto? añadió Cárlos con su mortuoria sonrisa mas terrible en él, que la mayor amenaza en otro.

—Sí, tartamudeó Catalina.

—Un libro de caza.

—Sí, sacadle y traedmele.

A pesar de toda su presencia de espíritu, Catalina se inmutó, y alargó, temblando, la mano al interior del cofre.

—¡Fatalidad! murmuró cogiendo el libro.

—Bien, dijo Cárlos. Escuchadme ahora. Este libro de caza...... yo era un insensato...... amaba la caza sobre todas las cosas...... y le leí demasiado: ¿comprendeis, señora?

Catalina lanzó un sordo gemido.

—Era una debilidad, continuó Cárlos; quemadle, señora: no conviene que se sepan las debilidades de los reyes.

Acercose Catalina á la encendida chimenea, dejó caer el libro sobre las brasas, y permaneció de pie, inmóvil y muda, mirando con inmóviles ojos á la azul llama que devoraba las envenenadas páginas.

Conforme se iba quemando el manuscrito se esparcia por el aposento un fuerte olor á ajo.

En breve quedó enteramente consumido.

—Ahora, señora, llamad á mi hermano, dijo Cárlos con irresistible magestad.

Llena Catalina de estupor, abrumada bajo el peso de una múltiple emocion que no podia analizar su profunda sagacidad, ni combatir su fuerza casi sobre humana, dió un paso hácia adelante y quiso hablar.

La madre sentia un remordimiento; la reina sentia un terror; la envenenadora sentia renacer su odio.

Prevaleció este último sentimiento.

—¡Maldito sea! esclamó precipitandose fuera de la alcoba; ¡al fin triunfa! ¡se cumplen sus propósitos! ¡Sí, maldito, maldito sea!

—Ya lo oís; á mi hermano, á mi hermano Enrique, gritó Cárlos persiguiendo à su madre con la voz: á mi hermano Enrique con quien quiero hablar en este mismo instante sobre los asuntos del reino.

Casi al mismo tiempo entró maese Ambrosio Paré por la puerta opuesta á la que acababa de dar paso á Catalina, y deteniendose en el umbral para aspirar el tufo aliáceo de la alcoba:

—¿Quién ha quemado arsénico? preguntó.

—Yo, respondió Cárlos.

CAPITULO LXIII.

LA PLATAFORMA DEL TORREON DE VINCENNES.

Paseábase entretanto Enrique de Navarra solo y pensativo por la azotoa del torreon: sabia que la corte estaba en el castillo que veia á cien pasos de distancia, y al través de las grúesas murallas sus penetrantes ojos adivinaban á Càrlos moribundo.

Hacia un tiempo magnífico: brillaba en las lejanas llanuras un ancho rayo de sol y bañaba con fluido oro las copas de los àrboles de la selva, orgullosos con la riqueza de su primer follage. Las mismas piedras cenicientas del torreon parecia que se impregnaban del dulce calor del cielo, y los alhelies llevados por el soplo del Este á las quiebras

de la muralla abrian sus discos de rojo y amarillo terciopelo à los besos de la tibia brisa.

No se fijaban empero las miradas de Enrique ni en aquellas verdes llanuras ni en las viejas y doradas copas de los árboles; sus ojos salvaban los espacios intermedios, é iban mas allá á fijarse ardientes de ambicion en la capital de Francia, destinada á ser un dia la capital del mundo.

—Paris, murmuraba el rey de Navarra, ahí está Paris, es decir, la alegría, el triunfo, la gloria, el poder y la felicidad; Paris donde está el Louvre, y el Louvre donde está el trono; y pensar que de ese Paris tan deseado solo me separan las murallas que á mis piés se estienden y que encierran conmigo á mi enemiga!

Y volviendo los ojos de Paris á Vincennes, vió á su isquierda, en un valle á que daban sombra mil floridos almendros, á un hombre en cuya coraza se reflejaba obstinadamente un rayo de sol, punto inflamado que se agitaba en el espacio á cada movimiento de aquel hombre.

Cabalgaba el desconocido en un fogoso corcel, y llevaba de la rienda otro, al parecer no menos impaciente.

Fijó el rey de Navarra los ojos en el ginete, y le vió sucesivamente desenvainar su espada, poner un pañuelo á la punta y agitarle como haciendo una seña.

Casi al mismo tiempo se repitió esta seña en la

colina de enfrente, y en breve ondearon en torno del castillo hasta unos cien pañuelos.

Eran Mouy y sus hugonotes, que noticiosos de que el rey se estaba muriendo, y recelando que se tramase algo contra Enrique, se habian reunido y estaban dispuestos á defenderle ó á atacar.

Volvió Enrique los ojos al primer caballero, sacó el cuerpo fuera de la baluastrada, se cubrió los ojos con la mano, y cortando así el paso á los rayos del sol que le deslumbraban, reconoció al hugonote.

—¡Mouy! esclamó como si este pudiera oirle.

Y cediendo al júbilo que le causaba verse rodeado de amigos, se quitó la toca y agitó en el aire su banda.

Nuevamente se movieron todas las banderolas blancas con una vivacidad que demostraba su alegría.

—Me esperan, ¡ay! dijo Enrique; y no puedo reunirme con ellos.... ¿Por qué no lo hice cuando quizá estaba en mi mano? Ahora es ya tarde.

Y les hizo una seña de desesperacion, á que contestó Mouy con otra que significaba: *esperaré.*

En aquel momento oyó Enrique pasos en la escalera de piedra, y se retiró rápidamente. Comprendiendo los hugonotes la razon de este movimiento, envainaron las espadas y ocultaron los pañuelos.

No tardó Enrique en ver salir de la escalera á una muger, cuya fatigosa respiracion era indicio de

una rápida carrera. No sin el secreto terror que siempre le cometia al verla, reconoció en ella á Catalina de Médicis.

Detras iban dos guardias que se detuvieron en lo alto de la escalera.

—¡Oh! murmuró Enrique, grandes novedades deben ocurrir para que venga àsí la reina madre á la plataforma del torreon de Vincennes.

Catalina se sentó en un banco de pieda construido junto á las almenas, para tomar aliento.

Aprocsimose Enrique y con la mas agradable sonrisa;

—¿Me buscais á mí por ventura, bondadosa madre mia? la preguntó.

—Sí, señor, respondió Catalina; vengo á daros una prueba mas de mi afecto. Hemos llegado á un momento sumamente crítico; el rey se muere y desea hablaros.

—¿A mi? preguntó Enrique con un estremecimiento de alegría.

—A vos, sí. Tengo certidumbre de que le han dicho que no solo ansiais volver à ocupar el trono de Navarra, sino que ambicionais el de Francia.

—¡Oh! esclamó Enrique.

—Bien sé que no hay tal cosa, pero él así lo cree, y no dudo que la entrevista á que os convoca, tenga por objeto tenderos una red....

—¿A mi?

Sí, ántes de morir quiere Cárlos saber lo que puede esperar ó debe temer de vos, y advertid que

de vuestra contestacion han de depender las últimas órdenes que dé, esto es, vuestra muerte ó vuestra vida.

—Pero ¿qué ha de ofrecerme?

—¿Qué se yo? cosas imposibles probablemente.

—¿Y no las adivinais vos, madre?

—No, aunque las supongo.... por ejemplo....

Catalina se detuvo.

—¿Qué?

—Imaginando que abrigais las ambiciosas ideas que le han dicho, deseará tal vez obtener de vuestra misma boca una prueba positiva. Suponed, que os tiene como en tiempos pasados se tentaba á los cupables para provocar una declaracion sin recurrir al tormento, suponed, continuó Catalina mirando fijamente á Enrique, que os ofrezca un gobierno, la regencia misma.

Inundó el oprimido corazon de Enrique una indecible alegría: mas adivinando el artificio, su alma vigorosa y elastica rechazó el ataque.

—¿A mí? dijo, muy grosero seria el lazo; ofrecerme á mí la regencia cuando estais aquí vos y mi hermano el duque de Alenzon!

Catalina se mordió los labios por ocultar su satisfaccion.

—¿Luego renunciariais á ella? preguntó vivamente.

—El rey á muerto, dijo Enrique entre sí, y su madre es la que quiere tenderme un lazo.

Y contestó:

—Ante todo necesito oir al rey de Francia, pues vos misma confesais, señora, que cuanto hemos dicho no pasa de una suposicion.

—Indudablemente, dijo Catalina, pero siempre podreis responder de vuestras intenciones.

—Dios es testigo, repuso inocentemente Enrique, de que como no abrigo pretension ninguna, tampoco tengo intenciones.

—Esa no es respuesta, dijo Catalina, viendo que urgia el tiempo y dejandose llevar de su cólera, decidíos en pro ó en contra.

—No puedo fundar mi decision en suposiciones, señora; es cosa muy dificil y muy grave una resolucion positiva, para no aguardar á la realidad ántes de adoptarla.

—Escuchadme, dijo Catalina: no podemos perder tiempo y le estamos perdiendo en discusiones vanas y en recíprocas sutilezas. Llevemos adelante nuestro juego cual cumple á un rey y á una reina. Si aceptais la regencia, sois muerto.

—El rey vive, pensó Enrique.

Y dijo con firmeza:

—Señora, Dios dispone de la vida de los hombres y de los reyes: él me inspirará. Que digan á S. M. que estoy dispuesto á comparecer á su presencia.

—Reflexionadlo.

—En dos años que llevo de proscripcion, en un mes que llevo de encierro, respondió Enrique gravemente, he tenido tiempo para reflexionar, seño-

ra, y he reflecciónado. Dignaos precederme y anunciar al rey que os sigo. Estos dos veteranos, añadió Enrique mostrando á los soldados, cuidarán de que no me escape. No es tal mi intencion.

Tenian tal acento de firmesa las palabras de Enrique, que Catalina conoció que por muy embozadas que fuesen sus tentativas, ninguna influencia podrian ejercer sobre él. En consecuencia bajó precipitadamente la escalera.

No bien desapareció, corrió Enrique al parapeto é hizo á Mouy una seña que significaba: acercaos y estad dispuestos á todo evento.

Mouy que se habia apeado, montó otra vez à caballo, y llevando al otro del diestro marchó de un galope á situarse á dos tiros de mosquete del torreon.

Diole Enrique las gracias con un ademan, y bajó.

En la primera meseta encontró à los dos soldados esperandole.

Dos retenes de suizos y de caballeria legera guardaban la puerta de los patios, y era preciso pasar por entre dos filas de partesanas para entrar y salir del castillo.

Allí se habia detenido Catalina, y aguardaba al Bearnés.

Hizo seña á los dos soldados que seguian à Enrique de que se apartaran, y poniendo sobre el brazo de éste una mano, le dijo:

—Este patio tiene dos puertas; en esta que veis

á espaldas de los aposentos del rey, os esperan un buen caballo y la libertad, si rehusais la regencia; en esta otra que acabais de atravesar, si dais oidos á la ambicion.....—¿Qué decis?

—Digo, señora, que si el rey me hace regente yo seré quien dé órdenes á los soldados y no vos. Digo, que si salgo del castillo subrepticiamente, todas esas picas, todas esas alabardas, todos esos mosquetes se volverán contra mí.

—¡Insensato! murmuró Catalina ecsasperada; creeme, y no te aventures con Catalina en el terrible juego de la vida ó la muerte.

—¿Por qué no? preguntó Enrique mirando fijamente á la reina madre; ¿por qué no me he de aventurar con vos como con otro cualquiera, si he ganado hasta ahora?

—Subid, pues, á la cámara del rey, señor mio, ya que nada quereis creer ni oir, dijo Catalina mostrandole con una mano la escalera, y acariciando con la otra uno de los dos puñales envenenados que llevaba en aquella vaina de zapa negra de que hace mencion la historia.

—Pasad delante, señora, dijo Enrique: hasta que yo sea regente, os corresponde tal honra.

Viendo Catalina penetradas todas sus intenciones, desistió de su empeño, y precedió á Enrique.

CAPITULO LXIV.

LA REGENCIA.

Ya empezaba el rey á perder la paciencia. Estaba dando órden al señor de Nancey, á quien habia mandado llamar, de que fuera á buscar á Enrique, cuando llegó éste.

Al ver á su cuñado aparecer en la puerta de la alcoba, lanzó Cárlos una esclamacion de alegria. Enrique se quedó inmóvil, tan sobrecogido cual si hubiera visto á un cadàver.

Los dos médicos que estaban al lado del monarca se retiraron, como asimismo el sacerdote que acababa de disponer al desgraciado príncipe para un fin cristiano.

No era Càrlos IX querido de sus vasallos, y sin embargo en las antecámaras se lloraba mucho. Cualesquiera que sean los príncipes siempre hay personas que pierden algo con su muerte y que temen que su sucesor se lo quite.

Aquel luto, aquellos sollozos, las palabras de Catalina, el siniestro y magestuoso aparato de los últimos momentos de un rey, y por fin, el aspecto de este mismo rey, víctima de una enfermedad que despues se ha reproducido, pero de que aun no habia tenido ejemplos la ciencia, produjeron sobre el espíritu, jóven todavia, y por consiguiente impresionable de Enrique, un efecto tan terrible, que á pesar de su resolucion de no infundir nuevas zozobras á Càrlos acerca de su estado, no pudo, segun dejamos dicho, contener un impulso de terror que se pintó en su rostro, al ver à aquel moribundo verter sangre por todo su cuerpo.

Cárlos se sonrió con tristeza. Ninguna impresion de cuantas producen los moribundos sobre los que les rodean se les escapa.

—Venid acá, Henriot, dijo presentando la mano á su cuñado y con una dulzura que nunca habia observado en él Enrique. Venid, porque me dolia el no veros: mucho os he atormentado en el trascurso de mi vida, pobre amigo mio, y ahora me lo echo en cara mas de una vez, creedlo. En varias ocasiones he ausiliado á los que os perseguian; pero un rey no puede disponer de los acontecimientos, y ademas de mi madre Catalina, ademas

de mi hermano el de Anjou, ademas de mi hermano el de Alenzon, influia sobre mí y me dominaba otra cosa que cesa en el dia en que tan prócsimo estoy à la muerte; es à saber, la razon de estado.

—Señor, respondió Enrique, de nada me acuerdo ya sino del amor que siempre me ha inspirado mi hermano; del respeto que siempre he tenido á mi rey.

—Sí, sí, tienes razon, dijo Cárlos, y te agradezco que me hables así, Henriot, pues indudablemente has sufrido mucho durante mi reinado, aparte que bajo él ha muerto tu pobre madre. Pero yà debiste conocer que muy á menudo me impelian otros á ello. A veces me resistia; otras hubo que sedí al cansancio. En fin, tú lo has dicho; no hablemos de lo pasado; lo que ahora me mueve es lo presente; lo que ahora me aterra es el porvenir.

Y al decir estas palabras, el pobre monarca se cubrió el lívido rostro con sus descarnadas manos.

Moviendo la cabeza, despues de un memento de silencio, para desterrar aquellas siniestras ideas y rociando con sangre el lecho en torno suyo:

—Es necesario salvar el estado, continuó en voz baja y acercandose á Enrique; es necesario estorbar que caiga en manos de fanáticos ó de mugeres.

Segun acabamos de decir, Càrlos pronunció es-

tas palabras en voz baja, y sin embargo á Enrique le pareció oír detras de la cortina de la cama, una esclamacion de cólera. Acaso alguna rendija abierta en la pared sin saberlo el mismo Cárlos, permitiria à Catalina oír aquella decisiva conversacion.

—¿De mugeres? repuso el rey de Navarra para promover una esplicacion.

—Sí, Enrique, dijo Cárlos, mi madre aspira à la regencia hasta que vuelvá de Polonia mi hermano. Mas atiende á lo que te digo: no volverá.

—¡Cómo! ¿no volverá? esclamó Enrique con el corazon sordamente agitado de júbilo.

—No, no volverá, continuó Cárlos; no lo dejarán venir sus vasallos.

—¿Y creeis, hermano, repuso Enrique, que no le haya escrito anticipadamente la reina madre?

—Sí, pero Nancey ha sorprendido al correo en Chateau-Thierry y me ha traido la carta; en ella le decia que yo estaba pròcsimo á morir. Mas yo tambien he escrito á Varsovia; mi carta llegará de seguro y mi hermano será vigilado. De suerte, Enrique, que segun todas las probabilidades el trono va á quedar vacante.

Otro rumor, aun mas sensible que el primero, se dejó oír en la alcoba.

—Resueltamente, dijo Enrique, está la reina escuchando y esperando.

Cárlos nada oyó.

—Ahora bien, prosiguió, muero sin herederos varones.

Aquí se detuvo; un dulce pensamiento animó su rostro, y poniendo la mano sobre el hombro del rey de Navarra:

—¡Ay! continuó, ¿te acuerdas, Henriot, te acuerdas del pobre niño que te enseñé una noche, dormido en su cuna de seda y velado por un ángel? ¡Ay, Henriot! ¡me lo van á matar!

—¡Oh! esclamó Enrique con los ojos bañados en lágrimas, por Dios os juro, señor, consagrar mis dias y mis noches á velar sobre su vida; ordenad, rey mio.

—Gracias, Henriot, gracias, dijo el monarca con una efusion muy agena de su carácter, pero inspirada por la situacion. Acepto tu promesa. No lo hagas rey.... afortunadamente no ha nacido para el trono; pero hazle feliz. Le dejo un capital independiente; que tenga la nobleza de su madre, la del corazon. Quizá le convendria mas que le consagraran á la iglesia; inspiraria ménos recelos. ¡Oh! me parece que yo moriria, si no feliz, por lo ménos tranquilo, si tuviera aquí para consolarme las caricias del hijo y la dulce faz de la madre.

—Señor, ¿no podeis hacer que vengan?

—¡Calla, infeliz! no saldrian de aquí. Tal es la condicion de los reyes, Henriot; no pueden vivir ni morir á su gusto. Pero tu promesa me ha devuelto la tranquilidad.

Enrique se quedó reflecsivo.

—Es cierto, señor, que lo he prometido; pero ¿podré cumplirlo?

—¿Qué quieres decir?

—¿No me veré yo mismo proscripto, amenazado como él y mas todavia? Porque al fin yo soy un hombre y él no es mas que un niño.

—Te equivocas, respondió Cárlos; muerto yo serás fuerte y poderoso; esto te dará fuerza y poderio.

Diciendo así sacó el moribundo un pergamino de su cabecera.

—Toma, le dijo.

Enrique recorrió con la vista el pliego revestido con el real sello.

—¿A mí la regencia, señor? esclamó perdiendo el color en fuerza de su júbilo.

—Sí, la regencia á tí, hasta que regrese el duque de Anjou, y como segun todas las probabilidades el duque de Anjou no regresará, no es la regencia lo que en este papel te doy, sino el trono.

—¡El trono á mí! murmuró Enrique.

—Sí, dijo Cárlos, el trono á ti que eres el único digno, y sobre todo el único capaz de gobernar á esos desenfrenados galanes, à esas mozas perdidas que se mantienen de sangre y de lágrimas. Mi hermano Alenzon es un traidor, y lo será con todos. Dejale en el torreon en que le tengo. Mi madre querrá matarte, destierrala. Dentro de tres meses, de cuatro, ó tal vez de un año saldrá de

Varsovia mi hermano Enrique y vendrá á disputarte el poder; respondele con un vrebe del Papa. Ya he arreglado este negocio por medio de mi embajador el duque de Nevers. y sin tardanza recibirás el vrebe.

—¡Oh rey mio!

—No temas mas que una cosa, Enrique; la guerra civil. Pero podrás evitala, insistiendo en tu conversion, porque el partido hugonote solo tendrá consistencia si tu te pones á su cabeza, y el príncipe de Condè no es capaz de luchar contigo. Francia es pais de llanuras, Enrique, y por consiguiente católico. El rey dc Francia debe ser rey de los católicos y no rey de los hugonotes; porque el rey de Francia debe serlo de la mayoria. Dicen que tengo remordimientos por la jornada de San Bartolomé; dudas, sí, remordimientos, no. Dicen tambien que estoy sudando por todos mis poros la sangre de los hugonotes. Lo que sudo es arsénico, que no sangre.

—¡Oh! ¿qué decis, señor?

—Nada. Si ha de ser vengada mi muerte, Henriot, solo Dios debe vengarla. No hablemos de ella mas que para preveer los acontecimientos que deben seguirla. Te lego un buen parlamento, un ejército aguerrido. Apoyate en el parlamento y en el ejército para resistir á tus dos únicos enemigos, mi madre y el duque de Alenzon.

En aquel momento se oyó en el vestíbulo un sordo ruido de armas y de voces militares.

—Muerto soy, murmuró Enrique.

—¿Temes, vacilas? dijo Cárlos con zozobra.

—¿Yo, señor? repuso Enrique, ni temo, ni vacilo; acepto.

Cárlos le apretó la mano. Y viendo que se le acercaba la nodriza con una pócima que acababa de preparar en la vecina estancia, sin cuidarse de que à tres pasos de ella se estaba decidiendo la suerte del reino.

—Llama à mi madre, buena nodriza, la dijo, y que venga tambien el duque de Alenzon.

CAPITULO LXV.

EL REY HA MUERTO ¡VIVA EL REY!

Lívidos de espanto y trémulos de furor entraron poco despues en la estancia Catalina y Alenzon. Segun las previsiones de Enrique, Catalina lo sabia todo, y todo se lo habia referido en pocas palabras á Francisco. Dieron algunos pasos y se pararon, quedando en espectativa.

Enrique estaba de pie á la cabecera del lecho de Cárlos.

Ignorando el rey lo que acababa de pasar, los declaró su voluntad.

—Señora, dijo á su madre, si yo tuviera hijos, seriais voz regente, y en defecto vuestro el rey de Polonia, y en defecto del rey de Polonia mi herma-

no Francisco; pero no los tengo, y muerto yo corresponde el trono á mi hermano Anjou que se halla ausente. Como un dia ú otro ha de venir à reclamar este trono, no quiero que encuentre en su sitio à un hombre que pueda disputarle sus derechos, oponiendole derechos casi iguales, y esponiendo por consiguiente al reino á una guerra de sucesion. Por ésta razon, señora, no os nombro regente, porque tendriais que elegir entre dos hijos, cosa muy sensible al corazon de una madre. Tampoco nombro á mi hermano Francisco, porque podria decir á su primogénito: "Teniais un trono, ¿por qué le abandonasteis?" No, quiero nombrar un regente que pueda aceptar en depósito la corona y que la guarde bajo su mano y no sobre su cabeza. Este regente, saludadle, señora; saludadle, hermano; este regente es el rey de Navarra,

Y con ademan de irresistible imperio, hizo un saludo á Enrique.

Tambien Catalina y Alenzon hicieron un movimiento, que era el término medio entre un estremecimiento nervioso y un saludo.

—Tomad, señor regente, dijo Cárlos al rey de Navarra, este es el pergamino que hasta el regreso del rey de Polonia os confiere el mando de los ejércitos, las llaves del tesoro, el poder y los derechos régios.

Catalina devoraba á Enrique con los ojos: Francisco estaba tan trémulo que apénas podia sostenerse; mas en vez de tranquilizar al Bearnes al de

bilidad del uno y la firmeza de la otra, le mostraban el peligro presente, inevitable, inminente.

Hizo, sin embargo, un violento esfuerzo; sobreponiendose á sus temores cogió el rollo de manos del rey, y alzando la cabeza fijó en Catalina y Francisco una mirada que significaba:

—¡Guay de vosotros! soy vuestro dueño.

Comprendiole Catalina.

—No, no, dijo: nunca doblará mi estirpe la cabeza ante una raza estrangera: ¡nunca, miéntras ecsista un Valois, reinará un Borbon en Francia!

—Madre, madre, gritó Cárlos XI incorporandose en el lecho, envuelto en las enrojecidas sábanas y mas espantoso que nunca; idos con tiento; todabia soy rey; bien sé que no duraré mucho, pero no se necesita tanto tiempo para dar una órden: no se necesita tanto para castigar á los asesinos y á los envenenadores.

—¡Dadla enhorabuena, si os atreveis! Tambien yo voy á dar las mias. Venid, Francisco, venid.

Y salió rápidamente de la estancia, llevándose al duque de Alenzon.

—¡Nancey! gritó Càrlos; ¡Nancey! ¡á mí á, mí! yo lo mando, Nancey; ¡prended à mi madre, prended á mi hermano?

Una bocanada de sangre cortó la palabra á Cárlos, justamente cuando abria la puerta el capitan de guardias. Sofocado el rey, cayó dando un quejido sobre su lecho.

Nancey solo habia oido su nombre; las órdenes

que le siguieron, como pronunciadas con voz confusa, se habian perdido en el espacio.

—Guardad la puerta, dijo Enrique, y que nadie entre.

Saludó Nancey y se marchó.

Enrique volvió los ojos á aquel inanimado cuerpo que hubiera podido equivocarse con un cadáver si un leve hálito no hubiese agitado la franja de espuma que humedecia sus labios.

Contemplole por espacio de algun tiempo, y al fin dijo, cediendo á sus reflecsiones:

—Este es el momento crítico: ¿debo reinar? ¿debo vivir?

En el mismo instante se alzó la cortina; apareció tras ella una palida cabeza, y una voz vibró en medio del silencio de muerte que reinaba en la cámara real.

—¡Vivid! dijo esta voz.

—¡Renato! esclamó Enrique.

—Sí, señor.

—¿Luego era falsa tu prediccion? ¿luego no seré rey? esclamó Enrique.

—Lo sereis, señor, pero aun no es hora.

—¿Cómo lo sabes? habla; sepa yo si debo creerte.

—Escuchadme.

—Ya escucho.

—Inclinaos.

Enrique se inclinó por encima del cuerpo de Cárlos. Renato le imitó por su parte. Solo les sepa-

raba la cama, y aun esta distancia era menor, merced á su doble movimiento.

Entre los dos yacia tendido, y siempre mudo é inmóvil el cuerpo del moribundo monarca.

—Escuchad, dijo Renato; la reina madre me ha puesto aquí para perderos; pero yo prefiero serviros, porque tengo confianza en vuestro hóróscopo, y en obrar así, están interesados á la par mi cuerpo y mi alma.

—¿Te ha encargado tambien la reina madre que digas eso? preguntó Enrique lleno de dudas y de angustias.

—No, repuso Renato; pero escuchad un secreto.

Y se inclinó mas todavia. Hizo lo mismo Enrique, de suerte que casi se tocaban sus dos cabezas.

Tenia un *no se qué* tan siniestro aquel diálogo de los dos hombres encorvados sobre el cuerpo de un rey en la agonia, que al supersticioso florentino se le erizaron los cabellos, y Enrique sintió gotear de su frente un abundante sudor.

—Escuchad, continuó Renato, escuchad un secreto que nadie sabe mas que yo, y que os revelaré si me jurais sobre este moribundo perdonarme la muerte de vuestra madre.

—Ya te lo he prometido una vez, dijo Enrique con ceñudo rostro.

—Prometido, sí, pero no jurado, repuso Renato haciendo un movimiento como para retirarse.

Lo juro, dijo Enripue poniendo la mano derecha sobre la cabeza del rey.

—Pues bien, señor, repuso precipitadamente el florentino; el monarca de Polonia va á llegar á Vincennes.

—No hay tal, respondió Enrique, el rey Cárlos interceptó un correo en el camino de Chateau-Thierry; pero la reina madre, llena de prevision, habia enviado tres por diferentes caminos.

—¡Oh, mísero de mí! dijo Enrique.

—Esta mañana ha llagado un emisario de Varsovia. El rey debia ponerse en marcha tras él sin que se lo estorbara nadie, pues aun se ignoraba en aquella corte la enfermedad de Cárlos IX. Dicho emisario, por lo tanto, solo llevaba á Enrique de Anjou algunas horas de delantera.

—¡Oh! si tuviese á mi disposicion siquiera ocho dias, dijo Enrique.

—Sí, pero no teneis ni ocho horas. ¿Oisteis ántes ruido de preparar armas?

—Sí.

—Para vos las preparaban. Vendrán á matarros hasta aquí, hasta la alcoba del rey.

—Aun no ha muerto.

Renato miró fijamente á Cárlos.

—Morirá dentro de diez minutos. Diez minutos teneis de vida y acaso ménos.

—¿Y qué he de hacer?

—Huir sin perder un minuto, sin perder un segundo.

—Pero ¿por dónde? si me están esperando en la antecámara, me matarán cuando salga.

—Escuchadme, á todo me arriesgo por vos; nunca lo olvideis.

—Descuida.

—Seguidme por este pasadizo secreto; os guiaré hasta la poterna. En seguida para que ganeis tiempo, iré á decir á la reina madre que estais bajando; creerán que habeis descubierto esta salida y que os valeis de ella para fugaros; venid, venid.

Enrique se acercó á Cárlos y le besó en la frente.

—Adios, hermano, dijo, nunca olvidaré que tu último deseo fue que yo te sucediera. Nunca olvidaré que tu última voluntad fue hacerme rey. Muere en paz; en nombre de nuestros hermanos te perdono la sangre derramada.

—¡Alerta, alerta! que vuelve en sí, dijo Renato; huid ántes de que abra los ojos; huid.

—Nodriza, murmuró Cárlos.

Cogió Enrique de la cabecera la espada, ya inútil, del ecsánime monarca, metiose en el pecho el pergamino que le nombraba regente, besó por última vez la frente de Cárlos, pasó al otro lado del lecho, y se lanzó por el hueco que despues de darle paso volvió á cerrarse.

—Nodriza, gritó el rey en voz mas fuerte, nodriza.

Acudió la anciana.

—¿Qué es eso? ¿qué ocurre, Cárlos mio? le preguntó.

—Nodriza, dijo el rey abiertos los párpados y dilatados los ojos con la terrible fijeza de la muer-

te, algo debe de haber pasado durante mi sueño; veo una gran luz; veo á Dios Nuestro Señor; veo á Nuestro Señor Jesucristo y á la Santísima Vírgen María. Le ruegan por mí; el Señor Todopoderoso me perdona...... Me llama...... ¡Dios mio! ¡Dios mio! recibidme en vuestra misericordia...... ¡Dios mio! olvidad que fuí rey porque vengo á vos sin cetro y sin corona...... Olvidad, Dios mio, los crímenes del rey, y recordad tan solo los padecimientos del hombre...... ¡Dios mio, aquí me teneis!

Y Cárlos que al pronunciar estas palabras se habia ido incorporando poco á poco, como para salir al encuentro de la voz que le llamaba, lanzó un suspiro al concluirlas, y cayó inmóvil y helado en brazos de su nodriza.

En aquel intermedio, y en tanto que segun las instrucciones de Catalina, marchaban algunos soldados al sitio por donde se suponia que saliese Enrique, guiado éste por Renato, se escapaba por el pasadizo secreto, ganaba la poterna, montaba en el caballo que le habian prevenido, y galopaba hácia el paraje donde tenia certidumbre de encontrar á Mouy.

Al ruido que su caballo hacia hiriendo con los cascos el sonoro pavimento, volvieron de repente algunos soldados la cabeza, y gritaron:

—¡Que huye! ¡que huye!

—¿Quién? esclamó la reina madre acercandose á una ventana.

—El rey Enrique, el reyde Navarra, dijeron los centinelas

—¡Fuego! gritó Catalina, fuego en él.

Apuntaron los soldados, pero ya estaba Enrique muy léjos.

—Huye, esclamó la reina madre, luego está vencido.

—Huye, murmuró el duque de Alenzon, luego soy rey.

Pero en el mismo instante, y hallandose todavia en el balcon Francisco y su madre, crugió el puente levadizo bajo el peso de algunos caballos, y precedido por un grande estruendo de armas y de voces, entró á galope en el patio un jóven con el sombrero en la mano y gritando *¡Francia!* seguido de cuatro caballeros, cubiertos como él de sudor, de polvo y de espuma.

—¡Hijo mio! gritó Catalina sacando los dos brazos por la ventana.

—¡Madre! respondió el jóven apeándose.

—¡Mi hermano Anjou! esclamó Francisco aterrado y echando el cuerpo atras.

—¿Es tarde? preguntó Enrique de Anjou á su madre.

—No, vienes en la mejor ocasion, y aunque Dios te hubiera traido por la mano, no hubierais llegado mas á tiempo; mira y escucha.

En efecto, el señor de Nancey, capitan de guardias; salīa entónces al balcon de la real cámara.

Fijaronse en él todas las miradas.

Rompió el capitan una varita por la mitad, y tendiendo los brazos con un pedazo en cada mano gritó:

—¡El rey Càrlos IX ha muerto! ¡el rey Cárlos IX ha muerto! ¡el rey Cárlos IX ha muerto!

Y dejó caer los dos fragmentos de la varita.

—Viva el rey Enrique III, clamó entónces Catalina persignandose con religiosa conformidad, ¡viva el rey Enrique III!

Todos repitieron á una este viva, escepto el duque de Alenzon.

—¡Ah! me ha engañado, dijo clavandose las uñas en el pecho.

—¡Vencí, esclamó Catalina. No reinará ese aborrecido Bearnes!

CAPITULO LXVI.

EPÍLOGO.

Un año habia pasado desde la muerte del rey Cárlos IX y el advenimiento de su sucesor al trono.

El rey Enrique III, felizmente reinante por la gracia de Dios y de su madre Catalina, estaba en una hermosa procesion hecha en honor de Nuestra Señora de Clery.

Habia ido á ella á pie con la reina su esposa y toda la corte.

Bien podia el rey Enrique tomarse este pequeño pasatiempo; ningun cuidado serio ocupaba su espíritu. El rey de Navarra se hallaba en su reino, cumplidos ya sus fervientes deseos, y obsequiaba

mucho, segun era público, á una linda jóven de la sangre de los Montmorency á quien llamaba la *Fosseuse*. Acompañábale Margarita, triste y torva, hallando tan solo en sus magníficas montañas, ya que no una distraccion, cuando ménos un lenitivo á los dos grandes dolores de la vida; la ausencia y la muerte.

Estaba Paris muy tranquilo, y la reina madre, verdaderamente regente desde que reinaba su amado hijo Enrique, moraba, ya en el Louvre, ya en el palacio de Soissons, situado en el terreno que hoy ocupa el mercado de granos, y del cual solo queda la elegante columna que enfrente de la calle se puede ver todavía.

Aallabase la reina una noche muy ocupada en estudiar los astros con Renato, cuyas leves traiciones habia ignorado siempre, y que merced á la falsa declaracion que tan á punto dió en el negocio de Coconnas y La Mole, habia vuelto á su gracia, cuando entraron á anunciarla que un hombre la esperaba en su oratorio, diciendo que tenia que manifestarla una cosa de la mayor importancia.

Bajó precipitadamente y encontró al señor de Maurevel.

—¡Está aquí! esclamó el antiguo capitan de polvoristas, contraviniendo á la etiqueta real en no dar á Catalina tiempo para dirigirle la palabra.

—¿Quién? preguntó Catalina.

—¿Quién quereis que sea, señora, sino el rey de Navarra.

—¡Aquí! dijo Catalina: ¡aquí! ¿y à qué viene el imprudente?

—Segun las apariencias, viene á ver á la baronesa de Sauve y nada mas. Pero segun las probabilidades viene á conspirar contra el rey.

—¿Y cómo sabeis que está aquí?

—Ayer le ví entrar en una casa en que un instante despues entró tambien la baronesa de Sauve.

—¿Estais seguro de que era él?

—Esperé á que saliese y me quedé en acecho parte de la noche. A las tres se volvieron á poner en camino los dos amantes. El rey acompañó á la baronesa hasta el postigo del Louvre, donde, gracias al portero, á quien sin duda han engañado, entró sin que nadie la molestara, y el rey se marchó talareando una cancion, y andando con tanto desembarazo como si estuviera en sus montañas.

—¿A dónde fue?

—A la calle del Arbol Seco, fonda de la Hermosa Estrella, donde vivian los dos echiceros, ajusticiados por órden de V. M. el año pasado.

—¿Por qué no vinisteis á decírmelo al momento?

—Porque no tenia una plena certidumbre del hecho.

—¿Y ahora?

—Ahora la tengo.

—¿Le has visto?

—Perfectamente. Me embosqué en casa de un mercader de vinos que hay enfrente; primero le ví entrar en la misma casa que ayer, y como tardaba la baronesa de Sauve, asomó imprudentemente la cara á un vidrio del balcon del piso principal, de modo que no me quedó la menor duda. Ademas, un instante despues, entró nuevamente la baronesa á buscarle.

—¿Y crees que se estén juntos como anoche hasta las tres de la mañana?

—Es probable.

—¿Dónde está esa casa?

—Junto á la Cruz de Petits-Champs, hácia San Honorio.

—Bien, dijo Catalina. ¿Conoce el señoa de Sauve vuestra letra?

—No.

—Sentaos y escribid.

Obedeció Maurevel y dijo tomando una pluma:

—Estoy pronto, señora.

Catalina le dictó:

" Mientras que el baron de Sauve desempeña su " servicio en el Louvre, la baronesa se halla con " un pisaverde amigo suyo en una casa inmediata " á la Cruz de Petits-Champs, hácia San Honorio; " el baron de Sauve podrá conocer la casa por una " cruz roja que habrá pintada en la pared."

—Ya está, dijo Maurevel.

—Sacad una copia de esa carta, dijo Catalina.

Maurevel obedeció pasivamente.

—Ahora, dijo la reina, haced que por medio de un hombre hábil, llegue esta carta á manos del baron de Sauve y que se deje caer la otra en los corredores del Louvre.

—No comprendo, dijo Maurevel.

Catalina se encogió de hombros.

—¿No comprendeis que se enfade un marido que recibe un aviso de esta naturaleza?

—Como no se enfadaba cuando estaba aquí el rey de Navarra......

—Hay cosas que se toleran de un rey y quizá no de un simple caballero. De todos modos, si él no se enoja os enojareis vos.

—¿Yo?

—Sí, por cierto. Tomais cuatro ó seis hombres, os enmascarais, derribais la puerta, como si os enviase el baron, sorprendeis á los amantes en medio de su diálogo, heris en nombre del marido, y al siguiente dia, la carta perdida en los corredores del Louvre y encontrada por alguna alma caritativa que la haga circular, prueba que el marido se ha vengado. La casualidad habrá hecho que sea víctima el rey de Navarra; ¿pero quién hubiera podido adivinarlo cuando suponiamos que estuviese en Pau?

Maurevel miró con admiracion à Catalina, hizó una cortesia y salió del aposento.

A tiempo que él salia del palacio de Soissons, entraba la baronesa de Sauve en la casita de la Cruz de Petits-Champs.

Ya la esperaba Enrique con la puerta entreabierta.

No bien la vió en la escalera, la preguntó:

—¿Os han seguido?

—No, dijo Carlota; por lo menos no lo he notado.

—Es que se me figura que á mí si me han seguido, no solo anoche, sino esta tarde.

—¡Ay Dios mio! esclamó Carlota; no me asusteis, señor; nunca me consolaria de que os acarreasen malas consecuencias el bondadoso recuerdo que consagrais á una antigua amiga.

—No hay miedo, querida, dijo el Bearnes: tres espadas velan por nosotros en las tinieblas.

—¿Tres? pocas son, señor.

—No son pocas, llamandose, como se llaman, Mouy, Saucourt y Barthelemy.

—¿Está Mouy en Paris?

—Sí, por cierto.

—¡Se ha atrevido á venir à la capital! ¿Tiene por ventura como vos á alguna pobre muger loca por él?

—No, pero tiene un enemigo, cuya muerte ha jurado. Solo el odio, querida, mueve á cometer tantos disparates como el amor.

—Muchas gracias.

—¡Oh! no lo digo por los disparates presentes, repuso Enrique, sino por los pasados y los venideros. Pero no disputemos sobre esto, no tenemos tiempo que perder.

—¿Con que os vais?

—Esta noche.

—¿Ya han terminado los negocios que os trajeron á Paris?

—Solo por veros he venido.

—¡Gascon!

—¡Voto á cribas, querida, que digo la verdad! Pero abandonemos estos recuerdos; aun me quedan dos ó tres horas para ser feliz; despues llegará el momento de una separacion eterna.

—¡Ah señor! dijo la baronesa, nada hay eterno, sino es mi amor.

Como Enrique acababa de decir que no tenía tiempo para disputar, no disputó: creyó este aserto, ó si no se lo permitió su escepticismo, fingió que lo creia.

Hallabanse, entre tanto, apostados Mouy y sus compañeros en las cercanias de la casa, segun lo dicho por el rey de Navarra. Estaba convenido que Enrique se retirase á las doce de la noche, en vez de hacerlo á las tres de la mañana, y que despues de acompañar à la baronesa de Sauve hasta el Louvre, irian á la calle de la Cerisaie à buscar á Maurevel.

Hasta aquel dia no habia podido Mouy descubrir á ciencia cierta dónde vivia su enemigo.

Una hora haria que estaban allí, cuando vieron á un hombre seguido á poca distancia por otros cinco, acercarse á la puerta de la casita y probar en la cerradura varias llaves, una tras otra.

No bien le divisó Mouy que estaba oculto en el hueco de una puerta inmediata, dió un salto y le cogió por un brazo.

—Poco á poco, dijo; aquí no se entra.

Dió el desconocido un brinco hácia atras, y en este movimiento se le cayó el sombrero.

—¡Mouy de Saint-Phale! esclamó.

—¡Maurevel! gritó el hugonote alzando su espada. ¡Yo te buscaba y sales á mi encuentro! ¡Gracias!

Su cólera empero, no le hizo olvidar á Enrique; volvió la cabeza hácia el balcon y dió un silbido al modo de los pastores bearneses.

—Esto basta, dijo à Saucourt. Ahora ¡á mí, asesino, á mí!

Y se arrojó sobre Maurevel.

Ya habia éste tenido tiempo para sacar una pistola del cinto.

—Lo que es ahora, dijó el *mata-hombres* del rey apuntando al jóven, creo que eres muerto.

Y disparó. Pero Mouy se apartó á la derecha y la bala pasó sin darle.

—Ahora me toca á mí, esclamó el jóven. Y

asestó á Maurevel tan tremenda estocada, que aunque le dió en el cinturon de cuero, la acerada punta atravesó aquel obstáculo y se hundió en la carne.

Lanzó el asesino un feroz grito que revelaba tan profundo dolor, que los esbirros, sus colegas, creyendole herido mortalmente, huyeron atemorizados por la calle de San Honorio.

Maurevel no era valiente. Viendose abandonado por sus compañeros y frente á un adversario como Mouy, trató tambien de escaparse y echó á correr por la misma puerta gritando ¡socorro!

Mouy, Saucourt y Barthelemy le siguieron con rápidos pasos.

Al entrar en la calle de Grenelle á la que se dirigieron para cortarle el camino, se abrió tras ellos un balcon y saltó un hombre desde el piso principal hasta el suelo regado por la reciente lluvia.

Era Enrique.

Prevenido por el silbido de Mouy, de que ecsistia un peligro, y habiendole probado el pistoletazo que este peligro era grave, iba á socorrer á sus amigos.

Ardiente y vigoroso se arrojó en pos de ellos con espada en mano.

Un grito que salió de la *barrera* de los Sargentos le guió. Era Maurevel que, seguido muy de

ca por Mouy, llamaba por segunda vez en su ausilio á sus compañeros dominados por el terror.

Preciso le era hacer frente ó morir á puñaladas por las espaldas. Maurevel volvió la cara y se encontró con el acero de su enemigo, quien le tiró inmediatamente una estocada con tal acierto, que le atravesó la banda. Sin perder momento hundió Mouy nuevamente su espada en el cuerpo, ya herido, de su adversario, y de entrambas heridas brotaron dos chorros de sangre.

—¡Aun resiste! gritó Enrique que llegaba á la sazon. ¡A él! ¡á él! Mouy.

Mouy no necesitaba que le azuzasen. Dió otro ataque á Maurevel, pero éste no le esperó. Cúbriendose la herida con la mano izquierda, emprendió una desesperada carrera.

—¡Mátale pronto! ¡Mátale! gritó el rey. Ya se separan sus soldados, mas la desesperacion de los cobardes nada significa para los valientes.

Maurevel, cuyos pulmones se le saltaban del pecho, que silbaba en vez de respirar, que á cada resoplido derramaba un abundante sudor, cayó de repente en tierra rendido de cansancio; pero casi al mismo tiempo se levantó, y sosteniendose sobre una rodilla presentó la punta de su espada á Mouy.

—¡Amigos, amigos! gritó Maurevel, no son mas que dos. ¡Fuego, fuego en ellos!

En efecto, Saucourt y Barthélemy se habian apartado persiguiendo á dos esbirros que iban por

la calle de las Garruchas, y el rey y Mouy estaban solos para hacer frente á cuatro hombres.

—¡Fuego! continuaba ahullando Maurevel, en tanto que un soldado preparaba efectivamente su mosquete.

—Sí, pero ántes, morirás, traidor; morirás, miserable; morirás condenado como asesino.

Y apartando con una mano la afilada espada de Maurevel, metió con la otra la suya hasta la empuñadura en el pecho de su enemigo, con tanta fuerza que le clavó en tierra.

—¡Defiendete! ¡defiendete! gritó Enrique.

Mouy dió un salto hásia atras, dejando su arma en el cuerpo de Maurevel, pues le estaba apuntando un soldado y le iba á tirar á boca de jarro.

Mas en el mismo instante atravesó Enrique de una estocada al soldado, el cual cayó junto á Maurevel lanzando un grito.

Los otros dos se fugaron.

—Ven, Mouy, ven, dijo Enrique. No hay que perder un instante; si nos conocen somos perdidos.

—Aguardad, señor, respondió Mouy; ¿creeis que he de dejar mi espada en el cuerpo de ese miserable?

Y se acercó á Maurevel que yacia al parecer sin movimiento; mas al empuñar Mouy su espada que efectivamente se habia quedado en el cuerpo del

asesino, éste se levantó armado con el mosquete que soltó el esbirro al caer, y le disparó á boca de jarro contra el pecho de Mouy.

El jóven cayó redondo sin dar un grito.

Arrojose Enrique sobre Maurevel, mas ya habia éste caido otra vez en tierra y era tambien cadáver.

Era necesario huir; al ruido se habia reunido mucha gente y podia acudir alguna patrulla. Enrique buscó entre los curiosos una cara conocida y de repente lanzó una esclamacion de júbilo.

Habia visto á maese La Huriére.

Como esta escena pasaba al pie de la cruz del Trahoir, ó sea frente á la calle del Arbol-Seco, nuestro antiguo conocido, cuyo carácter naturalmente triste se habia vuelto mas y mas melancólico desde la muerte de La Mole y Coconnas, sus predilectos huéspedes, habia abandonado sus hornillos y cacerolas, en que justamente estaba disponiendo la cena del rey de Navarra, para acudir al ruido.

—Amigo La Huriére, os recomiendo á Mouy, aunque me temo que sea inutil cuanto por él se haga. Llevadle á vuestra casa y nada economiceis si vive todavia; ahí va mi bolsillo: en cuanto al otro, dejadle enmedio del arroyo y que se pudra ahí como un perro.

—Pero ¿y vos? dijo La Huriére.

—Yo tengo que despedirme de una persona.

Voy allá y dentro de diez minutos vuelvo à vuestra casa; tenedme preparados los caballos.

Y efectivamente, Enrique echó á correr en direccion à la casita de la Cruz de Petits Champs: mas al desembocar por la calle de Grenelle se detuvo lleno de terror.

Habiase reunido delante de la puerta un numeroso grupo de gente.

—¿Qué hay en esa casa? preguntó Enrique: ¿qué ha sucedido?

—¡Oh! respondió la persona á quien se dirijia, una gran desgracia, caballero. Un marido acaba de dar de puñaladas á su muger, jóven muy linda, á consecuencia de haber recibido una carta en que le decian que la encoctraria aquí con su amante.

—¿Y el marido? preguntó Enrique.

—Se ha escapado.

—¿Y la muger?

—Ahí está.

—¿Muerta?

—Aun no, pero lo mismo que si lo estuviera.

—¡Oh! esclamó Enrique, llevo una maldicion conmigo.

Y entró corriendo en la casa.

Estaba la alcoba llena de gente agrupada en torno de una cama en que se hallaba la pobre Carlota atravesada por dos puñaladas.

Su marido, precisado á disimular por espacio

de dos años los zelos que le daba Enrique, habia aprovechado aquella ocasion de vengarse de ella.

—¡Carlota, Carlota! gritó Enrique hendiendo la turba y cayendo de rodillas junto al lecho.

Abrió Carlota sus hermosos ojos, velados ya por la muerte, lanzó un grito que hizo brotar sangre de sus dos heridas, y haciendo un esfuerzo para incorporarse:

—¡Oh! bien sabia yo, dijo, que no podia morir sin volverle á ver.

Y en efecto, cual si solo hubiese aguardado á aquel momento para entregar á Enrique el alma con que tanto le habia amado, aplicó sus labios á la frente del rey de Navarra, murmuró por última vez un *yo te amo* y cayó ecsánime.

Enrique no podia detenerse mas sin perderse. Sacó su daga, cortó un rizo de aquellos hermosos y rubios cabellos que tantas veces habia desenlasado para admirar su profusion, y se alejó sollozando en medio de los sollozos de los circunstantes, muy agenos de pensar que deploraban infortunios de tan elevada esfera.

—¡La amistad, el amor! esclamó Enrique fuera de sí, todo me abandona, todo huye de mí, todo me falta á un tiempo.

—Sí, señor, le dijo al oído un hombre que apartandose del grupo de curiosos apiñados frente á la casita, le habia seguido; pero os queda el trono.

—¡Renato! esclamó Enrique.

—Sí, señor; Renato que vela sobre vos. Ese

miserable ha pronunciado vuestro nombre al espirar; ya se sabe que estais en Paris y os andan buscando los arqueros; huid, huid.

—¿Y decís que he de ser rey, Renato? ¿yo que ando fugitivo?

—Mirad, señor, repuso el florentino mostrando al rey una estrella que se iba alzando brillante sobre una negra nube; ella lo dice, yo no.

Dió Enrique un suspiro y desapareció en la oscuridad.



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE EL SEGUNDO TOMO

DE LA

REINA MARGARITA.

PAGINAS.



